

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
TIFFANY ROBERTS



LA COMPAÑERA DE LA ARAÑA #3

UNIDO

UNIDO

La Compañera de la Araña #3

TIFFANY ROBERTS

Índice

Unido

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y Uno

Capítulo Treinta y Dos

Capítulo Treinta y Tres

Epílogo

ACERCA DE LOS AUTORES

Unido

Ketahn protegerá a su compañera cueste lo que cueste.

La reina Zurvashi no descansará hasta que todo lo que le importa a Ketahn desaparezca y él le pertenezca.

Tanto su dulce y compasiva Ivy como su hermana, sus amigos y su nueva tribu de humanos están en peligro. Teme que ningún lugar esté lo bastante lejos como para escapar de la ira de la reina.

Pero Ketahn dejará que arda toda la jungla antes de permitir que su compañera sufra ningún daño. Aunque tenga que enfrentarse a Zurvashi y a su ejército, a todas las bestias de la Maraña, e incluso si debe desafiar a los propios dioses, jamás entregará a su hembra.

Ketahn e Ivy están unidos, y ninguna fuerza del universo podrá cortar los hilos que los unen.

Copyright © 2021 por Tiffany Freund y Robert Freund Jr.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser utilizada o reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna por ningún medio, incluyendo el escaneo, fotocopiado, carga y distribución de este libro a través de cualquier otro medio electrónico sin el permiso del autor. Esto es ilegal, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Este libro no ha sido creado con IA, y no autorizamos que nuestro trabajo sea usado para entrenar IA.

Tiffany Roberts

authortiffanyroberts@gmail.com

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con hechos, sitios, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada 2020 por Sam Griffin

Traducido por Rosa Pérez Varón

✧ [Creado con Vellum](#)

Para ti, aquel a quien estoy unida.

Capítulo Uno

La oscuridad dominaba la cámara. Penetraba hasta en las grietas más pequeñas de la fría y húmeda piedra. Envolvió a Ketahn, filtrándose en su interior, oscureciendo cada uno de sus pensamientos. Pero no pudo apagar su rabia.

El fuego de su interior ardía con más fuerza que nunca. Aunque no podía emitir luz, irradiaba un calor terrible.

No podía ver las cuerdas de seda que le ataban, pero luchó contra ellas. Sus músculos se esforzaban por desgarrar las cuerdas, por crear la más mínima holgura, por encontrar cualquier punto a lo largo de las cuerdas que pudiera alcanzar con sus garras. Sus gruñidos, rugidos y jadeos rebotaron en las paredes de la cámara; sus ecos eran más agudos e impotentes.

A pesar de toda su rabia, se veía frustrado por una simple cuerda.

Le habían atado los brazos superiores por encima de la cabeza y los inferiores por detrás. Sus patas derechas e izquierdas estaban atadas en ambos grupos y tiradas hacia los lados, de modo que solo las puntas tocaban el suelo. Tenía otra cuerda alrededor de la cintura y otra cuerda —tan solo ligeramente más floja que las demás— alrededor del cuello.

Todas aquellas cuerdas de seda estaban ancladas al techo y a las paredes, en lugares que quedaban ocultos en la oscuridad. Las cuerdas le mordían la piel, y cada uno de sus movimientos agudizaba aquella mordedura, produciendo nuevas chispas de dolor que se sumaban a su agonía ya existente.

Por su mente pasaron rostros. Su dulce y hermosa compañera, Ivy. Sus amigos. Su hermana de cría.

De algún modo, la ya impenetrable oscuridad de la cámara se hizo más densa.

Vio a Korahla, preocupada e inestable. Vio a la pequeña Ella, tan inocente, tan confusa, tan asustada.

Vio a Zurvashi.

Las sombras que lo rodeaban adquirieron un tono sangriento.

Ketahn rugió. Era el sonido de una bestia herida; desgarrado, crudo, desafiante.

Sin sentido.

Lanzó su peso contra las cuerdas. Su cuerpo se balanceó hacia delante y las cuerdas se tensaron alrededor de sus miembros, crujiendo de tensión. Sus patas derechas se desplazaron hacia delante apenas un palmo, chocando contra el suelo.

Las imágenes de su mente se intensificaron.

La forma rota y ensangrentada de Ella volvió a reconstruirse en su imaginación. El daño causado por las despiadadas manos de la reina se deshacía lentamente, pero la sangre

permanecía. La sangre no desaparecería. Aquella visión de Ella giró la cabeza hacia Ketahn.

Pero aquellos ojos eran de un azul vibrante, como el de un cielo despejado, en lugar de verdes, y aquel pelo enmarañado de sangre era dorado en lugar de castaño; era Ivy quien le miraba. Era Ivy en las garras de Zurvashi. Y Ketahn solo podía ver cómo la reina apretaba y desgarraba, cómo se rompía el hueso y estallaban las venas. Mientras todo lo que le importaba, todo lo que *amaba*, era aplastado.

La lucha de Ketahn vaciló. Se desplomó sobre sus ataduras, y las articulaciones de sus extremidades gritaron desesperadas al verse obligadas a soportar su peso sin la ayuda de sus músculos. Mientras tanto, su mente repetía aquella espantosa visión. Todo el tiempo vio morir a Ivy a manos de la reina. Una y otra vez.

Esa tristeza y desesperación fueron suficientes para atravesar su furia cuando nada más podría haberlo hecho.

Los Colmillos y Garras que habían arrastrado a Ketahn hasta allí no habían sido más que sombras a través de su furia. No podía recordar sus rostros. Le habían llovido golpes durante todo el camino, le habían golpeado antes de encerrarlo en esta cámara oscura. Le habían dejado el cuerpo maltrecho. Pero el dolor que le habían infligido nunca podría compararse con la agonía de sus corazones.

Ahnset había llevado a Ella a Takarahl a pesar de que Ketahn se lo había prohibido. Ahora Ella estaba muerta, y Ketahn era prisionero de Zurvashi, arrojado al profundo y oscuro lugar donde la reina enviaba a sus enemigos a pudrirse y morir.

«*Mi compañera. Mi Ivy. Mi todo*».

Las palabras de Zurvashi resonaron en su memoria, cargadas de veneno y de sufrimiento.

«*Ella va a guiar a mis Garras hacia el resto de estas criaturas*».

—No —Ketahn controló su furia y se obligó a apoyar las patas en el suelo, aliviando parte de la tensión de los brazos. Flexionó y estiró los dedos, buscando el más mínimo roce con las hebras de seda por muy incómodo que fuera el ángulo.

Ella se había ido, pero Ivy no. Su compañera lo estaba esperando y los siervos de la reina la estaban buscando. Ivy estaba en peligro. Toda la tribu de Ketahn estaba en peligro.

Necesitaba escapar de esta cámara. Escapar de Takarahl. Necesitaba que los Ocho lo arrastraran como un viento vengativo y lo condujeran rápidamente al foso para que pudiera proteger a todos los que quedaban.

—¡Soltadme! —Empujó sus brazos en direcciones opuestas, luchando contra la cuerda que le impedía moverse. Sus miembros temblaban por el esfuerzo. Solo consiguió causarse más dolor.

Si tenía que desgarrarlos hilo a hilo, rompería esas ataduras. Atravesaría esa puerta. Volvería con su compañera y llevaría a su tribu a un lugar seguro.

Zurvashi no aceptaría *nada más* de él.

Oscuridad, agonía y rabia era todo lo que tenía mientras se agitaba entre sus ataduras. El latido de sus corazones marcaba el paso del tiempo, pero el tiempo no significaba nada para él; no sabía cuánto tiempo llevaba encerrado en la cámara, solo que había pasado demasiado tiempo desde que había abandonado la nave humana en busca de su hermana de cría.

Y que cada momento que pasaba acercaba a las fuerzas de Zurvashi un paso más hacia el foso.

«*Mi nyleea. Mi Ivy*».

—Sangre por sangre, Zurvashi —rugió, con palabras ásperas y feroces.

Las garras de sus patas delanteras tocaron el suelo y las arrastró por la piedra, buscando algo a lo que agarrarse. El roce de la roca contra sus garras reverberó en sus huesos y le hizo apretar

los dientes, pero no cejaría en su empeño. Su necesidad de estar con su compañera sobreviviría a todas las malditas piedras de Takarahl.

Unas débiles vibraciones recorrieron el suelo.

Ketahn se quedó quieto, con los pelos de punta. Algo pesado se había movido en el túnel. Su cuerpo palpitaba de incomodidad, anticipación y la energía ilimitada de su rabia. Un peso frío e inquietante se agitó en sus entrañas.

Una suave y breve corriente de aire fluyó alrededor de sus patas. La entrada al pasillo más allá de esta cámara se había abierto.

A pesar de su incomodidad, Ketahn se mantuvo en su posición, apoyando las puntas de las patas lo más firmemente posible en el suelo. Pasaron unos instantes y no sintió nada, nada más que la misma piedra fría e inflexible que había estado debajo de él desde que lo arrastraron a esta cámara.

Ketahn respiró hondo. El silencio que siguió fue casi total. En semejante oscuridad y quietud, habría sido fácil perderse, convertirse en nada más que una nube hirviente de pura rabia y odio, flotando en la impenetrable negrura entre las estrellas.

Pero él era más que su furia. Aún le quedaba su amor para mantenerse en el presente. Aún tenía a Ivy.

Sintió nuevas vibraciones en sus patas, tan débiles al principio que podría no haberlas percibido si no hubiera estado conteniendo la respiración. Poco a poco, las vibraciones se hicieron más nítidas. Los pasos firmes de unos vrix que se acercaban, al menos dos de ellos, por lo que podía sentir.

Solo podía esperar tres tipos de visitantes: las Colmillos, los Garras o la mismísima reina.

Ketahn inclinó la cabeza hacia atrás, intentando clavar un colmillo de la mandíbula bajo la cuerda que rodeaba la parte superior de sus brazos. Ya lo había intentado al menos cien veces, y el resultado ahora no fue diferente. Un fracaso. Sus brazos estaban demasiado tensos, lo que le impedía girar la cabeza en el ángulo correcto. Las cuerdas estaban fuera de su alcance.

Gruñó y tiró de las cuerdas, haciendo temblar su cuerpo y causándole dolor cuando las cuerdas rozaron su piel ya irritada.

Solo necesitaba una mano libre. Por los Ocho, ¡solo necesitaba una maldita oportunidad!

El tintineo de adornos metálicos llegó hasta él, apenas audible a través del pequeño hueco bajo la puerta. Ese mismo hueco pronto se vio iluminado por un tenue resplandor azulado, tan débil que solo acentuaba la oscuridad de la cámara.

Los vrix que se acercaban se detuvieron al otro lado de la puerta de piedra.

Ketahn apretó los dientes y tiró con fuerza de sus ataduras. Sus patas se levantaron del suelo y las cuerdas crujieron al llegar a su límite. La curva exterior del colmillo de su mandíbula rozó una cuerda de seda.

La madera raspaba la piedra en el exterior de la puerta. Los barrotes se estaban levantando de su sitio.

«*Mi Ivy... Mi compañera*».

Usando cada músculo de su cuerpo, tiró de la parte superior de sus brazos hacia abajo mientras subía todo lo demás. La niebla de su furia ya no podía amortiguar el dolor que lo sacudía; desde la cabeza hasta las extremidades posteriores, desde las puntas de los dedos hasta los extremos de las patas, le dolía. Sin embargo, se negaba a rendirse.

Zurvashi lo había capturado, pero aún no había vencido.

Otro rasguño de madera, acompañado de un gruñido. La puerta se estremeció, y la franja de luz en su base creció.

El colmillo de Ketahn se enganchó en la cuerda más baja. Sus corazones se agitaron y sus ojos se abrieron de par en par. Un momento más. Solo un momento más y...

La piedra rechinó al abrirse la puerta. Aquella luz azul, que había parecido tan débil, golpeó de lleno a Ketahn. Comparada con la oscuridad en que se había convertido su mundo, la luz era deslumbrante, cegadora.

Ketahn cerró los ojos y apartó la cara de la luz. Su colmillo se soltó, deshilachando la cuerda pero sin romperla.

La esperanza, esa cosa preciosa y delicada que había acunado en sus corazones durante todos sus desafíos, se resquebrajó. Su furia se convirtió en una tormenta de fuego, arremolinándose alrededor de aquel frágil núcleo como si pudiera servir de escudo. Como si pudiera sustituirlo.

Abrió los ojos de golpe. El resplandor azul inundaba la cámara, aún abrumadora para su visión inadaptada, pero ahora podía distinguir la puerta y las figuras sombrías que la atravesaban. La luz brillaba sobre los adornos dorados de las figuras con un tono enfermizo.

Ketahn volvió a bajar las patas. Apenas habían tocado el suelo cuando se apartó de él, balanceándose hacia delante con las garras vueltas hacia sus visitantes. Sus manos no se acercaron ni siquiera a unos segmentos de la figura más cercana; su cuerpo apenas se había movido.

—Qué furia —dijo Zurvashi. Su voz se deslizó por la pequeña cámara como una enredadera de la jungla en busca de otra planta a la que estrangular—. Ojalá hubieras elegido usarla contra mis enemigos.

—Tú eres el único objetivo de mi furia —gruñó Ketahn, rechinando sus mandíbulas—. Mi odio es todo lo que tendrás de mí.

La reina se hizo más nítida a medida que la visión de Ketahn se ajustaba. Estaba en el centro del grupo de recién llegados, con una Colmillo a cada lado. Sus ojos reflejaban la luz de los brillantes cristales azules que la Colmillo sostenía en alto, tiñendo su ámbar habitual de un verde pálido. El color no hizo nada para suavizar su mirada.

Carraspeó. El sonido estaba tan lleno de malicia como de humor, y provocó un escalofrío en Ketahn a pesar del calor de su rabia.

—Incluso ahora eres demasiado estúpido para ver lo que es evidente —Zurvashi se acercó, dejando tras de sí una larga franja de seda púrpura.

Las Colmillos se apartaron, manteniendo sus fragmentos de cristal en alto. A medida que la reina avanzaba, las sombras de su rostro se hacían más densas, dando a Ketahn la fugaz impresión de que sus ojos eran espíritus malignos que brillaban con un verde espeluznante en la oscuridad de la Maraña.

Los instintos de Ketahn se debatieron entre el impulso de atacar y el de retroceder, no por miedo, sino por asco. Abrió bien las mandíbulas y se acercó a ella a pesar de esos instintos contradictorios. Ya no podía ocultar su sed de sangre. La muerte de Zurvashi sería lo más parecido a la justicia que Takarahl había visto desde que Ketahn era una cría.

Cerró las mandíbulas cuando la tuvo delante. Sus colmillos chasquearon en el aire vacío, enviando una sacudida a través de su cráneo.

La reina no se inmutó. Sostuvo a Ketahn con la mirada, con sus colmillos a no más de un dedo de su pecho. Con voz grave y áspera, dijo:

—Ya eres mío, pequeño Ketahn. Tu furia y tu odio, tu alegría y tu tristeza, tus brazos, tus patas y tu piel. Tu pasado, presente y futuro. Todo mío. Y pronto tendré tu semilla y tus crías.

Aquellas llamas interiores se encendieron, su calor brotó del núcleo de Ketahn y le abrasó el pecho y la garganta mientras emergían en un rugido atronador.

—¡Jamás!

Se estiró hacia la reina, imaginándose a sí mismo destrozando su carne con sus garras, arrancándole los ojos, destrozándole la garganta con sus mandíbulas. Imaginó mil muertes terribles para Zurvashi, ninguna de las cuales sería castigo suficiente.

Su mano salió disparada y lo agarró por el cuello. A pesar de la escasa luz, hubiera jurado que esa mano estaba cubierta de sangre. Brillante, carmesí, sangre humana.

Zurvashi se acercó más. Le rodeó el cuello con los dedos y uno de ellos presionó con fuerza el punto blando bajo su mandíbula para dejarla inmóvil; el pulgar hizo lo mismo con la otra mandíbula.

Su aroma le llenó los orificios nasales, embriagador y abrumador, aunque no poseyera la plenitud de su lujuria.

—Solo mereces la muerte —gruñó—, y, sin embargo, aquí estás, aguantando. Aferrado al espíritu guerrero que te ha llevado a través de tantas pruebas. Existes porque esa es mi voluntad. Y a pesar de tu deshonra, a pesar de tu traición, sigues siendo el único macho digno de engendrar a mi prole.

Ketahn le respondió con un gruñido; era el único sonido que podía emitir, dado que ella le tenía agarrado por la garganta. Tenía los puños apretados, las garras clavadas en las palmas, y el fuego en su pecho no hacía más que intensificarse.

Volvería con su tribu, con su *nyleea*. Zurvashi no podía detenerlo. No conseguiría lo que quería.

—Te comportas como una bestia salvaje —continuó Zurvashi. Sus mandíbulas se crisparon, haciendo vibrar las sombras de su rostro—. El mejor macho que Takarahl puede ofrecer. Desleal, irrespetuoso e incapaz de alcanzar su verdadero potencial. Qué desperdicio —Empujó con fuerza la cabeza de Ketahn hacia atrás, liberando su garganta—. Esperaba mucho más de ti.

Apretó los dientes y aspiró un aliento que le quemó los pulmones.

—Te daré algo más. Tu muerte.

—¿Ah, sí? —Zurvashi volvió a carraspear y extendió los brazos a los lados—. ¿Pretendes reclamar Takarahl como tuyo? ¿Acaso mi pequeño cazador cree que puede triunfar donde tantas hembras han fracasado?

El aroma de la reina se intensificó; el sabor de su deseo se agudizó. Las entrañas de Ketahn se retorcieron contra la influencia de aquella fragancia. Luchó por extraer de su memoria el aroma de Ivy para que su dulzura lo reconfortara, para que su fuerza lo alejara de la reina. Pero solo surgió un olor: el de la sangre humana.

—Nunca has encontrado a tu igual porque estás por debajo de todos los demás vrix de la Maraña —dijo Ketahn.

Aquellos ojos duros y penetrantes permanecieron fijos en Ketahn, intensificando su luz.

—Tu crueldad no es tu fortaleza —continuó Ketahn, sosteniéndole la mirada—. El miedo que infundes a los que están bajo tu mando no es fortaleza. A pesar de todo el poder de tu cuerpo, Zurvashi, eres la vrix más débil de Takarahl.

La verdadera fortaleza no se encontraba en los músculos y los huesos, sino en los corazones y el espíritu. La verdadera fuerza estaba en mirar fijamente a un mundo mucho más grande que uno mismo, un mundo decidido a aplastarte, y seguir luchando incluso cuando parecía no haber esperanza de éxito.

La verdadera fortaleza era Ivy.

La reina nunca podría igualar a la compañera de Ketahn. No había comparación posible.

Zurvashi no se movió, pero la amenaza irradiaba de ella, oleada tras oleada, golpeando a

Ketahn. No había sucumbido a su aroma. Tampoco sucumbiría a su ira fulminante.

—Dejadnos —dijo finalmente, en voz baja y con calma.

Las Colmillos detrás de ella intercambiaron una mirada vacilante.

—Ahora —Aunque no había elevado la voz, el tono de la reina era autoritario.

Una de las Colmillos se adelantó y ofreció a la reina su cristal brillante. Zurvashi no lo aceptó. Ni siquiera había mirado a la Colmillo; aparte de su orden, no había notado su presencia.

La Colmillo retiró la mano extendida, hizo un rápido gesto de disculpa y se retiró de la cámara con su compañera. La oscuridad volvió a apoderarse del espacio, combatida solo por un tenue resplandor procedente del pasillo que convertía a Zurvashi en una sombra amenazadora, una masa de oscuridad que seguramente se lo tragaría todo, incluso la luz.

Pero el resplandor de cristal azul se apagó cuando la puerta se cerró, dejando a Ketahn solo con el empalagoso aroma de Zurvashi, con el calor sofocante que irradiaba de su cuerpo, con su furia hirviente. Hizo presión contra las ataduras de la parte superior de sus brazos, contra la cuerda dañada con su colmillo.

Sabía que aunque se rompiera, no lo haría lo bastante rápido como para que importara.

—¿El vástago de un tejedor piensa decirme qué es la fortaleza? —La voz de Zurvashi parecía emanar de las paredes de alrededor, los ecos hacían imposible determinar su verdadero origen.

Los finos vellos de Ketahn se erizaron, y su piel sintió un hormigueo de calor inquietante. Podía sentirla cerca, pero estaba indefenso, ciego y atado. El renacer de la rabia en su pecho no podría ayudarlo.

—¿Sabes algo de mi linaje, Ketahn?

El débil tintineo del oro atrajo su atención hacia la izquierda de la puerta, donde únicamente se veía oscuridad. Su cabeza se apartó cuando una tela susurró en la misma dirección, aún más cerca que el primer sonido.

Ketahn apretó los puños con más fuerza. Gotitas de sangre rezumaban de las heridas que sus garras le habían infligido en las palmas de las manos.

—Solo que acabará contigo.

—No lo hará.

Algo duro y pesado rozó las patas izquierdas de Ketahn, que sintió cómo los finos cabellos de la reina rozaban los suyos. El olor de ella lo asaltó de nuevo, más audaz y poderoso por ese contacto. Las ataduras no le permitían evitar su contacto.

—Mi madre de cría era una Colmillo de la Reina —Zurvashi retiró la pata— y su madre antes que ella. Durante generaciones, mis antepasados sirvieron a Takarahl protegiendo a las reinas e imponiendo su voluntad. Durante generaciones, mis antepasados lucharon y sangraron. Cráneo-espinas de más allá de la ciénaga, jinetes de espíritus de la Gran Oscuridad, ojos de fuego de las tierras rocosas donde se eleva el sol. Mis antepasados lucharon contra todos los vrix que amenazaban nuestro hogar, y los herederos de Takari se llevaron toda la gloria.

Ketahn gruñó y abrió las manos. La sangre le corría por las muñecas mientras curvaba los dedos, esforzándose por alcanzar las cuerdas.

—Así que, en cambio, mataste a tu reina.

Un gran puño le golpeó el abdomen y le sacó el aire de los pulmones.

—¡Tomé lo que debería haber sido mío por derecho! —Las atronadoras palabras de Zurvashi vibraron en Ketahn, aumentando el dolor que acababa de causar—. Pasé mis años más jóvenes a su servicio, luchando en las batallas de Azunai por ella. Aplastando a sus enemigos. Mi cuerpo cargó con las cicatrices, no el suyo. Mi sangre fue el precio a pagar, y, sin embargo, su nombre fue el que gritó Takarahl en agradecimiento. Ella reclamó mis victorias.

Ketahn respiró entrecortadamente. Aquella inhalación superficial hizo que le doliera aún más el pecho, y ni siquiera fue suficiente para llenar sus pulmones.

Zurvashi apoyó la mano en el abdomen de Ketahn y presionó la piel con la punta de las garras. Las deslizó lentamente hacia abajo, y él apretó los cierres, cerrando firmemente su abertura. Su aroma cargado de lujuria estaba totalmente en desacuerdo con la rabia que emitía.

Cada vez que Ivy rozaba la piel de Ketahn con sus uñas, provocaba un estremecimiento en él. Despertaba su hambre, su deseo, le hacía anhelar tener sus manos por todo su cuerpo, acariciándolo, provocándolo y explorándolo.

El tacto de las garras de Zurvashi le hizo desear arrancarse la carne para que ella no pudiera volver a tocarlo.

La presión de las garras de la reina se hizo más firme a medida que descendían.

—Demasiado tiempo han pasado mi madre y mis hermanas sin recibir su recompensa. Demasiado tiempo pasaron por alto mis proezas.

—Te convirtió en su Primera Colmillo —espetó Ketahn.

Su mano se detuvo, con aquellas garras enormes y afiladas demasiado cerca de la abertura de Ketahn. Sus corazones se aceleraron y un fuego líquido corrió por sus venas, pero no pudo agarrar la cuerda. Incluso con las muñecas dobladas con tanta fuerza que parecía que iban a romperse, no podía agarrar la cuerda.

La reina estaba frente a él. Un mordisco de sus mandíbulas podría haber acabado con esto. Un mordisco podría haber significado que sus amigos, su pareja, su tribu, estarían a salvo.

—No fue suficiente —siseó Zurvashi. Flexionó los dedos y sus garras pincharon la piel de Ketahn—. Especialmente cuando carecía de la fuerza y la voluntad para ver a nuestros enemigos realmente derrotados. ¿Cuántas de mis hermanas de lanza murieron solo para que esa cobarde nos ordenara regresar?

—Nunca has actuado para nadie más que para ti misma —Una de las garras de Ketahn rozó un cabo de cuerda, raspando los hilos exteriores—. No te importan tus hermanas de lanza ni Takarahl.

—La oportunidad que pudiste haber tenido de conocerme, pequeño Ketahn, hace tiempo que pasó —Ella hundió más sus garras y acercó su cabeza lo suficiente para que él sintiera su aliento en la cara—. Yo soy Takarahl. Takarahl es poderoso gracias a mí.

Chasqueó las mandíbulas, pero no encontró más que aire vacío.

La mano de Zurvashi volvió a agarrarle la garganta y deslizó una pata delantera a lo largo de las tres patas izquierdas atadas de Ketahn. Ketahn hizo presión contra sus ataduras y un gruñido bestial retumbó en su pecho. El aroma de Ella lo asaltó, pero aquel sabor a sangre humana, ya fuese imaginario o no, impidió que Ketahn vacilase.

La reina había matado a Ella. La reina quería matar a Ivy.

La garra del pulgar de Zurvashi hizo un pequeño corte en la mandíbula de Ketahn.

—Mi linaje continuará para siempre. Mi prole será gobernante de Takarahl, y mi legado eclipsará el de Takari y sus débiles descendientes. Toda la Maraña conocerá a Zurvashi, y pronunciarán mi nombre con temor y terror por siempre.

El agarre de ella en su garganta impidió a Ketahn hablar, pero la miró sin pestañear; Zurvashi era de una oscuridad profunda, impenetrable y terrible. No era un monstruo de leyenda, era mucho, mucho peor.

—Engendrarás a mi prole, Ketahn, y cumplirás todos tus deberes como mi pareja mientras yo forjo mi legado con nuestra descendencia. Pero antes verás cómo masacro al resto de tus criaturitas —su agarre sobre él se fortaleció, derramando sangre fresca— y a todos los que te

importan, incluida tu hermana de prole. Aprenderás la lección, pero será demasiado tarde para que te ayude.

Levantó otra de sus manos y le acarició la mandíbula con la yema del dedo. La oscuridad se hizo más densa y el olor de ella chocó contra su fuerza de voluntad, penetrando en él para despertar las reacciones instintivas a las que tanto había luchado por resistirse. Ella estaba en todas partes, a su alrededor, una nube voraz, un lodo hambriento del que no podía escapar.

«No».

Aún tendría escapatoria. Mientras la sangre corriera por las venas de Ketahn, mientras el aliento llenara sus pulmones, mientras sus corazones latieran, él era de Ivy. La luz que ella había infundido en su hilo del corazón jamás podría ser vencida por la oscuridad de la reina.

A través del implacable agarre de Zurvashi sobre su garganta, Ketahn balbuceó.

La reina rugió y tiró de él para acercarlo. Las cuerdas se tensaron de forma agónica, sobre todo la que le rodeaba el cuello, pero la que le rodeaba la parte superior de los brazos se aflojó, aunque fue solo a duras penas. Sus dedos le cerraron las mandíbulas mientras sus colmillos se clavaban a los lados de su cara.

—Cada vez que emites un sonido, me animas a idear un nuevo castigo para ti —gruñó Zurvashi. Al continuar, su voz se transformó en un ronroneo—. Pero no te concederé la liberación de la muerte. Será mucho más satisfactorio saber que sufres por todo el mal que me has hecho.

La reina lo soltó y se retiró. Las ataduras tiraron de Ketahn ligeramente hacia atrás, recuperando la poca longitud que la reina había forzado. Los nudos que le rodeaban los brazos se aflojaron aún más.

Aspiró con dificultad.

La piel de Ketahn palpitaba dolorosamente en todos los lugares donde ella lo había tocado, y la sangre goteaba de las pequeñas y punzantes heridas que le había abierto en el abdomen, el cuello y la cara.

Cerca de allí, la reina se movía, y los sonidos de su oro tintineando y sus telas susurrando dominaban en las silenciosas sombras.

Ketahn se aferró a su fuego interior, desesperado por inundar sus miembros con una oleada de fuerza: la reina estaba de espaldas a él, podía sentirlo, y aquel era el momento de atacar, de acabar con ella con todo el honor y el respeto que se merecía. Pero los pulmones y la garganta le ardían, y el dolor era más intenso y penetrante que nunca. Se tensó durante unos latidos antes de que su cuerpo se desplomara sobre sus ataduras.

La puerta se abrió con un crujido que hizo que todo Takarahl se estremeciera. Una luz azul etérea se coló por la puerta, convirtiendo a Zurvashi en una bestia sombría con escamas brillantes.

—Volveré a visitarte pronto, mi pequeño Ketahn —dijo Zurvashi—. Nuestro próximo encuentro será mucho más placentero... al menos para mí.

La puerta se cerró de golpe con un estruendo ensordecedor; el oído de Ketahn aún se estaba recuperando cuando los barrotes de madera se deslizaron en su sitio al otro lado. No había palabras lo bastante venenosas, ni maldiciones lo bastante viles, nada lo bastante breve y firme para ajustarse a la situación, salvo una simple expresión humana.

«Joder».

No permitiría que su cuerpo fallara. No permitiría que su debilidad le robara esta oportunidad. Aunque hubiera perdido la oportunidad de atacar a la reina, aún tenía la oportunidad de liberarse. Aún tenía motivos para seguir luchando.

Gruñendo, Ketahn echó la cabeza hacia atrás, levantó el cuerpo y volvió a enganchar la cuerda dañada con su colmillo, retorciendo los brazos hacia delante y hacia atrás tanto como le permitían las ataduras para tensar más la cuerda. Hizo caso omiso de los punzantes dolores que sentía en los hombros y las muñecas.

Entre sus respiraciones agitadas, le pareció oír el débil, pero claro sonido de los hilos de seda al romperse, uno a uno.

«*Pronto, Ivy. Pronto estaré contigo*».

Capítulo Dos

Ketahn dejó escapar una respiración entrecortada y relajó los músculos. La cuerda se tensó más alrededor de su garganta, presionando la carne ya sensible por el duro agarre de la reina. Inspiró lenta y profundamente; le dolía llenar los pulmones, pero era lo bastante diferente del resto de su dolor como para agudizar su concentración.

Cerró los ojos con fuerza. De algún modo, la oscuridad le había parecido más completa con los ojos abiertos.

Con un gruñido débil y forzado, volvió a incorporarse. La rabia seguía ardiendo en su interior, pero ahora era un fuego frío, bajo y constante. Eso era lo que necesitaba: una fuente constante de fuerza para su maltrecho cuerpo.

Girando la cabeza, se palpó el antebrazo con un colmillo de la mandíbula. Había atrapado la cuerda con aquel colmillo unas cuantas veces desde que la reina se había marchado. Cada vez, había conseguido desgarrar unas cuantas fibras más antes de que el colmillo se soltara o el agotamiento le obligara a aflojar sus miembros.

Hilo a hilo, se liberaba. Igual que hilo a hilo, había tejido sus palabras en un vínculo con Ivy. En una promesa.

Una breve oleada de dolor punzante se clavó en su antebrazo cuando el colmillo se enganchó en su piel, pero lo ignoró. Un instante después, ese mismo colmillo enganchó la cuerda de seda.

Ketahn apartó la cabeza de la cuerda con pequeños y medidos movimientos, arrastrando la punta del colmillo por los hilos.

Zurvashi no se saldría con la suya. No importaba la oposición a la que tuviera que enfrentarse, Ketahn volvería con su compañera.

Se calmó y volvió a respirar para combatir el agotador cansancio de sus músculos. Con cuidado, volvió a meter el colmillo bajo la hebra. Rozó la piel en carne viva y manchada de sangre.

La mayoría de los vrix llevaban sus cicatrices con orgullo, considerándolas símbolos de los peligros que habían superado y de la valentía que habían demostrado. Cualquier marca que quedara hoy en el cuerpo de Ketahn solo serviría como recordatorio de su fracaso.

Había fallado a Ella. No fallaría a los demás. No podía.

El temblor de la parte superior de sus brazos le advirtió que no durarían más allá de unos pocos latidos más. Gruñó y estiró el cuello, apretando aquel colmillo contra la cuerda todo lo que pudo.

—*Volveré a ti, mi nyleea* —rugió.

Ketahn apartó la cabeza. Su colmillo quedó atrapado brevemente en la cuerda, tirando con

fuerza de la articulación de su mandíbula antes de soltarse, cortando muchos de los hilos entretejidos.

Su peso tiró de la cuerda mientras sus brazos perdían fuerza. El sonido del desgarró resonó en las paredes y las cuerdas que rodeaban las muñecas de Ketahn se aflojaron considerablemente. Un revoltijo de emociones estalló en su pecho, llenándolo de un nuevo calor. Lo utilizó sin vacilar.

Utilizando todo su cuerpo, Ketahn se agitó y se retorció en sus ataduras, ejerciendo toda la presión posible sobre la cuerda dañada. Demasiado pronto, su nueva energía se desvaneció. Los corazones de Ketahn se aceleraron.

No, no podía flaquear. Aún no, aquí no. No hasta que su compañera estuviera a salvo.

Un rugido brotó de su garganta mientras lanzaba todo su peso con todas sus fuerzas hacia abajo, intentando balancear la parte superior de sus brazos como si quisiera clavar un hacha en la madera. Las cuerdas de seda ofrecieron un instante más de resistencia y luego se rompieron, desenrollándose de la parte superior de sus brazos a tal velocidad que le quemaron la carne.

El torso de Ketahn se inclinó hacia delante hasta que la cuerda que le rodeaba el cuello detuvo su impulso.

Con un gruñido ahogado, se llevó las manos libres al cuello. Sus dedos intentaron agarrar la cuerda, con las garras arañándole la piel, mientras luchaba por respirar. Finalmente, consiguió agarrarse por la nuca.

Cortó la cuerda.

Su torso se inclinó más hacia abajo, con la cabeza colgando, mientras respiraba entrecortadamente. Aunque parecía que la presión le iba a arrancar la parte inferior de los hombros, permaneció en esa posición durante varios latidos.

El cuerpo de Ketahn gritó en señal de protesta; en su mente, le respondió con un rugido.

Apretando los dientes, se curvó hacia delante, doblándose por la mitad de un modo que parecía que le iba a romper la columna vertebral. Pero sus manos, tanteando a ciegas, encontraron lo que buscaban: las cuerdas que le sujetaban las patas.

Las cortó. La tensión en la parte inferior de los brazos se multiplicó por ocho antes de que desplegara las agarrotadas patas y las apoyara en el suelo. Las ataduras de los antebrazos no resistieron ni un latido más contra sus garras.

Tenía las patas inestables, el cuerpo demasiado pesado y los músculos agarrotados. Ketahn ni siquiera podía empezar a calcular todos los puntos de dolor y malestar que componían su ser. No importaban. Su hilo del corazón seguía siendo tan fuerte como siempre, y eso era todo lo que necesitaba.

El nombre de Ivy resonó en su mente, y en su espíritu, mientras avanzaba a trompicones con los brazos extendidos ante él. La oscuridad parecía lo bastante densa como para tocarla, pero sus manos no tocaron nada hasta que se encontraron con la pared. Sus palmas rasparon sobre la fría y áspera piedra en busca de la puerta. Los numerosos surcos y hendiduras que sintió bajo las yemas de sus dedos no habían sido dejados por los cinces y picos de los talladores de piedra, sino por las garras de antiguos cautivos.

Ketahn soltó un gruñido victorioso cuando una de sus manos se topó con el pequeño hueco que marcaba uno de los bordes de la puerta. Su superficie estaba surcada aún más profundamente que las paredes. Tras reconocer su contorno por el tacto, apoyó las cuatro palmas en la puerta y empujó.

La puerta no cedió. Gruñendo, Ketahn movió las patas para aprovechar mejor su fuerza. Esta vez la puerta se movió, pero solo un hilo antes de que los barrotes del otro lado la detuvieran.

No. Si todo el oscuro espacio entre las estrellas y más de cien años no habían sido capaces de mantener separados a Ketahn e Ivy, desde luego esta puerta no impediría su reencuentro.

Se lanzó contra la puerta una y otra vez, apenas consciente del dolor que le causaba, apenas consciente de los sonidos guturales que se le escapaban. Había desgarrado la cuerda hilo a hilo; destruiría esta puerta partícula a partícula si hacía falta.

Se abrió una puerta en el pasillo. Ahora sentía las vibraciones de su movimiento con mucha más claridad, y el flujo de aire alrededor de sus patas era más intenso.

La reina. Tenía que ser ella, que volvía para burlarse de él, para atormentarlo, para apresarlo.

Con las mandíbulas rechinando, Ketahn se apartó de la puerta y puso a trabajar sus hileras, pasando una gruesa hebra de seda por sus manos.

Unas débiles vibraciones recorrieron el suelo a un ritmo rápido pero constante. ¿Vendría la reina sola?

Sus dedos se flexionaron y sus músculos se tensaron. Si Zurvashi estaba sola, eso le permitiría acabar con ella. Acabar con ella, sin interferencias, sin interrupciones, nada más que la sangre de ella corriendo sobre sus garras y acumulándose en el suelo.

Ketahn se dirigió a una zona de la habitación que había permanecido envuelta en la oscuridad cuando se abrió la puerta. Sacó más seda, la enrolló alrededor de sus manos y tiró de la hebra tensándola entre ellas. No era una lanza, pero serviría como arma.

Zurvashi sabría lo que se sentía al tener la garganta aplastada.

En el silencio, Ketahn oyó que la reina se detenía al otro lado de la puerta, separados únicamente por una losa de piedra y unos pocos segmentos de distancia. Mucho más que eso le separaba de su compañera.

Una débil luz de cristal azul brilló en la parte inferior de la puerta. La reina empezó a levantar los barrotes.

Cien maldiciones y mil sonidos de furia bestial amenazaron con salir de su boca. Ketahn los contuvo todos. Quiso que la rabia de su interior se expandiera y se extendiera por él como las llamas por la leña seca, ralentizando su respiración. Sus músculos se tensaron preparándose para la inminente batalla.

Cuando la puerta se abrió, Ketahn retrocedió más hacia las sombras. Un único pensamiento se repetía en su mente.

«Pronto estaré contigo, mi Ivy».

Una gran figura se alzaba en el umbral de la puerta con un cristal resplandeciente en una mano en alto.

Inmediatamente, supo que no era Zurvashi —su postura lo dejaba suficientemente claro— y ese conocimiento le produjo un alivio y una amarga frustración.

La mujer llevaba una pesada capa con capucha que le ocultaba la cabeza y los hombros, pero que no ocultaba el brillo de los adornos dorados de su cinturón y sus brazos. No hacía falta que llevara el atuendo completo para que Ketahn supiera que era una Colmillo.

La Colmillo atravesó la puerta con el cristal en alto.

—Keta...

Ketahn se abalanzó sobre ella, enrollando la hebra de seda alrededor de su antebrazo extendido. Antes de que ella pudiera emitir siquiera un gruñido de sorpresa, Ketahn tiró de la hebra y se lanzó hacia ella, utilizando todo su peso y fuerza para derribar a la hembra.

Su cuerpo cayó sobre Ketahn, pero el impulso de este la llevó suavemente por encima de él. Cayó de espaldas con un fuerte golpe y el tintineo de docenas de piezas de oro. Gruñendo, Ketahn se encaramó a la hembra y sus manos trabajaron con rapidez para sujetar sus miembros

con la cuerda.

No era Zurvashi, pero lo único que podía ver era el rostro de la reina. Solo veía sangre en sus manos: la sangre de Ella. Sangre humana.

Necesitaba venganza. Ella merecía justicia.

Sus garras buscaron la piel para desgarrarla y sus mandíbulas se abrieron de par en par, con los colmillos brillando a la luz del cristal.

—¡Ketahn! —La Colmillo levantó los brazos para defenderse a pesar de que estaban enredados en la hebra, agarrándose a sus manos. Le resultaba muy familiar. El reconocimiento comenzó a asomar por los bordes de su conciencia, pero la rabia lo repelió.

Ivy. Tenía que volver con Ivy. Cualquier cosa en su camino era un obstáculo, cualquiera en su camino era su enemigo.

Gruñó y agarró otro brazo de la Colmillo con la cuerda, tirando de ella hacia un lado. Ella se movió debajo de él y él sintió que movía las patas, pero su oportunidad casi había llegado: ella estaba echando la cabeza hacia atrás para evitar sus garras, y estaba a punto de exponer su garganta.

—¡No he venido a luchar con usted! —La hembra apoyó las dos manos contra el abdomen de Ketahn. Arqueó la espalda y presionó sus patas traseras hacia abajo, empujando a Ketahn hacia arriba y lanzando su torso hacia abajo mientras lo hacía.

La mano de Ketahn se lanzó hacia delante, con las garras apuntando a su vulnerable cuello.

Un instante antes de que sus garras se encontraran con la carne, la Colmillo empujó a Ketahn. A pesar de que sus miembros estaban inmovilizados por la hebra de él, ella ejerció una fuerza inmensa.

Fue lanzado hacia arriba y a un lado; la cuerda se tensó alrededor de sus manos y detuvo su vuelo. La mitad inferior de su cuerpo giró hacia fuera y cayó con fuerza sobre el suelo, y la parte inferior de su hombro izquierdo se golpeó medio instante después. El dolor brotó de su furia, pero fue fugaz. Tirando de la cuerda, se impulsó hacia la hembra.

Ella se había apoyado con los brazos inferiores. Usando el par superior, tiró de la cuerda, apartando los brazos de Ketahn de debajo de él. Su barbilla golpeó el suelo.

La cara de Ivy pasó por su mente, ensangrentada y rota.

Ketahn siseó. Apoyó las palmas de las manos en el suelo y saltó sobre la Colmillo, atacando como un xiskal. Una de sus grandes manos le agarró por el cuello, pero él solo gruñó, chasqueó las mandíbulas y atacó con sus garras. Los músculos del brazo de ella se abultaron con el esfuerzo de contenerlo.

—Por sus óctuples ojos, soy yo —dijo apresuradamente, alzando la mano para echarse del todo la capucha hacia atrás. La luz brilló en un anillo de oro alrededor de su mandíbula izquierda.

Su fría rabia estalló, haciendo chisporrotear aquella llama interior. Con una voz ronca y desgarrada dijo:

—¿Korahla?

Sus dedos se flexionaron alrededor de su garganta y dejó escapar una respiración entrecortada.

—Sí. Ahora suelte estas cuerdas.

Ketahn gruñó y tiró con más fuerza de la cuerda, forzando sus brazos a acercarse el uno al otro. Korahla era la compañera de su hermana de cría, pero también era la Primera Colmillo Korahla. Había sido la número dos de la reina durante casi una década, unida por la lealtad, el deber y un sentido del propósito que Ketahn había envidiado alguna vez.

—No he venido a luchar contra usted —dijo, tensando los brazos para detener el apretón de

la cuerda de seda.

Giró la muñeca, enrollando la cuerda alrededor de su mano con más seguridad.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Las mandíbulas de Korahla se separaron y un breve temblor, apenas perceptible, la recorrió.

—Para liberarle.

—¡No me mientas!

—Por sus óctuples ojos, Ketahn, escúcheme.

Echando su peso hacia delante, Ketahn le chasqueó las mandíbulas en la cara. Se esforzaban por encontrar algo a lo que agarrarse: carne que desgarrar o hueso que triturar.

Korahla siseó.

—Maldito sea este día —Lo empujó por la garganta, liberándose de su agarre al hacerlo.

Ketahn cayó de espaldas al suelo, con sus patas traseras sufriendo la peor parte del impacto. La fría piedra le raspó la piel.

Él y Korahla se incorporaron simultáneamente. Ella había enganchado un pulgar bajo la hebra de seda, que ofreció solo un instante de resistencia antes de que su garra la rajara.

Los músculos de Ketahn se tensaron para otro salto, incluso mientras ajustaba su agarre a la cuerda restante.

—Su hermana de cría me ordenó que le liberara —dijo Korahla, con sus ojos verdes brillando salvajemente en la tenue luz.

Todo en el interior de Ketahn se paralizó. Tropezó un paso hacia delante cuando su cuerpo abandonó el salto que había planeado, y sus corazones enmudecieron.

Korahla dio un pesado paso adelante. La cuerda de seda cayó de sus brazos mientras encorbaba los hombros para colocar la cabeza más cerca de la altura de los ojos de Ketahn.

—Tuvimos poco tiempo para hablar, pero ella me suplicó que le liberara.

Entrecerrando los ojos, Ketahn miró a Korahla de cerca, con sus instintos desgarrados. ¿Era aliada o enemiga? Siempre había sido honesta, pero ¿podía confiar en ella?

—¿Traicionarías a tu reina? —preguntó Ketahn.

—Yo... —Ella exhaló y bajó la mirada, su postura firme se desmoronó—. Le di a Ahnset mi palabra como su compañera.

En algún lugar dentro del torrente de rabia y desesperación que se arremolinaba en el interior de Ketahn, algo se ablandó. Lo sintió a lo largo de su hilo del corazón, en los hilos más delicados de su ser, y no pudo detenerlo a pesar de sí mismo.

Porque era suficiente. Suficiente para que confiara en esta hembra, aunque fuera la Primera Colmillo de Zurvashi.

—Entonces deja de involucrarte y apártate —dijo Ketahn, suavizando su tono.

Korahla levantó la mirada. La luz de sus ojos era ahora más brillante, pero era dura, tenía un propósito.

—Primero debe escuchar.

Un gruñido salió del núcleo de Ketahn. Los humanos le esperaban. Sus amigos le esperaban. Ivy le esperaba. Y con cada latido de sus corazones, con cada bocanada que inhalaba de este aire fresco, aumentaba el peligro para su tribu.

—Habla.

—Los guardias de esta zona están realizando el relevo. Me aseguré de que hubiera un retraso entre ese relevo, así que el camino está despejado siempre que sea rápido. Diríjase rápidamente a las cámaras funerarias y se encontrará con un orador de espíritus cerca de la Tumba de las Reinas. Ella le guiará hasta un pasadizo que conduce a la superficie.

—¿Un orador de espíritus?

—La Alta Oradora Valkai estaba inquieta por los acontecimientos de hoy. Ofreció su ayuda.

—Y será aceptada de buen grado.

Soltando otra fuerte exhalación, Korahla echó un vistazo por encima del hombro.

—La reina obligó a Ahnset a salir de Takarahl con un grupo de Garras y Colmillos, ordenándole que los condujera hasta el resto de las criaturas. Su hermana dijo que los llevaría a un lugar al que llamó Punta de la Aguja. Que los retrasaría lo suficiente para que pudieras escapar con los demás.

Su voz sonaba débil incluso para él.

—¿Los dirige como una Colmillo?

Las mandíbulas de Korahla se juntaron con dificultad.

—No.

Los nudos se retorcieron en sus entrañas, haciendo que todo se volviera tenso y pesado.

La Primera Colmillo se movió sobre sus patas, haciendo ondear la tela de su capa y tintinear suavemente sus adornos metálicos.

—Ahnset lamenta profundamente...

—No quiero oír sus disculpas —dijo Ketahn chasqueando los colmillos. No podía librarse del sentimiento de traición. No podía simplemente extinguir su ira contra su hermana de cría... pero tampoco podía abandonarla al destino que la reina hubiera elegido para ella.

—Igualmente, me escuchará —gruñó Korahla, chasqueando los colmillos en respuesta—. Ahnset lamenta lo ocurrido. Está... destrozada. Nunca la había visto así en todos los años que la conozco, Ketahn.

—Ella también está destrozada —replicó él, con palabras graves y tensas—. Ahnset debería haber hecho lo que le dije. No debería haber traído a Ella aquí.

Las mandíbulas de Korahla se crisparon con inquietud.

—Ella... ¿Ese era el nombre de la criatura?

—El nombre de la humana.

—¿Era... su compañera?

—No, era mi amiga.

—También era amiga de Ahnset.

Esas palabras —o tal vez su terrible verdad— fueron más dolorosas que cualquier castigo físico que Ketahn hubiera recibido. Cerró los puños. El mordisco de sus garras contra las palmas se perdió entre los otros dolores que ya sacudían su cuerpo.

Ketahn soltó la cuerda y se acercó a Korahla, sosteniéndole la mirada.

—Debo mantener a salvo a los demás. Debo mantener a salvo a mi compañera. Debo irme ya.

Korahla se tensó, con el pecho y los hombros hinchados mientras respiraba lenta y profundamente.

—Debe darme su palabra, Ketahn.

—¿Qué quieres de mí?

—Busque a Ahnset. Llévela lejos de Takarahl y asegúrese de que nunca regrese.

Un pensamiento cruzó la mente de Ketahn, apoderándose de sus corazones y tirando con fuerza del hilo del corazón a pesar de no estar aún completamente formado: la idea de no volver a ver a su compañera. Mientras viviera, haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que eso nunca se hiciese realidad.

—Ven conmigo, Korahla.

Sus mandíbulas se crisparon y su mirada vaciló.

—No puedo. Mi lugar está aquí.

—¿Qué lealtad puedes tener a Zurvashi? —exigió Ketahn—. ¿Qué lealtad se merece?

—Las Colmillos se están fragmentando, Ketahn. Si me marchó, los que aún tengan el valor de enfrentarse a la reina se quedarán sin líder... y Zurvashi les descubrirá a todos uno por uno y les dará su merecido.

—Ahnset te necesita.

Korahla gruñó y dio un pisotón en el suelo.

—Ahnset necesita *vivir*. Ahora deme su palabra.

Ketahn cruzó los antebrazos e inclinó la cabeza.

—Bajo la mirada de sus óctuples ojos, Korahla, juro que encontraré a Ahnset y me la llevaré lejos de Takarahl.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza, soltando un largo y lento suspiro. La tensión pareció filtrarse fuera de ella.

—Gracias.

—Debo darte las gracias, Korahla —Ketahn levantó una mano y golpeó con los nudillos su cabeza.

—Agradézcamelos salvaguardando a mi compañera. Que la Guardianas les proteja a ambos.

—Y a ti.

Korahla sacó algo de su cinturón —un trozo de tela doblado— y lo levantó. Se hizo a un lado, despejando el camino hacia la puerta, que era una mancha de oscuridad absoluta en el centro de un muro de piedra iluminado por una luz débil y espeluznante. Ketahn se adelantó para coger el paño que le ofrecía, pero Korahla no lo soltó.

—Hasta donde pueda llegar, Ketahn. Si vuelvo a poner mis ojos sobre usted, le mataré. Es la única manera de que encuentre piedad.

Él asintió.

—No llegaremos a eso.

Ella soltó el paño, y Ketahn lo cogió y se apresuró a entrar en el pasillo sin mirar atrás. El camino hacia delante estaba marcado por una luz distante: otro cristal colocado en la pared, decenas de segmentos más adelante.

Desplegó la tela. Era una capa de seda negra, del tamaño de una mujer. Se la echó sobre los hombros y se cubrió la cabeza con la capucha mientras avanzaba por el pasillo. Puertas de piedra sujetas por gruesos barrotes de madera pasaban ante él a ambos lados, todas iguales a la puerta de la cámara en la que había estado retenido, todas bañadas en sombras.

Cuando llegó al final del pasillo, se deslizó por una puerta de piedra abierta más grande que todas las demás y se encontró en un túnel más ancho con cristales colocados a lo largo de las paredes. Como había dicho Korahla, no había nadie más.

«*Pronto, Ivy*».

El golpeteo constante y rápido de sus corazones marcaba su ritmo mientras atravesaba aquellos túneles profundos. Afortunadamente, solo había un camino. Sintió los hilos del destino bajo sus patas, dispuestos por el Tejedor, que le guiaban hacia delante.

Detrás de él, la piedra resonaba y golpeaba, haciendo eco en los pasillos inmóviles; Korahla volvía a cerrar la pesada puerta de piedra.

Salió a un pasadizo que subía y bajaba en espiral. Los únicos pasadizos de este tipo que conocía en Takarahl conducían a las cámaras funerarias. Se volvió y comenzó a descender.

La sangre volvió a invadir la mente de Ketahn. Sangre y el grito agónico y aterrorizado de

Ella. Un escalofrío le sacudió.

—No —carraspeó, apretando más la oscura capa a su alrededor. Tenía que alejar aquellos recuerdos, tenía que mantenerlos fuera de su mente, tenía que seguir adelante. Tenía que ignorar su fracaso hasta que hubiera tiempo para detenerse. Tiempo para respirar.

Ivy le necesitaba. Todos le necesitaban. Y él... también los necesitaba. Pero, sobre todo, necesitaba a su compañera.

Sin embargo, era difícil superar esa muerte mientras se adentraba en los túneles oscuros y desiertos que conectaban las cámaras funerarias, donde la única luz era la de las vacilantes llamas verde azuladas. Era difícil ignorar la sensación de que se estaba adentrando cada vez más en una trampa, de que nunca volvería a salir de aquel lugar.

Su rabia respondió a esos recelos con fuego y ferocidad. Lucharía para salir de Takarahl si era necesario. Atravesaría un río de sangre para volver con su compañera.

Disminuyó la velocidad al llegar al túnel que conducía a la Tumba de las Reinas. La última vez que había bajado aquí, la reina había...

«No. El pasado es pasado. No puede detenerme».

Apoyándose contra la pared de la esquina, echó un vistazo al túnel. Estaba mejor iluminado que los demás —lo que aún lo dejaba en penumbra en comparación con el resto de Takarahl—, lo que le permitió vislumbrar una figura vestida de blanco cerca de la entrada de la Tumba de las Reinas. Si no hubiera visto el horror en el rostro de la Alta Oradora Valkai mientras Zurvashi cometía su acto imperdonable, Ketahn no habría confiado en su promesa de auxilio.

Entró en el pasillo y se dirigió en silencio hacia el orador que le esperaba. Cuando había acortado la mitad de la distancia que los separaba, giró la cabeza para escrutar el túnel, y sus ojos se posaron en este, centelleando con la luz reflejada. Su rostro se perdía en las sombras bajo la capucha levantada. Levantó una mano y le hizo una señal.

Ketahn aceleró el paso. Incluso cuando llegó a la oradora, no pudo ver su rostro, pero conoció su voz cuando habló.

—Ven, Ketahn. Debemos darnos prisa. Me temo que las Garras te darán caza demasiado pronto.

Sacudió la cabeza, sin considerar que aquel gesto era ajeno a los de su especie.

—Alta Oradora, no puedo pedirle esto. Arriesga demasiado.

—No me lo ha pedido, y no me dejaré disuadir. Ojalá todo hubiera sido distinto, ojalá los Ocho hubieran juzgado de otro modo el día en que Zurvashi desafió a la reina Azunai... —Sus mandíbulas se hundieron, y de repente pareció más pequeña—. Pero ahora no es momento para tales pensamientos. Debemos partir.

Las entrañas de Ketahn volvieron a retorcerse; temía que nunca se enderezaran, que nunca se sintiera normal.

—Alta Oradora, debo preguntarle. Ella, la hembra que Ahnset trajo a la Guarida de los Espíritus...

Valkai sacó una pata de debajo de su capa y la apoyó suavemente en la de Ketahn.

—Mis hermanas se ocupan de sus restos, Ketahn. Aunque no sea del agrado de Zurvashi, su Ella será enterrada con todo el respeto que merecería cualquier vrix, y rezaremos para que su espíritu encuentre la paz que sin duda merecía.

Aquello no podía deshacer lo que se había hecho, no podía eliminar el horror que se había infligido a la inocente humana... pero era *algo*. Tenía que ser suficiente.

Ketahn se inclinó y cruzó los antebrazos en el signo de los Ocho; toda la reverencia con la que infundió la pose no era para los dioses, sino para la amable hembra que tenía ante él.

—Gracias.

—Deme las gracias haciendo realidad su huida, Ketahn —Miró más allá de él, por el largo pasillo, y luego se volvió, haciéndole de nuevo un gesto con la mano—. Venga. No hay tiempo que perder.

Caminó detrás de ella con fuego corriendo por sus venas, más consciente de la verdad de sus palabras de lo que ella jamás podría saber.

«*Ya voy, Ivy*».

«*Ya voy, Ahnset*».

Capítulo Tres

Ivy se quedó mirando la puerta de la cámara. Era lo único que había hecho desde que Ketahn se marchó en busca de Ahnset y Ella, llevándose su corazón con él. Había pasado mucho tiempo, *demasiado*. Hacía tiempo que las luces de la cámara de estasis se habían apagado automáticamente para su ciclo nocturno. Algunos miembros de la tribu habían dormido, en su caso por puro agotamiento, pero Ivy dudaba que alguien hubiera descansado más de unas pocas horas. Las luces habían vuelto a encenderse no hacía mucho, marcando otra mañana.

El temor que había sentido en el momento en que la puerta se cerró tras Ketahn solo había crecido en todo ese tiempo, convirtiéndose en algo feo y despiadado que amenazaba con ahogarla.

Ketahn iba a volver con *ella*... la reina. Y si todo hubiera ido bien, habría vuelto ayer.

A Ivy se le apretó el vientre y tragó con fuerza para contener las náuseas. Se clavó las uñas más profundamente en la carne del antebrazo, arrastrándolas hasta la muñeca y de vuelta, una y otra vez. Sentía un nudo en la garganta, respiraba entrecortadamente y tenía los ojos llorosos por el escozor de las lágrimas que se negaba a llorar.

«Volverá a mí. Prometió que volvería».

Pero por su mente pasaban todas las cosas horribles que la reina podría hacerles a Ketahn y a Ella.

Una mano cálida y áspera cubrió la suya, deteniendo su inquieto movimiento. Con un sobresalto, Ivy levantó la vista y se encontró con la mirada carmesí de Rekosh.

—Te estás haciendo daño —dijo en vrix, ladeando la cabeza—. ¿Por qué?

—Yo... —Ivy bajó la mirada cuando Rekosh levantó la mano, y entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Sus uñas le habían dejado varios arañazos largos y rojos en la piel, algunos lo bastante profundos como para que de ellos empezaran a brotar pequeñas gotas de sangre—. No era mi intención. Es que...

Volvió a levantar la vista, con el labio inferior tembloroso. Las lágrimas estaban a punto de derramarse.

—¿Dónde está, Rekosh? ¿Por qué no ha vuelto todavía?

—No sabría decirte, Ivy —Metió la mano en la bolsa que colgaba de su costado, sacó un pequeño trozo de tela blanca inmaculada y se la puso suavemente en el brazo, atando hábilmente dos esquinas para mantenerla en su sitio. Minúsculas manchas de color carmesí florecieron en la tela—. Pero Ketahn dijo que volvería, y así será. El viaje a Takarahl no es corto, y menos con tormenta.

—Pero, ¿y la reina? ¿Y si...?

—No te preocupes por ella —Aunque su tono era tan suave como siempre, sus mandíbulas se crisparon hacia abajo—. Pronto estaremos lejos de su alcance.

Ivy cubrió la tela con la palma de la mano y cerró los ojos.

—Solo quiero que vuelva.

—Vendrá —dijo Telok, atrayendo su atención hacia él. Había salido varias veces desde la partida de Ketahn, siempre volviendo a su sitio junto a la puerta de la cámara de estasis. Las gotas de agua brillaban en su piel, reflejando la luz blanca del techo, y su mano se flexionaba y relajaba distraídamente sobre el mango de su lanza—. Aunque tenga que ir a buscarle.

—Debemos permanecer aquí, Telok —murmuró Urkot. Bajó al suelo junto a una de las cápsulas cubiertas, haciendo rebotar y rodar un guijarro en una mano—. Somos los protectores de esta tribu.

Telok chasqueó las mandíbulas.

—No vendrá nadie en mi ausencia.

—Ketahn vino. Otros podrían venir también, sobre todo con las señales de nuestra presencia en el exterior —dijo Rekosh.

Una baja vibración recorrió la cámara, haciendo vibrar el techo. La piel de Ivy se erizó de inquietud. Sabía que eran los truenos, pero ese conocimiento no lo hacía menos inquietante que la primera vez que había ocurrido, aunque al menos ya no saltaba cada vez que la sala se estremecía.

—¿De qué están hablando? —preguntó Cole. Estaba apoyado en su criocámara, con los brazos cruzados sobre el pecho y los dedos tamborileándole su bíceps. Su bolsa, ya preparada y lista para partir, estaba en el suelo a su lado. Al igual que Telok, estaba inquieto, y debía de haberse paseado por la habitación al menos cuarenta veces.

—Telok está pensando en ir tras Ketahn. Rekosh y Urkot le han dicho que tiene que quedarse —dijo Ivy. Por mucho que quisiera recuperar a Ketahn, por muy tentada que estuviera de pedirle a Telok que fuera a buscarlo, sabía que los demás tenían razón. Telok no necesitaba ponerse en peligro, y todos los que quedaban debían permanecer juntos.

Si ocurría lo peor, y Ketahn estaba...

«No, maldita sea. Ketahn volverá a mí».

Cole señaló con un dedo hacia la puerta.

—¡Deberíamos ir tras él! No podemos abandonar a uno de los nuestros a... —Agitó las manos vagamente en señal de frustración—. ¡A todo eso!

—No vamos a abandonar a Ella, Cole —Ivy se restregó las manos por la cara y bajó los brazos a los costados—. No podemos hacer nada. Aunque no hubiera una violenta tormenta ahí fuera, nunca le alcanzaríamos. Lleva un día entero de ventaja.

—Estoy de acuerdo en que tenemos que quedarnos aquí, juntos —dijo Callie. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, las rodillas levantadas y los brazos cruzados—. Sería estúpido separarnos más de lo que ya lo hemos hecho.

—Y lo único que conseguiríamos es que alguien resultara herido —añadió Diego. Era uno de los pocos que había permanecido relativamente quieto durante todo aquello, habiéndose mantenido junto a la criocámara vacía de Ella.

Cole se apartó de su cápsula para enfrentarse a los demás.

—¡Tenemos que hacer *algo*! ¿Se supone que tenemos que sentarnos y esperar eternamente? Ya han pasado veintiocho putas horas o lo que cojones dure un día en este planeta.

Lacey, que estaba sentada contra la pared cerca de su criocámara, levantó la cabeza para mirar a Cole.

—Esperaremos el tiempo que haga falta. Ahora somos una tribu.
Cole gruñó.

—No puedo soportar esto. Yo... necesito hacer algo.

Will sacudió la cabeza y soltó una carcajada amarga. Se sentó junto a Lacey, con las muñecas apoyadas sobre las rodillas.

—¿Crees que los demás no sentimos lo mismo? Yo habría salido corriendo por esa puerta justo detrás de él si creyera que habría servido de algo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no lo habría hecho? —preguntó Cole—. ¿Cómo demonios podéis estar todos sentados actuando tan tranquilos?

—No estamos tranquilos —replicó Will—. Yo no estoy tranquilo. Pero intento ser realista, Cole. Soy un puto informático. ¡Cinco días jugando con lanzas y dando paseos por la naturaleza no cambian eso! Ya has visto lo grande que es Ahnset. ¿De verdad crees que tendríamos alguna posibilidad contra otro vrix de su tamaño o superior? ¿O contra la *reina*?

—Si trabajamos juntos...

—Si trabajamos juntos, podremos sobrevivir ahí fuera —dijo Diego—. Y todos sabemos ya, incluso tú, que juntos significa *con* estos vrix. Significa confiar en ellos. Significa recurrir a ellos como expertos en casos como este, aunque parezca que tengamos que darle un buen mordisco a un bocadillo de mierda.

Ahmya, que estaba sentada en su cápsula cerca de Ivy, arrugó la nariz y murmuró:

—Es una imagen mental repugnante.

—Todos afrontamos el estrés de forma diferente —Lacey dejó que su cabeza se inclinara contra la pared—. Todos estamos asustados y preocupados, pero despotricar y cabrearnos no va a servir de nada.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es conservar nuestra energía para estar listos para irnos cuando vuelvan —dijo Ivy.

Cole volvió a caer en su cápsula. El cojín crujió bajo su peso.

—Sí, lo entiendo.

Ivy se volvió hacia Rekosh, Telok y Urkot. Observaban en silencio, sin entender más que algunas palabras aquí y allá. Pero Ivy sabía que estaban aprendiendo.

No era la primera vez que deseaba que hubiera habido más oportunidades para que todos aprendieran los unos de los otros, para facilitar las relaciones que se habían visto obligados a entablar. Y no fue la primera vez que desechó ese deseo. No servía de nada. Sabía por experiencia que, por mucho que desearas algo, el universo hacía lo que tenía que hacer, lo que normalmente implicaba mandarte a paseo y pisotear tus sueños.

Ivy cruzó los brazos y cuando sus dedos tocaron la tela que llevaba atada al antebrazo, se dio cuenta de que había estado a punto de rascarse de nuevo. Enroscó los dedos alrededor del brazo y los mantuvo quietos. El malestar en el vientre no había remitido del todo, pero ahora iba acompañado de un calambre en la pelvis.

«*Maravilloso*».

Miró a Rekosh y frunció el ceño.

—Si Ahnset ha llegado a Takarahl... ¿Qué le hará la reina a Ella?

Sus ojos se suavizaron.

—No te preocupes por eso. Solo permitirás que aquello que no conoces te devore por dentro.

—Harías mejor en decirle que no respire —dijo Telok bruscamente—. Todos nos preocupamos por esas cosas, y ella ya sabe lo que puede ocurrir. Si Ella es descubierta por la reina, no volveremos a verla.

Al instante, a Ivy se le nubló la vista con las lágrimas contra las que había luchado durante tanto tiempo, y el estómago le dio un vuelco terrible. Claro que lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Pero esperaba otra respuesta, algo más.

—La reina...

«*La matará*».

Ivy negó con la cabeza.

—No.

—Por los Ocho —Urkot se levantó y caminó hacia Telok, pisando con fuerza—. ¿De qué nos sirven esas palabras, Telok?

—Son ciertas —respondió el vrix de marcas verdes.

Urkot resopló y chasqueó los colmillos.

—Y si los demás pudieran entenderlas, habrías aplastado el espíritu de todos los humanos de esta cámara.

—¿Y entonces? —Telok se volvió para mirar a Urkot—. ¿Quieres que mienta?

La pata delantera de Urkot se movió hacia delante y la articulación de su pata chocó con fuerza contra la de Telok. Telok gruñó y retiró la pata.

—Me gustaría que pensaras —dijo Urkot—. Somos sus protectores. Hay más cosas de las que protegerles que de los peligros de la jungla o de la ira de la reina —Se volvió hacia Ivy y juntó la parte superior de los antebrazos, uno al lado del otro, manteniendo la parte inferior del brazo derecho en línea recta con ellos. Era un gesto vrix de disculpa. Se inclinó—. Dice la verdad, pero sus palabras son duras como la piedra. Innecesariamente.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Ivy y se la secó rápidamente. No sabía qué más decir. Lo único que podía hacer era rezar para que Ketahn encontrara a Ahnset a tiempo.

Rekosh balbuceó suavemente.

—No recuerdo haber dicho esto antes, pero... bien dicho, Urkot.

Las mandíbulas de Telok cayeron, y sus ojos se oscurecieron. Hizo su propio gesto de disculpa.

—He permitido que mis propias preocupaciones me consumieran. Te pido perdón...

Su cabeza se inclinó hacia la entrada y ya estaba empuñando la lanza cuando la puerta emitió su habitual siseo y se abrió. Urkot también se puso en movimiento, medio segundo detrás de Telok. Pero ambos se congelaron cuando sus ojos se posaron en la figura que había en la puerta.

—Ketahn —exhaló Ivy. El alivio que la invadió fue tan fuerte que necesitó toda su fuerza de voluntad para mantenerse en pie.

Sus ojos se encontraron con los de ella; el dolor centelleó en sus profundidades violeta, pero estaba iluminado por una chispa de rabia. Por si eso no bastara para decirle que algo iba mal, apartó la mirada tras un instante.

Ketahn atravesó corriendo la puerta, y Telok y Urkot retrocedieron para dejarle espacio. El agua que goteaba de su piel se acumulaba bajo él, en el suelo, y la capa negra que llevaba sobre los hombros estaba empapada. También tenía un nuevo corte en un lado de la cara.

Se arrancó la capa, la arrojó a un rincón y pasó junto a Telok para coger una de las lanzas que había contra la pared.

—Telok, Rekosh, Urkot, venid conmigo —dijo en vrix—. Traed vuestras armas.

¿Dónde estaba la lanza de Ketahn? ¿Dónde estaba su bolsa?

¿Dónde estaban Ahnset y Ella?

Y lo único que Ivy consiguió decir fue:

—¿Ketahn?

Él la miró de nuevo y soltó un fuerte suspiro. Ella frunció el ceño; él sacudió la cabeza, con un movimiento minúsculo apenas perceptible. Aun así, fue suficiente para que su corazón se resquebrajara y se encogiera.

—¿Qué ocurre, Ketahn? —preguntó Urkot.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cole al mismo tiempo.

—Una cacería —gruñó Ketahn en español. Con una pata, apartó a Telok y se acercó a Ivy. Le puso un dedo bajo la barbilla, inclinando su cara hacia la suya, y se inclinó para apoyar su frente en la de ella—. Lo siento, mi *nyleea* —dijo cerrando los ojos, en voz baja.

Ivy cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No —Levantó las manos y le sostuvo la mandíbula entre ellas—. No.

—¿Qué demonios ha pasado ahí fuera? —preguntó Lacey.

—¿Dónde están las demás? —Aunque hablaba en voz baja, la pregunta de Ahmya retumbó en toda la habitación. La grieta en el corazón de Ivy se ensanchó.

—Volveré pronto —dijo Ketahn en su lengua materna. Su pulgar tembló al pasarlo sobre la mejilla de Ivy, enjugando sus lágrimas—. Deben estar listos para viajar, Ivy. Debes ocuparte de ello.

Ivy abrió los ojos y buscó su mirada.

—Ketahn, ¿qué está pasando?

—Volveré junto a ti, mi hilo del corazón. *Siempre* volveré —Bajó la mano, levantó la cabeza y se apartó de ella, encarándose a los demás humanos. Cambió al español—. Mantened las lanzas a mano. No salgáis de esta habitación. Volveremos enseguida.

Los otros vrix le miraban fijamente, ocultos tras máscaras duras y serias. Ketahn los miró brevemente y dijo en vrix:

—Vamos, hermanos. Rápido.

No volvió a mirar a Ivy antes de salir de la cámara. Telok le siguió inmediatamente. Urkot se quedó un momento mirando a Ivy con una mirada que casi denotaba una profunda tristeza, pero luego también se marchó.

Rekosh se detuvo en la puerta y se encontró con la mirada de Ivy. Le temblaron las mandíbulas y abrió la boca, pero no habló inmediatamente.

—Él lo explicará... Me aseguraré de que cuando vuelva, lo explique.

Y entonces él también desapareció.

La única señal de que Ketahn había vuelto era el agua encharcada en el suelo, mezclada con el barro que debía de tener pegado a las patas, y la capa empapada tirada en un rincón.

Ivy se quedó mirando a los vrix, desconsolada y entumecida mientras los demás hablaban a su alrededor, pero ella no escuchaba ninguna de sus palabras. Solo oía una voz que resonaba en su cabeza.

«Lo siento, mi *nyleea*».

Capítulo Cuatro

Un trueno retumbó en la jungla cuando Ketahn subió a lo alto del foso. La escasa luz que se filtraba a través de la tormenta dificultaba determinar la hora del día, pero su instinto le decía que era bien entrada la mañana.

Por los Ocho, ¿había perdido un día entero en Takarahl?

La lluvia martilleaba su piel, el barro se pegaba a sus manos y sus patas, y sus corazones latían furiosamente; no se habían calmado desde que había salido en persecución de Ahnset ayer por la mañana. No se detuvo a limpiarse el barro, ni siquiera se permitió mirar atrás.

Mirar atrás habría sido más de lo que podía soportar. Si lo hiciera, no tendría más remedio que volver con Ivy...

Pero su hermana le necesitaba. Por muy enfadado que estuviera con ella, por muy traicionado que se sintiera, Ahnset le necesitaba.

Gruñendo, Ketahn avanzó a toda prisa.

—Ketahn, espera —llamó alguien desde detrás de él.

Telok o Rekosh, quizá. Era difícil saberlo cuando los sonidos de la tormenta —la lluvia atronadora, el golpeteo de ramas y hojas y el aullido del viento— eran tan fuertes.

Ketahn apretó los dientes. Todos sus instintos le exigían que siguiera adelante. Su hermana estaba en peligro y su compañera volvía a estar sola. Había que poner fin a aquello cuanto antes. Pero, aun así, se detuvo, girando el torso para mirar hacia atrás.

Telok, Urkot y Rekosh habían seguido de cerca a Ketahn. Estaban cerca del borde del foso, con los cuerpos cubiertos de agua y barro, mirándole fijamente a los ojos, con una mirada aguda pero sin prejuicios.

No dudaba de que tuvieran mil preguntas. Sin embargo, aquel fuego furioso ardía con fuerza en el interior de Ketahn, amenazando con consumirle por completo, exigiendo ser saciado. No le permitiría dar un millar de respuestas, aunque hubiera tenido esas respuestas para dar.

Aunque ya había pasado un día desde que Ahnset había llevado a Ella ante la reina, Ketahn aún no era capaz de expresar con palabras lo que había sucedido, ni cómo se sentía al respecto.

—¿Qué vamos a cazar y dónde? —preguntó Telok, que estaba más cerca de Ketahn.

El tiempo se escapaba, momentos preciosos que nunca podrían recuperarse, perdidos entre la incesante lluvia.

—Eso es lo único que necesitamos —dijo Rekosh.

Las mandíbulas de Ketahn se juntaron, y la tensión onduló por su cuerpo.

—Garras y Colmillos —gruñó—. En Punta de la Aguja.

Algo centelleó en los ojos de sus amigos. No importaba si era comprensión o una leve

confusión, entendimiento o tristeza. Lo que importaba era que sus reacciones no eran de asombro, ni de vacilación cuando Telok avanzó a grandes zancadas con los otros machos detrás y golpeó con una pata delantera las patas traseras de Ketahn.

La Punta de la Aguja había significado algo diferente para ellos siete años atrás, cuando eran jóvenes y estaban ansiosos por demostrar su valía. Cuando habían sido demasiado inexpertos para comprender la verdad del mundo... la verdad sobre la reina.

Telok puso la lanza a su lado y juntó los puños inferiores, golpeándolos contra su pecho.

—Tienes mi lanza.

Otro gruñido escapó de Ketahn. Urkot y Rekosh imitaron el gesto de Telok y se hicieron eco de sus palabras, con la mirada firme.

No tenía ningún interés en ser el líder, pero la causa de la batalla que se avecinaba era justa... y era la suya propia. ¿Quién mejor para luchar a su lado que sus mejores y más antiguos amigos? Apretó los puños y la empuñadura de su lanza crujió en la parte superior de la mano derecha.

—Rescataremos a Ahnset —Ketahn se giró para mirar a sus amigos de frente y movió la lanza de modo que la punta quedara hacia el cielo mientras se golpeaba el pecho con los puños inferiores— y mataremos al resto. Hoy no habrá piedad.

—Alimentamos las raíces con sangre —dijo Rekosh.

—Que la Maraña devore sus huesos —retumbó Urkot.

—Conmigo, hermanos —Ketahn giró sobre sí mismo y se internó en la jungla.

Su entorno era un borrón mientras ascendía entre los árboles, abriéndose camino entre las poderosas ramas con sus garras. Sentía la Punta de la Aguja a lo lejos, tan claramente como habría sentido el calor de un fuego. Con cada segmento que cruzaba, su furia se encendía, haciéndose más intensa y ardiente, pero ahora estaba contenida, restringida a ese lugar de su interior, tan cerca de su hilo del corazón, donde podía convertirse en una herramienta como el horno de un alfarero o de un orfebre.

Cada paso era otro instante perdido; cada segmento recorrido era otra oportunidad de que Ahnset o Ivy sufrieran algún daño. Cada latido de sus corazones era un paso más hacia su muerte definitiva.

Pero ese día él sería el portador de la muerte. Contraatacaría a Zurvashi a través de sus subordinados si no podía clavarle él mismo una lanza en el corazón.

No volvió a mirar atrás; no lo necesitaba. Sabía que sus amigos le seguían, al igual que sabía que Ivy estaba a salvo en la nave, a pesar de las terribles advertencias que su mente le lanzaba.

«Pronto».

Cómo había llegado a aborrecer esa palabra.

Reprimiendo un rugido de frustración, Ketahn se impulsó aún más rápido. La tormenta seguía azotando la Maraña, los truenos sacudían las ramas y las gruesas gotas de lluvia atravesaban el follaje para golpear implacablemente la piel de Ketahn. Pero cada vez estaba más cerca de la Punta de la Aguja. Más cerca de su hermana. Más cerca de poder reunirse finalmente —y para siempre— con su compañera.

Aunque la zona que rodeaba Punta de la Aguja había cambiado mucho desde que él había ido por primera vez al comienzo de la guerra de la reina, a Ketahn le seguía resultando familiar. La rabia bullía en su interior, ansiosa por liberarse, por atacar a un enemigo, por derramar sangre; apretó la mandíbula y se obligó a contenerla. La fría lluvia no podía aliviar el calor que latía bajo su piel.

Con un movimiento brusco, hizo una señal a sus amigos para que aminoraran la marcha. Juntos, se arrastraron de sombra en sombra, manteniéndose pegados a las ramas sobre las que se

movían. Sus corazones se calmaron durante un instante cuando lo vieron: un anillo de árboles altos, con los troncos desprovistos de ramas desde las raíces hasta casi cuarenta segmentos del suelo. Ahora, las enredaderas se aferraban a esos troncos, con sus hojas verdes y púrpuras, exuberantes y densas, pero de color apagado por la débil luz del día.

La zona que rodeaba el anillo de árboles estaba cubierta de plantas terrestres, y los únicos árboles que había en aquel espacio eran jóvenes, no más altos que una hembra vrix adulta. La Maraña estaba reclamando la Punta de la Aguja, pero se movía a su propio ritmo y tenía más paciencia de la que jamás podrían tener los vrix o los humanos. ¿Qué eran los años para unos árboles altísimos cuyas raíces habían estado en el suelo antes de que la reina Takari descubriera la Guarida de los Espíritus?

Sin duda, habían bebido su ración de sangre. Pronto volverían a saciar su sed de ella.

En otro tiempo, hubo puentes de cuerda en los árboles que conectaban aquel amplio anillo central con la jungla circundante, y que discurrían entre plataformas situadas en lo alto de las ramas desde las que los Garras podían vigilar a los cráneo-espinas que merodeaban. Esos caminos habían desaparecido, y las pocas plataformas que quedaban estaban podridas y eran poco fiables. Así que Ketahn guio a sus amigos hacia abajo, manteniéndose fuera de vista de la Punta de la Aguja hasta que estuvieron de nuevo en el suelo.

Telok se puso en posición junto a Ketahn, y ambos se acercaron al borde de la espesa jungla que rodeaba la Punta de la Aguja, deteniéndose a la sombra de un árbol retorcido, mientras Rekosh y Urkot vigilaban sus flancos. La lluvia apenas tenía obstáculos en aquel tramo de terreno relativamente despejado. Caía en gotas irregulares que ondulaban con el viento, creando un velo translúcido a través del cual Ketahn observó el anillo de árboles.

Con la lluvia y la escasa iluminación, no podía distinguir ninguna de las estructuras que se encontraban en el corazón del anillo arbóreo, aunque suponía que todas menos los antiguos edificios de piedra estaban ya derruidos y cubiertos de vegetación. Entre los poderosos troncos solo se veían plantas, que crecían salvajes. La zona central también había estado despejada, pero hacía años que no se utilizaba.

Zurvashi lo había llamado la Punta de la Lanza, donde sus guerreros se habían reunido para prepararse para su incursión en la región de los cráneo-espinas. La punta de su poderosa lanza. Pero cuando Ketahn, sus amigos y sus hermanos de prole habían hecho su primer viaje hasta aquí, Ahnset la había llamado Punta de la Aguja.

Se habían reído de la broma, tanto porque tres de su grupo —Ketahn, Rekosh e Ishkal, el hermano de cría de Ketahn— habían sido tejedores, y debido a que Ketahn hablaba de matar monstruos con sus agujas cuando era niño. Aquel nombre se mantuvo, y desde entonces el grupo se refería a ese lugar como Punta de la Aguja.

Ketahn hubiera preferido olvidar por completo aquel lugar.

—Hay unas condiciones pésimas para el rastreo —refunfuñó Telok—. Ojalá la tormenta hubiese amainado.

Esa palabra, «ojalá», le recorrió el hilo del corazón a Ketahn como un par de garras perversas. Ese «ojalá» le había perseguido durante mucho tiempo, demasiado tiempo. Y sabía que seguiría haciéndolo incluso cuando todo aquello hubiera terminado, incluso cuando se hubiera librado de la reina. Todo lo que podría haber sido nunca dejaría de atormentarle.

Su mano se tensó en torno a su lanza. ¿Cuándo *acabaría* todo esto? ¿Cuándo habría un final, cuándo tendrían paz?

La respuesta le hizo apretar los dientes y luchar contra un calor más furioso. Siempre había sabido la verdad, siempre había sabido lo que haría falta.

Esto acabaría cuando Zurvashi estuviera muerta.

Un movimiento llamó su atención hacia la curva exterior del anillo de árboles. Una figura solitaria rodeó la curva, caminando a grandes zancadas por el exterior de la Punta de la Aguja con la lanza en la mano. Aunque era difícil distinguir los detalles, llevaba algo negro sobre el hombro: era un Garra de la Reina.

Ketahn entrecerró los ojos, esforzándose por ver con claridad. Además del pelaje negro, el Garra estaba envuelto en una capa marrón oscuro que ocultaba la mayor parte de su torso y cabeza. Las marcas verde pálido de sus patas solo podían distinguirse a medida que se acercaba.

Las mandíbulas de Ketahn se juntaron lentamente, pero con gran fuerza, y sus colmillos rozaron entre sí. Cada uno de sus músculos se tensó con el instinto de atacar; luchó contra ese impulso y se mantuvo en su sitio.

Telok se agachó, apoyándose con las dos manos en el árbol. Su atención estaba fija en el Garra.

—¿Está explorando o vigilando?

—Vigilando —Ketahn siguió moviendo los ojos en busca de otros vrix.

El Garra solitario se detuvo ante uno de los árboles centenarios, barrió con la mirada a su alrededor y se volvió para caminar en la dirección de la que había venido. Los latidos de los corazones de Ketahn marcaron el paso del tiempo. El Garra no tardó en perderse de vista más allá de la curva del anillo de árboles.

Pasaron unos cuantos latidos más antes de que un segundo Garra apareciera por el lado opuesto de la formación arbórea. Las marcas azules de sus patas parecían gris pétreo en la penumbra.

Este se movía con menos urgencia que el primero, aunque su zancada era más larga y suave. Ketahn y Telok observaron al recién llegado caminar hacia un árbol, el mismo en el que se había detenido el otro. El Garra también se detuvo allí, echó una mirada a la jungla y luego regresó en la dirección por la que había venido.

Pronto volvió a perderse de vista; el primer Garra reapareció poco después de que desapareciera el segundo.

—Guardias patrullando —dijo Telok—. No es lo más adecuado.

Ahora Ketahn no hizo ningún esfuerzo por contener su furia creciente.

—No esperan luchar. Esperan unas criaturas pequeñas y débiles a las que masacrar.

Giró la cabeza para mirar por encima del hombro y soltó un siseo corto y agudo. Cuando Rekosh y Urkot le miraron, les hizo un gesto con la mano. La pareja se acomodó en la espesa maleza cerca de Ketahn y Telok, y su atención se centró en el Garra al otro lado del claro.

—Dos ahí fuera —dijo Telok—. ¿Cuántos más habrá dentro?

—No los suficientes —gruñó Ketahn.

—¿No los suficientes para defenderse? —preguntó Urkot.

—No los suficientes para satisfacer mi ira.

Debían de tener más preguntas. Ketahn las habría tenido, si sus papeles fuesen a la inversa. Pero no preguntaron, y él les apreciaba aún más por ello. Ahora era el momento de actuar. Hablaría de ello más tarde.

A pesar de los años transcurridos desde que habían luchado unidos contra los cráneo-espinas, Ketahn sabía que sus amigos no necesitaban que les dijeran lo que había que hacer. El enemigo era otro, pero la guerra seguía siendo la guerra. Y la muerte era la muerte. Y mientras Zurvashi viviera, el ciclo permanecería inquebrantable.

El Garra con marcas verdes emprendió el camino de regreso hacia el otro extremo del anillo

de árboles. Ketahn se lanzó hacia delante, cruzando el claro rápida y silenciosamente, aunque el sonido de sus movimientos no superó el ruido caótico de la tormenta. Hizo algunos gestos rápidos al llegar al árbol donde los guardias que patrullaban habían cambiado de rumbo. Sin mediar palabra, Telok y Rekosh se separaron, dirigiéndose en dirección al Garra con marcas verdes.

Ketahn y Urkot se dirigieron al siguiente árbol, el último que el Garra con marcas azules debía atravesar para completar su ruta. Se apretaron contra el tronco, prepararon sus lanzas y esperaron.

En la mente de Ketahn comenzaron a aparecer imágenes. El par de Garras que habían flanqueado a la reina en la Guarida de los Espíritus, los oradores de espíritus conmocionados y horrorizados, la crueldad, el salvajismo y la inquietante satisfacción en los ojos de Zurvashi.

La sangre.

Sus mandíbulas se abrieron de par en par y sus dientes rechinaron unos contra otros. Venganza... Aquello era venganza, pero no era justicia.

El Garra con marcas azules pasó junto al árbol.

Ketahn se abalanzó, clavando su lanza con un gruñido. El golpe alcanzó al Garra en el centro de su espalda. La lanza vibró cuando la punta atravesó la gruesa piel, el tenso músculo y el duro hueso.

Gruñendo, el Garra se desplomó, sujeto solo por el arma que le atravesaba el pecho. Urkot ya estaba delante del Garra. Puso una gran mano alrededor de la garganta del Garra y apretó. Los huesos crujieron y, con una exhalación entrecortada, el Garra murió.

Ketahn apoyó las patas delanteras en la espalda del Garra y arrancó la lanza. La sangre brotó a borbotones de la herida, fluyendo hacia los charcos de barro del suelo.

Urkot sujetó el cuerpo por debajo de los brazos y Ketahn agarró las extremidades inferiores del Garra con la mano izquierda. Empujaron el cadáver hacia la maleza entre los árboles y entraron a una en la Punta de la Aguja.

Las plantas eran más espesas en torno al anillo de árboles, y Ketahn aminoró el paso para poder avanzar sin crear demasiado alboroto. Urkot se movió con el mismo cuidado justo detrás de él.

La pata de Ketahn chocó contra algo plano y sólido entre la maleza. Se detuvo para apartar con cuidado las hojas, revelando un tablón de madera desgastado por el tiempo, con los bordes carcomidos por los insectos y la humedad.

Aquí había habido una estructura, una de las muchas que se habían construido en el claro, algo sencillo que servía para resguardar las provisiones de la lluvia. Aquel trozo de madera no era más que un recuerdo persistente del bullicioso campamento que había ocupado la Punta de la Aguja. Un recuerdo del campamento que había parecido tan animado, pero que solo había traído muerte a la Maraña.

Ketahn continuó avanzando, agachándose más a medida que la vegetación disminuía. Las altas ramas que rodeaban este espacio le proporcionaban cobijo de la lluvia, pero el menor ruido de la lluvia le obligaba a moverse con mayor cuidado para evitar emitir cualquier sonido que pudiera alertar a sus enemigos.

A medida que se acercaba al borde de su cada vez más reducida cobertura, unas voces llegaron hasta Ketahn, pequeñas e indistinguibles por el viento. Urkot se separó justo antes de que el corazón del claro, donde las plantas llegaban solo hasta las articulaciones más bajas de las patas de Ketahn, quedara a la vista.

Manteniendo la lanza baja, Ketahn se arrastró hacia delante. El centro del claro se abría ante

él: las ruinas de piedra ahogadas por las enredaderas, sus bloques manchados por la intemperie, sus tallas ahora descoloridas, improntas indescifrables con significados perdidos en el tiempo. Las aberturas que conducían a las estructuras eran oscuras, enmarcadas por piedras perfiladas que se desmoronaban bajo las cargas que habían soportado durante cientos de años.

Ketahn se había sentido intrigado por las ruinas cuando las vio por primera vez, y llevaba mucho tiempo meditando sobre sus misterios. Se había preguntado por su pasado, por todo lo que habían presenciado aquellas piedras y los árboles que se alzaban a su alrededor, por los vrix que habían construido aquel lugar.

Ahora solo podía limitarse al presente; incluso el futuro era demasiado, y sus esperanzas en él estaban sometidas a un asalto constante.

Pudo distinguir cinco, no, seis figuras a través de la penumbra, reunidas en un grupo disperso ante la ruina más grande. Tres hembras, y tres machos. Las hembras estaban agrupadas con uno de los machos cerca, mientras que los otros dos machos estaban más separados y de espaldas, observando su entorno.

Apretando los colmillos de su mandíbula, Ketahn continuó con su avance cauteloso. Las copas de los árboles no solo bloqueaban lo peor de la lluvia, sino que profundizaban las sombras del suelo, permitiéndole acercarse más de lo que se habría atrevido. Cada segmento que recorría avivaba las furiosas llamas de su interior con más fuerza, más calor y más ferocidad.

—Este es el lugar —dijo alguien en voz baja que hizo que los corazones de Ketahn se agitaran. Era Ahnset. Parecía...

«No».

No iba a perder el tiempo con eso. Estaba viva y así seguiría siendo. El resto no era importante.

—Está mintiendo —dijo el macho más cercano a las hembras.

La Colmillo de la izquierda empujó a la hembra del centro: Ahnset. Una de las patas delanteras de Ahnset se dobló y cayó sobre la articulación de la pata, salpicando el barro. Ketahn captó un destello de ojos púrpura antes de que su largo pelo, entretejido con cuentas y piezas de oro, le cayera sobre la cara.

Sus dedos se curvaron y sus garras se hundieron en el suelo blando. Ansiaba que aquellas garras se enterraran en carne en lugar de en tierra, anhelaba que fuera sangre en lugar de agua lo que salpicara su piel.

—¿Dónde están las criaturas? —preguntó la Colmillo de la derecha.

Al acercarse, Ketahn pudo distinguir los adornos dorados de su torso, ocultos por la sombra de la pesada capa que llevaba sobre los hombros. Su hermana de cría carecía de esos adornos. Había dejado muchas de sus piezas de oro en Takarahl durante su estancia con los humanos, pero incluso lo poco que Ahnset había conservado le había sido arrebatado. Su cinturón, su collar, sus brazaletes y los pocos tejidos de seda que llevaba normalmente habían desaparecido.

Ahnset apoyó una mano en el suelo, manteniendo la cabeza inclinada.

—Están aquí. Aquí es donde han hecho su guarida.

—Jardok —llamó el Garra más cercano a las hembras—, ¿qué dices?

Un cuarto macho surgió de la oscuridad de la ruina central unos instantes después, agachándose por la entrada que se había derrumbado. Guardó un fragmento de cristal en una bolsa de su cinturón.

—Hay señales de madrigueras en la zona, pero son viejas. Este no es el lugar, Hakvahl.

Hakvahl miró a la Colmillo de la derecha.

—Está mintiendo, Leteki. Nos ha llevado por mal camino.

Ahnset levantó la cabeza para mirar a Hakvahl.

—Las huellas que tenías han quedado ocultas por la tormenta.

Ketahn se detuvo. Uno de los Garras que montaban guardia estaba a escasos segmentos de distancia, ajeno a la presencia de su enemigo; su atención se dirigía hacia la escena que se desarrollaba en el centro del claro.

Leteki agarró del pelo a Ahnset y la obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—Esto es lo que pasa cuando confiamos en los traidores.

La otra Colmillo agarró tres de los brazos de Ahnset, tirando de ellos hacia atrás.

Leteki deslizó la mano por su lanza, asiéndola justo por debajo de la punta, y presionó el filo de roca negra contra la garganta de Ahnset.

—Dime la verdad, traidora.

Capítulo Cinco

Los corazones de Ketahn reanudaron el ritmo frenético que habían mantenido desde ayer por la mañana, haciendo que todo su cuerpo palpitara con cada latido. Miró a su alrededor, buscando señales de sus amigos en los alrededores, pero no vio ninguna.

—Deberíamos atarla, colgarla y destriparla como a una bestia —dijo la Colmillo de la izquierda—. Eso aún sería algo mejor de lo que se merece.

Hakvahl se acercó a las hembras, con los finos pelos erizados.

—La reina quiere que le entreguemos a las criaturas pálidas. Esta traidora es nuestro único medio de localizarlas.

—Solo necesito unos momentos con su hermano de cría —espetó Leteki—, y cooperará. No la *necesitamos* —dijo, tirando con más fuerza del pelo de Ahnset.

Ahnset cerró las mandíbulas y los ojos, pero no emitió ningún sonido.

—Última oportunidad —dijo Leteki—. ¿Dónde están las criaturas?

—Son pequeñas —espetó Ahnset, abriendo los ojos para mirar fijamente a sus captores—. Quizá debáis mirar más de cerca.

Tanto si sus compañeros estaban preparados como si no, Ketahn no podía esperar más.

Salió de entre la maleza. El Garra más cercano giró la cabeza hacia Ketahn y abrió los ojos justo antes de que la lanza de Ketahn le golpeará por debajo del pecho, clavándose en su cavidad torácica.

Prácticamente, medio segmento de la lanza se introdujo en el cuerpo del Garra. El macho soltó un gruñido de confusión; la luz de sus ojos había desaparecido antes de que empezara a caer. Con la mano izquierda, Ketahn agarró la lanza del Garra y se la arrebató. El otro vigilante se había girado también, atraído por el sonido del ataque de Ketahn, pero no se había percatado del movimiento que había detrás de él.

La lanza de Urkot atravesó limpiamente el abdomen del otro Garra por detrás. El Garra gritó de dolor y agarró la lanza con las manos, temblorosas y ensangrentadas, bajando la mirada hacia la terrible herida. Urkot gruñó y apartó la lanza, tirando al suelo a su enemigo empalado.

Mientras Urkot liquidaba a su objetivo, otra lanza alcanzó a Jardok, que seguía de pie junto a la entrada de la ruina central. El trozo de seda colorida atado a la lanza la identificaba como el arma de Rekosh. Jardok retrocedió tambaleándose hasta Telok, que se había acercado sigilosamente por detrás. Telok agarró la cabeza del Garra con una mano, lo obligó a retroceder y le cortó el cuello con un cuchillo de roca negra.

—¡Traidores! —gritó Hakvahl.

La atención de Ketahn se desvió hacia Hakvahl, que sujetaba la lanza con una mano mientras

se quitaba el hacha del cinturón. Con un gruñido, Ketahn utilizó su lanza para apartar al Garra muerto, colocando el cuerpo entre él y Hakvahl justo cuando el Garra superviviente lanzó su lanza.

El arma golpeó la espalda del Garra muerto. Ketahn apenas había notado el impacto cuando dejó caer el cuerpo y lanzó la lanza de púas que había robado a su enemigo.

La lanza atravesó el aire a un palmo de la cabeza de Hakvahl para dar con el verdadero objetivo de Ketahn: Leteki.

La lanza impactó en lo alto de su pecho, cerca de su musculoso hombro, y tan solo la mitad de la punta la atravesó. Aunque la herida distaba mucho de ser mortal, sirvió para su propósito: la punta de su lanza se alejó de la garganta de Ahnset cuando el impacto torció su torso hacia un lado.

Hakvahl no miró atrás hacia Leteki; hacha en mano, rugió y cargó contra Ketahn.

Ketahn respondió con un rugido propio y arrancó su lanza del Garra caído. Cargó al encuentro de Hakvahl.

Ahnset echó el brazo hacia atrás y golpeó con el puño libre la cara de la Colmillo que la sujetaba. La sujeción de la Colmillo vaciló y Ahnset se soltó, lanzándose a un lado y barriendo con sus patas las de su oponente. La Colmillo perdió el equilibrio y cayó retorciéndose sobre la maleza. Cambió de posición la lanza y la blandió contra Ahnset, que atrapó el asta con una mano.

Rekosh era un borrón negro y rojo cuando se abalanzó sobre la Colmillo, con los cuchillos de roca negra en sus manos brillando por la humedad. Sus cuchillos cayeron sobre su enemiga más rápido de lo que esta pudo reaccionar.

Ketahn clavó su lanza en el pecho de Hakvahl en cuanto el Garra estuvo lo bastante cerca. Hakvahl se apartó, esquivando por poco la punta de la lanza, y atacó con su hacha. Ketahn esquivó el golpe e invirtió la trayectoria, atravesando con la lanza el abdomen de Hakvahl. El filo abrió la piel del Garra, haciéndole gruñir.

Antes de que Hakvahl pudiera contraatacar con un golpe de revés, Ketahn utilizó sus manos libres para agarrar el antebrazo de su enemigo. Sus garras atravesaron la carne y rasparon el hueso que había debajo.

—¡Gusano de la jungla! —Hakvahl pasó las garras de su mano inferior por el abdomen de Ketahn; el calor de aquel dolor no era nada comparado con el fuego de la rabia de Ketahn.

Ketahn bajó la cabeza y cerró las mandíbulas sobre el brazo extendido de Hakvahl. El Garra gritó, y las articulaciones de sus patas se doblaron. Dejando caer la lanza al suelo e inclinando la cabeza hacia Hakvahl, Ketahn apretó más fuerte el brazo.

El Garra cayó con la punta de la lanza de Ketahn colocada justo debajo de su barbilla. Su caída se detuvo bruscamente cuando la punta de la lanza de roca negra golpeó el interior de su cráneo. El ruido que hizo fue pequeño y breve.

Los cuatro Garras estaban muertos, y la Colmillo apenas se movía bajo las siluetas salpicadas de sangre de Rekosh y Ahnset. De los guerreros de la reina, solo Leteki permanecía en pie. Ketahn apartó a Hakvahl de un empujón y se volvió hacia ella mientras le arrancaba la lanza del hombro.

—No me importa si ella me mata por ello —gruñó la Colmillo, levantando su enorme lanza de guerra con la mano derecha y la lanza de púas más pequeña con la izquierda—, ¡Entregaré vuestras cabezas de traidores a mi reina como ofrenda!

Caminó a grandes zancadas hacia Ketahn, que extendió los brazos y se agachó, con los dedos enroscados y las mandíbulas levantadas.

—Entonces ven, Colmillo —gruñó—, y haz que se corten los hilos de tu destino.

Leteki soltó un rugido que rivalizaba con los truenos y aumentó su velocidad solo para sacudirse con un gruñido, con paso inseguro. Giró el torso para mirar hacia atrás; el asta de una lanza sobresalía de su espalda, y a diez segmentos detrás de ella se encontraba Telok, con el brazo aún extendido tras su lanzamiento.

Ketahn se precipitó hacia delante.

—¡Gusanos de la jungla! —rugió Leteki, enseñando las mandíbulas—. Pequeños inútiles...

Sus ojos se entornaron al ver a Ketahn. Retrocedió hacia él, blandiendo su lanza de guerra en un arco amplio y salvaje. Ketahn se agachó, utilizando las manos para añadir una última ráfaga de velocidad a su carga, y se impulsó hacia arriba. Golpeó su parte inferior, enderezando las patas para descargar toda la fuerza posible en el golpe.

A pesar de su tamaño y peso superiores, Leteki ya estaba desequilibrada debido a su ataque fallido. El inesperado impacto levantó sus patas delanteras del suelo. Su pata trasera derecha se dobló bajo el inmenso peso que de repente cayó sobre ella, y cayó hacia un lado.

A continuación, su lanza de púas ensangrentadas arremetió contra Ketahn. Este se balanceó lo suficiente para que el ataque cortara el aire a su lado y dejó caer los brazos derechos, cogiendo el asta del arma con ambas manos. Moviéndose con la fuerza de la estocada de Leteki, le arrancó el arma de las manos.

Empujó su torso hacia arriba. La suciedad, las hojas y la sangre se adherían a su húmeda piel, y la furia ardía en sus ojos carmesí. Cuando levantó la lanza de guerra para asestar otro golpe, su oscura capa, empapada por la humedad, se le enganchó en los brazos. El ataque se quedó a medio segmento de distancia, y la punta de la lanza emitió un suave *silbido* al cortar el aire vacío.

Ketahn ya había girado su empuñadura sobre la lanza de púas. Al inclinar el arma hacia Leteki, solamente vio el rostro de Zurvashi. Vio la malicia en sus ojos, la crueldad, el terrible y horripilante regocijo. Vio el *hambre*.

Ella no volvería a arrebatarle a nadie.

Si el rugido de Leteki había rivalizado con el trueno, el de Ketahn lo superó. La propia Maraña se estremeció a su alrededor, el cielo se arremolinó y las antiguas piedras de las ruinas gimieron. La cabeza de su lanza golpeó el centro del pecho de Leteki. La cabeza de roca negra atravesó el grueso hueso de su pecho y se detuvo bruscamente al chocar con algo igual de duro, pero él no cejó en su empeño. El asta del arma se dobló y se partió.

Leteki siseó y escupió, rechinando las mandíbulas. Sus manos libres arañaron el suelo en busca de apoyo, empujando su cuerpo hacia delante a pesar de la herida mortal que acababa de sufrir. Volvió a blandir su lanza, pero Urkot la detuvo y agarró por detrás los brazos de la Colmillo.

Urkot lanzó un grito, apoyó las patas delanteras en la espalda de Leteki y tiró de sus brazos con todas sus fuerzas. El hueso crujió.

El grito de dolor de la Colmillo terminó bruscamente cuando Ketahn le clavó la lanza rota en la garganta. Sus ojos carmesí le miraron durante varios latidos, oscilando entre el odio y el miedo.

Ketahn arrancó la lanza rota. La sangre brotó del agujero de la garganta de Leteki y se derramó por su pecho. Mientras sus músculos se relajaban y su cuerpo se aflojaba, Ketahn volvió a clavarle la astillada lanza en la garganta, una y otra vez, y otra vez, sin apenas oír los sonidos guturales que se le escapaban al hacerlo.

Ni toda su rabia pudo volver a transformar aquel rostro en el de Zurvashi. Su furia no podía

deformar la realidad y hacer que la hembra que tenía ante él fuera la reina.

—Ketahn —jadeó Ahnset. Giró la cabeza para verla apartándose de la otra Colmillo. Tenía las garras ensangrentadas y, ahora que estaba cerca, podía ver las manchas oscuras y descoloridas de su piel: había sufrido a manos de sus antiguos camaradas.

Por fin soltó la lanza rota. Urkot bajó el cadáver de Leteki al suelo mientras Ahnset se acercaba a Ketahn. Los hermanos se miraron fijamente, con los hombros y el pecho agitados por su respiración entrecortada, y mil emociones parpadearon en los ojos de ella. Sus mandíbulas subían y bajaban inseguras.

Un millar de emociones más se agitaban en el pecho de Ketahn, cada una en guerra con las otras. Todo esto... todo esto porque ella no le había escuchado. No podía culparla por intentar hacer lo correcto, pero él se lo había dicho. Se lo había *dicho*.

Y ella no le había creído.

No había *confiado* en él.

Le temblaba la mano cuando la alzó y agarró la nuca de Ahnset, atrayéndola hacia abajo para que su cabeza tocara la de ella. Ella cerró los ojos, soltó un suspiro tembloroso y apoyó sus grandes manos en los hombros de él. Al inspirar, su cuerpo se desplomó y cayó sobre las articulaciones de sus patas delanteras.

—Lo siento, Ketahn —farfulló—. Lo siento...

Ketahn se apartó de ella. Ella apoyó una mano en el suelo para evitar caerse, y el dolor de sus ojos al abrirlos casi lo desarma.

—Levántate, Ahnset —gruñó—. Debemos irnos.

Telok, Rekosh y Urkot estaban cerca, reunidos en torno a Ketahn y su hermana. Todos tenían la piel manchada de sangre mezclada con el agua de lluvia. Todos estaban tensos, silenciosos, solemnes. Y Ketahn... Su ira no se había desvanecido, pero estaba cansado y le dolía el cuerpo. Y también su espíritu.

Él solo quería abrazar a su compañera y olvidarse del resto del mundo.

Las garras de Ahnset se hundieron en el suelo.

—Por favor, Ketahn, debo...

Ketahn chasqueó los colmillos, con los finos pelos erizados.

—Levántate, ya. No me interesan tus palabras, hermana de cría. Necesito que te muevas.

—¿Qué hay de malo en dejarla hablar? —preguntó Rekosh, con voz baja e inusualmente insegura.

Inhalando lo que pretendía ser un suspiro tranquilizador, Ketahn se apartó de su hermana y cogió la lanza de guerra de Leteki. La lanza era casi un segmento más larga que él. Se encontró luchando contra el repentino impulso de partirla por la mitad y arrojar los trozos a la jungla.

Sus dedos se apretaron alrededor de la lanza, y la garra del pulgar se clavó en la madera.

—No hay nada que decir —Miró a sus amigos de uno en uno—. Buscad cualquier cosa de utilidad. Debemos volver al foso, reunir a los humanos y partir.

—¿Te refieres a iniciar nuestro viaje? —preguntó Telok—. Ni siquiera nos has contado lo que ha pasado.

Ketahn miró a Ahnset, apretando la mandíbula contra otra oleada de furia. Su hermana de cría agachó la cabeza, dirigiendo los ojos hacia el suelo.

—Ketahn y Ahnset están aquí —dijo Urkot, con palabras comedidas y tristes—, pero Ella no. Sabemos lo que ha ocurrido.

—Y no hablaremos más de ello —gruñó Ketahn—. Debemos irnos. Ahora.

Su mirada se detuvo un instante más en su hermana de cría. Ella estaba hablando, su voz era

poco más que un susurro entrecortado, el chirrido de una garra contra la piedra, pero él podía distinguir sus palabras sobre la lluvia.

—Lo siento. Madre de Cría, perdóname. Ella...

Ketahn se alejó de ella, pero aquellas palabras se aferraron a su hilo del corazón, arrastrándolo hacia la oscuridad de la que acababa de escapar.

Capítulo Seis

Ivy estaba de pie junto a la grieta del casco de la *Somnium*, rodeada de metal destrozado y cables cortados. Fuera de aquella grieta, el foso estaba a oscuras, como siempre, pero las luces de la nave —carmesí en el interior, y anaranjada en la luz de emergencia, que parpadeaba lentamente— captaban las numerosas gotas de agua que caían y bailaban sobre la superficie del charco.

La lluvia tamborileaba en el exterior de la nave. Alrededor de los bordes del cráter, el agua de la jungla caía en tropel formando un estanque, dejando poco margen para otros sonidos.

Si seguía lloviendo así uno o dos días más, aquel charco llegaría hasta el agujero de la nave. Aunque Ivy y los demás no tuvieran ya pensado marcharse, no les quedaría mucho tiempo antes de que la nave se inundara.

Una brisa fría rozó a Ivy. Se le puso la piel de gallina bajo las mangas del mono y se frotó las manos. Se había puesto el mono para prepararse para el viaje; aunque no la ayudaba mucho contra el frío, la mantenía seca.

Al menos, el dolor de su pelvis se había atenuado lo suficiente como para ignorarlo.

Ketahn le había dicho que permaneciera dentro, en la seguridad de la habitación sellada, pero no podía. No podía seguir allí, encerrada en una jaula mientras él estaba fuera ocupándose de quién sabe qué. Mientras él estaba en peligro.

Había intentado mantenerse ocupada, se había ocupado de las provisiones y había repasado mentalmente los preparativos más veces de las que podía contar, pero finalmente había aceptado que no había nada más que hacer, salvo esperar. Y eso le había dejado demasiado tiempo para preocuparse, para reflexionar sobre las muchas formas en que todo estaba saliendo mal.

Pensar en lo que Ketahn podría haber querido decir exactamente cuando dijo:

«*Lo siento, mi nyleea*».

Cerró los ojos contra el nuevo escozor de sus lágrimas y se mordió el labio inferior.

«*Estará bien. Es un cazador, un guerrero*».

Sus palabras de despedida retumbaron en su interior.

«*Volveré junto a ti, mi hilo del corazón. Siempre volveré*».

—Por favor, vuelve —susurró ella.

—¿Estás bien? —preguntó Cole desde detrás de ella.

Ivy se sobresaltó y se dio la vuelta para mirarle, mientras abría los ojos. Ni siquiera le había oído acercarse.

Llevaba también uno de los monos, con las mangas remangadas hasta dejarle los antebrazos al descubierto, y sostenía una de las lanzas que habían fabricado en la mano derecha. Bañado en aquel resplandor rojo, su figura resultaba siniestra. Sus ojos se cruzaron brevemente con los de

Ivy cuando se acercó a ella y se detuvo a su lado para contemplar la penumbra.

—Yo... no lo sé —respondió Ivy.

Cole se inclinó hacia delante y recorrió con la mirada la oscuridad del exterior.

—No deberías estar aquí sola, Ivy.

—Lo sé. Tenía que salir de allí. Me sentía...

—¿Ansiosa?

—Sí. Y... atrapada. Indefensa.

Cole la miró frunciendo el ceño. Cuando volvió a apartar la cara, levantó una mano y se rascó la barba de su mandíbula.

—Porque él está ahí fuera.

Ivy suspiró pesadamente.

—Cole, de verdad que no quiero volver a discutir contigo.

—No... —Dejó caer la mano—. No he venido aquí por eso, Ivy. No puedo culparte por pensar eso, pero en realidad no se trata de eso. Simplemente... entiendo por lo que estás pasando ahora mismo.

Arrugó el ceño e inclinó la cabeza.

—¿En serio?

—Es decir, nunca he deseado a un hombre araña ni nada parecido, pero lo entiendo —Una sonrisa juguetona se curvó en sus labios, pero desapareció tan rápido como había aparecido—. Mi padre era bombero. No estaba mucho en casa, y durante la temporada de incendios... a veces pasaba meses sin verle. Cuando era niño, todos los días llegaba a casa del colegio y me sentaba en el salón para hacer los deberes, pero en realidad me limitaba a mirar por la ventana. Esperando ver su camioneta aparcar en la entrada. Cuando tenía suerte, conseguía verle antes de acostarme. Eso era lo mejor. A veces me despertaba por la mañana después de que no hubiera vuelto a casa, y sentía pánico, ¿sabes? Y entonces veía sus botas junto a la puerta principal y sabía que había vuelto sano y salvo. Pero la mayoría de las veces... no tenía ni idea —Cole se pasó los dedos por el pelo, echándose hacia atrás mientras miraba la lluvia que caía—. Los niños del colegio pensaban que era increíble que mi padre fuera bombero. Pensaban que era genial, como si me pasara todo el tiempo con los putos dálmatas o sentado en camiones de bomberos con cascos de gran tamaño. Pero sabía que lo que hacía era peligroso, y sabía que cada vez que se marchaba podía no volver nunca más porque... porque cuando mi madre murió... —Cole cerró los ojos y apretó la mandíbula, inspirando con fuerza—. Porque cuando ella murió, le oí hablar con mi tío. Diciendo que era *él* quien salía y se enfrentaba a la muerte cada noche. Que era *él* quien se enfrentaba voluntariamente al peligro para proteger a la gente. Que debería haber sido *él* en vez de ella. Abrió los ojos y miró por el agujero del casco. Y ni una sola vez habló de nada de eso *conmigo*. Ni una sola vez me dijo que no tenía que preocuparme por él, o que estaba bien preocuparse, o... —Sacudió la cabeza y se rio sin humor—. Joder, lo siento, Ivy. Yo... no pretendía soltarte toda esta mierda. Solo que sé cómo te sientes, es todo lo que quiero decir. Que no tener ni idea de cuándo va a volver a casa alguien que te importa es un asco.

Ivy le puso la mano en el brazo. Cole la miró. Sus rasgos mostraban una vulnerabilidad que nunca había mostrado.

Se compadeció de él. Aunque su situación no había sido la misma que la de ella al crecer, el resultado había sido similar: una infancia en la que se había sentido solo.

—Gracias por compartir eso conmigo, Cole. Siento lo de tu madre y todo por lo que pasaste. Tuvo que ser muy duro de niño.

—Sí. Yo era muy pequeño cuando ella murió, así que... —Miró la mano de ella sobre su

brazo y volvió a fruncir el ceño, aún más intensamente que antes—. Ivy, yo no... —Soltó un fuerte suspiro—. La he cagado. Lo que hice contigo, con vosotros, estuvo mal, y todo mi pasado o lo que sea no lo justifica.

Ivy retiró la mano.

—No pasa nada. Ya pasó.

—No. No está bien. Lo que hice no estuvo bien. Y... lo siento.

Lo miró fijamente, observando su rostro. El remordimiento estaba ahí, claro como el agua, pero se mezclaba con la confusión y la incertidumbre.

—Supongo que ser amenazado por una araña gigante tiene una forma de poner las cosas en su lugar, ¿eh?

Cole se rio y sacudió la cabeza.

—Es un hijo de puta que da miedo. Pero en realidad... fuiste tú quien me hizo pensar. Podrías haber dejado que me destrozara. Joder, estabas en tu derecho de haberme pegado unas cuantas veces más. Estás buena y te deseaba, y supongo que estaba tan seguro de mí mismo, que cada vez que me mirabas, me sonreías...

—Ya, las cosas no funcionan así, Cole.

—Lo sé. Yo solo era ese chico del colegio, y nunca tuve a nadie cerca lo bastante valiente para decirme que era un capullo.

—Eres un capullo.

Hizo una mueca de dolor.

—Pero no eres un mal tipo. Estás aprendiendo —Ivy le sonrió—. Te perdono.

—Gracias, Ivy. De verdad... Gracias.

Los dos volvieron a mirar la tormenta y el silencio entre ellos careció de la incomodidad que Ivy podría haber esperado. Por desgracia, eso solo dio paso a su ansiedad: su compañero seguía ahí fuera. Ivy cruzó los brazos y volvió a frotárselos en busca de calor, deseando que fueran los brazos de Ketahn los que la rodearan, que fuera su calor y su cuerpo los que la protegieran.

—Si te sirve de algo, volverá —dijo Cole—. Parecía muy abatido cuando se fue, pero no creo que nada pueda detenerle cuando está así.

—Gracias, Cole.

Se quedaron allí, uno al lado del otro, mirando cómo caía la lluvia, cómo el nivel del agua subía más y más, escuchando los estruendosos truenos y sintiendo cómo reverberaban por toda la nave.

Cuando Ivy se dio cuenta de que volvía a rascarse el antebrazo —que, por suerte, estaba protegido por la manga—, cerró los dedos en un puño. La preocupación en su vientre la carcomía, haciéndola sentir enferma, pero no era nada comparada con la preocupación en su corazón. Nadie en su vida se había acercado a significar una pizca de lo que Ketahn significaba para ella. Y si lo perdía...

Respiró entrecortadamente y contuvo las lágrimas.

«No. Ni se te ocurra, Ivy».

Algo chapoteó en el estanque exterior.

A Ivy se le heló el corazón y se le entrecortó la respiración. El sonido apenas se oía sobre la cacofonía de la tormenta, pero estaba ahí, ella lo había oído y, por la mirada de preocupación que le dirigió, Cole también.

Sin mediar palabra, se retiraron de la abertura y entraron en la ruinosa sala de estasis a la que conducía. Cole se apoyó contra la pared cerca de la abertura e indicó a Ivy que se agachara antes de coger su lanza con ambas manos.

Como si no le hubiera bastado con desobedecer la orden de Ketahn, había olvidado su propia lanza. Él le había enseñado que era su herramienta más valiosa en la Maraña, y ella la había dejado en la habitación segura que había decidido abandonar a pesar de su advertencia.

Se escondió detrás de una criocámara cercana, con el corazón palpitando a un ritmo que rivalizaba con el de la lluvia, y la sensación de impotencia volvió a invadirla. No hacía mucho que se había escondido detrás de una de esas cápsulas mientras Ketahn luchaba contra Durax.

Desde el interior de la habitación, el sonido de la lluvia era diferente: más distante, más surrealista y, sin embargo, más concentrado. Era lo único que Ivy oía, aparte de los frenéticos latidos de su corazón, y se concentró en ello.

El sonido del exterior cambió y se amortiguó. El cambio era sutil pero inconfundible.

Algo bloqueaba parcialmente la entrada. Alguien o algo estaba entrando en la nave.

Ivy bajó la mirada hacia una larga barra de metal oxidada que yacía en el suelo frente a ella. Inclinandose hacia delante, cerró los dedos en torno a un extremo y la levantó con cuidado, apretando los dientes cuando hizo un leve chirrido contra el suelo. La acercó a su pecho.

Un gemido metálico surgió del hueco de la pared. Ivy soltó un suspiro tembloroso y apretó con más fuerza el arma improvisada. Era pesada y áspera, su superficie oxidada le rozaba las palmas húmedas, pero era mejor que nada.

Algo rozó el suelo de la cámara cerca de Cole. Antes de que Ivy pudiera siquiera preguntarse si había sido su bota o sus visitantes no identificados, se oyó un crujido, un grito «¡Joder!», y el fuerte golpe de algo contra la pared.

Toda la impotencia que había consumido a Ivy, toda su desesperación por ayudar a Ella y su incapacidad para hacerlo, la recorrieron en un flujo helado. Pero algo se encendió en su pecho y repelió el frío. Un fuego furioso, una determinación ardiente. Ya no era aquella chica ingenua y demasiado tímida para defenderse. No era una espectadora. Era una cazadora en potencia, una amiga, una compañera... una superviviente.

Y si Ketahn no estaba para proteger a los demás, haría todo lo posible por hacerlo ella misma.

Agarrando la barra metálica como si fuera un bate de béisbol, Ivy se puso en pie y corrió hacia el intruso gritando.

El vrix enorme que sujetaba a Cole contra la pared se retorció, y uno de sus brazos salió disparado para atrapar con la mano la barra de Ivy. El reconocimiento la golpeó en el instante en que sus miradas se encontraron.

—Ketahn —exhaló Ivy, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Soltó la barra metálica como si quemara.

—Ivy —gruñó mientras arrojaba la barra a un lado. Aterrizó con un fuerte estruendo.

—¡Lo siento! No sabía que eras tú. No lo habría...

—Te dije que te quedaras en la cámara —Sus mandíbulas se crisparon y chasquearon, y soltó un resoplido. Su puño se tensó en la tela del mono de Cole—. ¡Os dije que no salierais!

—Bueno, técnicamente, aún estamos dentro —replicó Cole. Seguía sosteniendo la lanza en una mano, aunque ahora la cabeza estaba inclinada hacia el techo, mientras con la otra sujetaba el antebrazo de Ketahn.

—Y a un hilo de haber sido atravesado —Ketahn soltó a Cole con un gruñido. Cole consiguió ponerse en pie, pero su lanza cayó, repiqueteando en el suelo, mientras Ketahn se volvía para mirar a Ivy de frente—. ¿Por qué me has desobedecido? ¿Por qué te has puesto en peligro? Si no estoy aquí para proteg...

Ivy se lanzó contra Ketahn, rodeándolo con los brazos y enterrando la cara contra su pecho

mojado y firme. Él estaba aquí. Estaba a *salvo*. Un escalofrío la recorrió.

—Estaba preocupada por ti.

Él se tensó y algo desconcertante le recorrió el cuerpo. Con un último gruñido, arrojó su arma y envolvió a Ivy con sus cuatro brazos, bajando la cabeza para acariciarle el pelo. Había desesperación en la fuerza de su abrazo, pero no le hizo daño, ni siquiera cuando sus dedos se enroscaron en su espalda y sus garras rasgaron su mono.

El calor le inundó el pecho. Allí era donde debía estar, en sus brazos. Allí se sentía bien. Donde se sentía *amada*.

—Siento no haberte hecho caso, pero ya no podía esperar más ahí dentro —dijo Ivy, girando la cara hacia un lado mientras unas lágrimas de alivio se derramaban por sus mejillas.

—No pasa nada —murmuró—. Estoy aquí, mi *nyleea*.

Un segundo vrix entró en la cámara por el hueco, Rekosh, portando un montón de lanzas atadas con una hebra de seda. Sin soltar a Ivy, Ketahn se apartó y dejó pasar a Rekosh. Les siguieron Urkot y Telok, ambos con bolsas abultadas además de sus bolsas habituales.

Ahnset entró la última. Se agachó lentamente por la abertura y no levantó la cabeza ni siquiera cuando la hubo atravesado. Había renunciado a la mayoría de sus adornos de oro mientras estuvo aquí, en la nave, pero Ivy no pudo evitar darse cuenta de que ya no los tenía, ni siquiera el anillo que Ahnset llevaba en la mandíbula derecha, como si la hubieran desnudado.

Los vrix estaban callados. Eso no era necesariamente inusual, pero había algo decididamente sombrío en su silencio y sus posturas. Y Ella... Ella no estaba con ellos.

La mente de Ivy volvió al breve regreso de Ketahn, a la forma en que había actuado y a lo que había dicho.

«*Lo siento, Ivy*».

Cole se agachó y recogió su lanza, frunciendo el ceño mientras miraba más allá de Ahnset.

—¿Dónde está Ella?

Ketahn se puso rígido y apretó con más fuerza a Ivy. Ella sintió los latidos de sus corazones, fuertes y rápidos, sintió la tensión en su pecho cuando respiró hondo. Cuando habló, lo hizo en voz baja y con dureza.

—Debemos irnos.

«*Él no ha contestado*».

El pecho de Ivy se contrajo al resurgir aquella sensación de temor. Se echó hacia atrás y lo miró.

—Ketahn...

—Ahora —gruñó Ketahn, separándose de ella bruscamente.

Ella se estremeció y cerró la boca de golpe.

Ketahn puso las manos sobre los hombros de Ivy y la hizo girar, guiándola hacia delante con la firmeza suficiente para dejar claro que no se resistiría.

—En serio, Ketahn, ¿dónde está? —exigió Cole.

Telok siseó, de forma breve y aguda, como un sonido universal para decir «*cállate*».

El frío entumecedor se extendió desde el miedo acumulado en el vientre de Ivy, llenando cada una de sus extremidades, mientras Ketahn la dirigía hacia el pasillo y la cámara de estasis, donde esperaban todos los demás. A cada paso, sentía las piernas más pesadas, los músculos menos sensibles, el corazón un poco más cerca de romperse.

Cuando llegaron a la puerta, Ketahn golpeó con la palma de la mano el botón que había junto a ella. Se abrió con una ráfaga de aire. Los rostros sorprendidos de la sala se volvieron hacia ellos.

Ahmya se apartó de la criocámara en la que estaba apoyada y se dirigió hacia la puerta. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Habéis vuelto!

La sonrisa se apagó en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Ivy.

Ketahn guio a Ivy al interior de la habitación, apartándose de la puerta para que los demás pudieran entrar detrás de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Callie, con el ceño fruncido.

—Ella no está —Cole apoyó la culata de su lanza en el suelo y miró con odio a Ahnset—. ¿Dónde coño está? ¿Qué le has hecho?

Ahnset no miró a Cole; mantenía la mirada baja, con las mandíbulas colgando. Urkot, Rekosh y Telok se miraron unos a otros con incertidumbre antes de desviar su atención hacia Ketahn.

Este no respondió a sus miradas interrogantes. Sus dedos se flexionaron y sus garras pincharon los hombros de Ivy a través de la tela de su mono.

—¡Respóndeme! —Cole se acercó a la vrix. Los músculos de su cuello estaban en tensión y empuñaba la lanza con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Tranquilízate, tío —dijo Diego, bajando de un salto de su criocámara y levantando las manos—. No sabes lo que dices.

—Pero Ketahn sí —dijo Lacey, con los ojos fijos en Ketahn—. Tenemos derecho a saber qué le pasó a Ella.

Ivy se encogió de hombros para quitarse de encima a Ketahn y se volvió hacia él, con la intención de hacerse eco de lo que había dicho Lacey, pero sus palabras se atascaron en la garganta cuando lo vio bajo la luz clara y brillante. Los vrix no parecían herirse con facilidad: sus pieles eran gruesas y duras, sus músculos densos y su piel oscura dificultaba la detección de heridas no sangrantes.

Pero Ivy podía ver ahora el daño que había sufrido Ketahn. Tenía numerosas manchas profundas y oscuras en el cuerpo, hematomas, algunos cortes pequeños y marcas de garras en el abdomen cubiertas de sangre seca. La más sorprendente de todas era la gruesa contusión que le rodeaba la garganta y que se ocultaba bajo el pelo suelto y húmedo a ambos lados.

Parecía como si lo hubieran atrapado con una sogá.

El corazón de Ivy dio un vuelco y el malestar que sentía en el estómago volvió a aumentar. Arrugando las cejas, se acercó a él y levantó la mano, rozando con las temblorosas yemas de los dedos la franja oscura que le marcaba la garganta.

—Ketahn, ¿qué ha pasado?

Ketahn le cogió la mano, manteniéndole los dedos fuera del alcance de su cuello. Un gruñido grave sonó en su pecho, y sus mandíbulas se crisparon.

—He fracasado.

El silencio se apoderó de la habitación, una fuerza sofocante y asfixiante mucho más pesada de lo que tenía derecho a ser. Lo rompió Ahmya, que preguntó suavemente:

—¿Fracasado?

—Ella ha muerto —La voz de Kethan era grave, áspera, hirviendo de rabia.

—¡Joder! —El rostro de Will se tensó mientras se llevaba las manos a la nuca y se apartaba del grupo.

Los ojos de Lacey se abrieron de par en par y se tapó la boca.

—Dios mío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Callie, dando un paso adelante. Sus ojos oscuros brillaban

con lágrimas, pero había furia en ellos. Señaló con un dedo a Ahnset—. *Confiábamos* en ti. En todos vosotros. ¿Por qué hiciste eso?

—Basta de charla —espetó Ketahn—. Hay que irse. *Ahora*.

Cole giró hacia Ketahn.

—¡Y una mierda! ¿Esperas que vayamos contigo después de esto? ¿Después de que tu propia hermana mandara matar a Ella?

Diego se pasó la palma de la mano por la cara y tragó saliva. Miró a Ahnset y apartó rápidamente la mirada, pero no fue lo bastante rápido como para ocultarle a Ivy las lágrimas de sus ojos.

Los hombros de Ahnset se hundieron y un escalofrío la recorrió. No hablaba español, pero estaba claro que entendía bastante bien a los humanos.

Las mandíbulas de Ketahn chasquearon.

—Ella no mandó matar a Ella.

—¡Y una mierda! —Cole sacudió la cabeza, con los músculos de la mandíbula crispados—. Ella estaría aquí con nosotros ahora mismo si tu hermana no se la hubiera llevado.

Ivy se zafó de la mano de Ketahn y retrocedió un paso. Le costó esfuerzo decir las palabras a pesar de la opresión que sentía en la garganta, pero las dijo.

—¿Qué ha pasado, Ketahn?

Ketahn la miró con el dolor y la ira arremolinándose en sus ojos violetas.

—Debemos irnos, mi *nyleea* —murmuró.

—Tenemos que saberlo. Nadie vendrá si no pueden confiar en ti —Ivy desvió la mirada hacia Rekosh, Urkot, Telok y, por último, hacia Ahnset—. Si no pueden confiar en ellos.

Durante un largo instante, Ketahn la miró fijamente, buscando algo, erizado por una emoción apenas contenida. Nunca le había visto tan maltrecho, tan desgastado, tan destrozado. Ivy no podía ni imaginarse por lo que había pasado. Si estuvieran los dos solos, le habría dado el tiempo que necesitara para procesarlo todo antes de pedirle que hablara...

Pero los demás necesitaban saberlo. Ivy necesitaba saberlo. Aunque se había apoderado de ella un extraño entumecimiento, había una chispa de rabia en su vientre esperando a ser avivada hasta convertirse en una llama abrasadora, y esa rabia habría sido mucho más fácil de aceptar que la pena en esos momentos.

—No encontré a Ahnset —dijo, manteniendo la mirada fija en la de Ivy—. Comparecí ante la reina cuando Ahnset llegó a Takarahl. Pidió ayuda, para curar a Ella. La reina la mató, y yo... no pude detenerla.

Diego maldijo. Se pasó las manos por el pelo, lo apretó y se dirigió hacia Ahnset.

—¿Por qué te la llevaste? ¿Por qué cojones te la llevaste?

Ketahn soltó un resoplido y caminó hacia su hermana. Se detuvo frente a ella, con su cuerpo formando una barrera entre Ahnset y los demás, y le dio la espalda.

—Para ayudar. Para curarla. Para salvar...

—Pero Ahnset sabía cómo era la reina —dijo Ivy—. Lo sabía y, aun así, se llevó a Ella.

Inclinó la cabeza y cerró los puños, que le temblaban.

—Ella lo sabía. Pero no... lo entendía. No lo vio con todos sus ojos.

Ahnset dijo algo en vrix, demasiado bajo para que Ivy pudiera entenderlo, y la tensión de Ketahn aumentó.

—Ella no se merecía esto —gruñó Diego—. Se estaba muriendo, pero no se merecía esto, joder. Se dio la vuelta y se alejó, apoyando los codos en una criocámara y enterrando la cabeza entre las manos.

Will se acercó a Diego y le puso una mano en el hombro.

—No lo merecía. Pero ha muerto —replicó Ketahn con firmeza, pero sin ser cruel—. Tú estás aquí. *Nosotros* estamos aquí. Si queremos vivir, debemos irnos.

De alguna manera, el temor que se había alojado tan profundamente en el interior de Ivy se intensificó. Apoyó la espalda contra la pared.

—Porque ahora la reina sabe lo nuestro —Ketahn miró a su hermana por encima del hombro—. Mandó a Ahnset con un grupo de cazadores para atrapar a todos los humanos.

—Joder, ¿y tú la has traído aquí? —Cole levantó una mano y se la golpeó en la cabeza, tirándose del pelo con fiereza—. Esto es una mierda. Estamos jodidos.

Con un resoplido y un brusco movimiento de cabeza, Ketahn dio un paso adelante.

—Ahnset los alejó de aquí.

—Pero volviste —dijo Lacey—, lo que significa que podrían haberte seguido.

Otro sonido de frustración brotó del pecho de Ketahn. Le temblaban los puños y se le erizaron los pelos de las patas. Los ojos de Ivy se posaron sobre Rekosh, Telok y Urkot. Estaban inquietos y malhumorados. Y seguían sujetando todas aquellas lanzas y bolsas de más...

—No lo han hecho —dijo Ketahn.

—¿Cómo puedes estar seguro? —Callie cruzó los brazos sobre el pecho; normalmente, habría sido una postura segura para ella, pero ahora solo transmitía nerviosismo.

—No les han seguido —dijo Ivy.

Will giró la cabeza para mirarla sin quitar la mano del hombro de Diego.

—¿Cómo puedes estar segura?

Cole se encaró con Ivy. Su expresión estaba tensa por la ira, pero en sus ojos brillaba el miedo.

—¿No ha pasado ya el momento de la confianza ciega, Ivy?

—No es confianza ciega —dijo ella, inspirando tranquilamente y luchando por tragarse sus abrumadores sentimientos—. Ketahn y los demás se marcharon con sus lanzas y sus bolsas. Mira con lo que han vuelto.

Los otros humanos se quedaron mirando a los vrix. El aire estaba tan cargado de emociones, tan cargado de tensión, que era un milagro que alguien pudiera respirar. Pero poco a poco los humanos se fueron dando cuenta.

—Los cazadores han muerto, pero vendrán más —dijo Ketahn. En ese tono, no había lugar para discusiones.

Y, sin embargo, Ivy sabía que había mucho más que no había dicho, mucho más que había sufrido desde que se había marchado. Le dolió por él, por Ella, pero siguió enfadada. Estaba enfadada con Ahnset, enfadada con la reina... enfadada consigo misma, por no poder hacer nada. En el silencio que se apoderó del grupo, Ivy cerró los ojos. Su imaginación evocó el rostro de Ella y...

Se obligó a abrir los ojos antes de que se le desbordaran los pensamientos. Imaginarse a Ella, o lo que podría haber sufrido...

No era el momento de lamentarse.

No tenían *tiempo* para lamentarse.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —sollozó Ahmya, secándose las lágrimas de las mejillas.

Callie cogió la bolsa y se la echó a la espalda.

—Nos largamos de aquí antes de que la reina venga a buscarnos.

Capítulo Siete

El éxodo de la *Somnium* fue miserable. La lluvia incesante hacía resbaladiza cualquier superficie sólida y convertía el suelo del bosque en un campo minado de profundos charcos y barro, con gran parte de la superficie oculta bajo capas de maleza, hojas y ramas caídas. Los monos eran impermeables y los vrix les habían dado a todos unas pieles parecidas a capas para añadir otra capa de protección, pero había agua por *todas partes*.

Se colaba por todas las rendijas de la ropa de Ivy. Se colaba por sus botas, goteaba por su cara y se deslizaba por debajo de su cuello, escurriéndose cada vez más. Y producía frío allá donde tocaba.

El frío y la jungla seguían siendo incompatibles para Ivy: las junglas eran cálidas y húmedas, ¿no? Se suponía que la lluvia debía aliviar aquel calor denso y opresivo. Pero aquella tormenta había vuelto la jungla gélida en comparación con lo que ella estaba acostumbrada, y solo se había enfriado a medida que la escasa luz gris del día se desvanecía.

Habían caminado durante horas, acurrucados tan cerca unos de otros que a menudo chocaban y tropezaban con los pies del otro. Los vrix habían rodeado al grupo de humanos, unos sombríos protectores a los que la lluvia no había impedido hacer nada, aunque Ivy no había pasado mucho tiempo observándolos. Había permanecido cabizbaja durante la mayor parte del viaje, tanto para protegerse los ojos de la lluvia como para vigilar sus pasos.

Aunque había adquirido una resistencia considerable viajando por la jungla con Ketahn, este viaje ya había minado la energía de Ivy. Entre las terribles condiciones, la pesada bolsa que cargaba, los fuertes calambres en la pelvis y... Ella, Ivy estaba agotada de todas las formas imaginables. No estaba segura de cómo mantenía los pies en movimiento, ni de cómo se mantenía erguida.

Pero lo que sentía no era ni una pizca del agotamiento que debía de estar sufriendo Ketahn.

Ivy se ciñó mejor la capa, levantó la cara y buscó a su compañero, parpadeando contra la lluvia.

Ketahn caminaba al frente de la formación. La oscuridad cada vez más profunda le convertía en una sombra imponente. Tenía los hombros encorvados bajo el peso de la abultada bolsa que llevaba a la espalda y sujetaba fardos de provisiones bajo los brazos. Su paso solía ser seguro y poderoso, pero ahora solo mostraba una amarga determinación ante su cansancio.

A Ivy se le encogió el corazón. Lo hacía por ella. Todo aquello era por ella. Y no pudo evitar culparse por el peso que él cargaba ahora sobre sus hombros.

—Creo que ya no siento las piernas —comentó Ahmya junto a Ivy.

—Las mías están en piloto automático —dijo Callie desde detrás—. Siento que si me

detengo, voy a desplomarme.

Lacey soltó una risita, aunque fue floja y sin aliento.

—¿Recuerdas cuando nos obligaban a correr en el colegio? Sí, así es como me siento ahora.

Callie se rio.

—Mis amigas y yo estábamos demasiado ocupadas hablando y siempre llegábamos las últimas.

Ivy sonrió. Aquellos días, aquellos recuerdos, estaban tan lejos que se preguntaba si habían existido.

—Yo también. Me metía en muchos líos por eso.

Ahmya giró la cabeza y sonrió tímidamente. Tenía la cara pálida y las mejillas sonrojadas.

—Normalmente, era una de las primeras alumnas en terminar, pero luego continuaba.

—Sobresaliente —dijo Lacey con una sonrisa burlona, dándole un codazo a Ahmya.

Ahmya se rio.

—Puede que sí.

—Siento como si mi cuerpo se hubiera olvidado de que solía correr cinco kilómetros cada mañana antes de ir a trabajar —dijo Diego.

Cole soltó una risita.

—Supongo que levantar pesas no me sirvió de mucho en el departamento de cardio.

—Bueno, considéranos atrapados en el día de las piernas indefinidamente —dijo Will.

Se rieron, pero la risa se interrumpió cuando el pie de Callie se enganchó en una raíz, lanzándola hacia delante. Ahogó un grito y chocó contra Ivy por detrás. Los ojos de Ivy se abrieron de par en par y soltó la capa de piel para estirar las manos y agarrarse mientras Callie y ella caían al agua y al barro.

Ivy cerró los ojos cuando el agua y el barro le salpicaron la cara. Las rocas y las ramitas le arañaban las palmas de las manos y se clavaban dolorosamente en las partes de las piernas donde Callie yacía encima. La bolsa le pesaba el doble y amenazaba con aplastarla.

Callie se apartó de Ivy.

—¡Joder! Lo siento mucho.

Ivy levantó la cabeza y se limpió el agua sucia de la cara.

—No pasa nada.

La lluvia seguía cayendo sobre ella, y el agua se derramaba por su mono. Aquel frío le penetraba hasta los huesos, haciéndola temblar. Pero lo peor de todo era aquella presión en la pelvis. Eligió aquel momento para reafirmarse, apretando sus entrañas con la dureza suficiente para hacerla aspirar bruscamente y hundir los dedos en el suelo blando.

Unas manos fuertes se deslizaron bajo sus brazos y la sacaron del fango. Por acto reflejo, estiró la mano y se agarró a los grandes y sólidos antebrazos de aquellas manos mientras la ponían en pie. A través de la cortina de su pelo mojado, solo podía distinguir la forma oscura de un vrix que se cernía ante ella.

Con un tacto más delicado, otra gran mano le apartó el pelo, despejando su vista. Por supuesto, era Ketahn, de pie ante ella, con los últimos rastros de luz gris del día reflejados en diminutos puntos en sus ojos violetas.

Le puso la palma de la mano en la mejilla.

—¿Estás bien, mi *nyleea*?

Ivy volvió la cara hacia él. Aunque su piel era áspera y callosa, era cálida y reconfortante. Deslizó la palma a lo largo de su brazo hasta cubrir su mano.

—Estoy bien. Gracias.

Junto a ellos, Urkot había ayudado a Callie a levantarse y le estaba ajustando la bolsa y la capa.

Ketahn se inclinó hacia delante, tocando con su cabeza la frente de Ivy. Inspiró hondo, lentamente, y soltó el aire con la misma lentitud. A Ivy no le pasó desapercibido el temblor de aquella exhalación.

Frunció el ceño y le cogió la mandíbula con las manos húmedas y frías.

—Tenemos que parar, Ketahn.

Era la verdad, por mucho que ella lo temiera, por mucho que temiera tener tiempo para que su mente vagara por senderos aún más oscuros que la jungla que la rodeaba.

—No. Debemos seguir —Él se enderezó, apartando el rostro de las manos de ella y retirando su tacto, y empezó a girarse—. Tan lejos como podamos, debemos seguir.

Ivy le agarró una de las muñecas. Él se detuvo y volvió a mirarla.

—No. Tenemos que parar. Tú tienes que parar —Se acercó a él, le pasó la mano por el brazo y le miró a los ojos mientras la tormenta continuaba a su alrededor—. Estás agotado, mi *luveen*.

La tensión temblaba bajo su piel, y su voz apenas se oía cuando dijo:

—Es demasiado pronto.

—Hemos viajado durante horas, es casi de noche, y habéis pasado por tanto. Muchas cosas que ni siquiera conozco. Además, ni siquiera te he visto comer —Ella posó las manos en su pecho; sus corazones palpitaban bajo sus palmas—. Por favor, Ketahn. Necesitas descansar —le dijo en vrix.

Ketahn la agarró por los hombros y la cintura. Sus mandíbulas se crisparon y sus dedos se flexionaron mientras la miraba fijamente, e Ivy no sabía si quería soltarla o acercarla. Su indecisión, su lucha interna, envolvió el corazón de Ivy como alambre de espino y se enroscó con fuerza. ¿Realmente pretendía presionarla hasta que no pudiera más?

—Tu compañera tiene razón —dijo Telok mientras se acercaba a ellos, clavando la punta de su lanza en el suelo delante de su pata delantera—. Poco conseguiremos si continuamos. Menos aún si tenemos que cargar contigo, Ketahn.

—Estamos demasiado cerca —Ketahn giró la cabeza y miró a lo lejos; Ivy sabía que miraba hacia Takarahl. Aunque él se lo había contado, la ciudad de los vrix era para ella como un lugar mitológico... pero quizás el término más apropiado sería un *lugar de pesadillas*.

Telok extendió una pata delantera, chocándola contra la de Ketahn.

—La luz se está agotando. Nuestros pequeños compañeros ya tienen bastantes problemas para ver, y están cansados por la angustia y la pena. Nos refugiaremos a salvo durante la noche.

Ivy alargó la mano para tocar de nuevo la mejilla de Ketahn, atrayendo de nuevo su atención hacia ella.

—Todos estamos juntos en esto, Ketahn. No tienes que cargar con todo tú solo. No tienes que romperte por nuestro bien —suavizó más su voz—. Estás herido.

Ketahn cerró los ojos y apoyó la cara en la palma de su mano, rozando su piel contra ella.

—No deseo ver tanto dolor en tus ojos, mi hilo del corazón.

—Es porque estoy preocupada por ti.

—Yo... Nos detendremos.

—Joder, gracias —dijo Cole desde algún lugar detrás de Ivy.

—Hay una hondonada cerca —Ketahn miró a Telok mientras cubría la mano de Ivy con la suya—. Es lo bastante grande para que nos refugiamos todos.

—Lo sé —dijo Telok—. Acompaña a tu compañera. Yo iré con Rekosh para asegurarme de que no está habitada.

El hueco estaba en la base de un árbol inmenso, cuyo tamaño resultaba aún más imponente gracias a la densa oscuridad que se cernía sobre la jungla. Una enorme hendidura en el tronco creaba una abertura en forma de cueva que empezaba a varios metros del suelo de la jungla. La hendidura era lo bastante ancha en su base como para atravesarla con un coche, y se iba estrechando a medida que subía hasta que el tronco volvía a unirse en una única pieza maciza.

Aparte de algunos restos —hojas y palos, sobre todo— y del espeso y suave musgo que se aferraba al tronco y crecía en el suelo, el interior estaba vacío. También era sorprendentemente espacioso, al menos hasta que todos estuvieron hacinados dentro.

Pero lo único que importaba era que estaba seco.

Todos los humanos se habían cambiado los monos, dándoles la vuelta a los mojados y dejándolos secar.

Vaya impermeabilidad.

El cambio de ropa solo había ayudado un poco contra el frío. Sin fuego, el grupo no tuvo más remedio que acurrucarse para calentarse mientras la tormenta arreciaba en el exterior. La lluvia caía a cántaros, el viento barría las ramas y sus aullidos resonaban débilmente en la hondonada, y los rayos surcaban el cielo y la tierra, sacudiéndolo todo con su furia.

Ivy se arropó con la manta y se acurrucó más contra Ketahn. Era como un horno ardiente contra su cuerpo helado. Sus brazos se estrecharon en torno a ella.

Al principio se había opuesto a tumbarse sobre él, pues no conocía el alcance de sus heridas y temía hacerle más daño. Pero Ketahn se había limitado a coger a Ivy en brazos y a colocarla en su lugar habitual mientras él se colocaba contra la pared interior del tronco. Se había negado a dejarla dormir separada de él.

A pesar de su preocupación por Ketahn, tuvo que admitir que aquella postura la ayudaba a aliviar algunas molestias de la pelvis.

Ivy recorrió a los demás con la mirada. No podía distinguir ningún detalle en la oscuridad, pero sus ojos se habían adaptado lo suficiente como para distinguir sus formas. La mayoría de los humanos dormían, se habían quedado dormidos en cuanto se acostaron, pero algunos, como Ivy, estaban despiertos e inquietos.

Telok, Rekosh y Urkot se habían colocado a los lados de la abertura; los dos últimos se habían echado a dormir con las lanzas en la mano. Ahnset estaba sentada sola en el centro de aquella abertura, de espaldas al grupo, una figura grande y sombría, silenciosa e inmóvil en su vigilia.

Se había separado de todo el mundo desde que Ketahn la había llevado de vuelta a la *Somnium*, y no había hablado, aparte de unas pocas palabras roncadas a Ketahn en la nave. Solo había sido... como una presencia, una sombra lúgubre que seguía al grupo mientras viajaban.

La persona que Ahnset había sido hace dos días había desaparecido.

Ahnset estaba dolida, pero Ivy no podía mirarla sin que le recordara lo que había hecho. Sin que le recordara que Ella había muerto y que Ahnset tenía la culpa. Ivy entendía por qué Ahnset se había llevado a la humana enferma. Ahnset solo había sido amable y cariñosa con Ella, y nunca le habría hecho daño a propósito, pero...

Era demasiado pronto para que aquello cambiara las cosas. Su pérdida era demasiado dolorosa. Habiendo visto la fuerza y la ferocidad de que eran capaces los vrix, Ivy solo podía imaginar lo que la reina le había hecho a Ella.

«El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones».

A la madre de Ivy le gustaba ese dicho, pero incluso ahora no estaba segura de creerlo del todo.

Ahnset había hecho lo que creía correcto. Había actuado para intentar salvar una vida. ¿En qué se diferenciaba eso de lo que había hecho Ivy al despertar a los humanos?

Ivy frunció el ceño y apoyó la frente en el pecho de Ketahn. Ella solo... necesitaba tiempo. La ira, el dolor y el sentimiento de traición aún estaban demasiado recientes.

Un trueno retumbó fuera, haciendo vibrar el interior del hueco.

Ketahn deslizó una mano por su espalda y le apartó el pelo de la mejilla. Y le dijo en español: —Descansa, mi *nyleea*. Descansa.

—Lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza —Ivy levantó la cabeza para mirarle—. Tú también deberías dormir.

Le acarició la mejilla, rozándole la sien con la punta de la garra.

—Mis pensamientos también están intranquilos. Pero estás a salvo. Estamos a salvo.

Ella no pudo ignorar la tensión en su voz, ni la forma en que sus mandíbulas se movían hacia abajo. Volvió a apoyar la cabeza y deslizó una de sus manos por su cuerpo hasta llegar a su garganta, donde acarició suavemente con el pulgar hacia delante y hacia atrás la piel magullada. Él emitió un trino silencioso.

La tormenta llenó el silencio que siguió, y ella solo pudo encontrar algo de consuelo en ello porque Ketahn la sujetaba con tanta seguridad, tan estrechamente.

—¿Hacia dónde pretendes llevarnos al amanecer? —preguntó Telok al cabo de un rato. Su voz áspera y ronca parecía sentirse a gusto entre los sonidos de la lluvia.

—En la dirección en la que hemos estado yendo —respondió Ketahn.

Telok no se mostró indiferente:

—¿Tus heridas te han vuelto loco, Ketahn?

Ketahn gruñó.

—No.

—¿Entonces sabes adónde nos conduces?

—Conozco la Maraña tan bien como tú, Telok. Sé adónde vamos.

—De un enemigo a otro —gruñó Telok—. ¿De qué nos servirá eso?

Ivy frunció el ceño. En vrix, preguntó:

—¿Qué quiere decir, Ketahn?

—Nos conduce hacia el territorio de las cráneo-espinas —dijo Telok.

Rekosh se revolvió y levantó el torso para mirar a Ketahn.

—Eso no parece muy sensato.

—Es el último lugar al que la reina esperaría que fuéramos —retumbó Urkot, inmóvil.

—¿Merece la pena el riesgo? —Telok seguía mirando a Ketahn; Ivy solo podía distinguir los pequeños reflejos de sus ojos verdes.

—Después de lo ocurrido... —Ketahn respiró entrecortadamente, con el cuerpo tenso—. Zurvashi buscará sangre. Los cráneo-espinas son sus enemigos, por lo que pueden servir de escudo contra ella durante un tiempo.

—También son nuestros enemigos. ¿Lo has olvidado?

Ketahn gruñó.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Ketahn ya nos condujo a su tierra en el pasado —dijo Urkot—. Y ahora confío en él, igual que entonces.

—No es cuestión de confianza —replicó Telok—. Durante la guerra no nos acompañó un

grupo de humanos y, aun así, el camino fue duro.

Rekosh emitió un trino pensativo.

—Esperaba que tú más que ningún otro vrix te opusieras a esto, Urkot. Alguna vez has regañado a Ketahn por sus riesgos innecesarios.

Entonces Urkot se sentó y cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Nunca habría regresado a Takarahl de no ser por Ketahn. Me habrían dejado pudrirme en el fango, otro guerrero caído en la guerra de Zurvashi. No deseo volver allí, pero si Ketahn cree que es la forma de proteger a nuestra tribu, le seguiré.

Con un gruñido, Telok se apoyó en la madera.

—Que los Ocho nos acompañen, porque esto es una insensatez. Las cráneo-espinas... no nos recibirán bien.

—Los humanos tienen un viejo dicho —dijo Ivy, haciendo una pausa para humedecerse los labios mientras intentaba componer las palabras en vrix—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. ¿Lo... entendéis?

Los dedos de Ketahn se apretaron contra ella.

—Sí, mi hilo del corazón.

—Palabras buenas y sencillas —dijo Urkot—. Me gustan.

—Espero que no sean demasiado sencillas —dijo Rekosh—. Tales asuntos rara vez lo son.

Telok chasqueó los colmillos.

—Las palabras no servirán de nada si los cráneo-espinas nos matan en cuanto nos vean.

—Por eso haremos todo lo posible para pasar desapercibidos —dijo Ketahn—. Dormid. Nos espera un largo viaje.

Los vrix se callaron, permitiendo una vez más que los sonidos de la tormenta devorasen cualquier otro ruido. El sueño aún parecía lejano a pesar del agotamiento de Ivy. Su mente vagaba por lo que podrían tener que afrontar en los próximos días, por la reina, por los «y si...» y los «podría...», por el futuro que les aguardaba.

Por Ella.

Por la muerte que no merecía.

Las lágrimas quemaron los ojos de Ivy. Se derramaron, cosquilleando sobre su piel hasta gotear sobre el pecho de Ketahn. ¿Y si Ivy nunca hubiera despertado a los demás? Ella habría...

Ella habría muerto igualmente.

«Me alegro de que me despertaras, Ivy» le había dicho Ella. «Me alegro de haber podido ver algo tan asombroso antes del final. He conseguido... ser uno de los ocho humanos de todo el universo que han conocido a los vrix».

Ivy respiró entrecortadamente.

Los cierres de Ketahn se enroscaron alrededor de sus caderas y él le bajó una mano por la espalda. Otra de sus manos le acarició el pelo.

—Estoy aquí, Ivy.

Aquellas palabras solo hicieron que se aferrara a él con más desesperación. Le rodeó la nuca con el brazo y subió por su cuerpo hasta meter la cara bajo su barbilla, con la punta de la nariz rozándole el cuello. Cerró los ojos y aspiró su aroma a caoba y especias.

«Estoy aquí, Ivy».

Si las cosas hubieran ido de otro modo, él no habría estado aquí para decir aquellas palabras. Quizá nunca hubiera escapado de las garras de la reina. Podría haber estado apartado de Ivy por siempre.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró ella, con sus lágrimas aún cayendo.

Él le pasó las garras por el pelo despacio, con suavidad, pero su respuesta fue firme.

—Todo lo que haga falta para mantenerte a salvo, mi hilo del corazón. Nunca te apartarán de mí.

—Podrías haber muerto hoy. O la reina, podría haber... haber... —Entonces se le ocurrió un pensamiento horrible. Todas las marcas en su piel, los moratones alrededor de la garganta y las muñecas. Sus dedos se aferraron a él—. ¡Dios mío! ¿Ella te obligó a...?

—No —roncó, con voz baja y ronca—. Me liberó la compañera de mi hermana de cría antes de que la reina intentara reclamarme —Ketahn echó la cabeza hacia atrás y rozó la frente de Ivy con su áspera boca—. Pasara lo que pasara, habría encontrado el camino de vuelta hacia ti. Eres mi compañera, mi hilo del corazón. Nunca te abandonaré. Nunca te traicionaré.

Capítulo Ocho

Unos gimoteos y una serie quejidos despertaron a Ivy. Inspiró profundamente y estiró sus miembros doloridos y rígidos.

La palma de la mano de Ketahn, firmemente aferrada a su trasero, presionó para sujetarla mientras sus cierres le acariciaban la parte exterior de los muslos.

Parpadeó y abrió los ojos mientras un estremecedor cosquilleo recorría su piel. Sin que nadie se lo pidiera, su sexo se contrajo y movió su pelvis contra Ketahn.

—Quieta, mi *nyleea* —murmuró él.

Ivy se quedó paralizada, de repente se dio cuenta de que tenía un bulto duro y prominente detrás de la abertura de él, justo en su centro.

—¡Uy!

Lo único que los separaba era el material de su mono. Un simple movimiento de su garra podría eliminar esa barrera, y entonces él estaría dentro de ella. Si hubieran estado solos, sin duda se habrían entregado al placer mutuo, como habían hecho tantas mañanas. Ella ansiaba su contacto, deseaba perderse en el olvido del éxtasis. Pero no era probable que Ketahn y ella tuvieran muchas oportunidades de satisfacer esas ansias en los próximos días.

La luz de la mañana brillaba fuera de la hondonada. No llovía, ni soplaba el viento, ni retumbaban los truenos; solo se veía la dorada y agradable luz del sol.

Besó uno de los moratones más grandes de su pecho.

—Ha cesado la tormenta.

—Sí —respondió Ketahn, con su voz profunda vibrando en ella—. Hoy nuestro viaje será más fácil.

Ivy levantó la cabeza del pecho de él y echó un vistazo al hueco. Telok no estaba, así que suponía que ya había salido. Todos los demás estaban despiertos o en proceso de despertarse.

Cole estaba de pie, con un hombro apoyado en el interior del tronco mientras masticaba una tira de carne seca, y Will estaba de pie con los brazos por encima de la cabeza, estirándose. Diego, sentado con un odre de agua en la mano, volvió sus ojos soñolientos hacia Will, recorriéndolo de arriba abajo. Ahnset, que había estado vigilando antes de que Ivy se durmiera, ahora estaba sentada a la izquierda de la entrada, con las patas recogidas contra el cuerpo.

Aunque era normal que la gente pareciera aturdida y desorientada cuando se despertaba por primera vez, el cansancio de los compañeros de Ivy parecía más profundo, y ella también lo sentía. Ayer ni siquiera habían pasado la mitad del día caminando y, sin embargo, a Ivy le habían hecho falta todas sus fuerzas y más para salir adelante.

—Creo que a todos nos vendría bien un día más tranquilo —respondió en voz baja.

—Lo sé, mi *nyleea* —Llevando un par de manos a sus caderas y la otra a sus axilas, Ketahn levantó suavemente a Ivy de encima de él, poniéndola en pie.

En el instante en que sus piernas tuvieron que soportar su peso, aquel dolor agudo y punzante se agudizó en su pelvis. Ivy respiró hondo, se encorvó hacia delante y apoyó las manos en los muslos, estrujando la tela del mono.

Ketahn se levantó tras ella, apartándole el pelo de la cara con una mano y agarrándola por los hombros con las otras dos.

—¿Qué te pasa, Ivy? ¿Qué te duele?

—¿Ivy? —preguntó Ahmya con inseguridad.

Diego se levantó y corrió hacia Ivy, agachándose para mirarla a los ojos.

—¿Qué es lo que sientes?

Ivy respiró hondo un par de veces y sacudió la cabeza.

—Estoy bien. Solo son unos calambres —Lo cual era cierto. Ayer habían sido persistentes, pero tolerables durante todo el día, pero en el momento en que Ketahn la había sentado en el suelo, se habían agudizado. Miró a Ketahn y sonrió—. Estoy bien. Te lo prometo. El dolor ya está remitiendo.

Ketahn ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, claramente poco convencido.

—¿Estás segura? —preguntó Diego.

Ivy asintió y se enderezó.

—Sí. Es probable que solo sea... cosas de mujeres, ya sabes.

—Ah. Ya lo pillo —Diego se levantó con una sonrisa torcida—. Lástima que no tengamos nada para remediarlo.

—Ojalá.

—¿Qué son *cosas de mujeres*? —preguntó Ketahn cuando Diego se apartó.

Sus mejillas se sonrojaron cuando se volvió hacia Ketahn.

—Son... cosas de humanos. Cosas normales.

Él gruñó y le cogió la barbilla.

—Eso no me ayuda en nada, Ivy.

Ella soltó una risita, le puso las manos en los antebrazos y se levantó sobre la punta de las botas para besarle la boca.

—Confía en mí. Estoy bien.

Ketahn inclinó la cabeza hacia delante, tocándole la frente con su cabeza, y soltó un suave trino.

—Ya lo hago, mi hilo del corazón.

—Tengo unas ganas tremendas de mear —dijo Callie. Caminó hacia la abertura del tronco, puso una mano en el borde de la madera y se asomó antes de volverse para mirar a los demás—. ¿Alguien más quiere acompañarme a esto detrás de un arbusto?

Sonriendo a Ketahn, Ivy se apartó de él.

—Me apunto.

—Yo también —Lacey se levantó, se sacudió el trasero y cogió su lanza, caminando hacia la entrada para colocarse junto a Callie—. ¿Y tú, Ahmya?

Ahmya asintió, poniéndose en pie.

—Creo que voy a reventar.

—Me quedará contigo —Ketahn acortó la pequeña distancia que Ivy había abierto entre ellos—. Pasan cosas malas cuando meas.

Ivy se rio y apoyó una mano en el pecho de Ketahn para detenerlo.

—¿En serio? Eso fue *una* vez, y en realidad ni siquiera estaba meando cuando el velocitigre se me acercó sigilosamente.

No iba a dejar que se olvidara de aquello, sobre todo porque tenía una cicatriz en la pierna como recuerdo del incidente.

Ketahn ladeó la cabeza.

—¿Un *qué*? Ya te lo he dicho, la bestia se llamaba *unac*. Y dijiste que ibas a orinar. No importa si lo llegaste a hacer o no.

—Un momento —dijo Callie, arqueando una ceja—. Primero, Ivy, nos tendrás que explicar todo eso más tarde, y segundo, Ketahn, tú no vas a venir a vernos mear.

Ketahn soltó un bufido frustrado.

—No voy a miraros. Vigilaré la jungla.

Ivy le acarició el pecho.

—Ya hemos hablado de esto, Ketahn. Esta vez tampoco estaré sola.

Sus mandíbulas se crisparon y desvió la mirada hacia los otros humanos. En su lengua materna, dijo:

—Eso no alivia mi preocupación.

—Está hablando de nosotros, ¿verdad? —preguntó Lacey, sonriendo. Alzó la lanza, aseguró los pies, adoptando una postura de combate y blandiendo el extremo puntiagudo del arma frente a ella—. ¿No confía en nuestras increíbles habilidades?

Una figura grande y oscura se acercó por detrás de Lacey, recortada por la luz de la mañana. Lacey se sobresaltó, pero antes de que pudiera girarse, la figura la había alcanzado por ambos lados, colocando sus grandes manos sobre las suyas en el asta de la lanza.

Telok se inclinó sobre Lacey, con la cara cerca de su oído, y le puso las manos inferiores en las caderas. A ella se le cortó la respiración. Apartó la mano que tenía en la punta de la lanza y giró ligeramente la otra, corrigiendo el ángulo de su brazo. Luego, con una pata delantera, le separó los pies para ampliar la postura.

Lacey puso los ojos en blanco.

—No podías dejarme tener mi momento, ¿verdad?

—¿Qué ha dicho, Ketahn? —preguntó Telok.

—Te ha dado las gracias por la lección —respondió Ketahn con un chirrido.

—No parecía un tono agradecido —Telok volvió la cara hacia Lacey, pero se detuvo. Sus mandíbulas se crisparon. Vacilante, apretó la cara contra su pelo e inhaló. Un trino grave sonó en su pecho.

Las cejas de Ivy se alzaron.

—Eh... ¿Qué está haciendo? —preguntó Lacey, quedándose muy, muy quieta.

—Te está... elogiando —Ivy se tapó la boca para ocultar la sonrisa.

Rekosh carraspeó.

—Parece que el cazador ha olfateado una nueva presa.

Con un gruñido, Telok se apartó de Lacey. Miró fijamente a Rekosh durante un instante antes de sacudirse y darse la vuelta.

—Deberíamos partir pronto, Ketahn, mientras el tiempo nos acompañe —Luego se perdió de vista.

—No sabría decir si eso ha estado excitante o no —dijo Callie cuando Telok se había ido. Estaba de pie, con los brazos cruzados y la cadera ladeada, con los labios abiertos en una amplia sonrisa—. Se puso como en la película de *Ghost* contigo.

El rostro de Lacey se tiñó de rosa cuando bajó la lanza y se irguió.

—Cállate. No ha hecho eso.

Ivy se rio.

—Sí que lo hizo.

—No puedo creer que hayáis visto esa película —dijo Ahmya—. Creía que era la única.

—Es un clásico. Una película que hay que ver... —Callie frunció el ceño—. Bueno, no es que vayamos a ver ninguna película en un futuro próximo. En fin, ¿ahora podemos ir a mear?

Ivy miró a Ketahn.

—No iremos lejos. Ahnset puede venir con nosotras si eso te hace sentir mejor.

Ahnset miró a Ivy al pronunciar su nombre, y luego desvió la mirada hacia Ketahn.

—¿Hermano de cría?

Sus mandíbulas subieron y bajaron, y cerró los puños a los lados. No miró a su hermana, sino a Ivy, y ella se dio cuenta de que estaba indeciso. No le culpaba. Comprendía sus dudas, su desconfianza, su ira, y sabía que gran parte de ellas procedían de su necesidad de mantener a salvo a Ivy.

Y de su incapacidad para hacer lo mismo con Ella.

Cambiando a vrix, Ivy se dirigió a Ahnset.

—¿Puedes vigilarnos fuera? —Se señaló a sí misma y a las demás mujeres.

Ahnset abrió las patas, se levantó e inclinó la cabeza.

—Vigilaré —Miró a Ketahn y colocó un puño sobre sus corazones—. Protegeré a tu compañera con mi vida, hermano.

Finalmente, Ketahn miró a Ahnset. Estaba en silencio, la tensión le recorría en oleadas, y su mirada era ilegible. Luego inclinó la cabeza con un movimiento superficial de cabeza.

—Lo sé, hermana.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ahnset mientras cerraba los ojos. Levantó los otros brazos y apretó las cuatro manos sobre el corazón, manteniendo la postura durante unos segundos. Cuando abrió los ojos, cogió su bolsa y su lanza que estaban junto a la pared, miró a Ivy y a las demás mujeres e hizo un gesto hacia el exterior.

—¡Por fin! —Callie bajó los brazos y salió del hueco con Lacey y Ahmya muy cerca.

Ivy rodeó a Ketahn con sus brazos en un rápido abrazo.

—Volveré.

Él le devolvió el abrazo con sus brazos inferiores, y los dedos de su mano superior derecha atraparon un mechón suelto de su pelo.

—Date prisa, mi hilo del corazón. Y no te alejes mucho.

Tras un momento de vacilación, la soltó.

Ahnset aguardaba fuera de la hondonada, como un centinela silencioso, hasta que Ivy cogió su lanza y se apresuró a seguir a las demás.

Cuando se refugiaron allí había oscurecido, y a la luz del día todo parecía diferente. La jungla era mágica cuando el sol la iluminaba así después de una tormenta, como un mundo de hadas sacado de un cuento fantástico, demasiado hermoso para ser real. Las gotas de agua se aferraban a las amplias hojas, brillando como cristales, el aire húmedo atrapaba los rayos del sol y los convertía en brillantes arcoíris, y la brisa olía a tierra, vegetación y lluvia fresca.

Las hembras partieron, bajando por la abertura de la hondonada y subiendo por una pendiente. Recorrieron el camino con cuidado, pisando raíces, piedras y vegetación siempre que podían. Las pocas zonas de barro que tuvieron que atravesar eran, afortunadamente, poco profundas.

Con la luz del sol llegó el calor. A Ivy le daba en la cabeza cada vez que atravesaba los haces

de luz que se colaban por el follaje. Después del frío de ayer, agradecía el calor, aunque probablemente se convertiría en un sufrimiento a medida que avanzara el día y subiera la temperatura.

Pronto llegaron a un lugar donde el denso follaje del suelo de la jungla estaba interrumpido por varias formaciones rocosas. Las enredaderas verdes y púrpuras que se aferraban a las rocas contrastaban con las piedras pálidas, que brillaban tenuemente cuando les daba la luz. Cientos de flores amarillas y anaranjadas estaban esparcidas entre las enredaderas, con los pétalos abiertos para absorber la luz del sol. Aquel lugar le recordaba a Ivy a esos viejos jardines que había visto en las fotos: los que tenían muros de piedra cubiertos de enredaderas y flores silvestres que crecían a lo largo de los senderos empedrados.

Callie se detuvo junto a un arbusto y arrancó varias hojas.

—Nunca pensé que esta sería mi vida. De la universidad a mear en el bosque.

—No creo que ninguna de nosotras se imaginara esto —dijo Ahmya, acomodándose el largo pelo negro detrás de la oreja y mirando a su alrededor—. ¿Nos reunimos de nuevo aquí?

—Me parece bien —Lacey se alejó y desapareció entre un par de árboles—. No puedo aguantar más.

—Yo tampoco —Con las hojas en la mano, Callie se giró y se introdujo por el espacio que separaba unas plantas altas y cubiertas de vegetación.

Ahnset se detuvo junto a Ivy y plantó la culata de su lanza en el suelo justo cuando Ahmya se alejaba. La vrix se cruzó de brazos.

—Diles que no vayan lejos.

—¡Ahnset dice que no vayáis muy lejos! —gritó Ivy en español.

—¡Vale! —le gritó Lacey.

Ivy señaló al suelo y dijo en vrix:

—Nos reuniremos todas aquí de nuevo.

Ahnset vaciló antes de levantar una pata delantera y golpearla ligeramente contra la pantorrilla de Ivy.

—Os esperaré.

Aunque el enfado de Ivy no había desaparecido, gran parte de él se había desvanecido de la noche a la mañana. Sabía que a Ahnset ya la devoraba la culpa por lo ocurrido. Una parte de Ivy pensaba que Ahnset se lo merecía, pero otra parte de ella, una parte mayor, odiaba ver a la antaño orgullosa guerrera tan desmejorada. Tan... sola. Todo el mundo comete errores, y este... este había sido uno terrible. Uno que le había costado casi todo a Ahnset.

Ivy alargó la mano, tocó uno de los codos de Ahnset y le dedicó una sonrisa.

Ahnset se tensó. Miró los dedos de Ivy y se estremeció, cerrando los ojos.

Ivy retiró la mano, se volvió y rodeó una de las rocas más grandes. Por su parte trasera, era evidente que no se trataba de un simple peñasco, sino de toda una formación, sus numerosos salientes creaban gradas desiguales hasta llegar a una parte más ancha y plana que acababa desapareciendo bajo la tierra y la vegetación. El agua se acumulaba en los surcos de muchos lugares, clara y brillante, y la piedra que respaldaba cada uno de esos charcos mostraba signos de decoloración por la corriente que se había deslizado por sus caras a lo largo de incontables años.

Clavó la lanza en el suelo, recogió algunas hojas y las amontonó en un saliente rocoso a su alcance. Una vez cavado un agujero en el suelo con la bota, se desabrochó el mono, recogió el exceso de tela en el brazo y se puso de cuclillas. No era la postura más fácil ni la más cómoda, pero Ivy se las arregló. Casi gimió al hacer sus necesidades. Cuando terminó, utilizó las hojas para limpiarse y las miró.

Estaban cubiertas de sangre.

Ivy dejó caer las hojas en el agujero y miró entre sus piernas. Había más sangre en el interior de sus muslos y manchaba la entrepierna de su mono.

—Maldita sea.

Por supuesto que le había venido la regla. Era lógico, dados los calambres, y solo era cuestión de tiempo, ¿no?

Pero eso era lo último que necesitaba, sobre todo ahora.

Levantándose, cubrió el agujero de tierra con un pie y se acercó a las rocas. Se mojó, maldiciendo cuando el agua fría le resbaló por las piernas, y luego se lavó los muslos. Después se sentó en el saliente de piedra junto a uno de los charcos y se limpió la sangre del mono.

¿Qué diablos iba a utilizar para hacer frente a esta situación? No había compresas, tampones ni copas menstruales en los depósitos de suministros de emergencia.

—Siglo XXII y todavía no consideran los productos de higiene femenina una necesidad. Imagínate —refunfuñó mientras sumergía la entrepierna del mono en el agua para limpiarla un poco más.

—Ivy.

Ivy levantó la cabeza al oír la voz de Ahnset. La vrix se erguía ante ella con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada. Lacey, Callie y Ahmya estaban detrás de ella.

—Estabas tardando mucho, así que queríamos venir a ver cómo estabas para asegurarnos... —Los ojos de Ahmya se entrecerraron y se abrieron de par en par—. Oh.

A Ivy se le puso la cara roja. Menuda pillada con los pantalones bajados, literalmente. Estaba sentada en medio de la jungla sin nada más que las botas.

—Sí, yo... tengo un problema —dijo Ivy.

Callie hizo una mueca de dolor.

—Qué putada.

Ahnset se acercó.

—Estás sangrando —Se le erizaron los pelillos de las patas—. ¿Dónde te duele?

Ivy miró hacia abajo con el ceño fruncido. Se había limpiado, pero la sangre se acumulaba en el borde de la piedra donde estaba sentada, y un chorro diminuto y diluido se deslizaba por el saliente. Apretó los muslos y dejó escapar un suspiro frustrado.

—No estoy herida —dijo en vrix, volviendo a mirar a Ahnset—. Es... mmm...

Las mandíbulas de Ahnset se estremecieron. El miedo y la pena brillaban en sus ojos, y su voz era inestable.

—¿Cómo puedes sangrar sin tener ninguna herida?

—Las hembras humanas sangran una vez cada... cada ciclo lunar. Es algo natural. Es una señal de que podemos dar... de que podemos tener una cría —Ivy se puso una mano en el vientre y luego se acunó los brazos, cambiando al español—. Un bebé.

La colonización había sido el plan de la Iniciativa Mundo-Hogar. El deber de Ivy como colona habría sido dar a luz a una nueva generación. Pero desde que se despertó, no se le había pasado por la cabeza la idea de tener un bebé. Y desde luego no iba a ocurrir ahora. Ella era humana, y Ketahn... Él era vrix.

Aun así, no pudo evitar una punzada de tristeza en su corazón. Siempre había querido tener una familia, una de verdad, llena de amor. Algo diferente a la familia fría y solitaria con la que había crecido. Ivy sabía que Ketahn habría sido un padre increíble, protector y cariñoso.

«Ketahn es suficiente. Siempre será suficiente».

Los ojos de Ahnset se agrandaron y se le erizaron de nuevo los pelos de las patas. Miró

fijamente el vientre de Ivy.

—¿Tú... entonces no estás herida?

Ivy negó con la cabeza.

—No.

—Toma —dijo Lacey, tendiéndole un puñado de musgo verde—. Obviamente, no es una compresa, pero debería absorber la sangre.

Ivy cogió el musgo. Era blando y un poco esponjoso.

—Gracias.

Pidió a Ahnset un trozo de seda de su bolsa, y las otras mujeres se volvieron para dejar a Ivy un poco de intimidad mientras fabricaba algo para mantener el musgo en su sitio. Tenía un aspecto ridículo y era incómodo, pero era todo lo que podía hacer por el momento, y sin duda era mejor que nada.

—No tengo muchas ganas de que me venga la regla —dijo Ahmya.

Callie soltó una risita.

—Sobre todo cuando no hay ni un baño de burbujas ni un trozo de chocolate en mil años luz a la redonda.

Lacey arrancó varios trozos más de musgo de una roca cercana.

—Bueno, la única forma de evitarlo sería quedarme preñada. Quiero decir, ese *era* el plan, ¿no? —Giró la cabeza y miró a los demás—. Hay tres tíos. ¿Alguno de vosotras le ha echado el ojo a alguno?

—Sé que *tío* te ha echado el ojo.

—Ya vale. Telok solo estaba corrigiendo mi postura.

Callie se rio, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Ves! Ni siquiera he dicho *vrix*, y tu mente ya pensaba en él.

—Sí que te observa mucho —dijo Ahmya.

Ivy cerró su mono y miró a Ahmya, sonriendo.

—Rekosh también parece observarte mucho, Ahmya.

Ahmya se sonrojó.

—Entonces, ¿deberíamos mencionar la forma en que Urkot le miró el culo a Callie durante su baile de la victoria? —preguntó Lacey con una sonrisa burlona.

Callie la miró boquiabierta.

—¡No es verdad!

—Oh, síííí. Se quedó mirando ese meneío de culo —Lacey se giró y movió el trasero, con los brazos en alto, imitando el baile de Callie.

Las mujeres se rieron; les vino bien hacerlo, tener unos momentos de alegría y despreocupación.

Con la cabeza ladeada, Ahnset miró a las humanas.

—¿Estáis hablando de los machos?

—Sí —respondió Ivy en *vrix*—. De cómo Rekosh, Urkot y Telok las han estado mirando a menudo.

Ahnset dejó escapar un suave castaño.

—Sentimos curiosidad por los de vuestra especie. Los *vrix* no ocultan su interés por los demás —Una de sus manos se levantó para rozar su mandíbula; su dedo se detuvo en la carne ligeramente más pálida donde había estado la banda dorada, y sus mandíbulas se hundieron—. Por lo general, no.

—¿Tienes... pareja, Ahnset? —preguntó Ivy.

—Sí. Pero yo... Su lugar está en Takarahl, y el mío... en ninguna parte.

Una vez más, a Ivy se le encogió el corazón por Ahnset, y así se extinguió la rabia que había albergado. ¿De qué habría servido? Ahnset formaba parte del grupo, de la nueva familia de Ivy, y nadie sentía más dolor que ella por lo ocurrido.

Ivy acortó la distancia que la separaba de Ahnset y apoyó la mano en el brazo de la vrix.

—A todos nos llevará tiempo curarnos, pero tienes que saber, Ahnset... que lo comprendo. Tú... lo sacrificaste todo por la oportunidad de ayudar a Ella, y no lo habrías hecho si no pensaras que era lo correcto. Siento que hayas perdido tanto, hermana.

Ahnset respiró entrecortadamente e inclinó la cabeza. Su voz era terriblemente débil y rota cuando dijo:

—Ella perdió más.

Ivy se puso de puntillas y estiró el brazo; apenas pudo tocar la barbilla de Ahnset con la punta de los dedos.

—Ella sabía que iba a morir. Dijo que estaba contenta de ver esta jungla y de conocer a los vrix. De conocerte a ti. Su vida era... Era *más* gracias a que tú estabas en ella. Y quería agradecértelo.

El enorme cuerpo de Ahnset se estremeció violentamente y cerró los ojos. Aquella fuerza y determinación seguían ahí dentro, en alguna parte, Ivy lo sabía, pero ya no se le notaba nada.

—Siempre tendrás un lugar entre nosotros, Ahnset —dijo Ivy con suavidad.

Lentamente, con cuidado, Ahnset se inclinó para apoyar su cabeza en la de Ivy.

—Gracias, hermanita.

—Deberíamos volver —dijo Ivy—. Si nos quedamos aquí mucho tiempo, los machos vendrán a buscarnos.

Capítulo Nueve

—*Zirkita* —dijo Will, dejando que parte de la suciedad de su mano cayera entre sus dedos.

Ketahn cerró la boca, satisfecho porque el intercambio de palabras avanzara por sí solo.

—No —respondió Rekosh en español—. *Zirkeeta*.

Will frunció el ceño. Giró la cabeza para mirar a Ahmya, que estaba sentada a su lado en una roca junto al arroyo.

—¿No es eso lo que acabo de decir?

—¿*Zir... kita*? —Ahmya hizo una mueca de dolor.

Ivy apretó los labios. Estaba arrodillada en la orilla del arroyo con otros humanos, relleno los odres. Miró a Ketahn y sonrió con complicidad.

Ketahn sonrió y, de algún modo, contuvo un castaño.

Pero Urkot no lo hizo.

Will frunció el ceño.

—Ha vuelto a reírse. Cada vez que decimos *zirkita*, Urkot se ríe.

Rekosh soltó un bufido.

—No es *zirkita* —Se llevó una mano a un lado de la cabeza—. Humanos, escuchad. *Zirkeeta*.

Lacey levantó las manos.

—¡Eso es lo que hemos dicho!

Los humanos y los vrix habían estado aprendiendo el idioma del otro desde que se reunieron, pero los dos últimos días de viaje habían acelerado el proceso. Habían pasado gran parte del tiempo intercambiando palabras mientras atravesaban la Maraña. Que Rekosh pareciera aprender más rápido que los demás no era ninguna sorpresa: siempre había tenido talento para hablar, incluso cuando debería haber cerrado la boca.

—*Zirkita* —dijeron al unísono Will, Ahmya y Lacey.

Respirando lentamente, Rekosh juntó las yemas de los dedos, creando un triángulo con cada par de manos y haciendo que sus largas y afiladas garras se tocaran en las puntas. Sus mandíbulas se crisparon.

—Escuchad —Se agachó y recogió un montoncito de tierra con una mano inferior—. *Zirkeeta*. Luego aplastó las palmas de las manos superiores una contra otra, las separó ligeramente y deslizó un dedo de la otra mano inferior por el hueco.

—*Zirkita*.

Ahmya frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Cole se rio desde su posición en una roca cercana.

—Seguro que está diciendo polla.

—¿Qué? —Los ojos de Ahmya se abrieron de par en par mientras miraba de Cole a las manos de Rekosh, y sus pálidas mejillas se sonrojaron. Enterró la cara entre las manos—. Dios mío.

—¿Por qué demonios está hablando de su polla? —preguntó Lacey.

Ivy se echó a reír.

Ahmya levantó la cabeza y dirigió su mirada traicionera hacia Ivy.

—¡Tú lo sabes!

Cerrando el odre de agua que tenía en la mano, Ivy se levantó y se acercó a Ketahn.

—Sí. Pasé por lo mismo con Ketahn, pero ha sido más divertido veros a vosotros.

—La cara de Ahmya se ha puesto casi tan roja como mis marcas —dijo Rekosh en vrix. Ladeó la cabeza y volvió los ojos hacia Ketahn—. ¿La he enfadado?

Ketahn carraspeó.

—Estaba avergonzada por lo que dijo.

—Los de su especie no prefieren la sinceridad —dijo Urkot—. Y no parece que se sientan cómodos exponiendo sus cuerpos.

—Entonces, ¿cómo se dice *zir...* *zirk...* esa palabra? —preguntó Ahmya.

—No es posible decirla. Al menos, no creo que podamos —respondió Ivy, dejándose caer para sentarse a la sombra frente a Ketahn—. Nuestras cuerdas vocales no pueden producir el sonido correcto para ello.

Acercándose, Ketahn rodeó a Ivy con la parte inferior de sus brazos y la atrajo contra su pecho. Sus cierres se desplegaron para enganchar las caderas de ella. Él y su compañera habían pasado mucho tiempo en el arroyo cercano a su guarida, ya fueran tumbados al sol, sentados a la sombra o escapando del calor en el agua. Habían disfrutado de muchos días tranquilos de aprendizaje, de intimidad, y de paz.

Echaba de menos aquellos días. La tribu no podría permanecer aquí mucho más tiempo, pero él saborearía estos momentos.

—¿Qué sonido correcto? —Will sacudió la cabeza—. ¡Son exactamente iguales!

Diego se sacudió el agua de las manos y se acercó a Will desde el arroyo, tendiéndole un odre lleno de agua cuando se acercó.

—No. Hay una especie de chasquido en la que te estás equivocando.

Ivy se relajó contra Ketahn y deslizó sus manos frías sobre los antebrazos de él.

—Sí. Para nosotros es bastante sutil, pero empezarás a percibirlo. Los vrix son mucho más sensibles a las vibraciones, incluso a las más débiles de las voces.

—Supongo que tendré que intentar prestar más atención —Will aceptó el odre de Diego con una sonrisa y bebió un largo trago.

—Y seguiremos con la suciedad —dijo Lacey. Señaló al suelo mientras se encontraba con los ojos de Rekosh—. *Suciedad*.

—*Zirkeeta* —corrigió Rekosh, pronunciando cada sonido.

Lacey negó con la cabeza.

—En español. *Suciedad*.

Rekosh volvió a mirar a Ketahn.

—¿Ahora se niegan a aprender?

Las mandíbulas de Ketahn se alzaron en una sonrisa un poco más amplia.

—No pueden decir la palabra, Rekosh. No pueden emitir ese sonido.

Los ojos de Rekosh se entrecerraron.

—Lo sabías desde el principio, ¿no?

—Sí.

Urkot carraspeó, con los hombros temblorosos por la diversión.

—Al menos no les mostraste tu verdadero miembro, Rekosh.

—No tengo necesidad de recurrir a tales métodos —Rekosh chasqueó los colmillos—. Simplemente, requiere cierto esfuerzo comunicarse con estos humanos, y estoy dispuesto a hacer ese esfuerzo.

Un trino pensativo sonó en el pecho de Urkot.

—¿Y esa disposición incluye a tu miembro?

—No hace falta que sigamos hablando de mi vástago, Urkot. Si necesitas entretenimiento, hay muchas rocas a tu alrededor con las que puedes intimar —Rekosh miró a Ahmya, y sus ojos recobraron la calma—. Estas hembras ya están incómodas con nosotros. No deseo causarles más miedo.

—¿Ahora hablan de pollas? —preguntó Callie. Había estado tumbada en el suelo a unos segmentos de distancia con el brazo sobre los ojos, pero ahora dejó caer el brazo y levantó la cabeza, entrecerrando los ojos contra la luz del sol—. Esta vez no he oído ningún chasquido.

Cole soltó una risita.

—Oye, Ketahn, ¿vosotros comparáis...?

—Tío —Diego fulminó a Cole con la mirada.

—¿Qué? Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

Callie se puso de lado y apoyó la cabeza en la mano.

—*Todos* sabíamos lo que ibas a decir.

Los humanos se echaron a reír y, tras una rápida explicación de una sonrojada Ivy, los vrix carraspearon. Pero la diversión de Ketahn no le ayudó a comprender por qué a los humanos se les ocurriría hacer tales cosas. ¿Qué importaba lo grande o pequeño que fuera el miembro de un macho en comparación con los de sus amigos? Mientras la pareja estuviera satisfecha, daba igual.

¿Necesitaban los machos humanos demostrar que eran dignos de sus posibles parejas demostrando que tenían los miembros más grandes? ¿Quizás los machos con miembros más grandes tenían más probabilidades de tener una descendencia fuerte? Pero nada de eso parecía acertado, dada la preferencia de los humanos por cubrirse el cuerpo.

La conversación continuó, los humanos y los vrix se enseñaban nuevas palabras, y Ketahn dejó vagar su mirada. Este lugar junto al arroyo era bueno. El sol calentaba, pero no demasiado, el agua era clara y fresca, y el suelo estaba cubierto de hojas suaves y hierba. Este era el tipo de lugar en el que quería establecerse con su tribu.

Pero no pudo evitar sentir las ausencias en el grupo. No era solo Ella, aunque su ausencia era la más impactante; Ahnset y Telok se habían marchado para hacer guardia, uno río arriba y otro río abajo. Ketahn quería que Telok estuviera aquí para compartir las bromas entre los amigos, y quería que su hermana de cría estuviera aquí simplemente... para formar parte de todo aquello. Que supiera que era bienvenida.

Si tan solo hubiera encontrado la forma de decírselo desde que abandonaron la *Somnium*.

Su ira había sido demasiado fuerte, su dolor y su culpabilidad demasiado crudos, y solo había contenido esas emociones concentrándose en el viaje. ¿Qué consuelo podía ofrecer a su hermana cuando él mismo había encontrado tan poco?

La tormenta había sido de lo peor que habían encontrado hasta ese momento, pero había llovido en abundancia en los dos días transcurridos desde que estalló la tormenta, lo que ralentizó

considerablemente a los vrix. Fue incluso más duro para los humanos. Si no estuvieran todos tan sobrecargados con sus provisiones y el equipamiento, los vrix podrían haber cargado con los humanos y haberse subido a los árboles para acelerar su viaje.

En todo momento, Ketahn había sentido un picor instintivo en la espalda, una opresión ansiosa en las tripas. Había esperado tener que echar un vistazo por encima del hombro y ver a los Garras de la Reina persiguiendo al grupo, o a Zurvashi desgarrando la Maraña con su furia vengativa. Sabía que ella no se rendiría.

Telok y él habían trabajado juntos para ocultar sus huellas lo mejor posible, por lo menos las que no se borrarían con la lluvia, pero eso no disminuía su preocupación. Era imposible viajar sin dejar pruebas de su paso, y avanzaban lo bastante despacio como para que cualquiera que les siguiera la pista acabara alcanzándoles, incluso siguiendo un rastro oculto.

Durante todo ese tiempo, Ahnset se había mantenido apartada. Había hablado un poco más desde que escoltó a las hembras humanas la mañana siguiente a la tormenta, pero Ketahn le había dedicado pocas palabras. Fuera lo que fuera lo que quería decirle, fuera lo que fuera lo que sentía por ella, simplemente había sido incapaz de sacarlo. La brecha entre ellos se había abierto tanto que no sabía cómo cruzarla.

Unos dedos le rozaron la mandíbula.

—¿Estás bien?

La voz y el suave tacto de Ivy sacaron a Ketahn de sus pensamientos, y bajó la mirada para encontrarla mirándole. Sus ojos eran de un azul más puro que el cielo, rebosantes de afecto y preocupación, tan hermosos, tan profundos.

Y ella era suya.

Los cierres de Ketahn se apretaron alrededor de sus caderas. Ansiaba sentir su piel, ansiaba la comodidad de su cuerpo.

—Lo estaré, mi hilo del corazón. Cuando acabemos con todo esto, lo estaré.

Ivy sonrió y deslizó la mano por detrás del cuello de él, empujándolo hacia abajo hasta que pudo acercar los labios a su boca.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Un trino grave y satisfecho brotó de su interior. Enredando los dedos en su pelo, le tocó la frente con su cabeza y aspiró su aroma, que era más dulce y fuerte que cualquier cosa que hubiera olido antes.

—Lo sé. Y yo siempre estaré aquí para ti, mi *nyleea*.

Ketahn permaneció así, dejando que sus corazones palparan y el arroyo burbujeara y chapoteara, hasta que la piel le picó por la necesidad de moverse. Por muy cómodo que se hubiera sentido aquí, Takarahl estaba demasiado cerca, y la distancia que Ketahn y su tribu habían recorrido en los dos últimos días era demasiado corta para justificar más descanso.

Los humanos profirieron algunos quejidos desanimados cuando Ketahn por fin se separó de Ivy y les dijo que era hora de irse, pero todos se pusieron en marcha igualmente. Mientras ayudaba a Ivy a levantarse y a ponerse la bolsa, Ketahn pasó la mirada sobre los demás, observando la rigidez de sus movimientos.

Entendía su cansancio y su dolor. Sus dolores no habían hecho más que aumentar desde que abandonaron la nave, e incluso él, que había recorrido incesantemente la jungla durante años, ya estaba cansado. Pero todos los presentes sabían lo que les esperaba, al menos lo suficiente como para mantener las piernas en movimiento a pesar del agotamiento.

Una vez que Urkot se hubo puesto en pie y recogido su parte de las provisiones, utilizó dos pequeños trozos de roca negra para hacer señales a Telok y Ahnset. Los dos vrix regresaron de

sus puestos de vigilancia justo cuando el resto del grupo se disponía a partir.

Varios humanos echaron miradas de añoranza por encima del hombro mientras dejaban atrás su pequeño refugio junto al arroyo, entre ellos Ivy. Pero rápidamente desvió su atención hacia Ketahn y le ofreció una sonrisa que era a la vez cansada, brillante y esperanzada.

Encontraría un lugar donde establecer su hogar, y superaría a todos los demás en belleza y serenidad. Sería lo que Ivy llamaba un *paraíso*. Daría a estos humanos, su tribu, lo mejor de este mundo.

Se lo daría todo a su compañera.

El sol siguió su camino por el cielo. Ivy solo lo vio directamente unas pocas veces a través del denso follaje de la jungla mientras ella y sus compañeros continuaban su camino. Telok había tomado la delantera, Urkot y Rekosh los flancos, y Ketahn la retaguardia. Ahnset, aunque seguía callada, caminaba entre los humanos cerca del centro de su dispersa formación. Aunque las emociones del grupo seguían siendo intensas y confusas, a Ivy le pareció que todos se alegraban de tenerla cerca.

Con una vrix como Ahnset cerca, hasta las bestias más grandes y malvadas de la jungla daban un poco menos de miedo.

Aunque Ivy habría preferido tumbarse en la orilla del arroyo, tomar el sol del mediodía y conceder a su cuerpo exhausto su mayor deseo —la quietud—, sabía que tenían que marcharse. Lo había sentido profundamente, hasta los huesos, y le había infundido una inquietud penetrante, incluso cuando se había acurrucado contra Ketahn.

Sus piernas la maldecían a cada paso. No podía culparlas; les había pedido tanto y le había dado tan poco a cambio.

«Por el lado bueno, mi culo va a estar muy tonificado después de tanto caminar».

Se burló Ivy de sí misma. Encontrar el lado positivo en una situación difícil era una buena forma de mantener la motivación, pero ¿realmente era lo mejor que se le ocurría?

«Ya no estoy sangrando».

Vale, eso estaba mejor, pero no era exactamente lo que había querido decir. La mañana después de la tormenta, estaba convencida de que su ciclo menstrual había vuelto con fuerza. Eso debería haber significado tener que lidiar con un flujo abundante durante unos días.

Pero ni ayer ni hoy había sangrado. De hecho, había dejado de sangrar antes del anochecer del día en que había empezado. Y aunque los calambres habían persistido, afortunadamente eran lo bastante leves como para ignorarlos mientras caminaba.

Aunque no estaba dispuesta a tener la regla todos los meses, se alegraría cuando su cuerpo se deshiciera por fin de los efectos persistentes de la estasis y volviera a la normalidad.

Echó un vistazo por encima del hombro. Ketahn caminaba a poca distancia detrás de ella, girando la cabeza y mirando a su alrededor; era alto, fuerte y estaba alerta a pesar de las heridas y el cansancio.

Cuando su mirada se posó en ella, estaba dirigida hacia abajo, sin duda centrada en el culo que acababa de contemplar. Ivy sonrió y contoneó un poco las caderas unos pasos. Las mandíbulas de Ketahn se alzaron y el hambre avivó sus ojos antes de que se alzaran para encontrarse con los de ella.

Por bajo que fuera, oyó su lujurioso gruñido con perfecta claridad. El sonido le llegó directamente a su núcleo.

Los que la rodeaban, tanto los vrix como los humanos, eran todo lo positivo que necesitaba. Sí, a veces se peleaban. Los ánimos se habían caldeado de vez en cuando desde que todos se habían despertado, había habido discusiones, sufrimiento y tragedia. Pero bajo todo ello había una poderosa camaradería. Aquella situación terrible había unido a todas esas personas, que tenían tan poco en común, con unos lazos más fuertes de lo que Ivy podría haber imaginado jamás.

Y Ketahn era el centro de todo ello. El núcleo, el corazón. Sin él, nada de esto habría sido posible, y todas las dificultades a las que se había enfrentado Ivy habían merecido la pena solo por ver esa mirada en sus ojos cuando se posaban en ella.

Sonrió para sus adentros. Su compañero. Su amante. Su propio hombre araña, sexy e insaciable.

«Eso es algo que nunca me imaginé pensando».

Ivy se aferró a la plenitud de lo que sentía por él mientras avanzaba.

Dios, parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que habían tenido un momento a solas. Desde que la había tocado íntimamente, desde que aquellas manos grandes, callosas y con garras se habían deslizado sobre su cuerpo desnudo, desde que había introducido su gruesa polla dentro de ella, desde que su eje alienígena la había llenado y acariciado tan deliciosamente...

Ivy se mordió el labio inferior con los dientes para atrapar el gemido que amenazaba con salir de su garganta. Ansiaba volver a conectar con él.

«Pronto. Ten paciencia».

Las conversaciones aparecían y desaparecían a su alrededor. A veces Ivy participaba, a veces no, pero todas le gustaban. La mayoría de esas conversaciones terminaban bruscamente cuando el grupo se encontraba con algún obstáculo: un acantilado bajo que tenían que escalar utilizando raíces al descubierto y hebras de seda; una amplia depresión que se había inundado con la lluvia; un parche de maleza enmarañada tan plagado de ramas y lianas caídas que arañaba sin piedad las piernas y la ropa.

Superaron todos esos retos, pero el ritmo del grupo se ralentizaba un poco más con cada uno de ellos. A última hora de la tarde, las conversaciones esporádicas casi habían muerto, sustituidas principalmente por resoplidos y jadeos agotados.

Aunque su rostro no lo delataba, Ivy juró que Ketahn parecía más preocupado cada vez que le echaba un vistazo. Había recorrido la jungla con él lo suficiente como para saber que, a pesar de su esfuerzo, en realidad no habían cubierto mucho terreno. Ivy nunca había sido buena calculando distancias, pero dudaba que hubieran recorrido más de ocho o diez kilómetros desde que salieron por la mañana. Los dos días anteriores no habían sido mucho mejores.

Y si solo habían recorrido veinticinco o treinta kilómetros desde que salieron de la *Somnium*, eso significaba que Takarahl seguía estando demasiado cerca. Por muy absurdo que fuera pensar así, la reina solo estaba a veinte minutos en coche.

Ivy se estremeció, bajó la mirada al suelo de la jungla y apretó un poco más el paso. Ya había sacado más reservas secretas de energía de las que jamás hubiera imaginado tener; ¿qué otra cosa podía hacer, sino seguir avanzando hasta que no le quedara nada?

Aún faltaban unas horas para la puesta de sol cuando el cielo empezó a oscurecerse. Unas nubes grises llenaron los huecos del follaje de la jungla, apagando los agradables rayos de sol que habían atravesado las hojas durante la mayor parte del día. A Ivy se le encogió el corazón.

La jungla ya era bastante difícil de recorrer cuando no llovía.

Se levantó una brisa que agitaba las hojas y se colaba entre las ramas. Traía una pizca de olor

a lluvia y el frío suficiente para que Ivy se estremeciera.

Cole echó la cabeza hacia atrás y levantó la vista.

—Va a ser otra noche divertida.

—Podría ser peor —dijo Lacey desde un poco más adelante.

Ivy asintió.

—Mucho peor.

—¿Y eso por qué? —preguntó Cole.

La mente de Ivy se remontó a aquel tornado; por muchos años que hubieran pasado, por mucha distancia insondable que hubiera cruzado desde entonces, aquellos pocos minutos permanecían con ella con un nivel de detalle asombroso y aterrador. Podría haber sido mucho peor que las tormentas de la jungla que habían soportado hasta entonces.

Lacey se encogió de hombros, aunque sus hombros apenas se levantaban bajo el peso de su bolsa.

—Usa tu imaginación.

Diego se rio entre dientes.

—Después de algunas de las cosas que hemos visto aquí, me da miedo hacerlo. Lo último que necesito es imaginarme un monstruo terrorífico solo para descubrir que es real.

—Aún queda un rato antes de que llueva —dijo Ketahn desde la retaguardia del grupo. Un par de humanos le devolvieron la mirada.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Ahmya. Aunque su bolsa era por necesidad la más ligera, la mujer parecía desbordada con ella a la espalda. Pero no había expresado ni una sola queja desde que habían partido, y su paso había sido más firme que el de muchos de los demás.

—Puedo sentirlo —respondió Ketahn, levantando una pata delantera. Se le erizaron los finos pelos.

—Eres sensible a las vibraciones... y a las corrientes de aire —dijo Callie, haciendo una pausa para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. Con la otra, metió un dedo bajo el cuello del mono y tiró de él hacia abajo, girándose hacia el viento—. Supongo que también sois sensibles a la humedad y a la presión atmosférica.

Will aminoró la marcha y se volvió para mirar a los demás.

—Supongo que es una tontería preguntar si vamos a parar cuando empiece a llover, ¿no?

Ketahn carraspeó.

—Sí.

—Eso me imaginaba —Will agarró las correas de su bolsa y la movió para que descansara más alta sobre sus hombros—. Entonces, ¿podemos detenernos unos minutos antes? ¿Recuperar el aliento y comer algo mientras seguimos secos?

Algunos de los demás expresaron su aprobación a su sugerencia.

Inclinando la cabeza, Ketahn barrió con la mirada a los humanos, los cuales, o iban más despacio, o ya se habían detenido. Bajó las mandíbulas. En vrix, gritó:

—Telok, ¿hay algún lugar más adelante donde descansar?

El vrix marcado de verde se detuvo. En el breve lapso de tiempo en el que los humanos habían vacilado, su ventaja había aumentado considerablemente, pero su voz áspera les llegó perfectamente.

—Voy a explorar —Luego se apresuró a avanzar, desapareciendo entre la maleza de la jungla.

Ivy envidió su resistencia por un momento; estaba demasiado cansada para hacerlo por más tiempo.

—Caminad, humanos —dijo Ketahn, haciendo señas a todos para que siguieran adelante—. Descansaréis cuando Telok encuentre un lugar.

Su orden fue recibida por un coro de quejidos exagerados, pero a pesar de ello todos avanzaron. Ivy no pudo evitar sonreír. Las cosas eran difíciles, pero cada vez estaba más segura de que saldrían bien. Mejor que bien.

Una ráfaga de viento agitó las ramas, llamando la atención de Ivy. Había visto fotos de un bosque de secuoyas, donde los árboles eran tan altos y rectos, y siempre le había parecido irreal. Los árboles de este bosque hacían que las secuoyas parecieran palillos. A veces bastaba con mirar al cielo para sentir vértigo, sobre todo cuando aquellas grandes ramas se balanceaban.

—¿Qué es eso? —preguntó Ahmya con entusiasmo.

Ivy bajó la mirada y vio a Ahmya en lo alto de un tronco caído, observando algo a un lado del camino que seguía el grupo.

Cole se detuvo cerca de ella y se puso de puntillas; casi era tan alto como Ahmya a pesar de la altura que había ganado con el tronco.

—¿En serio? ¿Más flores?

Callie arqueó una ceja.

—Ah, ¿entonces vamos a fingir que no te has detenido unas cuantas veces a admirar trozos de madera?

—Tenían unas vetas únicas —protestó Cole con poco de su fanfarronería habitual.

Ahmya sonrió.

—Pues estas tienen pétalos únicos.

—Debemos seguir andando —dijo Ketahn con firmeza.

Ivy se volvió hacia Ketahn y le dedicó una sonrisa tierna.

—Un pequeño desvío rápido para ver algunas flores no puede hacernos daño, ¿no?

Ketahn emitió un gruñido y sus mandíbulas se abrieron y cerraron con inseguridad.

Ivy levantó la lanza.

—Estaré a su lado.

A juzgar por la forma en que entrecerró los ojos, eso no tranquilizó a Ketahn.

—¿Ahmya quiere estudiar las flores? —preguntó Rekosh en vrix.

—Sí —respondió Ketahn.

—Yo la vigilaré —La mirada de Rekosh se posó en Ahmya—. Son corazones cantores, Ketahn. Son muy raros. No quisiera que perdiera esta oportunidad de verlos.

Ketahn agitó una mano hacia las flores y soltó un resoplido.

—Rápido entonces.

Radiante, Ahmya cambió su lanza a la mano izquierda y bajó del tronco de un salto. Se puso en marcha con paso vigoroso. Ivy se apresuró a alcanzarla, y Ketahn caminó justo detrás de ella hasta llegar al tronco que Ahmya había utilizado como soporte, al que se subió sin problemas.

Rekosh se colocó a un lado de Ahmya, e Ivy al otro. El entusiasmo de Ahmya era admirable y quizá un poco contagioso. El peligro y el estrés constantes hacían difícil recordar que este mundo estaba lleno de maravillas y belleza, que su rareza podía inspirar mucho más que miedo e inquietud.

—Son increíbles —exhaló Ahmya.

Incluso a diez metros de distancia, las flores eran preciosas. Sus pétalos, anchos y ligeramente curvados, eran tan largos como la mano de Ivy, y sus bordes de un rosa vibrante que se fundía con el amarillo del centro. Los racimos de estambres, cortos, pero densos, eran de color turquesa y contrastaban con el rosa y el amarillo. Las flores estaban en los extremos de unos

tallos largos y gruesos, con muchas ramas que sobresalían de un gran arbusto con hojas en forma de estrella y aspecto ceroso.

Ahmya giró la cabeza hacia Rekosh y señaló las flores.

—¿Cómo se llaman?

—Corazones cantores —respondió él. Su mirada se detuvo solo un instante en las flores, antes de volver a posarse en Ahmya—. Se llaman así por la Enraizadora, que mantiene vigiladas todas las cosas que crecen. Se dice que cuando quiso que la Maraña brotara de la tierra estéril, esparció pequeños trozos de sus corazones por todas partes, y cada una de estas flores es uno de esos trozos. Atraen a muchos animales pequeños porque son dulces por sus hojas, tallos y pétalos, y por eso son muy difíciles de encontrar. Tantas flores en un mismo sitio es algo realmente raro.

Aunque probablemente había entendido muy poco de lo que había dicho, Ahmya había mantenido sus grandes ojos oscuros fijos en Rekosh mientras hablaba. Su sonrisa se amplió cuando Ivy tradujo sus palabras.

Ivy había pensado en ser profesora durante su breve estancia en el instituto, pero en cuanto empezó a salir con Tanner, dejó de lado ese pequeño sueño. Nunca se habría imaginado que llegaría a ser intérprete.

«Tampoco me habría imaginado nunca como superviviente en una jungla alienígena».

Mirando hacia atrás, sonrió a Ketahn, que seguía encima del tronco. Observó con cautela la jungla circundante. Todo había cambiado en la vida de Ivy gracias a él. Se había dado cuenta de todo el potencial que había en ella y que no había explotado, había aprendido mucho sobre sí misma gracias a su relación cada vez más profunda con él.

La Iniciativa Mundo-Hogar le había prometido un nuevo comienzo, pero... Esto era mucho más. Ivy se sentía como si hubiera renacido.

Volvió a centrar su atención en sus compañeros.

—Entonces, ¿se pueden comer? —preguntó Ahmya, llevándose los dedos a la boca e imitando un bocado—. Me encantaría probar uno.

Rekosh asintió, trino suavemente e indicó a Ahmya con una mano que procediera.

Ella avanzó despacio, con los ojos maravillados fijos en las flores. Ivy la siguió unos metros por detrás, sin dejar de mirar al suelo por costumbre: los últimos días le habían enseñado a tener cuidado al pisar, incluso cuando no había peligros aparentes.

Arrugó la frente. Como la mayor parte del suelo de la jungla, aquel lugar estaba plagado de hojas en descomposición y residuos que, en algunos lugares, destrozaban las pequeñas plantas que luchaban por sobrevivir en un mundo de gigantes, pero aquí había algo más.

Raíces. No las grandes y nudosas que abundan por toda la jungla, sino unas cosas diminutas y pálidas, no más gruesas que hilos. Asomaban de entre las hojas caídas, a menudo cruzándose entre sí para crear pequeñas matas enmarañadas. Tal vez no debieran parecerle tan extrañas, pero tuvo la sensación de que aquellas raicillas se extendían por todas partes bajo las hojas, como una red, o una telaraña, o...

—Rekosh —dijo Ivy, señalando el suelo—, ¿sabes de qué son?

Ahmya emitió un zumbido pensativo mientras se detenía ante el arbusto en flor.

—Qué raro. Parece que los tallos principales son de otro color...

Rekosh maldijo justo cuando todo se puso en acción. Las hojas caídas volaron por los aires mientras unas cosas saltaban del suelo, largas y retorcidas, alrededor de Ahmya. Ya fuera por instinto o por reflejo, Ivy se lanzó hacia delante, extendiendo el brazo izquierdo. Sus dedos se cerraron sobre la parte superior de la bolsa de Ahmya.

Ivy invirtió su impulso y tiró de la bolsa de Ahmya. La pequeña mujer se echó hacia atrás.

Aquellas cosas —tentáculos, zarcillos o... *enredaderas*— se arrastraron hacia su interior a gran velocidad. A pesar de la suciedad y los residuos que había en el ambiente, Ivy vio claramente aquellas enredaderas. Vio cómo una cortaba el aire unos centímetros por encima de la cabeza de su compañera. Vio que una se aferraba al muslo de Ahmya y que otra se enrollaba alrededor del torso de la mujer. Vio las protuberancias espinosas de otra de aquellas lianas que se agitaban justo antes de que bajara como un látigo y se enroscara en el antebrazo extendido de Ivy.

Ivy oyó gritar a Ahmya mientras el dolor se apoderaba de su conciencia: cien agujas ardientes atravesándole la piel, inyectándole fuego líquido.

Ivy lanzó un grito de dolor y cayó hacia atrás, arrastrando a Ahmya con ella. La mujer más pequeña aterrizó pesadamente sobre las piernas de Ivy. Ahmya dejó caer la lanza y arañó frenéticamente la enredadera que le aferraba el torso.

El mundo que rodeaba a Ivy era un caos absoluto. Enredaderas que se agitaban, hojas que se arremolinaban, gritos y llantos, y demasiado movimiento como para poder seguirlo. Le pareció oír que Ketahn la llamaba por su nombre, pero su voz se perdió en la cacofonía. Todo sucedía muy deprisa.

Ivy soltó su propia lanza cuando el fuego le subió por el brazo atrapado. El dolor era demasiado intenso para pensar en él; era implacable, penetrante, con diferencia el peor que había experimentado nunca. Así que actuó sin pensar, sin vacilar.

Su mano libre tanteó a lo largo de la pierna hasta que encontró su cuchillo de supervivencia. Enroscó los dedos alrededor del arma y tiró de ella para liberarla justo cuando una forma enorme y oscura apareció sobre ella y Ahmya.

Rekosh.

Hablaba en vrix, pero sus palabras eran demasiado ásperas y rápidas para que Ivy pudiera entenderlas entre tanto ruido. Solo importaba una cosa: sus garras ya estaban desgarrando las lianas que ataban a Ahmya. Al menos dos de sus brazos eran borrones en movimiento, luchando contra las lianas que se agitaban a su alrededor.

Dios, esto era como esas películas en las que los tentáculos de algún horrible leviatán surgían de las profundidades para apresar una nave y a sus marineros.

Apretando los dientes contra el dolor, Ivy clavó la espada en la enredadera que rodeaba el abdomen de Ahmya. Una sustancia amarilla, viscosa y cálida, brotó de la enredadera cuando el cuchillo penetró profundamente, rezumando sobre los dedos de Ivy.

El dolor de su brazo empezó a desvanecerse, dejando solo un eco sordo en la estela de aquella agonía líquida. Era consciente de que su agarre a la bolsa de Ahmya se resbalaba, pero sus dedos se negaban a tensarse. Se le estaba entumeciendo el brazo.

«*Sin duda no es bueno*».

Definitivamente, *nada bueno*.

Serró la liana con más rapidez.

Una sombra se cernió sobre Ivy. Algo grande le rodeó el brazo izquierdo justo por debajo del codo, mientras otra cosa le agarraba la bolsa. Más icor amarillo la salpicó mientras una mano con garras desgarraba la liana que rodeaba su antebrazo. La sacaron de debajo de Ahmya sin miramientos; el último arrastre de su cuchillo contra la liana que estrechaba el torso de la pequeña mujer casi la cortó por completo.

—¡No! ¡Ahmya! —Los pies de Ivy tocaron el suelo y sus rodillas se doblaron, pero se mantuvo en pie gracias a su bolsa.

—Te tengo —gruñó Ketahn.

Entonces ella le miró. Le sujetaba el brazo entumecido con una mano y tenía la otra agarrada a la bolsa. Las lianas ya no rodeaban su brazo y la manga de su mono estaba destrozada, salpicada de icor amarillo, trozos de tierra y escombros, y... y de carmesí. Sangre. Podía ver algunas pequeñas heridas punzantes a través de los desgarros, pero no podía sentir nada.

Ketahn se agachó y se giró hacia ella, enganchando un brazo alrededor de la parte posterior de sus muslos. La levantó del suelo, cargando su peso sobre el hombro, y se alejó a toda velocidad del monstruo enredadera que se agitaba violentamente. Ella intentó sujetarse apoyando las manos en su espalda. Solo su mano derecha obedeció.

El entumecimiento trepó hasta su hombro y siguió avanzando, precedido por una punzada de fuego.

Ivy buscó desesperadamente a Ahmya entre el caos. Rekosh emergió de la tormenta de hojas revueltas y lianas azotadoras con la mujer aferrada contra su pecho. Su piel brillaba con gotas de sangre en al menos una docena de lugares y salpicaduras de icor amarillo en muchos sitios más, y había tentáculos espinosos aferrados a sus brazos y patas, pero estaba erguido.

Ahmya, sin embargo, estaba demasiado quieta.

—Llévatela —dijo Ketahn.

Algo volvió a agarrar su bolsa y se la quitó de la espalda sin que sus brazos opusieran apenas resistencia. Entonces Ketahn la lanzó hacia delante.

El estómago de Ivy, que ya estaba hecho un nudo, se retorció, pero duró poco; unos brazos grandes y poderosos, pero suaves, la atraparon. Ahnset.

Ivy vio a los otros humanos en su visión periférica, pero no apartó los ojos de Ketahn. Él le tocó la mejilla con la yema de un dedo —ella apenas lo sintió— y luego se volvió para correr hacia Rekosh.

Quiso llamarle, decirle que volviera, que tuviera cuidado, pero no surgieron palabras.

Un sonido de tristeza resonó en el pecho de Ahnset, resonando en Ivy. Sin embargo, lo único que Ivy podía hacer era mirar.

Ketahn gritó algo. Urkot cargó a su lado y recogió a Ahmya de los brazos de Rekosh, retirándose inmediatamente del monstruo enredadera. En cuanto se hubo alejado, Ketahn y Rekosh volvieron a lanzarse a la batalla.

A Ivy le dio un vuelco el corazón. También podría haberle llegado a la garganta, pero no podía sentirla lo bastante bien como para estar segura.

—Deja que le eche un vistazo al brazo —dijo Diego desde cerca.

Ahnset dejó de sujetar a Ivy, presumiblemente para permitirle examinarla. Ivy encontró la fuerza suficiente para girar la cabeza y no perder de vista la batalla. Probablemente, Diego le estaba tocando el brazo, girándolo para inspeccionar las heridas, pero a ella no le importaba.

Su compañero estaba por allí. E Ivy estaba atrapada aquí, inútil.

En el límite de la visión de Ivy, Urkot llegó con Ahmya, y Diego fue hacia ellos.

Ketahn gritó algo a Rekosh, algo como raíz del corazón o rama del corazón, mientras cortaba las enredaderas con sus garras y un reluciente cuchillo de roca negra.

La respuesta de Rekosh fue engullida por la cacofonía descontrolada. Se volvió hacia el arbusto de corazón cantor, con las mandíbulas crispadas, y se abalanzó sobre él tras un instante de vacilación.

Todas aquellas enredaderas que habían estado agitándose, buscando carne, se dirigieron hacia Rekosh. Ivy se dio cuenta entonces de que todas procedían de la misma fuente: la base del arbusto del corazón cantor. Con un amplio golpe de lanza, Ketahn alcanzó a muchos de ellos,

pero varios lograron alcanzarlos.

Rekosh se estrelló contra el arbusto y agarró algo de su interior con las cuatro manos. Un gruñido bajo y bestial, tan doloroso como furioso, se le escapó cuando las lianas le azotaron la espalda y se enroscaron alrededor de sus miembros, pero no se acobardó; echó su peso hacia atrás.

La planta se desgarró del suelo, derramando aquellas hojas cerosas y pétalos rosas y amarillos por todas partes. Pero no era solo el arbusto de corazón cantor lo único que había arrancado, sino algo más, algo que había estado oculto en su interior. Entre sus brazos había un racimo central grueso y bulboso del tamaño de una pelota de gimnasia. Era de un verde azulado apagado, y todas aquellas enredaderas partían de su parte superior; toda la masa palpitaba y se estremecía cuando las enredaderas se movían.

De la parte inferior colgaban grandes raíces cubiertas de tierra que se dividían y estrechaban en una red de tentáculos delgados como una telaraña que se extendía bajo la alfombra de hojas caídas.

Otro de los vrix pasó a toda velocidad junto a Ahnset e Ivy, Telok, empuñando un par de hachas con cabezas de piedra negra. Le lanzó una de las hachas a Ketahn mientras se acercaba.

Ketahn cogió el arma por el mango justo cuando Rekosh la estampaba contra el suelo. En una ráfaga de movimientos, los tres vrix despedazaron la planta con sus hachas y garras. El fluido viscoso que corría por las enredaderas salpicó el suelo de la jungla y llovieron trozos de vegetación destrozados por todas partes.

—Mierda —soltó Diego desde algún lugar a un lado—. Tenemos que llevarla a terreno despejado y quitarle este mono.

—Joder. Joder —Era Cole—. ¡Cuando decían lo de las plantas carnívoras o lo que sea, creía que se referían a algo como esas putas trampas para moscas!

—Sí, bueno, supongo que nosotros somos las putas moscas —dijo Lacey.

Ivy los miró. Su cabeza se movía con lentitud, como si cargara con un peso inmenso. Urkot sostenía a Ahmya en brazos, y Diego estaba ante ella, comprobando los numerosos agujeros diminutos de su ropa. Su rostro estaba serio, igual que cuando les contó a Ivy y a Ketahn lo de Ella.

Inspirando con dificultad, Ivy se esforzó por estirar la mano y tocar a Ahnset, para hacerle una señal, para decirle que tenía que ayudar a Ahmya. No funcionó.

Diego chasqueó los dedos delante de la cara de Urkot; el vrix había estado concentrado en sus compañeros, y solo entonces bajó la mirada hacia el hombre que tenía delante.

—Tenemos que moverla —señaló a algún lugar fuera de la visión de Ivy, más cerca del tronco al que Ahmya se había subido hacía solo unos minutos— hacia allí.

La mirada de Urkot se clavó en la pequeña e inmóvil mujer que tenía en brazos y volvió a Diego. Con un gruñido, el vrix se dio la vuelta y se llevó a Ahmya en la dirección que Diego le había indicado.

—Mi hilo del corazón.

La voz agónica de Ketahn llegó al alma de Ivy y la oprimió. Con no poco esfuerzo, volvió los ojos hacia él.

Su compañero estaba cubierto de la pegajosa sustancia viscosa de la planta que había intentado matarles, y contó al menos media docena de cortes en su piel producidos por las espinas.

«No. No, si esas espinas les alcanzaban a todos... también quedarían paralizados. Se...»

La respiración de Ivy se aceleró y se hizo más entrecortada, y su corazón se aceleró.

Ketahn canturreó y se inclinó sobre Ivy para apoyarle una mano en la mejilla.

Ella sabía que él estaba acariciando su piel y su pelo con los dedos, pero no estaba segura de si realmente lo sentía o solo imaginaba la sensación.

—Veo el miedo en tus ojos —susurró—, pero no hace falta que lo tengas, Ivy. El veneno ha paralizado tu cuerpo, pero pasará. Te prometo que pasará. Pronto te pondrás bien.

Su garganta se agitó mientras luchaba por pronunciar una palabra, un nombre, y solo consiguió un gemido forzado.

—Ahmya también se pondrá bien —Ketahn acercó aún más su rostro, llenando todo su mundo con su presencia—. Tejo mi palabra en un vínculo. Ella se pondrá bien.

Ivy exhaló un suspiro tembloroso y cerró los párpados.

Capítulo Diez

Los corazones de Ketahn latían con la misma fuerza que un yatin embistiendo. Le palpitaba la piel en los pocos lugares en los que se había herido con las espinas de la vid de fuego, pero había recibido muy poco de su veneno y el dolor ya estaba desapareciendo.

Ivy no había tenido tanta suerte.

La ira y el miedo luchaban en el interior de Ketahn y, una vez más, le resultaban inútiles, tan inútiles como persistentes. Inspiró olores familiares: la jungla, Ahnset, Ivy, sangre humana.

Si Ketahn hubiera llegado antes hasta su compañera, podría haberle liberado el brazo antes de que se hubiera llenado de veneno lo suficiente como para provocarle este sueño parecido a la muerte. Si hubiera permanecido cerca de ella, podría haber reconocido el peligro antes de que alguien resultara herido.

Si se hubiera negado a que examinaran los corazones cantores, Ivy no habría sufrido nada de esto.

Sus manos se crisparon: el par superior alrededor de las empuñaduras del hacha y la lanza, las inferiores sobre sí mismas.

—Aquí estamos expuestos —dijo Telok—. Ketahn, debemos irnos.

La voz firme de su amigo sacó a Ketahn de aquellos pensamientos que le consumían, aunque no pudo hacer nada para desterrarlos.

«*Mi compañera está herida*».

«*Mi compañera permanece inmóvil. Demasiado inmóvil*».

Con las mandíbulas temblando hacia abajo, Ketahn levantó la cabeza y la giró hacia Telok.

Telok respondió sin vacilar a la pregunta muda de Ketahn.

—Hay un refugio cerca.

—Guíanos —Ketahn volvió a mirar a Ivy y le pasó el pulgar por debajo de la mandíbula. Los latidos de su corazón latían allí, lentos pero constantes. Se obligó a apartarse de ella, deteniéndose solo para asegurar el hacha a su pata con una cuerda de cuero antes de extender los brazos.

—¡Venid, humanos! —llamó Telok.

Ahnset se inclinó hacia Ketahn y depositó con cuidado a Ivy en sus brazos. Acunó a su compañera contra su pecho. La flacidez del cuerpo de Ivy era un peso inmenso en su hilo del corazón.

—Busca cualquier cosa que se haya caído —dijo Ketahn a Ahnset—, pero no te entretengas.

—Como tú digas, hermano de cría —respondió Ahnset, golpeando con un nudillo en su cabeza. Lo rodeó y se dirigió hacia la vid de fuego.

—¿Qué ocurre? —preguntó Callie—. ¿Adónde vamos?

—Caminad, humanos. Seguid a Telok —Ketahn levantó el brazo herido de Ivy y le arrancó el extremo de la manga. Rompió el cerco que formaba la tela y volvió a envolverle el brazo, cubriendo sus heridas.

—Tengo que curar sus heridas —dijo Diego.

El sanador humano se había inclinado sobre Ahmya, que seguía en brazos de Urkot. Los demás humanos se habían agrupado detrás de él para contemplar la forma inmóvil de la hembra herida. Rekosh estaba más allá de ellos. Sus ojos eran intensos, crepitaban de ira y preocupación, tenía los pelos de las patas erizados y sus dedos se retorcían y estiraban repetidamente. Mientras avanzaba y retrocedía sobre los mismos segmentos de terreno, su cuerpo no mostraba nada de su gracia habitual.

—Cuando paremos —dijo Ketahn, avanzando hacia Telok, que ya había empezado a caminar.

Diego se puso delante de Ketahn. Mientras los otros humanos mostraban incertidumbre y conmoción en sus rostros, los ojos de Diego estaban concentrados y firmes.

—Ketahn, necesitan atención *méhdika*.

—El olor a sangre está en el aire —gruñó Ketahn. Una de sus patas se clavó en el suelo, apartando la tierra y la vegetación. Fue todo lo que pudo hacer para no apartar a Diego y continuar tras Telok—. Debemos refugiarnos.

Ivy se sentía más pesada con cada golpe de los corazones de Ketahn. El veneno de la vid de fuego no era mortal para los vrix, y rezaba para que no lo fuera para los humanos... Pero no podía olvidar la raíz de colmillo dulce. No podía olvidar aquellos angustiosos días en los que se preguntaba si su compañera sobreviviría. Y los efectos de este veneno ya habían demostrado ser mucho más fuertes para Ivy y Ahmya de lo que Ketahn había visto nunca en los vrix.

Diego apretó la mandíbula y miró a su alrededor. ¿Qué más había que ver en aquella jungla implacable? Aquí, las lanzas serían la única defensa contra cualquier depredador atraído por el olor de la sangre.

El instinto le dijo a Ketahn que se marchara, que llevara a su compañera a lo alto de los árboles, donde estaría a salvo, y que tratara sus heridas con su seda. Que cuidara de su compañera como debía. Todos los demás le impedían atender adecuadamente a su hembra. La ponían aún más en peligro.

Pero comprendió que esos instintos no siempre beneficiarían a su compañera. Negarle los cuidados de un sanador familiarizado con su especie, que poseía herramientas más allá de la comprensión de los vrix, solo aumentaría el riesgo de que Ivy sufriera daños permanentes.

Justo cuando Ketahn iba a decirle a Rekosh o a Urkot que levantaran a Diego y se lo llevaran, el humano inclinó la barbilla en un gesto superficial y se hizo a un lado.

Los humanos se mantuvieron juntos, caminando a la derecha de Urkot. Rekosh caminaba a la izquierda de Urkot, sin apartar apenas la mirada de Ahmya. Ketahn se mantuvo unos segmentos detrás de ellos. Sus dedos se deslizaban sin cesar sobre el mono de Ivy o a lo largo de los mechones sueltos de su pelo, y tarareaba, suave y bajo, como hacía a veces durante las tormentas que tanto la asustaban.

No sabía si pretendía tranquilizar a Ivy o a sí mismo.

Diego miró a Ketahn por encima del hombro.

—Necesito saber a qué nos enfrentamos. ¿Esa cosa tiene algún tipo de *tohxxina*?

Ketahn gruñó.

—¿La *tohxxina* es algo así como veneno?

—*Téknikmehtee*, el veneno es un tipo de toxina que se *ingiheere* —dijo Callie. Su voz era más débil y tensa de lo habitual. Se aclaró la garganta y sacudió la cabeza—. Eso lo convertiría en un *venehno*, lo cual... Bueno, supongo que no es el mejor momento.

Cole se rio sin humor.

—Sí. No es el momento.

—Sí, es como el veneno —Diego agitó una mano con impaciencia—. ¿Cuáles son sus efectos?

—Dolor. Y hace que la presa... duerma —Ketahn apretó con fuerza a Ivy y se encontró luchando por contener su propia fuerza.

—¿Se pasa?

—Sí, si se rompe la sujeción de la vid de fuego.

—Se despertarán, ¿verdad? —preguntó Will, con los ojos muy abiertos dirigidos a Ahmya.

Ketahn asintió, mirando a su Ivy.

—Lo harán.

Toda la ferocidad, la furia, la culpa y la fuerza de voluntad de Ketahn se inclinaron hacia esa idea: Ivy despertaría. En cuanto desaparecieran los efectos del veneno, se pondría bien, y lo único que tendría para mostrar de su terrible experiencia serían unas pequeñas cicatrices.

Ketahn *necesitaba* que eso fuera así.

No aceptaría ningún otro resultado.

Telok condujo a la tribu hasta un saliente rocoso en una colina poco elevada. La piedra formaba una cueva amplia, pero poco profunda, con un techo bajo que se inclinaba bruscamente hacia abajo en la parte posterior. Aparte de unas pocas zonas de musgo y montones de hojas caídas y residuos, el suelo dentro y alrededor de la cueva era de piedra lisa y desnuda.

No cabría toda la tribu dentro, pero sería suficiente para cobijar a los humanos y la mayoría de las provisiones en caso de que las nubes que se avecinaban trajeran lluvia.

Siguiendo las indicaciones de Diego, Callie y Will apartaron los restos del suelo y extendieron mantas en el interior de la cueva, mientras Cole y Lacey cogían varios trozos de tela limpia y un par de odres. Diego dejó caer su bolsa al suelo, la abrió de un tirón y sacó de su interior la caja a la que llamó botiquín.

Rekosh se paseaba por el exterior mientras los humanos se preparaban. Su mirada vagaba errática, a menudo distraída, pero siempre volvía a la pequeña figura inmóvil en brazos de Urkot. La sangre había manado de algunas de las heridas de Rekosh, dejando rastros en su oscura piel, y seguía abriendo y cerrando las manos repetidamente.

Aunque Ketahn se mostraba tranquilo por fuera, veía todas sus emociones reflejadas en el comportamiento de Rekosh. Se dijo a sí mismo que todo iría bien, que Ivy y Ahmya se recuperarían antes de que acabara la noche, que estarían listas para viajar cuando saliera el sol.

No se permitió a sí mismo argumentar en contra de nada de eso.

—¡Traedlas a las dos aquí! —gritó Diego.

Ketahn hizo un gesto a Urkot, y los dos se acercaron. Se agacharon para entrar en la cueva; Ketahn se vio obligado a descender tanto que su parte inferior casi rozó la roca que había bajo él, e incluso así, tuvo que inclinar bruscamente la cabeza hacia un lado para evitar golpearse con el techo. Tan suavemente como pudo, tumbó a Ivy sobre las mantas junto a Diego.

Urkot colocó a Ahmya al otro lado de Diego. Retiró las manos de ella lentamente, con inmenso cuidado.

Rekosh emitió un sonido grave e infeliz, no exactamente un gruñido, pero no muy diferente.

Ketahn soltó a Ivy con gran reticencia, moviéndose incluso más despacio que Urkot, a pesar

de saber que cada momento era de suma importancia.

Confiaba en Diego. El macho era un sanador, entrenado en las costumbres humanas; nadie en la Maraña tenía más conocimientos o era más capaz cuando se trataba de tratar a estos humanos. Pero Ketahn no encontraba consuelo en ello.

—Vuelve a mí, mi *nyleea* —dijo Ketahn, con una voz mucho más grave y áspera de lo que esperaba. Toda aquella rabia, todo aquel fuego y, aun así, no podía ofrecer a su compañera mucho más que esas palabras lastimeras y rotas.

Diego había dispuesto varios de los objetos del botiquín sobre un trozo de tela blanca y limpia encima de la manta, tan familiarizado y cómodo con sus herramientas como Urkot con el martillo y el cincel o Rekosh con las agujas y el hilo. Luego miró a Ketahn a los ojos.

—Haré todo lo que pueda para asegurarme de que ella esté bien.

Un gruñido amenazó con escapar de Ketahn. Quería seguridad, quería una promesa, dicha con confianza y firmeza. La tensión lo recorrió mientras luchaba contra el impulso de obligar a Diego a pronunciar esas palabras. Pero Ketahn lo contuvo todo. Las palabras no servirían ni a Ivy ni a Ahmya.

Ketahn golpeó la pata de Urkot con la suya y salió de la cueva, enderezándose en cuanto tuvo la cabeza despejada. Urkot hizo lo mismo, apoyando brevemente una mano en el techo para estabilizarse.

—Callie, Lacey, venid a ayudarme —dijo Diego mientras se inclinaba sobre Ahmya y cogía con cuidado la tela ensangrentada de su mono entre el dedo y el pulgar.

La pequeña humana no reaccionó cuando Diego levantó el material pegajoso de la piel que rodeaba una de sus muchas heridas.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Lacey asintió y se acercó a Diego y a las hembras heridas. Parecía un poco más pálida de lo habitual, pero su mirada parecía despejada.

Callie se puso una mano en el pecho y miró a Diego con los ojos muy abiertos.

—¿Yo? Pero... Pero yo era química. Yo... Yo no...

—Bueno, pues ahora eres enfermera —respondió Diego con una impresionante mezcla de dulzura y firmeza—. Tú puedes.

—Vale. Vale —Entró en la cueva y se arrodilló junto a Ahmya, frente a Diego, sacudiéndose el espeso cabello oscuro por encima del hombro—. ¿Qué necesitas que hagamos?

—Tenemos que quitarle el mono —Diego se llevó la mano al bolsillo de la pernera de su propio mono y sacó un cuchillo.

El paso de Rekosh se detuvo de repente y giró todo su cuerpo hacia Diego.

—¿Qué necesidad tiene de un cuchillo?

—Confía en su trabajo, Rekosh —dijo Ketahn, fijando la mirada en su amigo.

Uno de los brazos de Rekosh colgaba a su lado, y el movimiento continuo de sus dedos era más lento y rígido que antes.

—Debo atenderla —dijo Rekosh—. Es mi deber.

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon, y a duras penas evitó volver a mirar a Ivy.

—Diego la atenderá.

Rekosh gruñó. Cruzó ambos brazos sobre el pecho y miró fijamente a Ahmya, que parecía aún más pequeña tumbada en aquella manta con Callie, Lacey y Diego a su alrededor. Callie había abierto la cremallera del mono de Ahmya y tiró de él para dejar al descubierto la camiseta que llevaba debajo.

La sangre había brotado alrededor de cada uno de los pequeños desgarros de la tela blanca, dejando un camino carmesí por su abdomen.

—Encontré todo lo que pude —dijo Ahnset desde detrás de Ketahn.

Ketahn se giró para ver acercarse a su hermana de cría. Llevaba un par de pequeñas lanzas con púas, además de su lanza de guerra, y las bolsas de Ivy y Ahmya colgaban de una de sus manos inferiores. Salió a su encuentro, sintiendo que su hilo del corazón se tensaba a cada paso que se alejaba de su compañera.

Ahnset dejó las bolsas y las lanzas junto con los demás suministros que se habían desperdigado a la llegada de la tribu. Luego levantó la otra mano inferior, tendiéndosela a Ketahn con la palma aplastada hacia arriba.

El cuchillo de Ivy yacía sobre la mano de Ahnset, con la empuñadura apuntando hacia Ketahn. La herramienta parecía tan diminuta allí, tan insignificante que no era más mortífera que las agujas con las que un joven Ketahn se había imaginado matando monstruos.

Alargó la mano hacia el cuchillo, pero antes de que pudiera agarrarlo, un áspero gruñido volvió a llamar su atención hacia la cueva.

Rekosh se abalanzó hacia la cueva, tratando de alcanzar a Diego con sus dedos largos y llenos de garras. Callie y Lacey se alejaron del vrix con un grito, pero Diego permaneció en su sitio a pesar del brillo del miedo en sus ojos.

Una de las manos de Rekosh atrapó el pecho del mono de Diego justo cuando Urkot se interpuso delante del larguirucho vrix y detuvo la embestida de Rekosh rodeando con dos gruesos brazos el centro del tejedor.

Varios de los humanos jadearon o maldijeron; a pesar de que solo cinco de ellos estaban despiertos, Ketahn no podía decir quién había hecho qué sonidos, solo que estaban conmocionados y asustados.

Ketahn corrió hacia ellos, con el vello fino erizado. Tan solo cuando se acercó vio que la camiseta de Ahmya había sido abierta, dejando al descubierto su pecho. Aquel rastro carmesí corría por su abdomen y por debajo de sus pequeños pechos: eran visibles más de una docena de pequeñas heridas, y sin duda había más ocultas por la posición de su cuerpo. Varias de esas heridas tenían espinas que sobresalían de ellas.

Los orificios nasales de Diego se agitaban con su respiración agitada, pero sus ojos se mantenían firmes, fijos en los de Rekosh.

—Suéltalo, Rekosh —gruñó Ketahn. Sus músculos ardían por la tensión, y un bulto denso y pesado le oprimía las entrañas. No deseaba herir a su amigo, pero tampoco permitiría que le hicieran daño a Diego.

—No veré cómo otro macho le pone así las manos encima —dijo Rekosh con un gruñido. Se estiró hacia delante.

Urkot gruñó y abrió más las patas, impidiendo que Rekosh le alcanzara.

—No tienes derecho sobre ella —Ketahn puso una mano sobre el brazo extendido de Rekosh, manteniendo su tacto lo más firme posible, pero sin amenazar—. Y él no la está reclamando.

Rekosh giró el rostro hacia Ketahn, con sus ojos carmesíes llenos de dolor y culpa.

—Me corresponde a mí atenderla. Para compensar mi fracaso.

La energía que crepitaba en el aire era lo bastante volátil como para hacer que la piel de Ketahn hormiguease con un calor incómodo. Su hilo del corazón palpitaba y podía sentir la presencia de Ivy justo detrás de él, podía sentir sus propios fracasos presionando desde todas partes.

—Dile que es para poder llegar a sus heridas —dijo Diego con firmeza—. Solo intento ayudarla.

Ketahn transmitió el mensaje de Diego, aunque supuso que Rekosh ya tenía una buena noción de lo que decía el humano.

—Debería ser mi seda la que vendara sus heridas —espetó Rekosh. La rigidez de su cuerpo vaciló.

Cuando Ketahn le contó a Diego lo que había dicho Rekosh, el humano negó con la cabeza.

—Nada procedente de su culo se acercará a estos cortes.

Ketahnladeó la barbilla, señalando una de las mantas que había bajo Ahmya. Era de seda.

—¿De dónde crees que viene?

Para sorpresa de Ketahn, Diego soltó una risita.

—Mierda. Me has pillado.

Rekosh resopló y miró a Diego con los ojos entrecerrados. Lentamente, muy lentamente, soltó la ropa del humano. Urkot empujó a Rekosh hacia atrás, y el tejedor se irguió una vez estuvo fuera del techo bajo.

Will y Cole estaban cerca, con los ojos muy abiertos y una actitud insegura, mientras Callie y Lacey miraban a los vrix desde el suelo de la cueva, no menos inquietas que sus compañeros machos. Ahnset y Telok también estaban cerca, con ojos cautelosos.

Ketahn no soltó el brazo de Rekosh hasta que ambos estuvieron fuera y Urkot liberó al tejedor.

Diego llamó a Callie y a Lacey y reanudó su trabajo como si nada hubiera pasado.

Las manos de Rekosh se cerraron en puños. Permaneció de pie con la cabeza inclinada, sumido en un silencio inusual, con la emoción desbordante fluyendo de él con más facilidad que la sangre de sus heridas.

—Siéntate —dijo Ketahn, golpeando una pata delantera contra una de las de Rekosh—. Me ocuparé de tus heridas.

Con silenciosa reticencia, Rekosh se acercó a las provisiones y se dejó caer en el suelo.

—Ahnset, Telok —Ketahn los miró— debemos permanecer aquí esta noche, pero el olor a sangre es fuerte. Ocupaos de nuestras defensas.

Con gesto mudo de asentimiento, los dos se pusieron manos a la obra, utilizando ramas y zarzas para bloquear los accesos a la cueva.

—Lacey, ve a quitarle la venda a Ivy —dijo Diego—. Límpiale las heridas.

Ketahn inspiró profundamente y se mantuvo totalmente inmóvil. Aquellos humanos no harían daño a su compañera. Estaban ayudando.

Estaban *ayudando*.

No serviría de nada que irrumpiera en la cueva y obligara a Lacey a apartarse. Tampoco serviría de nada que insistiera en ayudar a su Ivy él solo.

Los dos humanos machos que estaban fuera de la cueva miraban a las hembras heridas. Will parecía alterado, pero Cole tenía una expresión más dura y decidida, aunque un poco pálida. Era el rostro de alguien que había soportado penurias, que se había esforzado por superar el sufrimiento y el dolor, pero que no se había acostumbrado a ver a los inocentes azotados por las crueldades de la vida.

—Cole, Will —dijo Ketahn, atrayendo su atención hacia él—. Haced fuego. Con pequeñas llamas —Caminó por la boca de la cueva durante unos segmentos antes de golpear un punto del suelo de piedra con una pata delantera—. Aquí.

Will parpadeó y tragó saliva.

—¿Fuego? Sí, de acuerdo —dijo, asintiendo para sí—. Fuego. Podemos hacerlo.

Cole frunció el ceño hacia Will durante unos instantes antes de que su mirada se desviara

brevemente hacia Ahmya.

—Sí. No hay problema. Vamos a... ver si hay algo lo bastante seco.

Mientras los dos machos empezaban a buscar, Ketahn sintió ese tirón, familiar y urgente, de ir hacia Ivy. Otra atracción, más profunda y salvaje, le instaba a purgar la jungla circundante de amenazas, a alimentar las raíces con la sangre de todo lo que fuera mínimamente peligroso para su compañera. Su furia no había muerto desde su enfrentamiento con Zurvashi días atrás. La batalla contra los Garras y las Colmillos en la Punta de la Aguja no había satisfecho su rabia; exigía una mayor liberación.

Al menos en esto, los vrix y los humanos no parecían tan diferentes: soportaban mejor las adversidades y las preocupaciones cuando podían mantenerse ocupados.

«Pronto despertarás, mi nyleea, y te sostendré en mis brazos hasta que el sol se haya extinguido».

No hace ni dos días completos, Ketahn nunca habría confiado la seguridad de su compañera a nadie más que a sí mismo. Le resultaba difícil hacerlo incluso ahora, después de haber vivido con aquellos humanos durante días, después de trabajar, cazar y sobrevivir junto a ellos. Pero no podía ignorar las lecciones que había aprendido.

No podía hacerlo solo. Ninguno de ellos podría hacerlo solo. Pero cuando se trataba de compañeros, reclamados o no... Los vrix siempre estarían en guerra con sus propios instintos. Igual que Ketahn lo había estado con los suyos desde el momento en que había despertado a Ivy y la había tomado como suya.

¿Los humanos se enfrentaban alguna vez a luchas similares?

Ketahn gruñó, se sacudió el brazo para aliviar el persistente hormigueo causado por el veneno y caminó hacia Rekosh.

Rekosh no levantó la vista cuando Ketahn se sentó a su lado. Uno de sus brazos inferiores yacía sobre sus patas delanteras dobladas, mientras que los codos de sus brazos superiores descansaban sobre las articulaciones superiores de sus patas. Su postura encorvada y tensa hacía que su cuerpo de largas extremidades pareciera doblado fuera de su forma natural.

—No hace falta que me ayudes —espetó Rekosh—. Pronto me curaré solo.

Con un suave graznido, Ketahn se quitó la bolsa y la giró hacia delante, dejándola en el suelo entre sus patas delanteras. La abrió y rebuscó en su interior el odre y algunos paños.

Girando ligeramente la cabeza, Rekosh observó las manos de Ketahn.

—Deberías estar con ella. Deberías atenderla.

—No quiero otra cosa que eso —Ketahn dobló un trozo de seda y vertió un poco de agua sobre él—. Pero también quiero sangre. Quiero venganza.

«Despierta pronto, mi hilo del corazón. Solo tú puedes calmar mi furia».

Rekosh volvió a mirar hacia delante.

—La vid de fuego ya no existe. Hemos cobrado nuestra venganza.

Ketahn utilizó el paño para limpiar la sangre de la parte superior del brazo de Rekosh. La piel de Rekosh se tensó, pero no dio ninguna otra señal de dolor o incomodidad.

—Sabes tan bien como yo que eso no basta. No puede saciar a las bestias que se han despertado en nuestras entrañas —dijo Ketahn.

Las mandíbulas de Rekosh cayeron y bajó también la cabeza.

—Hilos y palabras. Así ha sido mi mundo, Ketahn. Si no fuera por esa maldita guerra, ¿qué sabría yo de bestias y sed de sangre?

—Lo suficiente para saber que digo la verdad. Mi mundo fue una vez igual que el tuyo.

El silencio se apoderó de Rekosh. Permaneció inmóvil mientras Ketahn limpiaba sus heridas,

salvo por algunos movimientos erráticos de sus mandíbulas. Cuando por fin volvió a hablar, su voz era grave y cruda.

—Depositaste tu confianza en mí, Ketahn, y tu compañera sufrió daños bajo mi protección.

La ira se agolpaba en el pecho de Ketahn, amarga y espesa como el lodo.

—Por mucho que luchemos, Rekosh, por mucho que vigilemos constantemente, no podemos proteger a nadie de todo daño. Las vides de fuego no son fáciles de detectar, ni siquiera para Telok y para mí. Actuaste con la rapidez suficiente para salvarlas. Eso es lo único que importa.

—Si no fuera por tu Ivy, ahora mismo estaríamos tejiendo una mortaja. Una de esas lianas habría atrapado a Ahmya por el cuello, pero Ivy la empujó hacia el suelo justo antes de que pudiera atacar —Rekosh se estremeció, y un zumbido desigual retumbó en su pecho.

La oleada de orgullo en el corazón de Ketahn chocó con su rabia y preocupación. Estaba orgulloso de la rápida reacción de su hembra, de su generosidad al intentar salvar a Ahmya a pesar del peligro que corría su propia vida, pero preferiría que nunca se hubiera visto en una situación así.

—Lo siento, Ketahn —dijo Rekosh.

Inclinando la cabeza, Ketahn miró de nuevo a su amigo. La forma en que Rekosh había hablado, la forma en que había actuado, desde el encuentro con la vid de fuego, no era propia de él. Rekosh siempre había tenido fuego en su interior, pero lo había controlado, lo había manejado con tanta delicadeza y precisión como si fuera una aguja. Verle deshacerse de ese modo fue sorprendente.

Detrás de su comportamiento había algo más que simple culpabilidad. Y la protección de Rekosh hacia Ahmya... Tampoco era algo sencillo.

Pero no era el momento de reflexionar sobre esas cosas. Los momentos oscuros solo empeorarían con pensamientos oscuros.

Ketahn volvió a carraspear mientras recogía la seda pegajosa de sus hileras.

—Si pretendes disculparte, Rekosh, hay otros mucho más merecedores que yo.

Rekosh gruñó; el sonido se prolongó en un trino largo e infeliz.

—Mira qué hay de bueno en ello, amigo mío —dijo Ketahn—. Te dará una razón para hacer lo que más te gusta: hablar.

Rekosh carraspeó y sus mandíbulas se crisparon un poco.

—Y será aún más placentero porque te verás obligado a repetir cada palabra que diga en lengua humana.

Ketahn resopló y apretó un fajo de seda en una de las heridas de Rekosh con un poco más de fuerza de la necesaria, arrancando un leve siseo al tejedor.

Capítulo Once

Los párpados de Ivy se abrieron después de lo que debieron de ser mil años, y la oscuridad que la había rodeado durante todo ese tiempo se desvaneció por fin. Con el ceño fruncido, miró hacia arriba, hacia una luz anaranjada y parpadeante que danzaba sobre una superficie de piedra. Se sentía... pesada. Le recordaba a lo que había experimentado cuando iniciaron su estasis en la *Somnium*, o a aquella sensación de pesadez al salir de la piscina después de un largo baño, como si su cuerpo acabara de recordar que la gravedad existía y estuviera compensándola.

La conversación flotaba en el aire, con voces bajas y contenidas, ya fueran de los vrix o de los humanos. Las acompañaba el crepitar del fuego y el susurro del viento entre las hojas. Todos aquellos sonidos eran tan reconfortantes, tan familiares, que habrían bastado para tranquilizar a Ivy y hacerla dormir si no se acabara de despertar del olvido.

¿Había estado durmiendo?

¿Qué le había hecho aquella planta? Recordó el dolor, el entumecimiento, el miedo y la voz tranquilizadora de Ketahn...

Y luego nada.

Ketahn.

Sentía calor en el lado derecho del cuerpo. Apartó la mirada del techo para mirar a su lado. Ketahn estaba allí, con las patas plegadas sobre sus cuartos traseros y la parte inferior sobre el suelo. Tenía la pelvis apretada contra Ivy, y sus cierres se extendían sobre su cintura, suaves pero posesivos. Miraba hacia el fuego, en algún lugar a la izquierda de Ivy, o más bien hacia la gente que hablaba allí.

Ketahn tenía los brazos ligeramente doblados hacia atrás y las manos apoyadas en las articulaciones superiores de las patas. Uno de sus dedos acariciaba su piel de manera errática.

La última vez que le había visto, estaba salpicado del icor amarillo del monstruo de la enredadera. Ahora estaba limpio, el pelo sedoso le colgaba libremente por los hombros y sus mechones morados y blancos captaban la luz del fuego.

Levantó la mano del suelo y apretó la palma contra su abdomen.

Los cierres de Ketahn se tensaron y su atención se centró en ella, con los ojos violetas abiertos y brillantes. Dijo su nombre, como si fuera entre un suspiro, una exclamación y un gruñido a la vez, y se inclinó sobre ella. Una de sus manos cubrió la de ella sobre su abdomen, mientras que la otra le acariciaba la cara, rozándole la mejilla con el pulgar.

—¿Te duele algo, mi *nyleea*?

Ivy movió el cuerpo. Hasta que no movió el brazo izquierdo no sintió el dolor. El escozor le recordaba a aquellas púas de maleza de cabeza de cabra que había pisado una vez de niña, en las

que el dolor persistía durante días, o como las secuelas de un disparo. Flexionó el brazo hacia delante y hacia atrás; se notaba cierta tirantez donde la piel se tensaba.

—Solo un poco, pero estoy bien —dijo.

Al instante, sus brazos la rodearon y la levantó del suelo, abrazándola contra su pecho. A Ivy se le cortó la respiración. Él soltó un trino que resonó en ella y luego inspiró profundamente, sin duda aspirando su aroma. Una de sus manos se posó en la nuca de Ivy, envolviéndola mientras la estrechaba, con los cierres acariciándole las caderas y la parte exterior de los muslos. Ivy le rozó el cuello con la nariz y también lo respiró.

—Gracias a Dios —dijo Diego, con la voz llena de alivio.

—¿Cómo te encuentras, Ivy? —preguntó Callie.

Ivy giró la cabeza para mirar a los demás; ese fue todo el movimiento que le permitió Ketahn. Sus manos se cerraron y su abrazo se hizo más fuerte. Comprendió su reticencia a dejarla marchar. Si sus circunstancias hubieran cambiado, Ivy habría sentido lo mismo y se habría aferrado a él con la misma urgencia. Nada habría podido apartarla.

Lacey, Callie y Will estaban alrededor de la pequeña hoguera, este último tumbado con la cabeza apoyada en su bolsa. Diego estaba sentado cerca de ellos, con la espalda apoyada en la pared de la cueva, las rodillas levantadas y las manos colgando de ellas. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la cara un poco tensa.

Fuera estaba oscuro, como en mitad de la noche, pero el resplandor del fuego llegaba lo bastante lejos como para que Ivy viera a Rekosh y Telok, encorvados mientras trabajaban en algo con las manos. Ahnset y Urkot no aparecían por ninguna parte, ni tampoco Cole. ¿Había salido a hacer guardia con los vrix desaparecidos?

Y luego estaba Ahmya, que yacía inmóvil sobre una manta de seda a pocos metros de Ivy y Ketahn.

—Estoy bien —dijo Ivy frunciendo el ceño—. ¿Y... Ahmya?

—Durmiendo —Diego levantó la cabeza y abrió los ojos—. Ha absorbido mucho más veneno que tú, así que puede que aún esté inconsciente un tiempo —Se levantó y caminó hacia Ivy, ligeramente encorvado—. ¿Cómo tienes el brazo?

—Dolorido, pero ya no está entumecido.

Diego miró a Ketahn antes de volver a centrar su atención en Ivy. Le tendió la mano.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Un gruñido grave retumbó en el pecho de Ketahn y su cuerpo se tensó.

Ella se rio.

—No pasa nada, Ketahn. No voy a desaparecer.

Ketahn exhaló, lenta y pesadamente, y su tensión disminuyó poco a poco. Aunque no la soltó, dejó a Ivy la libertad suficiente para volverse hacia Diego y extenderle el brazo herido.

Era la primera vez que Ivy se miraba directamente las heridas. Le habían arrancado la manga del mono, dejándole el brazo desnudo, y, efectivamente, había una franja de moratones morados alrededor de las tenues cicatrices rosadas dejadas por las espinas.

—Tío, sois unos cabrones posesivos que dais miedo —murmuró Diego mientras agarraba la muñeca de Ivy. Con la otra mano, le masajéó el brazo—. ¿Sientes todo eso?

—Sí.

Palpó suavemente cerca de una de las heridas.

Ivy se sacudió y siseó entre dientes. Dudaba que alguien la oyera sobre el gruñido de Ketahn.

—Lo siento —dijo Diego, soltándola—. Pero la buena noticia es que no parece haber ningún daño duradero. La molestia debería desaparecer en un par de días.

Ivy posó la mano en el hombro de Ketahn.

—Gracias, Diego.

—Me alegro de que sigas con nosotros, Ivy —Sonriendo, Diego bajó la mirada hacia la mujer dormida—. Ahmya también.

Ivy siguió su mirada con la suya. Habían cubierto a Ahmya con una manta de seda oscura que hacía que su rostro pareciera muy pálido, pero la manta subía y bajaba constantemente con sus lentas respiraciones.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

—Sí. Es solo cuestión de esperar para saber cuándo se despertará, pero sus constantes vitales son buenas.

Will levantó la mano y sonrió.

—Me alegro de tenerte de vuelta en el mundo de los vivos, Ivy.

Cuando Diego se apartó y se sentó en el suelo junto a Will, Lacey acercó la bolsa, metió la mano dentro y sacó una de las barritas de racionamiento del almacén de emergencia de la *Somnium*. Cogió un odre de agua, se levantó y le tendió a Ivy tanto el agua como la ración.

—¿Tienes hambre?

—De hecho, me muero de hambre —respondió Ivy.

Eso provocó otro gruñido de Ketahn, pero no dijo nada y la bajó para que se sentara en la manta frente a él.

Los ojos de Ivy se detuvieron en él antes de inclinarse hacia delante para aceptar la comida y la bebida de Lacey.

—Gracias.

Lacey sonrió.

—De nada.

Mientras Lacey volvía a su sitio junto al fuego, Ivy se sentó, abrió el envoltorio de la barrita y levantó la mirada para estudiar el rostro de Ketahn.

Para ser alguien que no podía cambiar su expresión, había mucha emoción en ella. Sus mandíbulas parecían inseguras sobre si querían levantarse o bajarse, acercarse o separarse, y sus ojos brillaban con mucha más luz de la que debían reflejar del fuego.

Ketahn ladeó la cabeza.

—¿Qué ocurre, Ivy?

—Es que pareces... inquieto.

—Ay, mi hilo del corazón... —Se inclinó hacia ella y le acarició el pelo con la boca—. Ha sido un día difícil. Tu hambre solo me recuerda que he fracasado como tu compañero. He fracasado en proporcionar y proteger.

Ivy levantó una mano y le acarició la mandíbula justo por debajo del maxilar, manteniéndola ahí.

—No has fallado en nada, Ketahn. Ni a nuestra tribu, ni a mí. Has hecho todo lo que has podido por nosotros y más. Te has esforzado, te han golpeado y maltratado, tú... podrías haber muerto —Le acarició la cara con el pulgar—. Estamos aquí, estamos a salvo, tenemos comida. Eso es lo único que importa.

—Tienes razón —Le pasó los nudillos por la mejilla, con un tacto delicado y tranquilizador—. Todo lo que importa está aquí.

Ivy sonrió y se inclinó hacia él.

Callie se aclaró la garganta.

—No quiero interrumpir este hermoso momento, pero... ¿Adónde vamos? ¿Vamos a seguir

caminando? ¿Hasta dónde tenemos que llegar?

Ketahn gruñó, pero sus mandíbulas se alzaron en una leve sonrisa.

—Un humano nunca hace una sola pregunta. ¿Por qué siempre tantas?

—Y eso, damas y caballeros, se llama *evadirse* —dijo Lacey con una risita.

Sus mandíbulas se crisparon.

—No conozco tus palabras.

Diego se rio.

—¿Eso funciona con Ivy?

Ivy resopló y volvió a acomodarse en el suelo.

—Solo cuando es testarudo a propósito —Dio un mordisco a la barrita. Estaba seca, sosa y dura, pero era comida.

—Debería probarlo alguna vez —dijo Will con una sonrisa.

Callie sonrió burlonamente a Will.

—Sí, no creo que te fuera muy bien, teniendo en cuenta que no eres un alienígena y todo eso.

Pero en serio, Ketahn... ¿Cuál es el plan? ¿Adónde vamos?

Ketahn se movió sobre la manta, girándose para mirar a los demás.

—Lejos.

Callie arqueó una ceja.

—¿Lejos?

Él asintió.

—Iremos tan lejos como sea necesario. Lejos de Takarahl. Lejos de la reina. Más lejos de lo que ella nos seguirá.

Un destello de rabia recorrió a Ivy. Se tragó el trozo de comida sin sabor y bebió un largo trago del odre de agua para digerirlo mejor. En su mente, maldijo a la reina con todas las palabrotas que conocía. Todo por culpa de Zurvashi. Todo esto se debía a que no podía dejar marchar a Ketahn. Estaba ansiosa, obsesionada, y había sido rechazada por el objeto de su deseo.

«No hay peor furia que la de una mujer despechada».

Al menos cuando esa mujer había sido cruel y vengativa para empezar.

—¿Dejará de seguirte? —preguntó Will.

—No lo sé. Ahora nos dirigimos al peligro, a la tierra de sus enemigos, para estar a salvo. No se le ocurrirá buscar allí.

—Estamos muertos —dijo Lacey, echando un palo al fuego.

—No —La voz de Ketahn era firme; las dudas y la culpa que había expresado hacía solo unos minutos parecían haberse desvanecido. Pasó la palma de la mano por la parte posterior del pelo de Ivy.

Ella levantó la vista.

Sus ojos se clavaron en los de ella, violetas y brillantes a la luz del fuego.

—Vamos a vivir.

Capítulo Doce

Cuando Ketahn abrió los ojos, la luz del fuego en el techo de la cueva era de un rojo apagado por las brasas moribundas. Las silenciosas conversaciones de la noche anterior habían sido sustituidas por el repiqueteo de la lluvia sobre la jungla circundante. El aire frío tocaba su piel, al menos donde no la cubrían las mantas o su compañera.

Más allá de la cueva, todo estaba oscuro, pero ahora podía distinguir las formas sombrías de las plantas cercanas gracias al resplandor atenuado del fuego.

Apretó a Ivy y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Los demás dormían. Callie, Lacey, Diego y Will estaban apiñados alrededor del fuego, sus cuerpos no se distinguían bajo una maraña de mantas. Ahmya estaba más cerca de Ketahn e Ivy, aún envuelta en sus propias mantas. Uno de sus piecitos asomaba por debajo de las mantas.

La mano de Rekosh descansaba a un dedo del pie expuesto de Ahmya. El propio Rekosh estaba tumbado, solo con el torso dentro del refugio, como si hubiera querido meter el pie de Ahmya bajo la manta cuando se quedó dormido.

Telok también estaba fuera de la cueva, con el hombro apoyado en la pared rocosa. Una planta de grandes hojas que tenía sobre la cabeza le protegía de la lluvia.

Ketahn inspiró profundamente, saboreando el dulce aroma de su compañera. Se concentró en ella, en su peso, su calor, su suavidad, en la forma en que su cuerpo se amoldaba al suyo cada vez que se tumbaba sobre él.

Había estado a punto de perderla de nuevo. La Maraña casi se había llevado a otra persona que le importaba a Ketahn.

Una persona a la que Ketahn *amaba*.

El resplandor del fuego recordaba las manchas carmesí de los pétalos de las flores de lanza, y pensar en ello habría facilitado que la mente de Ketahn se detuviera en el pasado. Así habían ido tantos... Los hilos de su destino estaban seguramente goteando sangre, como una telaraña sobre la que se hubieran acumulado gotas de lluvia.

«*Estamos aquí, estamos a salvo...*»

«*Eso es lo único que importa*».

Las palabras de Ivy eran tan ciertas ahora como lo habían sido antes. La muerte no se había cobrado la vida de ningún otro miembro de su tribu, y nadie había sufrido heridas graves. Habían sobrevivido un día más.

Con un suave trino, Ketahn paseó los dedos por la espalda de Ivy. Ella tarareó y se acurrucó contra él. Tenía el pelo recogido sobre un lado del pecho y su cálido aliento le acariciaba la piel, haciéndole cosquillas.

Debería haber echado leña al fuego para ahuyentar el frío, pero no se atrevía a moverse. Era impensable desperdiciar ni un solo instante de aquel momento de paz con su compañera. Rara vez disfrutaban de tanta tranquilidad últimamente; durante este ratito, solo quería abrazar a su Ivy y fingir que no había nadie más en todo el mundo.

Ketahn no llevaba mucho tiempo despierto cuando Urkot y Cole regresaron al campamento. Ambos llevaban puestos capas hechas de piel curada sobre el cuello y los hombros para protegerse de la lluvia, pero a pesar de ello estaban empapados.

Cole se despojó de la suya, dejándola caer al suelo, apoyó su lanza contra la pared exterior y se metió en la cueva.

—Estoy hecho polvo —Se tambaleó al pasar junto al fuego, se detuvo y se arrodilló ante él. Añadió más leña y hojas y sopló sobre las brasas para que volvieran a la vida. Luego se tumbó junto a los otros humanos y se echó los brazos sobre los ojos.

Ketahn apartó con cuidado a Ivy de él. Cuando se movió, la calmó, le alisó el pelo y le dijo que se durmiera. Se acurrucó bajo su manta y Ketahn la envolvió cómodamente.

Urkot se detuvo cerca de Telok.

—Todo está en calma.

—Eso está bien —respondió Ketahn mientras se mantenía en pie, al menos tanto como le permitía el bajo techo. Encorvado hacia delante, con la cabeza y la espalda rozando la piedra, salió de la cueva. En cuanto pudo, se enderezó por completo y estiró sus miembros rígidos y su espalda.

Telok gruñó y dirigió su mirada de Urkot a los humanos dormidos y viceversa. Apoyó las manos en la piedra que tenía detrás y se levantó.

—Deberías haber venido antes —dijo Ketahn, inclinándose hacia la cueva para recoger su lanza.

Urkot tenía las mandíbulas bajas y los ojos fijos en Rekosh.

—Los dos necesitabais descansar.

—Así es, sí. Pero no estoy tan agotado como para no ayudar.

—Eres un tonto, Ketahn, si crees que no has hecho nada —dijo Telok. Recogió su lanza de su lugar contra la pared de piedra y se adelantó—. Haré esta guardia contigo.

Ketahn levantó las mandíbulas en una sonrisa.

—Me alegro.

—Yo estuve vigilando con Cole en ese lado del campamento —dijo Urkot, señalando hacia el sol—. Ahnset sigue vigilando desde el otro lado.

—¿No vuelve a dormir?

Un zumbido incierto retumbó en el pecho de Urkot.

—Se negó. Dijo que los demás lo necesitamos más, y que ella está encantada de vigilar que no haya peligro mientras nosotros dormimos.

Ketahn resopló, volviendo la mirada en la dirección que le había indicado Urkot.

—Yo me pondré en dirección al sol —dijo Telok, golpeando la pata de Ketahn con una de las suyas—. Tú ocúpate de tu hermana de cría.

Mientras asentía, Ketahn miró a su compañera por encima del hombro. Solo se le veía el pelo dorado despeinado y la cara desde la nariz hacia arriba; ella se había tapado el resto con la manta. Pero tenía la frente lisa, sin rastro de preocupación, y su respiración era suave y uniforme. Al verla, se le apretó el hilo del corazón, atrayéndole hacia ella. ¿Cómo podía dejarla sola después de lo ocurrido? ¿Cómo podía siquiera pensar en perderla de vista?

«Para tenerla cerca, debo alejarme. Para protegerla, y protegerlos a todos, debo alejarme

por un rato».

¿Y quién cuidará de Ivy y de los demás en toda la Maraña con tanta fiereza como Urkot y Rekosh mientras Ketahn esté fuera?

—Lo haré —dijo Ketahn—. Urkot, mira a ver si puedes ayudar a Rekosh a entrar en la cueva. No tiene por qué yacer bajo la lluvia después de lo que ha sufrido hoy.

Urkot golpeó con una pata el suelo y se golpeó la cabeza con un nudillo. Telok se dirigió hacia el lugar que había elegido para montar guardia, y Ketahn se dirigió hacia el suyo.

Encontró a Ahnset justo fuera del anillo de zarzas y ramas que había ayudado a construir alrededor del campamento, apoyada contra un árbol. Se había puesto una capa de seda, cuya tela húmeda brillaba bajo la lluvia, pero no llevaba puesta la capucha. Llevaba el pelo recogido en un grueso manojo que le colgaba sobre el hombro.

—Tú también debes descansar, hermana —dijo Ketahn al acercarse a ella.

Ella no respondió, ni siquiera se movió, salvo por un leve descenso de la barbilla.

Un tirón muy diferente en el hilo del corazón de Ketahn le hizo detenerse justo detrás de ella. De nuevo fue consciente de la distancia que los separaba, un abismo más ancho y aterrador que las fauces de cualquier bestia legendaria. Y lo rechazó. No sufriría algo así, no después de todo lo que había ocurrido.

El tiempo que iba a tener con aquellos que le importaban era demasiado valioso para desperdiciarlo así.

—No negaré mi ira, Ahnset —dijo—. No negaré que una parte de mí te odiaba por lo que hiciste.

Ahnset soltó un suspiro tembloroso, y su cabeza bajó más.

—Pero te conozco, hermana de cría —continuó—. Por mucho que hayamos cambiado, conozco la verdad en ti, porque eso ha permanecido constante. Sé que solo querías ayudar a Ella. Sé que actuaste desesperada porque parecía que los demás no lo haríamos. Y... no lo hicimos. Hicimos poco por ella porque no había nada que hacer. La Ahnset que siempre he conocido no lo aceptaría. Eres una de las guerreras más feroces que Takarahl ha visto jamás, Ahnset, y lo eres porque siempre luchas por los que no pueden hacerlo. Y siempre lucharás, ya sea por un inocente tejedor que intenta rendir tributo o por una criatura enferma a la que apenas conoces. Y no quiero que te sientas culpable por ello.

—Por mis acciones, Ketahn, los ocho fueron cercenados. Ocho se convirtieron en siete —Giró la cabeza para mirarle por encima del hombro—. Ocho humanos. Eso era una señal, Ketahn. Era sagrado. Y yo lo rompí.

Ketahn rodeó a Ahnset por delante. Cuando ella no volvió a mirarle, alzó la mano y le cogió la cara, obligándola a mirarle.

—Zurvashi lo ha roto, Ahnset. Si los Ocho son reales, es ella quien les ha faltado al respeto, quien los ha ultrajado.

—Ella no habría podido dañar a Ella de no ser por mí.

—Y me habría hecho más daño si no hubiera sido por ti.

—El daño que te ha hecho ha durado años, Ketahn y, aun así, te insté a que acudieras a ella. No te escuché. No... no lo vi. Y ahora... ahora he provocado una maldición sobre nosotros, haciendo que ocho sean siete. Al separar ese número sagrado. Al...

—Escúchame, Ahnset. Escucha mis palabras —Enderezó las patas, elevándose más hasta que su rostro estuvo frente al de ella y sus mandíbulas se rozaron—. Nuestra tribu no son ocho. Nunca lo ha sido. Empezó siendo dos: Ivy y Ketahn. Luego fue nueve cuando despertamos a los demás humanos. Cuando llegaste con Telok, Rekosh y Urkot, éramos trece. Ahora somos doce.

—Y siempre habría sido así. Porque si las cosas hubieran ido de otro modo, te habrías marchado.

—Yo hubiese ocupado su lugar. Debería haberlo hecho. Debería haber desafiado a Zurvashi allí, haberla hecho sufrir por todo lo que ha hecho, por todo lo que yo estaba demasiado ciega para ver.

Ketahn sacudió la cabeza. Había un fuego en su pecho, un fuego y una tensión que se agitaban enloquecidos.

—No, Ahnset. No. Tú no infliges sufrimiento. Eres nuestra protectora, nuestro escudo. Pero los escudos no pueden detener todos los golpes. Eso no hace que un escudo sea inútil. Los demás humanos te necesitan. Yo te necesito, hermana, y siento haberte hecho pensar lo contrario.

Cerró los ojos mientras su cabeza caía hacia delante, apoyándose en la de Ketahn. Sus patas delanteras se apretaron contra las exteriores de las de él, sus anchos hombros se agitaron con una respiración estremecedora, y la lúgubre lluvia siguió cayendo.

—Eres de los nuestros, Ahnset —carraspeó Ketahn—, y lamento que hayas renunciado a tanto para serlo. Nunca quise que perdieras nada.

Una de sus manos se posó en la nuca de él.

—No he perdido a mi hermano de cría. No he perdido a mi nueva hermana. No he perdido a nuestros amigos. Eso es suficiente, Ketahn.

Pero Ahnset había perdido a su compañera, su hilo del corazón.

Permanecieron así durante largo rato. La lluvia caía sobre la piel de Ketahn, disipando gran parte de la carga que pesaba sobre su espíritu.

—Ahora veo las cosas como son —dijo Ahnset—. Las veo tal como son...

Volvió a separarse de ella y la miró a los ojos cuando los abrió.

—Nunca olvides, hermana de cría... nunca olvides cómo podrían ser. Cómo deberían ser.

—No lo haré.

—Ahora vete a dormir. Eres la más fuerte de nosotros, y no quiero que flaquees mientras viajamos mañana.

Carraspeó, con un sonido a la vez triste y divertido.

—Haría falta algo más que una sola noche de insomnio para entorpecerme.

Las mandíbulas de Ketahn se alzaron.

—No lo dudo, Ahnset. Pero descansa igualmente.

Ahnset volvió a rozar su cabeza con la de él antes de retirarse. La vio darse la vuelta y caminar de vuelta al campamento, la observó hasta que se perdió de vista, y entonces ocupó su lugar contra el árbol, plantando la culata de su lanza en el barro.

Como había dicho Urkot, la jungla estaba tranquila, y Ketahn no pudo evitar que su mente volviera a la cueva, a Ivy. Era diferente de lo que había sido cuando la encontró por primera vez. Era... más. Más en muchos sentidos, en demasiados sentidos para definirlos. De formas que ni siquiera podía reconocer.

Y ahora sabía, comprendía, que se debía en gran parte a su espíritu. Ivy era tan pequeña, tan delicada, tan poco amenazadora. Por fuera, ella y los de su especie parecían de verdad criaturas a las que los vrix habrían tratado como presas. Pero ella le había demostrado una gran fortaleza durante el tiempo que la conoció.

Todo lo que había querido sobre los últimos siete años era paz y soledad. Olvidar a Zurvashi y lo que había hecho, olvidar el sufrimiento y la pérdida causados por su gobierno. Apartarse de todo y de todos los que había conocido y limitarse a estar solo.

Gracias a Ivy, comprendió lo equivocado que había estado. Lo egoísta que había sido.

Comprendió que era, a su manera, cruel. Un tipo de crueldad diferente a la de la reina, pero crueldad al fin y al cabo. Haber renunciado a todo y a todos para ahorrarse los destinos que ellos sufrirían...

Ivy le había dado esperanza, amor y alegría, pero también le había dado esa fortaleza, que le había permitido abrazar todo lo demás. Le había permitido avanzar y arriesgarse para mejorar la vida de los que le importaban.

Ella le había enseñado que la confianza no era algo que hubiera que ocultar y no utilizar nunca. Le había demostrado que confiar en los demás no era una debilidad. Y ella no le veía débil por sus fallos, no le veía inferior cuando exponía sus vulnerabilidades. Solo le veía a *él*. Su compañero, su amor. Su hilo del corazón.

Habían sobrevivido juntos a aquel día. Ketahn e Ivy, y toda su tribu. Sobrevivirían al siguiente, y al otro, y así sucesivamente hasta que llegara su hora, y mirarían atrás a sus vidas y se sentirían orgullosos de superar las dificultades, de conseguir la paz, de conseguir las vidas que querían.

Tejerían sus propios destinos para siempre, al margen de la voluntad de los Ocho.

Capítulo Trece

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ivy mientras le entregaba a Ahmya un odre de agua.

Ahmya lo aceptó con una sonrisa tensa. Llevaban más de medio día viajando, pues habían partido antes de que saliera el sol, y si a Ivy le dolía el brazo tras el ataque de la monstruosidad de la enredadera espinosa, Ahmya tenía que estar sufriendo mucho más. Afortunadamente, por fin estaban atravesando un terreno más fácil. Su viaje de los últimos días había estado plagado de barro interminable, raíces retorcidas y terrenos irregulares que habían provocado muchos resbalones y caídas.

Hoy había sido casi tranquilo en comparación, sobre todo ahora que las nubes se habían disipado y el sol brillaba con claridad a través del follaje.

—Me siento como si me hubiera atropellado un coche. Me duele todo —Ahmya se frotó la tela del mono justo por debajo del esternón; aunque Diego había curado todas las pequeñas heridas punzantes que tenía debajo, el abdomen de Ahmya estaba tan magullado como el brazo de Ivy—. Me he pinchado con espinas de rosa más veces de las que puedo contar, pero esto...

—Apuesto a que no querrás volver a tocar una flor —dijo Cole.

Ahmya arqueó una ceja.

—¿Por qué no querría volver a tocar una flor? —Abrió el odre y se lo llevó a la boca para beber.

—¿De verdad? ¿Después de eso?

—No fue culpa de la flor. Fue lo que se escondía dentro de la flor. La vid de fuego. Yo... solo debo tener cuidado la próxima vez. Ser más consciente de lo que me rodea.

—Ni siquiera sabíamos qué buscar, así que no podíamos saberlo —Ivy se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás—. Ahora sí.

—¿Ketahn nunca te habló de esas cosas? —preguntó Lacey por detrás, acelerando el paso para alcanzar a Ivy.

—Me ha hablado de muchos peligros ocultos en la jungla, pero nunca nos habíamos topado con nada parecido hasta ayer.

—No me gustaría ver qué más se esconde por aquí.

Callie, que caminaba más adelante con Will y Diego, echó un vistazo por encima del hombro. Sonrió.

—Vamos, holgazanes. Os estáis quedando atrás.

Cole se burló.

—¿A quién demonios llamas holgazán?

—¿En serio? —dijo Lacey—. Tú eres la que se negó a despertarse esta mañana hasta que

Urkot te echó agua en la cabeza, Callie.

Con ese recordatorio, Callie envió una mirada fulminante en dirección a Urkot.

Los humanos se rieron.

Incluso con todo el mundo despierto y en movimiento —empaquetando provisiones, desayunando, estirándose tras otra noche de dormir en el suelo—, Callie había permanecido acurrucada bajo su manta. Las conversaciones a su alrededor no la habían despertado y, cuando Lacey le había dado un leve empujón con el pie, la mujer solo había soltado un gemido, se había tapado la cabeza con la manta y se había vuelto a quedar dormida.

A pesar de la barrera lingüística, a los humanos les había quedado claro que los vrix estaban ansiosos por seguir adelante. Urkot había intentado despertar a Callie con suavidad, frotándole el hombro con una de sus grandes manos. Ivy juró que había oído un «*lárgate*» murmurado desde algún lugar bajo la manta.

Entonces Urkot había modificado drásticamente sus métodos. Había cogido un odre cercano, había arrancado la manta de Callie y había volcado el odre sobre su cabeza.

Ver a Callie farfullar y chillar había sido el momento cómico que todos necesitaban tras los acontecimientos de ayer.

Desde entonces, Callie estaba resentida con Urkot.

Algo golpeó el trasero de Ivy. Giró la cabeza para mirar a Ahnset, que ahora seguía su ritmo. Incluso la hembra gigante había estado de mejor humor esta mañana.

Ahnset entrecerró los ojos y dijo en vrix:

—Te estás quedando atrás.

Ivy sonrió.

—Tú también.

—No puedo vigilaros desde delante.

—Eso es lo que hacemos, observar. Pero desde atrás.

Ahnset carraspeó.

—¿Así que mi hermana comparte mis obligaciones?

Ivy se enderezó.

—Sí. Es una... cadena.

—¿Una *kadeena*?

—Ketahn te observa, tú nos observas, nosotros os observamos. Así que todos estamos vigilando, ¿no?

Ahnset echó un vistazo por encima del hombro.

—Entonces, ¿quién vigila a Ketahn?

—Bueno... yo. Cada vez que puedo.

No era mentira. Ivy buscaba a menudo a su compañero, pues necesitaba asegurarse de que estaba cerca.

—No creo que se negara si lo hicieras ahora —Ahnset volvió a mirar a Ivy—. Desde más cerca.

Ivy soltó un grito ahogado y se llevó la mano al pecho, fingiendo asombro.

—*Ahnset*, ¿intentas presionarnos para que nos acostemos, cuando deberíamos estar viajando?

Ahnset volvió a carraspear, con las mandíbulas crispadas hacia arriba.

—No. Pero os veo a ambos deseosos. Os habéis separado a menudo desde que nos fuimos, y es una carga para los dos.

Ivy volvió a mirar a Ketahn, y se le encogió el corazón al verle. Era como había dicho Ahnset: desde que abandonaron la *Somnium*, habían pasado poco tiempo juntos, y no era

probable que tuvieran mucho más en un futuro cercano. No hasta que encontraran un lugar seguro al que llamar hogar. Ivy se había despertado sola esta mañana y lo odiaba.

Sonriendo, Ivy extendió la mano y la rozó sobre la pata delantera de la hembra de los vrix.

—Gracias, Ahnset.

Ahnset posó sobre el hombro de Ivy su gran mano, parándola mientras los demás seguían adelante. Abrió más las patas y se agachó, inclinando la cabeza hacia delante.

—Es a ti a quien debo dar las gracias, Ivy. Le has dado a mi hermano de cría una felicidad que no había conocido en mucho tiempo. Le has dado un propósito. Y... me has dado comprensión cuando creía que no la merecía.

Ivy se adelantó y rodeó a Ahnset con los brazos lo mejor que pudo, abrazándola con fuerza. Aunque luchó por mantener a raya las lágrimas, estas ganaron la batalla, inundándole los ojos y resbalando por sus mejillas.

Había crecido en una familia a la que nunca había sentido como tal, y ahora, con Ketahn, Ahnset y los demás, tenía una. Una de verdad. Eso había despertado un sentimiento de pertenencia, de ser necesitada y querida, que Ivy nunca había tenido.

—Tu hilo está entretejido con el nuestro, Ahnset.

Ahnset se estremeció. Apretó su mano contra el hombro de Ivy, pero esta notó la contención de la vrix; incluso con aquel movimiento involuntario, Ahnset actuaba con sumo cuidado. Por fin, Ahnset sujetó los brazos de Ivy y se retiró.

—Ahora —Ahnset giró a Ivy hacia Ketahn, le puso una mano en la espalda y le dio un empujón— ve con tu compañero.

La mirada errante y vigilante de Ketahn se posó en Ivy y ladeó la cabeza. Ralentizó el paso cuando otro pequeño empujón de Ahnset puso en movimiento los pies de Ivy. Sonriendo como una tonta, Ivy caminó hacia él; las mandíbulas de él se alzaron en respuesta a su sonrisa.

—¿De qué hablabais, mi hilo del corazón? —preguntó.

—Bueno... —Se colocó los mechones sueltos del pelo detrás de la oreja mientras caminaba a su lado—. Ahnset dijo que deberíamos escabullirnos y practicar sexo pervertido, sucio y caliente —Enarcó las cejas.

—¿Eso ha dicho? Qué extraño por su parte... —Sus ojos miraron brevemente a Ahnset y soltó un trino pensativo antes de agacharse y coger a Ivy en brazos—. Pero es cierto que ha pasado bastante tiempo.

Ivy se rio y le rodeó el cuello con el brazo mientras él la acunaba contra su pecho. Hizo girar los dedos en su sedoso pelo.

—Sí, es verdad.

—Mi hermana de cría no ha dicho exactamente eso, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Acaso importa?

Él carraspeó y el sonido se convirtió en un gruñido profundo y hambriento.

—No.

La vibración de aquel gruñido estimuló sus pezones, enviando un rayo de excitación directo a su núcleo. Tuvo que morderse el labio para contener el gemido que amenazaba con escaparse. De algún modo, aquella sensación había sido más fuerte que cualquier otra que hubiera sentido allí antes.

Suspirando pesadamente, Ivy apoyó la cabeza bajo la barbilla de él, resignándose a sentir placer por el mero hecho de estar entre sus brazos.

—Por desgracia, no tendremos un polvo rápido, tenemos que quedarnos con el grupo.

Ketahn resopló y la abrazó un poco más fuerte.

—No nos echarán de menos si solo nos ausentamos unos... ¿Cómo se dice en humano?

—¿Minutos?

—No. La más larga. ¿Horas?

—Seguro que nos echarán de menos si desaparecemos durante horas.

—Eso es lo que tardaré en atender las necesidades de mi compañera.

Ivy se rio, luego volvió la cara contra su cuello y gimió.

—No deberías ponerme cachonda ahora, Ketahn. Tenemos mucho camino que recorrer, ¿recuerdas?

—Ah, mi *nyleea*, esos sonidos que haces... —Inspiró hondo y algo se movió justo debajo de la espalda de Ivy, sus cierres, acercándose a su pelvis—. Pero tienes razón. Debemos anteponer las necesidades de nuestra tribu a nuestros deseos. Al menos hasta que esos deseos se conviertan en necesidades.

El coño de Ivy estuvo a punto de llorar ante sus palabras.

«*Calma, chica, calma*».

Lo que sentía ahora sí que parecía una necesidad.

Deseaba más que nada que se la llevara a los árboles para volver a sentirlo dentro de ella, empujándola profundamente, al diablo con su tribu. Lo *ansiaba*.

Pero lo cierto era que tenían que seguir adelante. Ya llegaría el momento de Ivy y Ketahn.

Apoyó la mejilla en el pecho de él, bajó una mano y recorrió su pecho con las yemas de los dedos, intentando ignorar el dolor que sentía entre los muslos.

—Hablé con Ahnset anoche —dijo Ketahn.

Ivy levantó la cabeza y lo miró.

—¿Ah, sí?

—Sí —Un zumbido bajo le recorrió el pecho, más sutil que sus otros sonidos, pero imposible de pasar por alto—. Le pedí disculpas.

Una vez más, los ojos de Ivy se llenaron de lágrimas. Se las secó apresuradamente. Últimamente, parecía que cualquier nimiedad la convertía en un mar de lágrimas.

—Me alegro. No me gustaba veros tan distantes.

Ketahn bajó la cabeza, apoyando su cabeza en la frente de ella.

—No deseo perder el tiempo con enfados.

Ivy apoyó la cabeza en su hombro y posó la mano sobre sus corazones. Latían fuertes y firmes bajo su palma.

Ketahn siguió adelante en silencio, e Ivy se sintió reconfortada por su proximidad, por el suave balanceo de su paso, por su olor familiar. Levantó la vista. El moratón alrededor de su cuello ya se había desvanecido, pero seguía estando muy presente en su memoria.

—¿Eres feliz, Ketahn? —preguntó Ivy al cabo de un rato—. A pesar de... la reina y de todo lo que ha pasado. ¿Eres feliz con... la elección que hice?

—Ah, mi hilo del corazón —Ketahn le pasó las garras por el pelo—. No podemos saber lo que vendrá. Pero eso no significa que debemos vacilar en hacer lo correcto por miedo de adónde nos lleven esos hilos —Le rozó la frente con su dura boca, en su versión de un beso—. Soy feliz. Estoy lleno de orgullo. Estoy lleno de amor. Porque Ivy Foster es mi compañera, y nadie en ningún otro mundo puede ostentar semejante felicidad.

La ternura floreció en su interior. Su culpa no era por despertar a los demás de la estasis, sino por el sufrimiento que Ketahn había padecido. Deseó poder borrar ese sufrimiento, para que él pudiera vivir en la paz que tanto anhelaba.

«Pronto. Pronto lo conseguiremos».

Ivy le besó el pecho.

—Te quiero.

—¡Eh, eso no es justo! —dijo Lacey, dirigiendo la atención de Ivy hacia ella. La mujer estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa juguetona en los labios—. Nosotras andamos como bobas y tú recibes el trato de la realeza.

Ivy se rio.

—Seguro que si se lo pidieras, Telok estaría encantado de llevarte.

Lacey resopló y sus mejillas, ya sonrojadas, se tornaron más rojas.

—Ejem. *En fin*, los demás se han detenido más adelante. Creo que Telok quería que te metiera prisa para que vinieras. Él hizo una especie de gesto en esa dirección y gritó «*que venga Ketahn*».

—¿Ocurre algo? —preguntó Ivy, frunciendo el ceño.

—No, no creo. Tengo la sensación de que está cansado de que seáis tan lentos.

Ketahn carraspeó.

—No somos lentos. Vigilamos la retaguardia.

Lacey puso los ojos en blanco.

—Habéis estado vigilando *una* retaguardia, sin duda.

Se le cayeron las mandíbulas.

—¿Qué quieres decir, Lacey?

—Mi culo —dijo Ivy con una risita—. Me has estado mirando el culo. Y no se equivoca, así que no lo niegues.

—Lo estaría mirando ahora si estuviera a la vista —Apretó una de las nalgas de Ivy.

Lacey arqueó una ceja.

—Vaya. Estos vrix no son tan diferentes de los humanos. Una panda de animales sedientos de lujuria.

Ivy se rio.

—No tienes *ni* idea.

—Después de oírte en la *Somnium*, sí que tengo una idea...

Ketahn se enderezó, echando los hombros hacia atrás e inclinando la barbilla hacia arriba.

—Dije que daría a conocer a toda la jungla mi reclamo sobre mi compañera.

Esta vez le tocó a Ivy sonrojarse, pero en realidad no se sentía avergonzada. Le gustaba que los demás supieran que era de Ketahn. Desde luego, a ella tampoco le importó en ningún momento.

—Panda de frikis del sexo —Lacey se aclaró la garganta y se colocó el pelo detrás de la oreja—. Así que, sí, deberíamos reunirnos con los demás.

Ketahn siguió a Lacey, manteniendo a Ivy firmemente abrazada y con una de sus manos en el trasero. Aquello solo volvió a recordarle a Ivy cuánto tiempo hacía que no hacían el amor, y tuvo que hacer acopio de fuerza de voluntad para no excitarse de nuevo, sobre todo cuando imaginó aquella mano deslizándose un poco más arriba, entre sus muslos.

Los demás se habían reunido junto a un ancho arroyo. La luz del sol centelleaba sobre la superficie del agua, acogedora y cálida, bailando con las sombras proyectadas por el follaje que se extendía por encima. Grandes rocas cubiertas de musgo se alzaban a lo largo de los bordes del arroyo y sobresalían del agua. A lo largo de las orillas había grupos de flores, algunas con largos tallos inclinados hacia abajo, cuyas brillantes flores se reflejaban en manchas de color sobre la ondulante superficie.

Ketahn bajó a Ivy, soltándole las piernas y sujetándola con sus fuertes manos hasta que se puso en pie.

—Esto es precioso —dijo Ahmya.

Cole, que estaba de pie al borde del agua con una sonrisa poco habitual en él, asintió.

—Sí, está muy bien, ¿verdad?

Callie dio un paso adelante y metió la punta de su bota en el agua.

—Lo que daría por un baño ahora mismo.

Ivy, recordando aquellas horas de ocio que pasó junto al arroyo con Ketahn, también miró el agua con nostalgia.

—Yo también.

—Pues quedémonos —Will se volvió hacia los demás—. Llevamos días avanzando. Estamos todos agotados —Hizo un gesto a Ahmya—. Sé que ella está dolida después de lo que pasó ayer, aunque no haya dicho nada.

Ahmya agachó la cabeza, el pelo le cayó hasta cubrirle los ojos.

—No quiero retrasar a todo el mundo.

—No nos retrasas —dijo Ketahn con suavidad—, pero ayer no fuimos muy lejos. Debemos continuar avanzando.

El labio inferior de la pequeña mujer tembló y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo siento. Sé que fue culpa mía.

—¿Qué has dicho para disgustarla, Ketahn? —exigió Rekosh, acercándose a Ahmya. Con cuidado, le atrapó el pelo con las garras y se lo colocó detrás de las orejas.

Ahmya miró a Rekosh. Sus ojos oscuros estaban brillantes por las lágrimas no derramadas.

Ketahn resopló.

—No es culpa tuya, Ahmya. No pasa nada. Pero ahora debemos continuar.

Ivy le apretó la mano contra el abdomen.

—Quedémonos.

Él cubrió la mano de Ivy con la suya y la miró.

Ella no oyó sus gruñidos, pero los sintió bajo su palma.

—Todos estamos cansados y agotados, Ketahn. Creo que a todos nos vendría bien una tarde de relax.

—Ya la tuvimos ayer —respondió él.

Ivy frunció el ceño.

—Yo no llamaría relajante a que te claven espinas y caigas en un sueño producido por el veneno, Ketahn. Sabes que ayer nadie se relajó —Levantó la mano y la posó en sus mandíbulas, tirando de él hacia abajo—. *Tú* también necesitas esto.

—Quieren parar, ¿no? —preguntó Telok desde su lugar en lo alto de una de las rocas que estaba rodeada de agua.

—Sí —dijo Ketahn, sin apartar la mirada de Ivy—. Les he dicho que debemos...

—Este es un lugar agradable para descansar —dijo Telok—. Yo soy partidario de disfrutar del sol que podemos tener antes de la próxima lluvia.

—Yo también —añadió Rekosh.

—De todas formas, iba a decir que deberíamos parar a comer —dijo Urkot—. Estos humanos no han comido más que palos de polvo. Necesitan carne.

—Con eso quieres decir que tú necesitas carne —dijo Ahnset con un castaño.

—Están de acuerdo con nosotros, ¿no? —preguntó Diego.

Ivy arqueó una ceja hacia Ketahn.

Él entrecerró los ojos y agachó más la cabeza, tomando la nuca de ella con una mano. En voz baja y profunda, dijo:

—Me someteré, mi *nyleea*.

Ella sonrió, acortó la distancia que los separaba y apretó los labios contra la boca de él.

—Gracias.

—¡Sí, joder! —Cole se quitó las botas, las tiró a un lado y se agarró el cuello del mono. Se lo abrió y se lo bajó, mostrando el culo.

—¿En serio, Cole? —preguntó Callie, mirando al cielo.

—No sé a qué esperáis.

—Hace como dos semanas que vivimos juntos. No estamos preparados para ver tu polla columpiándose.

Cole saltó al agua.

—Vosotros os lo perdéis.

Ivy meneó la cabeza riéndose y se apartó de Ketahn.

—¿Quizá Ahnset pueda llevarnos a las hembras un poco más río arriba?

—Desde luego —dijo Lacey, levantando una mano para bloquear a Cole de su visión mientras se apresuraba hacia Ahnset.

Los ojos de Ketahn se abrieron de par en par.

—No. Tú te quedarás conmigo, Ivy.

Ivy ladeó la cabeza y alzó las cejas.

—¿Quieres que los demás machos me vean desnuda?

Sus mandíbulas cayeron y se juntaron. Con un gruñido, le puso las manos en los hombros, la hizo girar hacia Ahnset y la empujó hacia delante.

—Mantenlas a salvo, hermana de cría.

Capítulo Catorce

—Dios mío —gimió Callie mientras introducía su cuerpo en el agua—. Podría cerrar los ojos e imaginar que estamos en un balneario de cinco estrellas.

—No puedo decir que haya estado nunca en un balneario —Ivy dejó su mono doblado encima de una gran roca— pero esto es lo más parecido a la naturaleza que se puede estar.

De vez en cuando oía los gritos de Cole río abajo, seguidos de algunas voces más graves, todas tenues por la distancia y el sonido del agua que corría, pero le reconfortaba saber que estaban todos cerca por si ocurría algo. Ahnset no las había alejado demasiado de los machos; habían ido a un recodo río arriba, fuera del alcance de su vista, pero no de su oído. Aquí había más extensión de agua y la cálida y abundante luz del sol bañaba la piel de Ivy.

Como muchos otros lugares de la jungla, era un trocito de paraíso.

Incluso Ahnset disfrutaba de un momento de paz. Estaba tumbada en una gran roca cerca de la orilla, tomando el sol, con una de sus patas delanteras colgando en el agua.

Ivy cogió unas hojas de *nath'jagol*, hojas de limpieza, de la pila que tenía junto a la bolsa y se metió en la corriente; el agua le llegaba a las rodillas. El frío le erizó la piel de inmediato. El lecho del arroyo bajo sus pies estaba cubierto de piedras lisas que, afortunadamente, no estaban resbaladizas por las algas, lo que le permitió vadearlo con facilidad. Extendió los brazos sobre la superficie mientras el agua le llegaba al pecho. Sus pezones se endurecieron por el frío.

—Nunca me había bañado desnuda —dijo Ahmya desde la orilla.

Ivy se volvió y la miró.

Ahmya se había desnudado, pero permanecía de pie con el mono apretado contra el pecho para cubrir sus pequeños pechos, vientre y pelvis. Sus dedos se movían inquietos en la hierba y se mordía el labio inferior. Su cuerpo era un amasijo de moratones negros y azules allí donde la había agarrado la vid de fuego, que contrastaban con la palidez del resto de su piel.

Callie se enderezó y soltó una risita.

—¡Trae aquí ese culito!

Ivy ofreció a Ahmya una sonrisa de ánimo.

—Sé que es un poco intimidante. A mí me costó un poco dejar a un lado esas inhibiciones, pero te acabas acostumbrando. Solo estamos nosotras y la naturaleza.

Lacey, que seguía vestida y parecía igual de nerviosa, se detuvo junto a Ahmya.

—Yo tampoco me he bañado nunca desnuda, pero oye, vas un paso por delante de mí.

Ahmya cambió su peso de un pie a otro.

—Me siento tan... expuesta.

—Nos meteremos juntas. ¿Te parece bien?

—Claro.

Lacey se abrió el mono, sacó los brazos de las mangas y se lo bajó, dejándola con la camiseta blanca y los pantalones cortos. Agarró el dobladillo de la camiseta, lo apretó y vaciló con los labios apretados. Finalmente, se subió la camiseta por encima de la cabeza y la tiró a un lado, y después le siguieron los pantalones cortos.

Ivy entornó los ojos cuando Lacey se enderezó.

Una cicatriz larga, torcida y ligeramente arrugada recorría el vientre de Lacey de cadera a cadera entre unas estrías plateadas. Una cicatriz similar le marcaba cada brazo, desde el interior de los codos hasta las axilas, y tenía otro par en la cara interna de los muslos. Todas tenían un aspecto irregular, como si las hubieran cosido y cicatrizado mal.

El agua le salpicó cuando Callie se acercó a Ivy.

—¡Joder, Lacey! ¿Qué te ha pasado?

El pelo pelirrojo de Lacey le cayó hacia delante mientras miraba hacia abajo. Se llevó las manos a la cintura, cubriéndose la larga cicatriz del vientre.

—Digamos que la Iniciativa Mundo-Hogar tenía ciertos... requisitos para la inscripción que yo no cumplía, e hice algo estúpido para alcanzarlos —Se obligó a bajar las manos y a levantar la cara—. Es... Es cosa del pasado. Ya no soy esa persona.

Ahmya tocó el brazo de Lacey.

—No tienes que hablar de ello. Lo entendemos.

—¿Se avergüenza de sus cicatrices? —preguntó Ahnset.

Ivy miró a la vrix. Ahnset había levantado el torso y miraba a Lacey con la cabeza ladeada. Con todo lo que había ocurrido últimamente, Ivy nunca se había tomado la molestia de estudiar a Ahnset muy de cerca. Lógicamente, los vrix que se habían pasado la vida como guerreros tenían cicatrices.

A la luz del sol, esas cicatrices eran más claras que nunca. Algunas eran más pálidas que su piel negra, otras más oscuras. A Ivy le recordaban a las cicatrices de Ketahn: cortes y puñaladas, rasguños, incluso una en la parte superior del hombro izquierdo de Ahnset que parecía haber sido una quemadura.

—Las cicatrices significan algo diferente para los humanos —dijo Ivy en vrix—. Para muchos de nosotros, son... sufrimiento en lugar de orgullo.

Ahnset inclinó la barbilla, bajando la mirada mientras levantaba los brazos y estudiaba las cicatrices que había en ellos.

—¿Puedes transmitirle mis palabras a Lacey?

Ivy asintió, y las cuatro mujeres observaron cómo Ahnset se inclinaba hacia delante y hablaba.

—Dile que las cicatrices *son* dolor. Que no debe mirarlas con vergüenza. No tiene por qué sentir orgullo, pero cuando las vea, debería sentirse orgullosa de sí misma. Porque sobrevivió a lo que las dejó. Porque ella, como cada uno de vosotros, es fuerte.

Al morderse el interior de la mejilla, Ivy luchó contra una nueva oleada de emociones mientras traducía lo que Ahnset había dicho. Aunque las cicatrices físicas de Ivy no eran nada comparadas con las de Ahnset, Lacey o Ahmya, ella llevaba cicatrices en lo más profundo de su ser, dejadas por las dificultades que había sufrido en su corta vida. Sabía que Ahnset había hablado para consolar a Lacey, pero sus palabras también significaban mucho para Ivy.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Lacey y sonrió.

—Gracias —Se aclaró la garganta y cogió algunas hojas del montón de hojas de limpieza de Ivy, ofreciéndole algunas a Ahmya—. Venga. Metámonos en vez de quedarnos aquí con las tetas

al aire.

Respirando hondo, Ahmya se quitó el mono, lo dejó caer junto a la ropa de Lacey y aceptó las hojas que le ofrecían. Las dos mujeres se metieron juntas en el arroyo.

Lacey siseó.

—Jesús, qué fría está —Se agachó hasta que el agua le llegó a la barbilla.

Ivy soltó una risita y le dio a Callie unas hojas de limpieza antes de coger unas cuantas para ella.

—Te acabarás acostumbrando.

Ahmya canturreó mientras nadaba más adentro.

—Pero sienta tan bien.

El fuerte aroma a gardenia y limón inundó los sentidos de Ivy mientras se restregaba las hojas machacadas sobre el pecho. Se desvanecieron en cuanto entraron en contacto con su piel húmeda. No era el baño de burbujas caliente y húmedo con el que todos debían de haber soñado, pero era algo, e Ivy había llegado a disfrutar bañándose en la naturaleza. Tenía algo relajante y a la vez emocionante.

Y le gustaba especialmente cuando estaba con Ketahn.

Las comisuras de sus labios se curvaban al pensar en él.

Le encantaba cómo sus ojos violetas se fijaban en su cuerpo, le encantaba cómo se oscurecían de deseo, cómo ardían por ella, y le encantaba cómo, al final, él siempre perdía su poco autocontrol y eso la llevaba a hacer el amor frenética y apasionadamente.

El calor se acumuló en su interior y su sexo se contrajo, dolorido por una repentina necesidad.

«*Dios, ha pasado demasiado tiempo*».

—No sabéis cuánto me alegro de haber optado por la depilación corporal cuando me la ofreció la IMH —dijo Callie, sacando a Ivy de sus pensamientos lujuriosos—. Si no, ahora mismo estaría avergonzando a toda la jungla.

Ivy se rio y se sumergió en el agua para quitarse el *jabón* y refrescarse la piel, que ahora estaba caliente.

—Lo mismo digo.

—Yo... no recibí el tratamiento completo —dijo Lacey. Estaba en el agua más profunda, cerca de Ivy, restregándose *nath'jagol* en el pelo mojado. Tenía casi todo el cuerpo sumergido—. Por razones obvias.

—Yo tampoco —dijo Ahmya mientras caminaba por el agua cerca de ella—. Estaba... demasiado avergonzada. Nunca me habían depilado, sobre todo *ahí abajo*, así que todo eso del láser... —Se estremeció.

—No hay nada malo en no hacer algo con lo que no te sientes cómoda —dijo Ivy.

Callie se rio.

—Me he hecho unas cuantas depilaciones brasileñas, así que supongo que estaba acostumbrada a que me hicieran cosas así ahí abajo. Pero... Una vez me la hizo una chica que era nueva, que no sabía muy bien lo que hacía, y déjame decirte que esa mierda sí que *dolió*. Nunca había gritado tanto en mi vida. Te juro que debió de arrancar varias capas de piel y no arrancó nada de vello. Lo que hizo la IMH con su tratamiento láser fue como un masaje relajante comparado con eso.

Las mujeres se rieron.

Ahmya miró hacia el agua.

—Ojalá yo pudiera ser tan valiente y segura de mí misma. Hacerse una citología es una cosa,

pero los médicos de la Iniciativa eran tan fríos que no me atrevía a tumbarme en la camilla y abrirme de piernas delante de una sala llena de gente cuando llegara el momento.

Ivy se encogió.

—Esa parte *fue* muy incómoda.

—Ya me sentía como un animal al que pinchan y pinchan. Aquello fue más de lo que podía soportar.

—Y no pasa nada, Ahmya —dijo Callie—. Eres muy valiente. Mira dónde estás ahora. ¿A quién le importa si no te quitaste el vello púbico antes de volar por el universo?

Levantando la mirada, Ahmya sonrió.

—Sí, ¿a quién le importa? Hice la parte importante, ¿no?

—Sí —dijo Lacey—. Dar el salto a una vida nueva... Eso requiere más valor del que la mayoría de la gente comprende. Y lo que hemos hecho aquí, bueno...

Callie sonrió.

—Supongo que estamos llevando la vida nueva al extremo.

Lacey movió las cejas.

—Ivy aún nos gana con su amante de ocho patas.

Ivy sintió una opresión en el pecho. Sabía lo que era: un reflejo moldeado por años de ser juzgada. Pero fue fugaz, desapareció tan pronto como apareció, porque aquí no había prejuicios.

Ivy sonrió.

—Seis patas. Es un vrix, no una araña.

Lacey agitó una mano con indiferencia.

—Son detalles sin importancia. Sigue lanzando telarañas por el culo y da un miedo de cojones.

—Los vrix pueden dar miedo —dijo Ahmya mientras se lavaba—, pero en realidad la mayoría de las veces son... bastante dulces.

—¿Estás pensando en Rekosh, Ahmya? —preguntó Callie con una amplia sonrisa.

Ahmya agachó la cabeza, pero no antes de que Ivy viera el rubor que teñía sus mejillas.

—Es que es amable conmigo. No... no pienso en él de *esa manera*.

—Ajá...

Ahmya volvió a levantar la mirada.

—¡No es verdad!

—Sigue diciéndote eso. Seguro que te preguntas si su polla es tan roja como su...

Ahmya se abalanzó sobre Callie, hundiéndole la cabeza bajo el agua.

Callie volvió a salir, agitando los brazos, escupiendo y riendo.

—Así que sí que sientes algo.

—Es... una *araña* —susurró Ahmya, con el cuerpo estremeciéndose y la cara contraída.

Callie soltó una risita.

—Vrix.

—No vamos a seguir con eso, ¿no? —preguntó Lacey—. ¿De verdad que tenemos que hablar de sus pollas mientras estamos desnudas a unos cientos de metros de ellos?

—Probablemente, es de lo que estén hablando los chicos —dijo Callie encogiéndose de hombros—. Además, tengo curiosidad. También estoy acojonada y desde luego no quiero follarme a ninguno de ellos, pero tengo curiosidad.

Lacey señaló a Ivy con el dedo.

—Siempre puedes preguntar a la experta que hay aquí.

Todas las miradas se volvieron hacia Ivy. Ella enarcó las cejas. No podía culpar a las demás

por su curiosidad: Ivy había sentido la misma curiosidad al principio con Ketahn. Sin embargo, eso no impidió que sus mejillas se sonrojaran.

—Bueno... —Ivy se aclaró la garganta y miró hacia el agua—. Solo puedo decir de Ketahn que su... Su color coincide con sus marcas.

Callie sacudió el brazo.

—¡Lo sabía!

Lacey se cubrió la cara con las manos.

—Eso es todo lo que pienso imaginarme.

—¿Un arcoíris de pollas?

Bueno, eso era sin duda lo que Ivy se estaba imaginando ahora. Se rio.

Lacey se rio y agitó las manos.

—Eres horrible.

Callie soltó una risita.

—Bueno, ya tienes tu respuesta, Ahmya. Un proyectil rojo.

—Dios mío —Fue lo último que dijo Ahmya antes de sumergirse lentamente, dejando únicamente los largos y oscuros mechones de su pelo flotando cerca de la superficie.

«Supongo que es una buena forma de evitar una conversación».

Ivy soltó una risita.

Cuando terminaron de lavarse, las hembras pasaron un rato nadando en el arroyo que corría lentamente. Aunque nadie lo dijo, Ivy no dudaba de que todos pensaban lo mismo: no sabían cuándo volverían a tener tiempo para relajarse así. Aquí nada era seguro, nada estaba garantizado. Y eso hacía que esos momentos fueran aún más valiosos.

Cuando por fin salieron del agua, las mujeres extendieron una manta sobre la roca y se unieron a Ahnset, dejando que el sol les secase la piel.

Lacey, sentada con las rodillas contra el pecho, levantó la cara hacia el cielo. El pelo largo y húmedo le colgaba por la espalda.

—En momentos como este casi puedes... olvidar.

—¿Olvidar qué? —preguntó Ahmya.

—El choque y... a Ella.

Ahnset se puso rígida a espaldas de Ivy y giró la cabeza hacia Lacey. Ivy posó la palma de la mano sobre la espalda de Ahnset en señal de consuelo.

—¿Está... está mal que cuando pienso en todos los que murieron en el accidente, me sienta triste, pero sin una conexión real, pero que el hecho de que Ella se haya ido sea como un gran agujero? —preguntó Lacey, con voz grave—. ¿Solo la conocí durante cuánto, una semana?

—No importa cuánto tiempo fuera —dijo Callie, bajando la mirada hacia el agua—. Era nuestra amiga.

—Era nuestra familia —dijo Ivy—. Nuestra tribu.

Ahmya miró a su alrededor, con el pelo negro brillando a la luz del sol.

—Esto le habría encantado.

Lacey abrió los ojos y sonrió.

—Sí, le habría encantado.

—¿Qué es lo que dicen? —preguntó Ahnset.

Ivy la miró, cambiando a vrix.

—Dicen que a Ella le habría gustado estar aquí.

Ahnset volvió la cara hacia el sol y cerró los ojos. Con la luz directamente sobre ella, la piel de su cuello y la parte superior del pecho parecían un poco más pálidas que el resto, el lugar

donde había llevado aquel grueso collar adornado con oro. Cada vez que Ivy había visto a Ahnset, la vrix llevaba todas aquellas piezas decoradas que ocultaban en gran medida el cuerpo que había debajo. Despojada de todo eso, Ahnset parecía sencilla, pero también parecía más... ella misma.

—Hay un lugar en Takarahl llamado la Guarida de los Espíritus —dijo Ahnset en voz baja—. Dicen que allí habitan los espíritus de todos los vrix que vinieron antes, que nos tienen vigilados, que nos guían. Allí murió Ella. Pero... no creo que su espíritu se quedase en ese lugar. Ella hubiera regresado a la Maraña, con vosotros —Abriendo los ojos, Ahnset levantó un poco las mandíbulas en lo que Ivy entendió como una sonrisa—. Creo que ahora está aquí, con nosotros. Viendo todas las cosas que anhelaba ver. Libre de dolor, libre de sufrimiento... Y espero que algún día me perdone. Pero más aún, espero que esté en paz.

A Ivy se le llenaron los ojos de lágrimas. Se puso de rodillas y pasó el brazo alrededor de la espalda de Ahnset, apoyando allí la cabeza.

—Lo está, Ahnset. Y ya lo ha hecho.

Ahnset apoyó una mano en la espalda de Ivy, bajó la barbilla y cerró los ojos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ahmya.

Dando un suave apretón a Ahnset, Ivy se apartó y miró a las demás, repitiendo lo mejor que pudo todo lo que había dicho la vrix.

—Deberíamos hacer algo aquí —dijo Lacey—. Un monumento conmemorativo. Podríamos... despedirnos en este lugar.

Ivy repitió las palabras de Lacey en vrix. Ahnset emitió un sonido grave y pensativo y, durante unos instantes, se miró las manos. Cuando por fin habló, los ojos de Ivy se llenaron de lágrimas.

Los demás humanos miraron a Ivy en busca de una explicación.

Ivy se aclaró la garganta.

—Ella... ha dicho que prefiere que llevemos a Ella con nosotros, hasta que encontremos un nuevo lugar donde formar nuestro hogar. Y que deberíamos recordar a Ella en ese lugar, y asegurarnos de que es bienvenida, porque... porque no hay despedidas. Porque Ella siempre estará con nosotros, y aunque a veces duela, es precioso.

Capítulo Quince

—No lo entiendo. ¿Por qué insisten en cubrirse con telas haga el tiempo que haga? —preguntó Urkot.

Ketahn miró en la dirección en que se habían ido las hembras y apretó las puntas de sus patas contra la tierra para luchar contra su persistente impulso de ir hacia Ivy. Aunque no le hacía ninguna gracia separarse de su compañera, confiaba en Ivy y Ahnset, y sabía que la razón de las hembras para querer bañarse separadas de los machos era importante para ellas.

Pero no podía afirmar que comprendiera realmente la razón en sí.

Soltó un resoplido.

—Porque los humanos están limitados por su *puhdoor*.

Telok intentó —sin éxito— repetir la palabra.

—¿Es algún tipo de ley sagrada?

—No recuerdo que los oradores de espíritus establecieran una ley semejante —dijo Urkot.

Rekosh carraspeó.

—Los humanos no adoran a los Ocho, Urkot.

—¿Qué? ¿Cómo que no? ¿Entonces qué más hay?

—Más de lo que cualquier vrix haya imaginado jamás —replicó Ketahn, volviendo a prestar atención a sus amigos.

Las mandíbulas de Urkot se crisparon y un trino contemplativo surgió de su interior.

—Aún no has explicado que es *puhdoor*, Ketahn.

En el arroyo, Cole giró sobre sí mismo, extendiendo los brazos. Había avanzado lo suficiente como para que el agua le llegara solo hasta la mitad de los muslos, dejando a la vista su blando y arrugado miembro colgante.

—¿A qué demonios estáis esperando? El agua está estupenda.

Tal vez el *puhdoor* no era algo a lo que estuvieran limitados todos los humanos. Ivy se había desprendido del suyo durante su estancia con Ketahn, pero lo había recuperado con los demás humanos. Cole, sin embargo, no había dudado en mostrar el torso desde el principio, cosa que ninguna de las hembras había hecho.

—Joder, tío —Will se apartó del arroyo, se frotó la boca y la barbilla con una mano y se pasó el otro brazo por el vientre.

—No lo entiendo del todo —dijo Ketahn a Urkot—. Ivy dijo que a la mayoría de los humanos les incomoda que los demás vean sus cuerpos al descubierto.

—Parece una tontería —dijo Telok.

Urkot observó a Cole, con la cabeza ladeada.

—Las hembras vrix también se cubren.

—No —dijo Rekosh—, se adornan. No para ocultarse, sino para llamar la atención. Y los susurros que he oído dicen que no era lo mismo antes de Zurvashi. Los ancianos han dicho que estaba celosa de las marcas de los machos, así que decidió cubrirse de oro para eclipsar a todos los machos. Con ella como reina, se puso de moda.

—¿La reina celosa de los machos? —Urkot resopló—. ¿Quién tiene la cabeza llena de piedras, Rekosh?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Cole.

—Del *puhdoor* de los humanos —contestó Ketahn en español.

—¿Qué?

—*Puhdoor* —dijo Diego.

—Pfff. ¿Quién lo necesita? —Cole apoyó los puños en las caderas y amplió la postura; los brazos le hacían como flechas que apuntaban directamente a su miembro—. Nuevo mundo, nuevo siglo. Podemos hacer las reglas que queramos.

Diego rio entre dientes. Permaneció de pie cerca de la orilla, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin moverse ni más cerca ni más lejos de Cole.

—Creo que ese tipo de cosas es mejor discutir las entre todos antes de tomar ninguna decisión.

—Me parece justo. Pero vosotros —señaló a los otros machos, tanto vrix como humanos— tenéis que venir aquí ahora mismo. No os arrepentiréis.

Diego esbozó una sonrisa burlona.

—¿Me estás pidiendo que me desnude contigo, Cole?

—Como quieras, vestido o con la polla al viento —dijo Cole riendo—, me da igual —Volvió a extender los brazos a los lados y caminó hacia atrás. El agua subió gradualmente hasta su cintura; un escalofrío le recorrió cuando su miembro se sumergió.

—Hace frío, ¿eh? —Diego se desabrochó el mono y tiró de él para abrirlo. Miró a Ketahn—. El *puhdoor* tiene que ver con la comodidad y el *albehdríio*. Es diferente para cada uno, ¿sabes? —Sacó los brazos de las mangas del mono y se lo bajó. También llevaba debajo la ropa interior blanca—. Y ese ha sido siempre el problema en la Tierra —continuó, cuando se quitó el mono—. Demasiada gente *impohnieendoh* su *mooralidah* en los demás, intentando que se avergüencen de lo que son. Por sus cuerpos, por su autoestima, por a quien aman.

Sus ojos se desviaron un instante hacia Will, que seguía de espaldas.

—Y todo es una sarta de gilipolleces —Cole se hundió hasta que el agua le llegó a la barbilla—. Solo es una manera de dividirnos.

Diego apartó el mono de una patada y se quitó la camiseta por encima de la cabeza.

—Sí, más o menos. Nuestra especie tiene un gran talento para las gilipolleces.

Ketahn tradujo para sus amigos lo mejor que pudo, pero ni él mismo lo entendía todo. Era una visión de las costumbres humanas como nunca había tenido, y sabía que faltaban muchas cosas en esa visión. Pero era algo. Era un poco más de conocimiento sobre su compañera y el mundo en el que había vivido.

—Tienen costumbres extrañas —dijo Urkot.

Telok bajó de la roca y sumergió las patas en el agua.

—Nuestras costumbres deben ser igual de extrañas para ellos.

Diego se bajó la ropa interior blanca, dejando al descubierto su miembro. Como el de Cole, colgaba al aire libre entre sus piernas, aunque el suyo emergía de una mata de pelo oscuro.

Rekosh trínó y entrecerró los ojos.

—Ya que estamos hablando de cosas raras...

Urkot gruñó, mirando fijamente junto con Rekosh.

—Vamos, Will —Diego le hizo una seña con una mano y se adentró en el arroyo—. No seas tímido.

Will miró a Diego por encima del hombro. Sus ojos se entornaron y su lengua emergió para recorrer sus labios.

—Yo... estoy bien, chicos. De verdad.

—¡Ahí está esa habilidad para las gilipolleces de la que hablaba Diego! —gritó Cole. Se había desplazado al centro del arroyo, donde nadaba contra la lenta corriente.

—No tienes nada que no hayamos visto antes —dijo Diego con una sonrisa.

Estaba claro que esas palabras no se aplicaban a los vrix.

—¡Vamos! —Cole agachó la cabeza bajo el agua. Cuando emergió, el pelo claro le colgaba de la cara. Lo apartó con un rápido latigazo, salpicando agua por los aires.

Will miró a Ketahn en busca de apoyo. Había algo en su expresión que iba más allá del *puhdoor* humano. Tal vez Ivy hubiera sido capaz de identificarlo, pero Ketahn no.

Ketahn avanzó a grandes zancadas, se quitó sus bolsas y las depositó en el suelo junto con las demás provisiones. Y le dijo en español:

—No puedo elegir por ti, Will.

Urkot golpeó una pata contra el suelo.

—¿Nos unimos a ellos?

Ketahn carraspeó.

—Yo tampoco puedo elegir por ti, Urkot.

—¡Vamos! Cuantos más seamos, mejor —dijo Cole, sacando una mano del agua para saludar—. Hay sitio de sobra para todos vosotros, cabrones.

Diego se adentró en el agua más profunda y se hundió en ella con un suspiro.

—Vaya cambio de tono, Cole.

Will se volvió hacia el arroyo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí. ¿No has estado todo este tiempo diciendo que «*los humanos tenemos que permanecer unidos, no necesitamos a ningún alienígena*»?

—Lo siento, Will, no puedo oírte desde aquí —respondió Cole—. ¡Tendrás que meterte en el agua!

Apretando los labios, Will resopló. Su postura, ya rígida, se endureció aún más, y sus dedos se apretaron contra sus brazos, oprimiendo la tela del mono. Golpeó el suelo con el pie en un gesto que recordaba a los vrix golpeándose las patas.

Ketahn se metió en el arroyo. Las recientes lluvias habían dejado el agua más fresca de lo habitual, lo que la convertía en un agradable alivio del calor del sol.

Diego dejó escapar un suspiro satisfecho e inclinó la cabeza hacia atrás.

—A este paso, el arroyo se secará antes de que entres.

—Vale —Will tragó saliva y se dispuso a abrir el mono, con los dedos temblorosos—. Vosotros ganáis. ¿Estáis contentos?

—Sí. Tú también lo estarás cuando entres en el agua —dijo Cole.

Will se quitó las botas y se alejó de Diego y Cole para quitarse la ropa, refunfuñando para sí. Rekosh añadió sus provisiones al montón y entró en el agua cerca de Ketahn, mirando varias veces a Will mientras se movía.

—Mirarle fijamente no le ayudará, Rekosh —dijo Ketahn mientras se introducía en la corriente. Podía sentir cómo el agua que fluía suavemente se llevaba la suciedad de su piel.

Aunque le sentaba bien, prefería que fueran las manos de su compañera las que le limpiaran.

—No puedo negar mi curiosidad —respondió Rekosh.

—Parecen pequeños y suaves —dijo Telok.

Urkot se adentró en el agua. A pesar de los días de lluvia y de haber estado tanto tiempo fuera de los túneles de Takarahl, sus manos y la parte inferior de sus patas conservaban ese aspecto descolorido. El polvo de piedra debía de haberse convertido en parte de su piel durante su época de excavador.

En la orilla, Will se quitó la ropa interior, la recogió junto con el mono y los colocó sobre su bolsa. Sus hombros se alzaron con una profunda inspiración. Tras exhalar lentamente, se dio la vuelta. A diferencia del de Diego, el cuerpo de Will no tenía vello.

Urkotladeó la cabeza.

—¿Sus miembros siempre cuelgan así?

A Will se le formó una arruga entre las cejas y frunció el ceño.

—Me estáis poniendo de los nervios.

Cole se levantó y dio unos pasos hacia la orilla.

—¡Métete ya en el agua, William!

—No me imagino a mi miembro siempre fuera —dijo Telok—. Demasiado vulnerable.

Levantando una mano, Will señaló hacia Ketahn y los otros vrix.

—Están diciendo *zirkita*. Están hablando de mi... —Sus ojos se abrieron de par en par y los dirigió hacia su miembro, ahora expuesto. Se cubrió la pelvis murmurando una maldición y se retorció.

Ketahn carraspeó, y Cole y Diego se rieron.

—Por fin dices la palabra correctamente —dijo Ketahn.

Diego sonrió, pero su expresión se suavizó.

—Piensa en todas las veces que nos hemos quedado mirando a los vrix, Will. Tenemos que recordar que les parecemos tan extraños como ellos a nosotros —Se acercó a la orilla, el agua corría por su piel morena cuando salió de ella. No hizo ningún esfuerzo por cubrirse—. Han estado caminando desnudos todo este tiempo.

Su miembro parecía diferente. Un poco más pequeño de lo que había sido, quizá, y la extraña bolsa carnosa que tenía debajo era más compacta ahora.

—Eso no... —Will miró a Diego, bajando brevemente la mirada. De nuevo se le escapó la lengua para deslizarla por los labios—. No... ayuda.

—¿Ayudaría si te dijera que no tienes nada de lo que avergonzarte?

Will no apartó la mirada de Diego, y de nuevo había un indicio de algo en su mirada, algo familiar, pero que Ketahn no podía identificar del todo. Tras un poco más de persuasión, Will siguió a Diego hasta el arroyo.

—Ya era hora, joder —dijo Cole, tumbándose para flotar en la superficie.

—Ya estoy dentro —Will salpicó agua en dirección a Cole—. ¿Vas a responder a mi pregunta? No voy a quejarme de este cambio en tu actitud, pero incluso tú tienes que admitir que es bastante chocante.

Cole resopló, pulverizando vaho en el aire.

—¿Qué, lo de los vrix?

—Sí.

—Es que... Después de toda la mierda que ha pasado, supongo que me imagino que son lo único que tenemos, ¿no? Por muy enfadado que esté por Ella, sé que en el fondo, en lo profundo de mi corazón, no pretenden hacernos daño. Y no quiero que nadie más salga herido, así que...

paz y amor o lo que sea. Son bastante guais a su manera.

—Estoy sorprendido, Cole —dijo Diego con una sonrisa—. Nunca habría imaginado que tuvieras corazón.

Will se rio entre dientes.

—¿Crees que tuvo uno de esos momentos como el *Grinch*, eh?

—No iría tan lejos como para decir que su corazón creció tres tallas... Puede que quizá un poco más.

—Que os den —Cole salpicó de agua a los otros humanos.

—Quizá sus miembros estén siempre fuera para atraer a sus parejas —dijo Rekosh, claramente ajeno a la naturaleza de la conversación de los humanos.

Urkot se sumergió hasta los hombros y bajó una mano para restregarse las patas.

—¿Entonces por qué se cubren?

Telok gruñó y se puso la lanza sobre los segmentos superiores de las patas.

—Un miembro oculto no puede atraer a una pareja. Y no veo cómo algo tan pequeño y con aspecto de larva podría atraer a *ninguna*.

—Pero sus hembras también son pequeñas —replicó Rekosh—. Y todas parecen ser blandas. ¿Quizá eso les hace desear otras cosas blandas?

—No me imagino a mi miembro balanceándose libremente todo el tiempo —dijo Urkot—. No parece seguro ni cómodo. ¿No les golpea las piernas al andar?

Rekosh cruzó los brazos sobre el pecho y tamborileó con las garras a un ritmo lento y pensativo.

—Podría ser por eso que se cubren los miembros. Para evitar el balanceo.

Will dejó escapar una respiración temblorosa mientras se hundía para meter el torso en el agua.

—Siguen hablando de nuestras pollas.

Riéndose, Diego se volvió hacia Ketahn.

—¿Qué queréis saber?

Ketahn no dudó en repetir lo que sus amigos habían estado discutiendo. De nuevo, Cole y Diego se rieron. Incluso Will se rio un poco, aunque seguía pareciendo incómodo.

Diego se lo explicó con paciencia, introduciendo nuevas palabras humanas: pene, testículos, flácido, erecto y encogimiento. Explicó que sus miembros se hinchaban de sangre cuando se excitaban.

—O a veces cuando te despiertas —añadió Cole, bautizando el hecho como «*leño matutino*».

Ketahn y los vrix no entendieron qué tenía eso que ver con los árboles. Los humanos tan solo se rieron, largo y tendido, de la pregunta.

Su humor se vino abajo cuando Ketahn preguntó por los tentáculos de sus miembros y se vio obligado a explicar, con una serie de gestos con las manos para demostrar sus palabras, lo que había querido decir.

Cole arrugó la cara.

—Qué putada.

Diego hizo un murmullo profundo y pensativo.

—¿Eso hace algo a vuestras hembras?

Ketahn volvió a utilizar algunos gestos con las manos para complementar sus palabras humanas.

—El apareamiento a veces es una batalla, y las hembras pueden luchar. Una hembra puede obligar al macho y a su semilla a salir de ella si lo desea, si cree que no es fuerte o que no es

digno. Los tentáculos... la acarician por dentro, para que se abra por dentro y la semilla pueda llegar a sus óvulos.

—Maldita sea —dijo Cole—. Eso suena... fuerte.

Por primera vez, Ketahn se preguntó qué le hacían sus tentáculos a Ivy. Cada vez que habían surgido dentro de ella, le habían proporcionado un inmenso placer, y ni una sola vez había sentido en su compañera el tipo de resistencia que se decía que era común en las hembras vrix, y nunca había oído que los tentáculos de un macho proporcionaran a una hembra un placer suficiente como para hacerla gritar.

Pero aquellos pensamientos solo le hacían desear aún más a su compañera.

Los machos siguieron lavándose y nadando en el agua, utilizando hojas de limpieza de la bolsa de Telok para frotarse. Aunque la conversación no cesaba, se veía interrumpida por largos periodos de silencio, pero había cierta tranquilidad en ese silencio, una comodidad y familiaridad que Ketahn no habría imaginado posible entre los vrix y los humanos ocho días antes.

Incluso Cole estaba relajado y menos conflictivo de lo normal, tal y como habían dicho Will y Diego. Ketahn no podía adivinar qué había provocado el cambio en Cole, pero se alegraba de ello. Había suficientes amenazas a las que la tribu debía enfrentarse sin necesidad de enfrentarse entre sí, y Cole había alimentado gran parte del malestar entre los vrix y los humanos. Sin embargo, en los últimos días se había mostrado más... reflexivo. Más comedido. Más tranquilo y más reacto a la ira.

La tranquilidad y la serenidad se rompieron cuando Rekosh preguntó:

—¿Cómo es aparearse con una hembra humana, Ketahn?

Ketahn no estaba preparado para aquella pregunta, y se vio incapaz de responder inmediatamente. En su silencio, mil palabras pasaron por su mente como las hebras entrelazadas de una telaraña. Mil palabras para describir la alegría, el placer, la sensación de lo correcto cuando se unió a su compañera.

Pensó en su calidez y suavidad. Pensó en la forma en que su piel a veces se erizaba en pequeñas protuberancias bajo el más leve de los toques, en cómo su cuerpo respondía a sus dedos y a su lengua, y en cómo sus palabras por sí solas podían hacer que su abertura goteara. En su mente, vio el brillo de sus ojos, hambrientos y cariñosos a partes iguales, vio el color de sus mejillas cuando se entregaba a sus deseos.

Casi podía sentir su cuerpo apretado contra el suyo, sus paredes cálidas y resbaladizas presionando su miembro, atrayéndolo más profundamente, aferrándose más, y casi podía sentir el roce enloquecedor de sus uñas sobre su piel.

Su deseo ardió en su interior. El vástago le presionaba el interior de la abertura y la sangre se le calentaba a pesar del agua fría que le rodeaba. Por los Ocho, cómo deseaba a Ivy.

Y ella era suya. Todas aquellas sensaciones, todas aquellas experiencias, habían sido sus regalos a Ketahn, compartidas con él y únicamente con él. No eran de nadie más.

Las mandíbulas de Ketahn se alzaron.

—Es diferente a todo.

Aquellas palabras, por simples, vagas e insuficientes que fueran, eran indudablemente ciertas. Y fueron lo que finalmente empujó su anhelo más allá de su control. Durante demasiado tiempo, se había negado a sí mismo a su compañera. El miedo, la pérdida, la rabia y la desesperación le habían empujado hacia delante, y habían ocultado la razón por la que hacía todo esto: por Ivy.

Mientras los otros vrix le pedían que contara más cosas, Ketahn se levantó y se dirigió a la orilla. Apenas notó la brisa fresca que corría sobre su piel mojada, apenas sintió sus finos

cabellos erizados, ni sintió los pequeños regueros que se deslizaban por su cuerpo. Sus corazones latían con fuerza a pesar de la falta de esfuerzo, y su tallo palpitaba, sujeto únicamente por sus cierres, que ansiaban engancharse a las caderas de Ivy y tirar de ella.

Pero mientras caminaba en la dirección que habían tomado las hembras, oyó a Telok gorjear y decir:

—Eso debe significar que es bueno. Muy, muy bueno.

Capítulo Dieciséis

Ivy echó una mirada triste hacia el arroyo mientras ella y las demás mujeres se vestían. Se habían sentado en aquella roca todo el tiempo que habían podido, tomando el sol, hablando, riendo e intentando aprender más palabras vrix mientras enseñaban a Ahnset su idioma. Había sido divertido y rejuvenecedor.

Había sido lo que todos necesitaban.

Ivy tenía la piel caliente por el sol, el pelo suelto y seco y los miembros relajados. Estaba agradecida por haber tenido ese momento, porque mañana volverían a correr para salvar sus vidas.

Se le erizó el vello de la nuca.

Ivy se detuvo al agacharse para recoger su mono y volvió los ojos hacia la jungla que tenía delante. No había oído nada fuera de lo normal, pero sentía que había algo allí, observando, esperando. No podía explicarlo. Frunció el ceño y sintió un escalofrío en la piel.

«Ahí no hay nada, Ivy. Estás pensando en la reina y te estás volviendo paranoica. No pueden habernos alcanzado ya».

«¿O sí?»

Lo más probable es que solo fuera algún animal curioso observando a los humanos.

—Oye Ivy, ¿puedo preguntarte algo? —dijo Lacey.

La pregunta sacó a Ivy de sus pensamientos y la hizo sobresaltarse. Por reflejo, se levantó el mono y se lo acercó al pecho, y miró a Lacey.

—Sí, claro.

Lacey, ya vestida, se ajustó la cuerda de su bolsa al hombro. La indecisión se dibujó en su rostro. Abrió la boca, la cerró con el ceño fruncido y se pasó una mano por el pelo largo y húmedo antes de hablar por fin.

—Si hubieras sabido lo que iba a ocurrir antes de embarcar en la *Somnium*, ¿lo habrías hecho igualmente?

«¿Lo habría hecho?»

La respuesta le llegó a Ivy sin dudarlo.

—Sí.

—Guau. Ni siquiera te lo has pensado, ¿eh? —preguntó Callie.

—Mi vida en la Tierra no fue feliz. Allí no tenía nada, no tenía a nadie. Pero aquí encontré la felicidad. No está siendo fácil, pero tengo...

—A Ketahn.

Ivy sonrió, y su voz se suavizó cuando dijo:

—Sí, tengo a Ketahn.

Ahnset, que estaba un poco apartada de los demás con la lanza en la mano, volvió la cara hacia la jungla y escrutó el follaje. Sus mandíbulas se agitaron inquietas.

Callie soltó una risita mientras se cerraba el mono.

—Nunca en mi vida pensé que oiría a una mujer decir que es feliz acostándose con una araña.

Ivy se rio, sacudiendo la cabeza.

—Vrix, no araña.

Callie agitó la mano con indiferencia:

—Sí, sí —Miró a su alrededor—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien aquí. No sé si yo podría responder a esa pregunta del mismo modo. Esto... no es exactamente lo que soñaba hacer.

—Lo mismo digo —dijo Ahmya, metiendo los pies en las botas.

—¿Y tú, Lacey?

Lacey miró al suelo, con el ceño profundamente fruncido.

—No sé. Yo... creo que sí lo habría hecho —Levantó la mirada para encontrarse con la de Ivy—. La Tierra también era una mierda para mí. Pero este lugar... no lo sé.

Ivy le ofreció una sonrisa alentadora.

—Aquí nos haremos un sitio. Crearemos un hogar.

Los labios de Lacey se curvaron en una pequeña sonrisa y asintió.

—No es que tengamos elección —dijo Callie—, pero más vale que saquemos lo mejor de ello. Podría haber sido peor.

Ahmya ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—Podríamos haber aterrizado en algún planeta helado. Al menos aquí hace buen tiempo para bañarse desnudos.

Las mujeres se rieron e Ivy sonrió. Era maravilloso hablar y bromear tan fácilmente con ellas.

Familia. Esa era su nueva familia, su verdadera familia, unida no por la sangre, sino por las circunstancias, por la tragedia y la lucha compartida. Y se sentía más unida a ellos de lo que nunca había estado a nadie en su vida, a nadie aparte de Ketahn. Les estaba más agradecida de lo que jamás podría expresar.

Callie sonrió.

—¿Deberíamos gastarles una broma a los chicos y robarles la ropa?

Lacey resopló.

—Algo me dice que a Cole no le importaría. Se pavonearía con la polla colgando...

Las hojas se agitaron cerca.

Más rápido de lo que Ivy podía percibir, Ahnset se lanzó hacia delante, colocándose entre las mujeres y la fuente del sonido con la lanza preparada. Tenía el cuerpo rígido y los pelos de las patas erizados. Pero bajó la lanza cuando una figura oscura emergió de entre la vegetación.

—¿Por qué no te has hecho oír, hermano de cría? —preguntó Ahnset, con la tensión persistente en su postura.

Los ojos de Ketahn, que brillaban de color violeta a la luz del sol, estaban fijos en Ivy. Acechó hacia ella sin aminorar el paso, sin lanzar siquiera una mirada a su hermana cuando esta se apartó y gruñó.

Ivy frunció el ceño y se apretó el mono contra el pecho.

—¿Ketahn? ¿Pasa algo...? ¡Ah!

Él le puso las manos en las caderas y la levantó del suelo como si no pesara nada. El mundo de Ivy se tambaleó cuando se la echó al hombro. Extendió los brazos para apoyar las palmas de las manos en la espalda de él y sujetarse, dejando caer el mono en el proceso. El pelo le cayó alrededor de la cara, tapándole la vista con una cortina de mechones dorados.

Ivy giró la cabeza, apartándose el pelo de la cara mientras intentaba incorporarse.

—Ketahn, ¿qué haces?

Una de sus enormes manos le subió por el muslo hasta agarrarle su culo desnudo, manteniéndola en su sitio.

—Te necesito, hembra.

Aquellas palabras enviaron una ráfaga de calor directamente a su núcleo y le sacaron el aire de los pulmones. Su sexo se contrajo. Todas las sensaciones anteriores, las ansias que había sentido mientras estaba en sus brazos, se multiplicaron por diez.

—Vaya... No puedo decir que no esté celosa de eso —dijo Lacey.

—No me digas —replicó Callie—. Es como... Tarzán pero con patas de más y esas cosas.

Ketahn presionó las puntas de sus garras contra la piel de Ivy, produciéndole unos pinchazos estremecedores.

—Lleva sus cosas al campamento, Ahnset. Volveremos antes del ocaso.

Luego se puso en movimiento, llevándola lejos del arroyo con aquel paso ágil y veloz. Ivy consiguió levantar una mano y apartarse el pelo.

Las otras mujeres la observaban: Ahmya, con las mejillas enrojecidas y los ojos como platos; y Lacey y Callie, con sonrisas cómplices. Pero pronto desaparecieron de su vista.

Ivy volvió a poner la mano en la espalda de Ketahn y se giró para mirar hacia él. El control que ejercía sobre ella se reforzó cuando añadió otra mano, enroscando los dedos alrededor de la cara interna de su muslo, uno de los cuales rozó su sexo y la hizo respirar entrecortadamente. Él retumbó y volvió a levantar aquel dedo, acariciando deliberadamente su carne sensible con el nudillo.

—Eras tú quien me miraba, ¿verdad? —preguntó ella.

Él volvió la cara hacia ella e inspiró profundamente.

—Sí.

—Sentí algo ahí fuera. Pero no... —Sus ojos se entrecerraron al recordar que no había estado sola junto al arroyo. Se retorció sobre su hombro en un intento de bajar—. ¡Tú, asqueroso! ¡Nos estabas mirando!

Le pegó en el culo, haciendo que Ivy sisease. Aunque el pinchazo fue breve, dejó un calor que se filtró en ella y se convirtió en líquido entre sus muslos. Ketahn calmó la herida que le había causado con la palma de su mano.

—Solo te miraba a ti, mi Ivy, mi hilo del corazón, mi luz más brillante —La agarró por las caderas, sus manos casi rodeándola por completo, y la levantó de su hombro.

La deslizó por la parte delantera de su cuerpo, la suavidad de ella contra la dureza de él, y el roce de sus pezones sobre su piel la hizo estremecerse. Una vez con los pies en el suelo, los cierres de Ketahn se engancharon alrededor de sus caderas, y él emitió un trino grave mientras volvía a inspirar profundamente. Ivy echó la cabeza hacia atrás.

Ketahn, con sus ojos voraces clavados en los suyos, le rozó la entrepierna con una pata delantera.

Ivy alargó ambas manos y le deslizó los dedos por el pelo. Se puso de puntillas y tiró de su cabeza hacia abajo, juntando sus bocas. Desesperada por saborear más de él, separó los labios y él la obligó a deslizar su larga lengua en su boca.

Cerró los párpados y se estrechó entre sus brazos, dejando que las fuertes manos de él la sostuvieran erguida cuando sus rodillas flaquearon. Pero él retiró la lengua demasiado pronto y apartó su boca. Ella gimió de necesidad y movió la cabeza para seguirle.

Una de sus manos le agarró el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás, dejándole el cuello al descubierto. Con un gruñido bajo y hambriento, le destrozó la garganta y la parte inferior de la mandíbula con su boca dura y su hábil lengua. Su abertura se abrió contra el vientre de ella, y la cabeza firme y resbaladiza de su polla se apretó contra su piel, irradiando calor y vibrando con los latidos de sus corazones.

La boca de Ketahn descendió y pronto su lengua se posó sobre sus pechos. Ivy gimió mientras le agarraba el pelo. Ketahn hizo girar la lengua alrededor de sus doloridos pezones, y la espalda de Ivy se arqueó por reflejo mientras chispas de placer la recorrían, cada una más fuerte que la anterior. Aquella deliciosa y torturadora sensación ya se estaba acumulando en su interior, la que le hacía agitar el vientre y doblar los dedos de los pies, la que tanto deseaba, pero solo con él, únicamente con él.

Pero Ivy quería, *deseaba*, más. Estaba tan mojada que su excitación goteaba por el interior de sus muslos.

Ketahn deslizó una de sus manos por su trasero y la subió, rozando de nuevo su sexo. Pero esta vez no se detuvo. Aquel dedo la acarició despacio, burlonamente, recogiendo y esparciendo su esencia. Temblaba con la misma necesidad insaciable que la impulsaba a ella. Otra de sus manos se deslizó por su torso hasta tocarle el otro pecho. Utilizó la yema de su pulgar para amasarle el pezón, mimando su sensible capullo.

Ivy cerró los ojos y se rindió al placer que le proporcionaba. Hacía tanto tiempo, demasiado, que no sentía su contacto íntimo. Se mordió el labio inferior con los dientes, ahogando los gemidos mientras su cuerpo se mecía al ritmo de los dedos de él, y acercó la cabeza a él cuando se metió el pezón en la boca. Las sensaciones eran más intensas que nunca, enviando descargas de deseo directamente a su interior. Su respiración se entrecortó y sus caderas se agitaron cuando sus afilados dientes mordieron la tierna carne de su pecho, pero él calmó el dolor con una caricia de su lengua seductora.

—Ketahn —Ivy abrió sus pesados párpados—. Te necesito. Ahora.

Ketahn la sujetó con más fuerza. Apretó su cabeza contra el pecho de ella, cuyo aliento se sentía cálido contra su piel.

—Te anhele —dijo gruñendo.

Deslizando las manos desde las caderas de ella hasta su trasero, se enderezó, acercó las patas delanteras y estaba a punto de levantarla cuando ella dejó caer una mano sobre su brazo, deteniéndole. Sus ojos se encontraron con los de ella.

Ivy le enroscó un mechón de pelo en el dedo antes de pasarle la yema por la mandíbula.

—Tumbate bocarriba para mí.

Él ladeó la cabeza.

—No entiendo.

Ella sonrió, le soltó el pelo y le recorrió la firme línea de su boca.

—Quiero reclamarte.

Sus cierres la acercaron aún más, y de su abertura emergió un poco más de su miembro. Era como el acero, palpitante y resbaladizo, y su calor penetraba en ella, solo para aumentar el dolor que sentía en su interior. Su pequeño castaño fue absolutamente perverso.

—¿Mi pequeña compañera quiere reclamarme?

El ronroneo seductor de su voz casi hace que Ivy se deshaga en ese mismo instante. Luchó

contra el impulso de levantar las caderas y abalanzarse sobre su eje, de tomarlo sin importarle cómo, pero venció su deseo de reclamarlo de ese modo.

Ivy se inclinó hacia él hasta que sus labios estuvieron a un pelo de los suyos.

—Sí.

Se le escapó un suspiro entrecortado. Abrió la boca, dejándole entrever aquellos colmillos salvajes y su larga lengua púrpura.

—No puedo dominarte —susurró ella—, pero te conquistaré igualmente.

—Ah, mi *nyleea*... —Su lengua se deslizó para rozarle la comisura de los labios—. Ya lo has hecho.

Sin apartar los ojos de él, le bajó una mano por el pecho y el abdomen hasta llegar a la abertura. Recorrió con los dedos sus contornos antes de bajar la mano y rodear la base de su eje.

—Entonces ríndete a mí, Kethan, mi *luveen* —Lo acarició una, dos, tres veces, sintiendo placer cuando él se estremeció de nuevo y emitió un siseo áspero en respuesta a su tacto—. Deja que te reclame.

Él le apretó el culo, atrayéndola con más fuerza contra él mientras bombeaba las caderas. Sintió el deseo que emanaba de él, sintió cómo luchaba contra su necesidad, contra el frenesí instintivo que a menudo lo dominaba. Una parte de ella lo deseaba.

Pero cuando parecía que estaba a punto de sucumbir, la soltó y se retiró, rozando su piel con las garras en un último y fugaz intento de mantener el contacto. Sus ojos ardientes se clavaron en los de ella mientras bajaba al suelo y se echaba hacia atrás, apoyándose en la parte inferior de sus brazos, y doblaba sus largas patas a ambos lados. Su eje saliente se agitaba en el aire, reluciente por la lubricación.

Nunca había imaginado ver a Ketahn así, tendido ante ella, entregándose a ella, cediendo el control. Y Dios, era hermoso. Todas aquellas cosas que antes le parecían monstruosas se habían convertido en cosas que amaba, y apreciaba cada parte de su cuerpo. Había tanta gracia en su forma, tanta fuerza. Pero siempre era el fuego de sus ojos lo que la atraía una y otra vez. Ese fuego, esa pasión, posesividad, bondad y deseo, la atraerían para siempre.

Ivy pasó por encima de Ketahn, colocándose sobre su vientre. Sus cierres ya se dirigían hacia ella. Cuando bajó, Ketahn irguió el torso para quedar a su altura. Ella le puso las manos en los hombros y lo empujó hacia atrás hasta que volvió a estar completamente tumbado en el suelo. Con los muslos a ambos lados de su cintura, se colocó sobre su abdomen.

Su cuerpo era duro y caliente, todo lo que ella deseaba, y su sexo palpitaba contra él. La polla de Ketahn, aún más caliente, estaba encajada a lo largo de su culo, y sus cierres luchaban por agarrarla, pero no llegaban.

Ketahn movió las manos superiores hacia las caderas de ella. Ivy le agarró las muñecas y le apartó los brazos, inclinándose hacia delante para guiarlos por encima de su cabeza y hacia el suelo. Negar así su contacto le resultaba difícil, condenadamente difícil, pero sabía que valdría la pena. Sabía que aumentaría todas las demás sensaciones.

Pero eso no hacía más fácil soportar el vacío que sentía en su interior y que solo él podía llenar.

Ivy enroscó sus dedos alrededor de unas raíces que sobresalían de la tierra.

—Sujétalas.

Ketahn agarró las raíces, sus mandíbulas se extendieron para rozar los lados de sus pechos. Pasó la lengua por el valle entre ellos.

—¿Y mis manos inferiores?

Aquellas manos inferiores le tocaron las rodillas y recorrieron la parte exterior de las

pantorrillas, burlándose de ella con sus garras, dejando un estremecedor cosquilleo a su paso.

Se echó hacia atrás, levantó una rodilla del suelo y la colocó sobre la parte inferior del antebrazo de él, inmovilizándola, y luego repitió el movimiento con la otra.

—Estás atado, mi *luveen*. Te he conquistado.

—Soy tuyo, mi *nyleea* —roncó Ketahn. Leves temblores recorrieron su cuerpo, cada uno de los cuales despertó una nueva chispa de placer en el sexo de ella.

Conteniendo un gemido a duras penas, Ivy apoyó una mano en el pecho de Ketahn. Le acarició la piel con las uñas, burlándose de él como él se había burlado de ella, y apoyó su peso en aquel brazo. Cuando levantó las caderas, bajó la otra mano, recorriendo el duro abdomen hasta llegar al vértice de la abertura. Sus dedos se sumergieron en ella y rozaron la base abultada de su eje antes de agarrarlo. Ketahn gruñó. Acercó la punta de la polla a su entrada. Ya estaba empapada, necesítándolo, deseándolo.

Ivy le miró fijamente a los ojos, llenos de pasión.

—Eres mío, Ketahn. Siempre serás mío.

Y entonces hundió su polla en su interior. Un sonido salió de sus labios, una mezcla de placer y dolor, y se mordió el labio inferior mientras se obligaba a tomar más de él. A pesar de su excitación, a pesar de los lubricantes naturales que recubrían su eje, su enorme grosor siempre la tensaba al penetrarla.

Ketahn cerró los ojos, levantó la barbilla y gruñó cuando sintió un escalofrío. Su cuerpo se tensó bajo ella, como si se estuviera conteniendo para no tomar el control.

—Ivy...

Apoyando las palmas de las manos en el pecho de él, Ivy bajó las caderas de golpe, sentándose por completo. Jadeó. Ketahn llenó aquel vacío en su interior; la llenó hasta reventar, en corazón, cuerpo y alma, y ella aún quería más, aún necesitaba más de él. Podía sentir los latidos rápidos y palpitantes de sus corazones en su interior.

Él sacó los brazos de debajo de sus rodillas sin esfuerzo. Aquella ligera inclinación hacia el suelo solo le hizo penetrar más profundamente, arrancando otro jadeo a Ivy, que apretó los dedos contra su pecho.

Las manos de Ketahn se posaron en sus muslos y subieron hacia sus caderas. Levantó la cabeza y la miró brevemente, antes de dirigir su atención al lugar donde sus cuerpos estaban conectados. La chispa de sus ojos se convirtió en un incendio. Sus cierres se engancharon a su trasero y la atrajeron con más fuerza contra él, y sus caderas se movieron hacia arriba. Cada movimiento, por leve que fuera, la provocaba con un nuevo placer que amenazaba con robarle el aliento y destrozarle la mente.

Ivy se levantó, saboreando el lento movimiento de su miembro a lo largo de sus paredes internas y la mayor amplitud hacia la parte superior del eje, antes de descender de nuevo. Ella gimió. En esta posición, él parecía más grande y la acariciaba de un modo que amplificaba salvajemente su ardiente necesidad. Empezó a cabalgarlo despacio, deseando sentir cada centímetro de él mientras entraba y salía, queriendo llevarlo cada vez más adentro, pero sin llegar nunca a ser lo bastante profunda.

Sintió las diminutas gotas de sudor que se deslizaban sobre su carne, sintió el roce del aire húmedo, sintió el calor y el deseo que irradiaba su compañero, sintió su amor crepitando en el aire como un relámpago.

Las raíces se resquebrajaron bajo el agarre de Ketahn. Gruñó, de forma áspera y prolongada, y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. La vibración de aquel gruñido retumbó entre las piernas de Ivy, estimulando su clítoris. A ambos lados, sus piernas rozaban el suelo. Sus dedos se

flexionaban sobre las caderas de ella, sus garras se clavaban y arañaban, pero a Ivy no le importaba. El dolor solo aumentaba el éxtasis que corría por sus venas como fuego líquido.

Aceleró el ritmo, incapaz de negar su deseo. Incapaz de negar la necesidad que sentía de su compañero, de todo él. Respiraba entrecortadamente, el corazón se le aceleraba y el cosquilleo de su piel se intensificaba mientras descendía sobre él una y otra vez, mientras lo marcaba con sus uñas y su olor, mientras cabalgaba cada vez más deprisa y su desesperación aumentaba.

—Ketahn —gimió. Sus muslos se estremecieron y su sexo se tensó en torno a su polla. Estaba ahí, *justo ahí*, pero su liberación estaba atrapada tras aquel éxtasis total y despiadado.

Ketahn gruñó, y la tensión en su interior se multiplicó por diez. Oyó el chasquido de las raíces, vio volar por los aires tierra y hojas muertas, y lo acogió cuando se incorporó. Sus manos superiores se engancharon bajo los muslos de ella mientras el otro par descendía desde sus caderas hasta su culo, amasando y acariciándolo mientras él la empujaba con más fuerza aún. Respiraba con un gruñido gutural y voraz.

Y a pesar de su frenesí, a pesar de su lujuria, inclinó la cabeza contra la frente de ella con ternura y la miró fijamente a los ojos. La miró fijamente al alma.

Esta nueva posición acercó sus pechos. El roce de su piel contra los pezones de Ivy añadió un toque de placer enloquecedor que hizo que sintiera que su cuerpo se fundía con el de él. Cada uno de sus músculos temblaba y su respiración era demasiado superficial para llenar sus pulmones, pero no había espacio para el aire cuando estaba tan llena de él. Su Ketahn, su compañero, su *luveen*, su amor.

Su hilo del corazón.

El calor surgió entre sus piernas y la consumió por completo. Gritó, aferrándose a él, mientras aquellas llamas lamían cada nervio, avivando cada vez más su placer, y se abandonó al éxtasis.

Mientras se perdía en contacto con él.

Para Ketahn, su compañera era todo su mundo. Su calor, su suavidad, su pasión y su olor. Su aliento era su aire, sus sonidos eran su música, su cuerpo... era *suyo*.

Ivy se estremeció entre sus brazos, con su sexo agitándose y estrechándose alrededor de su miembro. Su esencia fluía libremente, cubriéndole la piel, marcándole con su olor, llevándole más allá del placer, más allá del pensamiento, más allá de todo. Y mientras tanto, su clímax le eludía, le provocaba, se burlaba de él con su prolongada ausencia.

Necesitaba más. Necesitaba hacerse con el control, tomar lo que ella tanto deseaba darle.

Con un gruñido, Ketahn rodó a un lado, invirtiendo su posición respecto a su compañera. Sus patas delanteras se extendieron y aterrizaron en el suelo a ambos lados de ella. Una de sus manos le agarró las muñecas y se las inmovilizó por encima de la cabeza. Le levantó las caderas y la penetró, con los cierres aferrándose a sus muslos para impedirle escapar mientras gritaba en un segundo clímax.

La pálida piel de Ivy estaba teñida de rosa, sus labios hinchados por los besos estaban entreabiertos y sus ojos entrecerrados brillaban con un brillo lujurioso mientras lo miraban fijamente. Su sexo le apretó el miembro, sus muslos le apretaron las caderas y ella arqueó la espalda, levantando los pechos hacia él.

—Ketahn —exhaló.

El placer que se acumulaba en su interior era demasiado; amenazaba con destruirlo, con desgarrar su espíritu y su mente, y él lo acogió con satisfacción. Lo ansiaba. Lo necesitaba. La penetró más deprisa, con más fuerza, apretándola cada vez más con cada embestida de sus

caderas, y las puntas de sus patas se hundieron un poco más en el suelo.

El frenesí de apareamiento se había apoderado de él y no podía detenerse. No quería hacerlo. Los gritos sofocados de Ivy en respuesta a sus embestidas le dijeron a Ketahn que ella tampoco quería que se detuviera.

Ketahn la penetró más profundamente que nunca, obligándola a recibirlo todo, y rugió:

—¡Mía!

Su cuerpo se convulsionó. El éxtasis le obligó a inclinarse hacia delante, con el torso curvado sobre su compañera, mientras sus patas traseras se aferraban a ella. La penetró por última vez. Una semilla hirviente hinchó su miembro justo cuando su boca rozaba el hombro de Ivy. Su semilla estalló dentro de ella y la mordió.

Ivy lanzó un grito ahogado, seguido de un alarido. Los tentáculos de Ketahn vibraron y acariciaron su sexo. Temblorosa, le rodeó los costados con las piernas y le hincó los talones en la espalda. Apretó su sexo contra su abertura mientras sus gritos llenaban la jungla.

Él volvió a estremecerse y gruñó contra el hombro de Ivy, mientras sus cierres la inmovilizaban y los movimientos de ella provocaban la salida de más semilla.

La retuvo así hasta que la bruma de aquel frenesí de apareamiento lo abandonó y los últimos temblores se desvanecieron. Aflojó la mandíbula, soltándole el hombro de su boca, pero sin apartar la cabeza. Tenía un sabor extraño en la lengua: le resultaba familiar, pero no podía nombrarlo.

El cuerpo de Ivy se relajó bajo él y sus piernas cayeron a ambos lados, colgando sin fuerza sobre las de él. Canturreaba contenta. Las yemas de sus dedos rozaron la mano de él, que aún le sujetaba las muñecas.

—Me encanta cuando me echas de menos —ronroneó mientras giraba la cara para besarle la cabeza.

Ketahn aspiró su aroma y el aire se le agarrotó en el pecho.

Olía a sangre.

Saboreó la sangre.

Con un siseo, le soltó las muñecas y se incorporó, posando inmediatamente los ojos en su hombro. La sangre brotaba de las marcas de sus afilados dientes.

—¿Qué he hecho? —Levantando las patas traseras del suelo, sacó apresuradamente seda de sus hileras y la juntó en un fajo pegajoso con las patas traseras antes de pasársela a la mano—. Lo siento, mi hilo del corazón. No pretendía hacerte daño.

Ivy frunció el ceño al verle aplicar la seda sobre la marca del mordisco.

—¿Me has mordido? Yo... ni siquiera recuerdo que lo hicieras —Se rio y le miró—. Supongo que estaba distraída.

Una vez sellada la última de las pequeñas heridas, Ketahn le cubrió suavemente el hombro con la palma de la mano. Su piel estaba caliente y humedecida por el sudor, y los latidos de su corazón eran firmes y tranquilos a pesar de lo que él había hecho.

—Te di mi palabra, Ivy. De que nunca te haría daño.

Ella posó una mano sobre la de él.

—Ketahn, está bien. *Estoy* bien. Ni siquiera lo noto realmente. Quiero decir, estoy segura de que luego escocerá, pero... me gusta. No es como si yo no te hubiera mordido mientras estaba perdido en el momento —Frunció el ceño—. ¿Está... mal que me guste? ¿Querer tu marca en mí para que los demás la vean?

Se le cayeron las mandíbulas y su hilo del corazón se tensó en su pecho. Le cogió una mejilla con otra mano y le acarició la suave piel con el pulgar.

—No, mi *nyleea*. No está mal.

Levantando el otro brazo, le rozó la mandíbula con los dedos antes de acariciarla. Una vez más, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Entonces no te sientas culpable por ello. Soy más fuerte de lo que parezco, Ketahn. No voy a romperme por un poco de sexo duro. Y este mordisco de amor ha merecido *mucho* la pena.

Ketahn trizó y le rozó la comisura de los labios con su boca. Sus palabras habían aliviado la presión de su pecho, dejando solo la euforia de lo que acababan de compartir.

Le besó y sonrió.

—Además, no es que fueras a comerme, ¿verdad?

—Ah, pero te dije que no te comería antes de probarte de verdad, humana... —Él sacó la lengua; ella separó los labios y la aceptó en la boca, uniéndose a ella con su propia lengua en una danza lenta y sensual.

Él rompió el beso a regañadientes, apartando su cara de la de ella. Aún más a regañadientes, le soltó los cierres y retiró el miembro de su ardiente sexo. Se arrepintió inmediatamente de ambas acciones. Echaba de menos su sabor, su calor, el apretado abrazo de su cuerpo; lo echaba todo de menos hasta el punto de gruñir por su pérdida. Y lo que era peor, su semilla se derramó por su abertura y goteó sobre el suelo.

Su instinto exigía que su semilla permaneciera dentro de ella. Necesitaba echar raíces, brotar, y a sus instintos no les importaba que ella fuera humana y él *vrix*.

Acarició su sexo y utilizó un dedo para volver a introducir su semilla. La respiración de Ivy se entrecortó y se arqueó ante su contacto. Antes de que pudiera reaccionar, Ketahn rodó sobre su espalda, arrastrándola con él para tumbarla bocarriba, con la mano aún entre sus muslos. Sus cierres se aseguraron alrededor de las caderas de ella.

Ivy suspiró y se relajó sobre él. Deslizó una mano hacia arriba y le enredó los dedos en el pelo, mientras le pasaba la otra palma por el brazo hasta que se apoyó en la mano que tenía entre las piernas.

—Echaba de menos esto. Echaba de menos lo nuestro.

Envolviéndola con un brazo por el medio para sujetarla, Ketahn dejó que sus dos manos libres recorrieran su cuerpo con ligeros y pausados toques, saboreando los momentos en que su piel se erizaba en pequeñas protuberancias o se estremecía de placer.

—Tenerte tan cerca y, sin embargo, siempre fuera de tu alcance...

Eso era lo que él necesitaba, esa conexión.

La había necesitado.

Aunque solo habían pasado unos días desde que escapó de Takarahl, le parecía que había pasado años separado de Ivy, y cada día le pesaba ocho veces más que el anterior. Todo lo que había querido hacer desde que volvió con Ivy era abrazarla, estar con ella... perderse en ella. Pero la supervivencia de la tribu había tenido prioridad. Porque la seguridad de la tribu era la seguridad de Ivy, su seguridad era la suya. Y él la necesitaba lo más lejos posible de Takarahl y de la reina.

Tener por fin estos preciosos momentos a solas con ella... Esto lo significaba todo. Su conexión se había fortalecido por el tiempo que habían pasado separados, se había hecho más sólida por las pruebas a las que se habían enfrentado. No estaban lo bastante lejos para sentirse tranquilo, y aún les quedaba mucha distancia por recorrer, pero otro día sin *esto* habría llevado a Ketahn a la locura.

Una de sus manos se deslizó por su vientre y cubrió su pecho, apretando con satisfacción la carne flexible. Su miembro se agitó tras su abertura y sus cierres se crisparon. No entendía cómo

podía estar tan satisfecho y tan hambriento al mismo tiempo, pero así era su relación con Ivy. Nunca estaba tan satisfecho como cuando estaba con ella, y jamás tenía suficiente. Siempre tendría sed de más.

Ivy gimió, se arqueó para apretarle el pecho contra la palma de la mano y balanceó la pelvis contra sus dedos. Se rio entre dientes.

—Está mojado.

—El arroyo aún no se ha secado —ronroneó Ketahn, introduciendo un dedo en sus pliegues. Encontró el pequeño nódulo que tanto placer le producía y lo rodeó lentamente—. Y no estoy preparado para volver con los demás. Este tiempo nos pertenece.

Su respiración se aceleró y sus rodillas se abrieron de par en par.

—¿No se preguntarán dónde estamos?

—Lo saben. Todos lo saben —Giró la cabeza y le acarició el pelo, aspirando su olor. Había cambiado en los últimos días, se había vuelto más fuerte, más dulce, más intenso. Era aún más tentador de lo que jamás había soñado. Su miembro salió, deslizándose entre el interior de sus muslos y a lo largo de su abertura. El calor de su núcleo palpitó en él, produciéndole un gruñido grave en el pecho. No intentó resistirse—. Y si no lo saben... me aseguraré de que tus gritos lleguen hasta ellos.

Ivy echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, apretándole la mano. Sus caderas se agitaron contra el dedo de él mientras fluía su esencia.

—Ketahn... te necesito.

—Sí —siseó él. Agarrando su miembro, Ketahn lo guio hasta el sexo de Ivy y lo introdujo profundamente, excitándose con su calor húmedo y apretado y con el gemido que escapó de sus labios—. Una vez más, reclamaré a mi compañera, mi hilo del corazón.

Capítulo Diecisiete

Un dolor punzante en la pelvis despertó a Ivy. Gimió, hundió los dedos en el pecho de Ketahn y dobló las rodillas cuando el dolor se intensificó. Frunciendo las cejas, abrió los ojos. Todo estaba oscuro. La lluvia repiqueteaba sobre el refugio que habían construido con hojas, ramas y seda, y caía con la misma intensidad que cuando Ivy se acostó con Ketahn a dormir ayer por la noche.

Aspiró hondo una y otra vez, soltando el aire poco a poco, temblando, con la esperanza de que los calambres desaparecieran. No lo consiguió. Las náuseas se agolparon en su vientre.

Ivy cerró los ojos con fuerza. El dolor se intensificó tanto que no pudo contener un grito mientras se ponía de lado, se acurrucaba y se rodeaba la cintura con un brazo.

Ketahn se agitó bajo Ivy y sus brazos la rodearon con fuerza. Levantó la cabeza.

—¿Ivy? —Su voz era grave y ronca por el sueño, pero ya reflejaba preocupación en ella.

—Me duele —rugió ella apretando la frente contra su pecho.

Su pecho retumbó vacilante, y él aflojó su abrazo, acariciándole el pelo con las garras.

—¿Qué te duele, mi *nyleea*?

La bilis le subió a la garganta. Apretó los dientes y empujó los brazos de Ketahn, rompiendo su abrazo y zafándose de él para correr a ciegas hacia la abertura del refugio.

La lluvia caía a cántaros sobre ella, goteando por el cuello abierto de su mono y resbalando sobre su piel, mientras se arrastraba fuera del refugio y se obligaba a incorporarse. Solo había dado unos pasos antes de doblarse sobre sí misma, abrazándose el vientre, y vomitar. El ácido le quemaba la garganta, un fuerte contraste con las gotas heladas de la lluvia que le caían encima.

Una de las manos de Ketahn se posó en su espalda, mientras otras dos le recogían el pelo suelto y empapado y se lo apartaban de la cara. Dijo algo en voz baja, pero fue tragado por el sonido de la lluvia, su nombre, tal vez, o «*mi compañera*».

Ivy escupió y se echó a llorar.

Ketahn la rodeó con un brazo y tiró de ella contra su cuerpo, cargando la mayor parte del peso de ella contra el suyo.

—Por favor, Ivy. Esto no. Otra vez no.

—Yo... no sé qué me pasa. Siento como si algo me desgarrara por dentro.

Los dedos de él se flexionaron sobre la espalda de ella, clavándole las garras en la piel, mientras gruñía algo en *vrix* que ella no pudo descifrar. Se apartó de ella para mirar hacia atrás.

—Diego —gritó Ketahn antes de inclinar su cuerpo sobre el de Ivy—. Sal de la lluvia, mi hilo del corazón.

Ivy respiró un poco, esperando a que volvieran las náuseas; por suerte, no fue así.

—Vale.

Ketahn cogió a Ivy en brazos, la estrechó contra su pecho y se dirigió al refugio. Una de las linternas solares estaba encendida dentro, bañando el espacio con un frío resplandor blanco que hacía que el agua del exterior brillara con el reflejo de la luz.

Agachándose para caber bajo el tejado, Ketahn llevó a Ivy al interior. Diego ya estaba despierto, extendiendo una manta en el suelo junto a la linterna. Miró a Ivy mientras Ketahn la acercaba.

—Hay que quitarle esa ropa mojada —dijo Diego, alzando una segunda manta.

Ketahn gruñó en respuesta.

—Está helada y empapada, tío —le contestó Diego—. Sea lo que sea, eso no va a ayudar. Puedes cubrirla con esto.

Ketahn sujetó a Ivy un poco más cerca, pero al final aflojó el agarre para ayudarla a quitarse el mono. Estaba temblando y le castañeteaban los dientes cuando cogió la manta que Diego le ofrecía. Una vez envuelta en ella, Ketahn la tumbó sobre la otra manta que Diego había preparado. Apenas fue consciente de que los demás estaban despiertos y la observaban con expresión preocupada.

Diego le pasó una mano seca y fría por la frente y luego por la mejilla.

—Tienes un poco de fiebre —Frunció el ceño, al tiempo que tocaba con las yemas de los dedos el hombro de Ivy, junto a la marca de mordisco cubierta de telaraña—. ¿Qué es esto?

—Mi marca —gruñó Ketahn.

Diego enarcó las cejas.

—Ah, vale... Al menos no parece infectada —Se aclaró la garganta y, en su lugar, le cogió la muñeca para tomarle el pulso—. ¿Qué te pasa, Ivy?

—Me duele —Ella apretó una mano sobre la pelvis—. Aquí.

—¿Qué tipo de dolor?

—Agudo. Ya lo había sentido antes, pero no así.

Diego frunció el ceño y le pasó las manos por encima de la parte inferior del cuerpo.

—¿Puedo?

Ivy asintió y dejó caer el brazo a un lado.

Bajó las manos y le presionó el bajo vientre con los dedos. Ivy gruñó, apretó los dientes y respiró hondo, temblorosa. Él bajó los dedos.

Ketahn agarró la muñeca de Diego con un gruñido. Se le erizaron los pelos de las patas y vibró de forma amenazadora.

—¿Qué estás haciendo, humano?

Diego se detuvo y miró a Ketahn.

—No voy a hacerle daño, pero necesito examinarla.

Ivy apretó el brazo de Ketahn. Su piel parecía tan pálida en contraste con la piel oscura de él.

—No pasa nada, mi *luveen*.

Los ojos de Ketahn se encontraron con los suyos. La luz blanca hacía que su color violeta fuera mucho más brillante, lo que tan solo aumentaba la impotencia que se reflejaba en sus profundidades. Era igual que cuando ella enfermó tras comer raíz de colmillo dulce hace semanas. Él se enfrentaría a cualquier bestia de la jungla por ella, por peligrosa que fuera, y ella no dudaba de que encontraría la forma de vencer... pero aquí no podía hacer nada, y eso le resultaba demoledor.

Soltó el brazo de Diego con un gruñido frustrado. Ivy deslizó la mano hacia la de Ketahn y entrelazó los dedos con los de él. Ketahn apretó el agarre, no lo suficiente como para hacerle daño, pero sí lo suficiente como para decirle a Ivy que le estaba dando fuerzas mientras se

colocaba a su lado.

Diego reanudó el examen, presionando con firmeza el vientre y la pelvis de Ivy.

—Aquí hay cierta hinchazón. ¿Cuándo fue tu último ciclo menstrual?

—Yo... sangré un poco hace unos días. Creí que era la regla, pero so-solo duró un día.

—¿Cuándo tuviste la última antes de eso?

Ivy podría haberse reído si no fuera por la agonía que la dominaba.

—Hace ciento sesenta y ocho años.

Él se echó hacia atrás.

—¿Todavía no has tenido uno?

—No, creía que era por la es-estasis.

—Podría ser que... —La incertidumbre cruzó sus facciones y lanzó una mirada a Ketahn—.

¿Qué más sientes?

—Todavía tengo un poco de náuseas.

—¿Y no has comido ni bebido nada raro?

—No.

Las mandíbulas de Ketahn chasquearon.

—Cúrala, Diego.

Diego suspiró.

—No es tan sencillo, tío.

Ketahn se inclinó hacia el humano, produciendo un estruendo amenazador en su pecho.

—Hazlo sencillo. Cúrala.

—Oye, Ketahn... —Will posó una mano en el hombro de Ketahn.

Gruñendo, Ketahn giró hacia Will con los dedos extendidos, las garras preparadas y las patas delanteras levantadas.

A Ivy le dio un vuelco el corazón. Se incorporó a pesar del dolor que le producía y extendió una mano para agarrar una de las muñecas de Ketahn.

—¡Para!

Ketahn se puso rígido. Su cuerpo permaneció duro como la piedra e igual de inmóvil durante varios latidos más, y con sus extremidades y mandíbulas extendidas, era un depredador salido de una pesadilla, algo que ningún humano podía esperar superar. Will se había tambaleado hacia atrás y había caído de culo, y ahora miraba a Ketahn con ojos muy abiertos y aterrorizados, pero también había determinación en su mirada.

Will tragó con dificultad, se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—Hará todo lo que pueda, Ketahn. Sé que lo hará, y tú también. Pero tienes que dejarle trabajar.

—Quédate aquí conmigo, Ketahn —dijo Ivy en voz baja, intentando controlar sus escalofríos. Otra punzada en la pelvis la hizo respirar con dificultad—. Sé que sientes que no es suficiente, pero ahora mismo lo es todo.

Permaneció inmóvil como una estatua mientras transcurrían los segundos, sin respirar, sin emitir sonido alguno. Primero se le movieron sus mandíbulas, que se movieron hacia el interior y descendieron. En cuanto estuvieron abajo, la tensión se desvaneció de su cuerpo. Soltó un suspiro fuerte y tembloroso, juntó los antebrazos e inclinó la cabeza.

—Lo siento, Will. Lo siento mucho.

—Lo entiendo —replicó Will, sentándose hacia delante—. Sé lo que se siente. Pero como decís Ivy y tú, estamos todos juntos en esto.

—Sí —Ketahn extendió lentamente una mano hacia Will—. Así es. No quería asustarte.

Will volvió a asentir, inspiró profundamente y aceptó la mano de Ketahn. Ketahn le ayudó a ponerse en pie con un movimiento suave que dejaba entrever que el peso de Will era tan insignificante para él como el de Ivy. Después, Ketahn se volvió hacia Ivy y Diego, bajando hasta que su parte inferior quedó en el suelo. Volvió a coger la mano de Ivy entre las suyas y la sostuvo con una suave posesividad que le reconfortó el corazón a pesar de todo.

Ivy volvió a tumbarse, apretando la manta contra su pecho.

—¿Tienes los pechos sensibles? —preguntó Diego.

Aunque Ivy estaba helada, sus mejillas se sonrojaron. Ketahn se puso rígido una vez más, con las mandíbulas abiertas, pero Ivy le apretó la mano, calmándolo.

—Sí —dijo Ivy—. Últimamente, están muy sensibles.

—¿Y despertaste de la estasis hace más de dos meses?

—Sí —Apretó los labios contra otra oleada de dolor en la pelvis.

—Y dado que aquí los días son más largos, ha pasado más tiempo que eso. ¿No has tenido ninguno de estos síntomas durante ese tiempo?

—No.

Diego miró a Ketahn.

—¿Cuánto tiempo lleváis Ketahn y tú... practicando sexo?

—¿Por... por qué? No entiendo por qué me siento así. Todo empezó hace solo unos días.

—Mira... La IMH no formó a ningún personal médico ajeno a la tripulación sobre la enfermedad de estasis. Esto podría ser parte de eso. No creo que comprendieran plenamente todos los efectos secundarios posibles ni cuánto podrían durar sin la atención adecuada, y evidentemente no dispongo del equipo necesario para saberlo con seguridad. Pero los síntomas que describes coinciden con algo en lo que estoy *especializado*.

—¿Cómo qué?

—No se te ocurra decir lo que creo que vas a decir —dijo Callie desde detrás de Diego, con los ojos muy abiertos.

—Tengo que *insistir* en que no puedo asegurarte que sea eso, ¿vale? Necesito que entiendas que es realmente imposible saberlo en este momento sin el equipo adecuado —Diego se pasó una mano por el pelo y apretó los labios—. Las náuseas, el manchado, el dolor en la pelvis, la hinchazón del vientre y los pechos sensibles son... son signos de embarazo, Ivy.

A Ivy se le escapó todo el aire de los pulmones con una sola palabra.

—¿Qué?

—Como he dicho, son solo especulaciones.

—Dios mío —dijo Cole.

—Es una locura, Diego —dijo Lacey.

Ivy miró atónita a Diego. Retiró la mano de Ketahn mientras se incorporaba y se acunaba el vientre. ¿Embarazada?

—Eso es... —Negó con la cabeza—. No. No. Soy *humana* y Ketahn es un... un...

Ketahn emitió un trino inseguro y posó una mano en el brazo de Ivy.

—No entiendo sus palabras, mi *nyleea*. ¿Qué ha dicho?

Ella levantó la vista hacia Ketahn, escrutando su rostro inhumano, semejante a una máscara.

—Cree... Cree que estoy embarazada. Que tú y yo... —Inclinó la cabeza hacia abajo, se frotó la cara con las palmas de las manos y se pasó los dedos por el pelo húmedo y enmarañado, echándose hacia atrás—. Una cría, Ketahn. Que vamos a tener una cría.

Ketahn la miró en absoluto silencio, quizá el silencio más profundo y desgarrador que jamás había soportado. La conmoción y la confusión eran evidentes en sus ojos, que buscaban *algo* en

la mirada de ella, pero ella no podía adivinar lo que ocurría tras ellos. Sus mandíbulas se movían hacia arriba y hacia abajo, repitiendo esos movimientos de manera errática.

No podía negar que su silencio le dolía, aunque lo comprendía perfectamente. A pesar de que en realidad no duró más que unos segundos.

—¿Cómo? —carraspeó—. Cómo... Yo... no lo entiendo, Ivy —Sus ojos se clavaron en su vientre e inclinó la cabeza hacia un lado—. No lo entiendo. Nosotros... somos diferentes.

—¿Ketahn? —Rekosh se acercó más—. ¿Qué le pasa a Ivy? No entendemos lo que se está diciendo.

—Diego ha dicho que el cuerpo de Ivy ha... aceptado mi semilla —respondió Ketahn en vrix.

Los ojos rojos de Rekosh se abrieron de par en par.

Ahnset se agitó, sus patas se movían inquietas mientras miraba entre Ketahn e Ivy.

—¡Pero ella es humana!

—Por sus óctuples ojos... —exclamó Urkot.

—¿Los vrix... no ponen huevos? —preguntó Ahmya.

—Oh, Dios mío. No, no, no... —Ivy volvió los ojos aterrorizados hacia Diego mientras se agarraba el vientre—. ¿Voy a...? ¿Voy a...? —Su respiración se entrecortó y sintió un hormigueo en la piel cuando el pánico se apoderó de ella.

«¿Huevos? ¿Voy a poner huevos?»

Diego se inclinó hacia delante y apoyó las manos en los hombros de Ivy.

—Respira, Ivy. Respira.

Ella hizo lo que él le había ordenado, con gran esfuerzo. Sentía el aire espeso y le costó que entrara y saliera de los pulmones, pero lo consiguió.

—Nada me gustaría más que poder tranquilizarte —dijo Diego—, pero no voy a mentirte, ¿vale? No lo sé. No sé qué va a pasar, no sé cómo *ha pasado*, ni siquiera sé si tengo razón. Lo único que puedo prometerte es que haré todo lo que pueda, *lo que sea*, para ayudarte a superarlo.

Las lágrimas le nublaron la vista. Estaba asustada; asustada ante lo desconocido, asustada por lo que iba a ocurrir, asustada... por la cosa que posiblemente crecía en su interior. Si Diego tenía razón, si estaba realmente embarazada, entonces lo que tuviera en su vientre... No sabía si era humano, vrix o algo totalmente distinto. Lo único que sabía era que no debía existir.

—¿Cómo es esto posible, Diego? —preguntó Ivy.

Sus manos le apretaron los hombros y negó con la cabeza.

—Lo más probable es que sea por todo lo que nos inyectaron. Dijeron que se suponía que hipercargaría nuestro sistema inmunitario y nos ayudaría a adaptarnos al entorno de Xolea, así que quizás...

—¿Quizá fue mucho más eficaz de lo que pensaban? —preguntó Callie.

—O simplemente lo hemos ampliado más allá de su intención.

—Si esos compuestos nos afectaron de ese modo, si pueden hacer que el cuerpo humano entre en un estado de adaptación tan fuerte que su cuerpo realmente cambió para albergar su esperma y procrear... —Callie soltó una carcajada sin malicia—. Eso se aleja tanto de lo que nos dijeron que tendría que estar prohibido.

—No me van a empezar a salir piernas de más o alguna mierda así, ¿verdad? —exigió Cole.

—No seas ridículo, Cole —dijo Lacey.

—¡Es una pregunta válida como cualquier otra!

—Podría ser esa cosa para la adaptabilidad combinada con los medicamentos para la fertilidad que nos inyectaron —dijo Diego—. ¿Quizá hubo alguna reacción entre ambos?

Callie frunció el ceño.

—Bueno, no es que pretendiesen que tuviéramos relaciones sexuales con ningún alienígena. Lo que querían era que procreáramos y, bueno —señaló a Ivy con la mano—, ha funcionado. Si *realmente* está embarazada.

Un escalofrío recorrió a Ivy y se apretó el vientre, incapaz de contener un gemido cuando otro calambre le retorció las entrañas.

Diego volvió a mirar a Ivy.

—Si ese es el caso, entonces estás en la fase inicial de tu embarazo, Ivy, y tu cuerpo está trabajando para hacer crecer una nueva vida —Retiró las manos y se sentó con el ceño totalmente fruncido—. O... es tu cuerpo intentando rechazarlo. Lo único que podemos hacer es esperar.

«O... es tu cuerpo intentando rechazarlo».

Ivy respiró entrecortadamente mientras miraba a Diego, con las lágrimas cayéndole por las mejillas. ¿Cómo podían afectarle tan profundamente aquellas palabras cuando precisamente lo que más temía era lo que podía perder?

Porque fuera lo que fuese lo que llevaba dentro, lo había creado junto con Ketahn. Porque fuera lo que fuera, ya fuera vrix, humano o... o ambos...

Era *su bebé*.

Estaba hecho con amor.

Tímidamente, Ketahn se acercó a ella, posando una gran mano sobre las suyas, que aún estaban sobre su vientre. Había estado tan confuso, tan callado durante la conversación, pero al mirarla ahora a los ojos, ella vio aquella pasión familiar, aquella determinación, ardiendo en su mirada. Le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Nuestra cría está creciendo dentro de ti. Mi hilo del corazón...

Se inclinó hacia delante, la rodeó entre sus brazos, con manta y todo, y la estrechó contra su pecho. Inclinando la cabeza, le rozó la frente con la boca, entre un beso tierno y un suave roce.

—Tejo mi palabra en un vínculo, mi *nyleea*. Nada en este mundo podrá dañarte a ti ni a nuestra cría. Eres el corazón que late fuera de mi pecho.

Capítulo Dieciocho

Ketahn se limpió el agua de lluvia de los ojos y se bajó la capucha de la capa. La cubierta le había ofrecido poca protección en los últimos días; hacía tiempo que estaba empapada. A estas alturas, dudaba de que ni esta ni ninguna de sus pertenencias volvieran a estar secas.

Los siete días transcurridos desde que Diego expresó su sospecha de que Ivy estaba *embarazada* de Ketahn deberían haber estado llenos de alegría y entusiasmo. En lugar de eso, habían estado llenos de incertidumbre, dificultades, miedo y lluvia. Mucha lluvia. El suelo de la jungla se había convertido en un inmenso charco fangoso en cuya turbia superficie flotaban todo tipo de restos y bajo el que se ocultaban toda clase de peligros.

En la mayoría de los sitios, el agua no era más profunda que el tobillo de un humano, pero eso bastaba para ocultar una raíz a punto de enganchar un pie o una grieta lista para atrapar una bota que se hubiera apoyado demasiado.

Las escasas treguas de la lluvia habían sido breves, apenas lo suficiente para encender un fuego y extraer algo de calor de las escasas llamas. Todos los humanos habían perdido parte del color de su piel, y no era raro verlos temblar u oír el débil castañeteo de sus dientes. Incluso Ketahn sentía ya el frío; se había filtrado en cada parte de él, hasta sus huesos. Solo su hilo del corazón conservaba algo de calor, y este nunca se apagaría mientras él respirara.

Ansiaba pasar más tiempo en calma con su compañera, anhelaba hablar con ella del futuro, de todas las esperanzas y temores que habían surgido con la noticia de una posible cría. Quería hablar con Diego para saber qué podía salir mal. Para saber qué esperar de todo esto.

Quería que acabara el sufrimiento de su tribu.

Los ojos de Ketahn se desviaron hacia Ivy, que caminaba un par de segmentos por delante de él. Tenía la mirada baja y se movía con cuidado, tanteando el terreno a cada paso. A pesar de ese cuidado, se la veía inestable.

Parecía agotada.

¿Y por qué no iba a estarlo? Su cansancio se debía a algo más que al esfuerzo del viaje. Afortunadamente, su dolor había remitido el mismo día en que empezó, aunque lo había hecho gradualmente a lo largo de la mañana, pero su indisposición persistía. Diego y los demás humanos lo llamaban «*náuseas matutinas*». Para Ketahn, ese nombre no tenía mucho sentido; Ivy podía sufrirlas a cualquier hora del día o de la noche, y nada podía impedir que vaciara el estómago cuando empezaban.

No era ni de lejos tan grave como cuando enfermó tras comer raíz de colmillo dulce, pero Ketahn sentía la misma impotencia cada vez que enfermaba. Era especialmente preocupante lo poco que había estado comiendo. Había argumentado que no tenía sentido cuando se sentía así,

ya que la comida acabaría desperdiciándose, pero eso chocaba con el profundo instinto de Ketahn de mantenerla.

Ya fuera humana, vrix o una bestia salvaje, ninguna criatura podía sobrevivir sin alimento suficiente.

Ivy, como todos los demás humanos, parecía guiarse únicamente por la fuerza de voluntad. Los esfuerzos de este viaje habían agotado la mayor parte de sus fuerzas, y la lluvia había minado las que les quedaban. Ahora solo les quedaba lo que llamaban *tenacidad*. Simplemente, sentían una profunda determinación por sobrevivir.

Le asombraba la fuerza de voluntad de los humanos, aunque deseaba que nunca hubiesen necesitado utilizarla así.

A Ketahn se le hundieron las mandíbulas. Había ayudado todo lo que había podido, había llevado bolsas y provisiones para aligerar la carga de sus compañeros, incluso había cargado con Ivy unas cuantas veces, pero nada de eso era suficiente, y una parte de él lamentaba haber abandonado la nave humana estrellada. Al menos allí, Ivy habría tenido refugio. Al menos allí, habría tenido calor.

Y entonces, ella y los demás humanos habrían quedado atrapados en aquella nave, completamente aislados de la Maraña, de la comida fresca, del agua, de la luz del sol, del viento, de los olores de las flores y de las plantas.

En el fondo de sus corazones, comprendía que habría sido demasiado sacrificar todo eso por su seguridad, sobre todo cuando esa seguridad entrañaba sus propios peligros.

Sabía poco de la descendencia humana, sabía poco de cómo crecían sus crías, los *bebés*, pero sí sabía sobre los huevos de los vrix. Esos huevos necesitaban cuidados. Había que mantenerlos calientes, seguros y quietos. Muchas hembras vrix envolvían sus huevos en seda esponjosa y los mantenían cerca de hogueras cuidadosamente alimentadas con savia. Algunas se negaban a abandonar sus madrigueras mientras los huevos se desarrollaban, y únicamente comían cuando sus amigos y familiares les traían comida.

Tener a Ivy aquí fuera... era igual que tener su huevo aquí fuera también, expuesto al viento, a la lluvia, al frío, al barro y a la suciedad, a los dientes de todos los depredadores hambrientos de la Maraña. Pero tenerla cerca de Takarahl habría sido peor.

Tenerla cerca de la reina habría sido mucho, mucho peor.

Ahmya gritó más adelante. Ketahn miró hacia el sonido y la vio caer. Aterrizó boca abajo con un chapoteo, salpicando lodo y agua a su alrededor. Sus piernas se doblaron al golpear el suelo, levantando los pies en el aire; uno llevaba una bota, y el otro estaba desnudo.

Los humanos que la rodeaban intentaron ayudarla, pero Rekosh fue el más rápido a pesar de estar más lejos. Estaba a su lado incluso antes de que sus pies volvieran a bajar, agachándose y tendiéndole las dos manos para sacarla del fango.

Ella se levantó balbuceando. Rekosh la sostuvo mientras tosía agua y barro, con el cuerpo tembloroso.

Esa no había sido su primera caída, aunque parecía haber sido la peor. Entre los numerosos obstáculos, la inseguridad del terreno y los andares de los humanos, cada vez más cansados, Ketahn se sorprendió de que nadie hubiera resultado herido.

Cole se agachó cerca de Ahmya y recogió su lanza, sacudiendo el barro con un movimiento brusco de muñeca. Detrás de ella, Diego se agachó para recoger su bota, que seguía en el último lugar donde la había dejado. La bota se soltó con cierta dificultad. Cuando la volcó, salió agua a borbotones.

Ketahn se giró para poder dividir su atención entre sus compañeros de delante y la jungla de

detrás. Agarró con fuerza la lanza mientras luchaba contra una oleada de impaciencia. Lo mejor para todos habría sido detenerse y descansar, pero no se atrevía a decirlo. Más que nunca, era consciente de que Takarahl estaba detrás de ellos, todavía demasiado cerca.

La lluvia había ralentizado considerablemente a la tribu de Ketahn, y habría ralentizado a cualquier Garra que les diera caza. Pero aunque se retrasaran por la lluvia, los Garras de la Reina se movían más rápido que Ketahn y los humanos durante los días sin lluvia.

Como si percibiera sus pensamientos inquietos, Ivy miró a Ketahn y le dedicó una tierna sonrisa. Era tan hermosa como siempre, quizá incluso más ahora que él sabía de la vida que crecía en su interior, no le importaba la palidez de su rostro, ni la forma en que sus labios habían perdido gran parte de su color rosado.

—Estamos bien —dijo ella—. No te preocupes.

Élladeó la cabeza y soltó un breve chirrido.

La sonrisa de Ivy se ensanchó.

—Sí, ya lo sé, eso es imposible. Pero estaremos bien mientras estemos juntos.

Ketahn acortó la corta distancia que los separaba, la rodeó con un brazo y le tocó la frente con su cabeza.

—Lo estaremos, mi hilo del corazón.

Ella le abrazó durante varios latidos antes de que se separaran el uno del otro. A pesar de todo lo que llevaba encima, sus brazos se sentían vacíos.

—¿Te duele? —preguntó Rekosh, desviando la atención de Ketahn hacia él.

Ahmya escupió a un lado un par de veces y negó con la cabeza.

—El barro amortiguó mi caída.

Rekosh soltó tímidamente a Ahmya, volvió a meter la mano en la bolsa, sacó un trozo de tela y se lo dio. Ella lo utilizó para limpiarse el barro de la cara y el pelo antes de devolvérselo con un gesto de agradecimiento. Diego le entregó la bota y ella se inclinó para ponérsela.

Se tambaleó casi de inmediato, extendió un brazo y lo agitó para recuperar el equilibrio, pero ya era demasiado tarde. Cayó hacia delante.

Rekosh la abrazó antes de que cayera y la estrechó contra su pecho.

—Te tengo, *vi'keishi*.

«Pequeña flor».

Ahmya le miró con los ojos muy abiertos, con el pelo oscuro pegado a las mejillas. Rekosh le puso una mano en la cabeza, guiándola suavemente para que la apoyara en su pecho, y ella se estrechó entre sus brazos, acurrucándose contra él.

—No sé por qué queréis bañaros, si llevamos a remojo toda la semana —dijo Cole. Había un poco de humor en su voz, con algo de burla, pero Ketahn solamente percibía cansancio.

—Camina, humano, o tú serás el siguiente en nadar —dijo Ketahn. Puso una mano en el hombro de Ivy y la guió hacia delante, provocando una punzada de culpabilidad en su pecho al hacerlo.

Cole soltó una risita, se guardó la lanza de Ahmya y la suya bajo el brazo y continuó en la dirección que habían tomado.

—Araña mandona.

Ketahn observó a Ivy caminar. Durante casi ocho días, había estudiado sus movimientos, buscando hasta el más leve signo de dolor. Ahora no veía ninguno, pero ella elevaba las piernas como si pesaran tanto como rocas. Se acercó más a ella, sosteniéndola con una mano o una pata extendida cada vez que parecía que iba a tropezar o caerse.

Su instinto protector luchaba contra sí mismo. Tenían que seguir adelante, tenían que viajar

lo bastante lejos para estar a salvo. Pero ahora más que nunca, el viaje no era seguro para Ivy ni para nadie de la tribu. Para protegerla, tenían que detenerse... pero detenerse solo supondría un peligro diferente.

—Telok, busca un lugar donde refugiarnos —dijo Ketahn en vrix—. No creo que podamos viajar mucho más hoy.

Telok hizo una señal de comprensión al frente del grupo y aumentó su velocidad, trepando por una raíz para elevarse por encima del suelo de la jungla. Los condujo por el mismo camino que habían seguido desde el día en que Ivy se había despertado dolorida, manteniendo el arroyo varias decenas de segmentos a su izquierda, pero siguiendo su curso. Les conduciría a la ciénaga en la que se había convertido los límites del territorio de los cráneo-espinas después de la guerra, una zona que antaño había estado en lo más profundo del territorio enemigo.

Si hubieran podido viajar entre los árboles, habrían llegado a la ciénaga días antes.

Ketahn no podía decir cuánto habían caminado —no más de doscientos segmentos, en el mejor de los casos— cuando los cinco vrix se detuvieron a la vez. Los humanos se detuvieron un momento después, volviendo sus miradas confusas y cansadas hacia los vrix.

Callie se quitó la bolsa de la espalda, la colocó encima de un tronco para mantenerla alejada del suelo embarrado y masajeó sus hombros.

—¿Qué ocurre?

—Vibraciones —dijo Ketahn—. Temblores en el suelo.

Las llamadas de todo tipo de bestias resonaron entre los árboles en un revoltijo caótico y lleno de pánico. A su alrededor, criaturas de diversos tamaños trepaban por los troncos y las ramas, mientras otras alzaban el vuelo con el batir de sus alas.

—Esto no es un buen presagio, Ketahn —dijo Ahnset, mirando de criatura en criatura. Los finos pelos de sus patas se erizaron, al igual que los de los demás vrix, Ketahn incluido.

Will se llevó una mano a los ojos para protegérselos de la lluvia mientras miraba a su alrededor.

—¿Se acerca algo? No será uno de esos yatines, ¿verdad?

—No siento nada —dijo Lacey.

Un siseo se elevó sobre la lluvia, no el siseo de una bestia enfurecida, sino el del agua que se precipitaba. El agua que rodeaba las patas de Ketahn se agitó.

Cole miró el agua que se movía sobre sus pies y luego en dirección a la corriente.

—¿Qué coj...?

—¡A los árboles! —gritó Telok, corriendo hacia el resto del grupo por la rama a la que se había subido.

Para cuando alguien pudo siquiera maldecir, el agua del suelo de la jungla había subido casi un palmo. Hojas y ramitas flotaban en la superficie, fluyendo alrededor de las plantas y piedras que sobresalían del agua. Ketahn se precipitó hacia delante y agarró a Ivy. Ella se giró para echarle un brazo al cuello, sin hacer ruido mientras él la llevaba hacia Telok. Sintió el latido rápido y fuerte de su corazón, y su aliento en su piel.

Los otros vrix y los humanos se pusieron en movimiento, corriendo hacia Telok, que arrojó una gruesa hebra de seda que había atado a la rama. Apretando a Ivy contra su pecho, Ketahn saltó al tronco de un árbol cercano y trepó. Bajo sus garras se desprendieron trozos de corteza húmeda, pero estas se hundieron profundamente en la madera, fortalecidas por su desesperación por poner a salvo a su compañera.

Cuando estuvo lo bastante alto, saltó a la rama de Telok. El impacto de su aterrizaje provocó un estruendo en la madera que fue respondido por otra vibración: una nueva oleada de agua.

Miró hacia abajo y vio que el agua seguía subiendo, casi hasta la cintura de Lacey.

Ahnset, aunque cargaba con la mayor parte de las provisiones, sacó a Will y a Lacey del agua y subió por una ancha raíz. Rekosh ya estaba trepando con Ahmya. Callie tropezó, cayendo de rodillas al intentar alcanzar algo bajo el agua.

Urkot la agarró por la espalda del mono y la detuvo antes de que se sumergiera.

—¡Mi bolsa! —gritó.

La sacó del agua y se la echó sobre el hombro. Tenía las manos vacías. Ella gritó algo en señal de protesta, pero Urkot no la soltó. Caminó a grandes zancadas hacia Diego y Cole, que habían llegado hasta la cuerda colgante de Telok. Telok ya estaba asegurando una segunda cuerda cerca de la primera.

Ketahn puso a Ivy en pie, cogiéndola brevemente por la parte superior de los brazos.

—Quédate aquí. Ten cuidado. La madera está resbaladiza.

Tenía las mejillas sonrosadas, la respiración agitada y el corazón acelerado, pero la mirada firme. Ella asintió y le rozó la mandíbula con las yemas de los dedos.

—Ve a ayudar.

Él no se permitió otra caricia, no se permitió ni siquiera sostenerle la mirada; se apartó de su compañera, diciéndose que estaba a salvo, prometiéndose que estaría bien, recordándose a sí mismo que el resto de la tribu le necesitaba.

Rekosh se agarró a la rama y levantó a Ahmya. Ketahn se la arrebató a su amigo y ayudó a la pequeña humana a encontrar el equilibrio antes de continuar hacia su hermana de cría.

Ahnset trepó sin nada más que su fuerza arrolladora, con sus garras destrozando el tronco del árbol. Sus garras se soltaban solas con demasiada frecuencia; estaba librando una batalla desesperada contra los resbalones.

Ketahn sacó una gruesa hebra de seda de sus hileras, pasándosela a las manos, que la enrollaron rápidamente en una bobina suelta. Pronunció el nombre de su hermana y le lanzó la hebra.

Ahnset le dirigió una mirada y liberó una mano para alcanzar la cuerda, pero enseguida empezó a deslizarse hacia abajo. Volvió a golpear el tronco con la mano, hundiéndose profundamente las garras, y volvió a colocar las patas.

Uno de los brazos de Will salió disparado, atrapando la cuerda justo antes de que estuviera fuera de su alcance. Su movimiento tensó más a Ahnset. El corazón de Ketahn se oprimió cuando su gran cuerpo se estremeció, sus músculos se abultaron y ella se esforzó por volver a sujetarse. La correa de una de sus bolsas se rompió y la bolsa cayó al agua, que ahora estaba revuelta.

Lacey repetía una y otra vez una maldición humana, aferrándose a Ahnset con desesperación. Will, con los ojos muy abiertos por el miedo, empezó a enrollar la hebra alrededor del cuerpo de Ahnset.

Ketahn cortó la hebra por su extremo y dejó caer su parte inferior sobre la rama. Utilizando los brazos y las patas, enrolló la seda alrededor de la rama. Su nueva posición permitió ver a todos los que seguían abajo: Urkot estaba subiendo por uno de los hilos de Telok con Callie sobre el hombro, mientras Cole y Diego, ahora con el agua hasta la cintura, se habían agarrado al otro hilo.

La corriente de agua era cada vez más fuerte. Los dos humanos se balanceaban contra la corriente mientras se esforzaban por enrollar la cuerda alrededor de sus manos para agarrarla con seguridad, gritándose el uno al otro por encima del estruendo de la riada.

Apoyando las patas en la rama, Ketahn agarró su cuerda de seda con las cuatro manos.

Ahnset le miró. No necesitó decir nada. Se alejó del árbol de un salto, impulsándose con sus miembros. Lacey y Will gritaron. Ketahn apretó los dientes, chasqueó las mandíbulas y tiró de la cuerda. Ahnset y sus humanos se balancearon en el aire, con la punta de una de sus patas rozando la superficie del agua.

Volaron por debajo de la rama y dieron la vuelta hasta el otro lado. Ketahn giró la cabeza para ver cómo Ahnset aparecía detrás de él y extendía las manos para agarrarse a la madera. Entonces su impulso vaciló. Sus garras rasgaron la corteza al resbalar.

Ketahn soltó las manos de la hebra y se lanzó hacia su hermana, atrapando su antebrazo con la mano. Un instante después, Rekosh estaba a su lado, agarrando el otro brazo de Ahnset. Los tres vrix gruñeron y tiraron con todas sus fuerzas. La rama tembló y gimió, los humanos gritaron, sus voces se mezclaron en un estruendo indescifrable, y todos los músculos del cuerpo de Ketahn ardían.

Pero Ahnset resistió.

No se dio cuenta de que Ivy y Ahmya estaban allí hasta que vio que sus brazos se extendían entre él y Rekosh. Las dos hembras agarraron las manos de Will y Lacey y les ayudaron a soltarse de Ahnset y a subir a la rama.

Después, Ahnset subió las patas a la rama.

Rekosh corrió a ayudar a Urkot a terminar de trepar mientras Ahnset se inclinaba hacia delante, jadeante, y los humanos se sostenían mutuamente. Ketahn ignoró los lamentos de su cuerpo; aún no todos los miembros de su tribu estaban a salvo.

Miró a Telok, que estaba subiendo la cuerda que quedaba. Diego estaba fuera del agua salvo por las botas, apretando los dientes y con expresión tensa mientras se agarraba. Pero Cole se había agarrado menos a la cuerda y seguía con el agua hasta la cintura, aunque ahora tenía los pies levantados y estaba a merced de la corriente, que luchaba por sacarle de allí.

Los ojos de Ketahn se abrieron de par en par. Una rama más larga que él cabalgaba por la corriente hacia Cole, rodeada de escombros. Ketahn pasó junto a Ivy y los demás para ayudar.

La mirada de Telok se posó en la rama que se acercaba. Envolvió la cuerda alrededor de su mano una vez más y tiró con más fuerza, levantando las piernas de Cole por encima de la superficie.

La corteza bajo las garras de las patas traseras de Telok cedió. Resbaló y la cuerda se combó.

Cole volvió a caer al agua justo cuando la rama flotante le alcanzaba. La rama nudosa le golpeó el estómago y lo arrastró hacia atrás, tirando también a Diego al agua, y enganchando la cuerda.

Una de las manos de Cole perdió el agarre de la cuerda, y su cuerpo se estiró como si estuviera realizando esa extraña natación abdominal humana. Su mano, ahora libre, empujó la rama y los escombros circundantes, pero no pudo soltarse.

Telok enganchó las patas alrededor de la rama que tenía debajo y tiró con un gruñido.

Diego volvió a emerger, todavía agarrado con fuerza. Cole empezó a emerger también, con los ojos temerosos fijos en la tira de seda que había entre él y Diego.

La tira de seda deshilachada.

La rama enorme emergió con Cole, junto con muchas ramas más pequeñas y espinosas atrapadas en ella. El agua manaba de aquel desastre, casi ahogando el grito de Cole.

—¡Joder!

La rama se partió. Diego se sacudió hacia arriba con la súbita liberación de la carga, balanceando las piernas salvajemente. Gritó cuando su peso volvió a caer, tensando la cuerda alrededor de sus manos.

Cole se precipitó en la riada junto con los restos que se habían enganchado a él.

—¡Sube a Diego! —gritó Ketahn mientras invertía su dirección sobre la rama para seguir la corriente del agua. Recogió una nueva hebra de sus hileras mientras se movía y ató un cabo a su extremo; solo podía esperar tener suficiente a tiempo.

Cole luchaba por mantener la cabeza por encima del agua mientras la corriente le arrastraba y le hacía girar.

Ketahn se impulsó más deprisa para adelantarse a Cole, con las patas amenazando con patinar en la resbaladiza corteza a cada paso. Saltó a través de una brecha de varios segmentos de ancho para colocarse en una rama directamente sobre la trayectoria de Cole.

Preparando su cuerda, Ketahn enganchó las seis patas alrededor de la rama, se balanceó para colgarse boca abajo de su parte inferior y bajó la seda.

El extremo de la hebra cayó hacia el agua, colgando justo por encima de la superficie, pero el viento la apartó cuando Cole se acercó. Con sus corazones acelerados y el vello erizado, Ketahn movió la muñeca. El pequeño movimiento recorrió la longitud de la seda, llegando al final justo cuando la cabeza de Cole se sumergía bajo el agua.

El lazo de seda se deslizó sobre el brazo levantado de Cole. Ketahn tiró, tensando el lazo alrededor del brazo de Cole, y luego añadió la tensión suficiente a la hebra para girarla con movimientos circulares, enrollándola alrededor de la extremidad del humano.

Los dedos de Cole hallaron la seda y se cerraron en torno a ella. Ketahn tiró hacia arriba.

La cabeza y los hombros del humano salieron a la superficie. Tosió y levantó la mano libre para limpiarse el pelo mojado de la cara. Cuando Ketahn tiró de él un poco más arriba, la resistencia de la hebra se intensificó mucho más de lo que debería, incluso con el peso extra de las ramas y ramitas con las que Cole se había enredado.

Maldiciendo de nuevo, Cole tomó aire, cerró la boca y volvió la cara. El agua turbulenta rompió contra los restos que tenía delante y le mojó la cabeza. El agua seguía haciéndose más profunda ante los ojos de Ketahn.

—¡Mi bolsa está atrapada! —gritó Cole entre jadeos.

Ketahn se agarró con más fuerza a la rama y a la cuerda, manteniéndola tensa.

—¡Tu cuchillo!

Cole sumergió la mano libre en el agua turbia. Se inclinó hacia abajo, hundiendo los hombros bajo la superficie, luego el cuello, la barbilla. Los orificios de la nariz se abrieron, salpicando agua con cada fuerte respiración. Levantó la barbilla cuando el agua le tocó el labio inferior. Los temblores recorrieron la hebra, creados por la corriente de agua que lo único que quería era llevarse a este humano.

Ketahn miró hacia sus compañeros. Todos estaban de pie en aquella rama ancha cercana, observando a Ketahn y Cole con la esperanza y el miedo debatiéndose en sus rostros.

Cole volvió a levantar la mano, empujando las ramas con un renovado vigor. La reluciente hoja de su cuchillo sobresalía de su puño. Salpicó agua cuando se apresuró a meter el cuchillo bajo la correa de su bolsa. La lucha fue breve; por duro que fuera el cuero yatin, no podía resistir el filo de aquella hoja de metal.

Ketahn volvió a tirar.

Cole se levantó rápidamente, perdiendo la bolsa bajo el agua. Se sacudió las ramas espinosas que se habían enganchado en su mono, rompiendo algunas y arrancando otras. La carga de la cuerda se hizo inmediatamente más ligera.

Cuando por fin hubo subido a Cole del todo, Ketahn se encaramó de nuevo a la rama y se tumbó boca abajo. Le pesaban las extremidades: aquella prueba le había minado las fuerzas y su

agotamiento solo empeoraba por los dolores agudos que le invadían.

Cole se tendió junto a Ketahn, mirando al cielo, con el pecho agitado por su respiración entrecortada.

—Mierda.

—No era mi intención que nadaras, humano —espetó Ketahn.

El humano soltó una carcajada, aunque débil.

—Hace una semana... juraría que querías... matarme.

—Somos una tribu. Si tocas a mi Ivy, te mato.

Cole tosió, el áspero sonido provenía de lo más profundo de su pecho.

—Lo he pillado. Gracias, Ketahn. Seguramente no signifique mucho después de todo, pero gracias.

—Nada de gracias —Ketahn apoyó las manos en la rama y se impulsó hacia arriba. Debajo, el agua seguía fluyendo, con la superficie aparentemente tranquila a pesar de las poderosas corrientes que corrían por debajo—. Hay que seguir trepando.

La risa que surgió de Cole fue sorprendentemente cordial y sincera.

—Ya he escalado suficiente para una vida, pero supongo que tú eres el jefe.

—Jefe no —replicó Ketahn, levantando las mandíbulas en una sonrisa—, vrix.

Capítulo Diecinueve

No parecía haber ninguna parte de Ivy que no tuviera frío. Ketahn la acercó contra la estufa viviente que era su cuerpo mientras ella tiritaba, y enseguida se acurrucó en su calor, agradecida.

Por mucho que todos hubieran querido tumbarse en aquella rama y dormir durante una semana tras escapar por los pelos de la inundación, Ketahn les había instado a seguir adelante. Su lento y penoso viaje a través de las ramas les había llevado finalmente a un acantilado rocoso donde habían descubierto una cueva a unos doce metros sobre el nivel del agua.

Aunque el interior no era necesariamente cálido, estaba seco. Ivy se alegró de no estar bajo la lluvia y de poder descansar.

Había un pequeño fuego crepitando, hecho con los restos que habían encontrado en la cueva: ramas secas y lo que debía de ser una especie de nido abandonado hacía mucho tiempo. Pero ni siquiera eso pudo vencer el frío que se le había calado a Ivy hasta los huesos. Todos los humanos se habían reunido en torno al fuego con nada más que mantas húmedas envolviéndolos, y sus ropas habían sido tendidas para que se secaran, si es que algo podía secarse con este tiempo. Los vrix estaban sentados cerca de los humanos, haciendo todo lo posible para generar calor en aquel pequeño espacio.

A pesar de que el material de sus monos era impermeable, los días de viaje con lluvias constantes habían dado al agua la oportunidad de encontrar cualquier abertura en aquellos trajes. Un exterior impermeable no cambiaba mucho las cosas cuando el agua penetraba en su interior.

Fuera de la cueva, la luz se estaba extinguiendo y la lluvia continuaba. Cuando los vrix decían que era la estación de las inundaciones, lo decían literalmente. ¿Se había inundado también el cráter donde se estrelló la *Somnium*? Ivy no podía imaginar seguir en aquella nave, atrapada tras aquellas puertas, sabiendo que podrían pasar semanas o meses antes de que volviera a ver la luz del día.

Se llevó una mano al vientre. No lo había hecho intencionadamente, pero con frecuencia sus pensamientos se habían visto invadidos por una... protección sobre lo que posiblemente estaba creciendo en su interior.

No, *posiblemente* no. Lo sabía, sabía que Diego tenía razón, que había una nueva vida formándose en su interior, y su deseo de salvaguardar esa pequeña vida crecía a cada momento que pasaba.

Will se pasó una mano por la cara. De los tres hombres, era el único al que no le crecía la barba.

—¿Cuántas cosas hemos perdido?

—Yo he perdido mi bolsa —dijo Callie.

Cole arrojó otra ramita al fuego.

—La mía también. Tuve que cortarla.

—Otra cayó de Ahnset —dijo Ketahn, con su voz retumbando en Ivy desde atrás—. También hemos perdido lanzas.

—Aún tenemos muchas barritas de racionamiento y paquetes de hidratación —Lacey se pasó una mano por el pelo, apartándose de la cara y ahuecándose—. El resto de las cosas no eran de primera necesidad, y de todas formas habríamos perdido la mayor parte con el tiempo. Solo era peso extra. Podemos hacer más ropa, mantas y lanzas.

—Sí. Y cazaremos para comer.

Diego sonrió divertido.

—Tampoco penséis que nos falta agua.

—Ya estoy *harta* del agua —murmuró Callie.

Ahmya se ciñó más la manta alrededor del cuerpo. La luz anaranjada del fuego parpadeó sobre sus facciones, haciendo que sus mejillas parecieran más hundidas.

—¿Cuánto durará la inundación?

Ketahn volvió la cabeza hacia la boca de la cueva. Un chorro constante de agua caía justo más allá, procedente de la precipitación que formaba una pequeña cascada por la que el grupo había pasado al entrar.

—Todo el tiempo que haga falta.

Ivy oyó el cansancio en su voz, y eso le encogió el corazón. Había demostrado tanta fuerza y determinación durante el viaje, como siempre, pero ella solo podía imaginar cómo se sentía su cuerpo. No había tenido tiempo de recuperarse de las palizas que le habían dado en Takarahl antes de lanzarse a la jungla con el grupo, y desde entonces se había esforzado mucho.

Le subió una mano por el pecho hasta tener la palma sobre sus corazones. Sus rítmicos latidos fluyeron hacia ella, armonizándose con los suyos. Ketahn trino suavemente y le peinó el pelo con las garras, teniendo especial cuidado con sus enredos, mientras la engatusaba para que apoyara la cabeza contra él.

Cole se rio para sus adentros y sacudió la cabeza.

—Sabes, he estado en acampadas peores.

—¿En serio? —preguntó Will.

Cole sonrió.

—Al menos teníamos cerveza. Eso te ayuda a ignorar un montón de mierda.

Lacey apretó los labios hacia un lado y clavó la mirada en el fuego.

—Teniendo todo en cuenta, esto no está tan *mal*, ¿verdad?

Ahmya arqueó una ceja.

—¿No te parece mal que nos persiga una reina empeñada en matarnos?

Lacey soltó una risita.

—Bueno, aparte de eso. No es divertido. Me duele todo el cuerpo, estoy cansada y hemos estado a punto de morir un par de veces, pero también... me siento viva. Quizá, por primera vez en mi vida, me siento realmente viva.

—El peligro real tiene una forma de ponerlo todo en perspectiva —dijo Diego.

Callie frunció el ceño.

—Nunca me di cuenta de lo mucho que vivía con el piloto automático en la Tierra hasta que desperté aquí. Todo era rutina. Y había... tantas expectativas. Dudo que mucho de eso hubiera cambiado si hubiéramos llegado a Xolea.

—Habría sido una rutina totalmente nueva —dijo Will.

—Mientras teníamos bebés.

—Eso lo hemos esquivado —murmuró Lacey.

Ahmya soltó una risita.

—No habría faltado trabajo, supongo —dijo Callie.

Diego se recostó contra las patas traseras de Ahnset.

—No puedo decidir si eso es bueno o no. Yo era un adicto al trabajo.

—Me lo imagino, siendo enfermero. Debe de apasionarte mucho.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo pasaste de ser un enfermero adicto al trabajo a colono en una nave estrellada? —preguntó Will.

—Mi madre era enfermera y trabajaba mucho. Pero siempre tenía una sonrisa para todo el mundo... siempre ponía una sonrisa en la cara de la gente, ¿sabes? Yo también quería hacer eso. Quería ser como ella. Así que me metí de lleno en la carrera de enfermería después del instituto. Conocí a una mujer llamada Ángela en la universidad y congeniamos. Quería estudiar derecho. La persona más inteligente que he conocido. Acabamos viviendo juntos y, al cabo de un año, nos prometimos. Pero yo estaba decidido. No quería nada más que ese título, quería ayudar a la gente. Empecé a trabajar de voluntario como paramédico, dedicando a ello todas las horas que no pasaba estudiando. Y yo... no tenía tiempo para ella. No *sacaba* tiempo para estar con ella. Aunque ella tampoco hacía lo mismo por mí. Estábamos tan centrados en los estudios, en nuestras carreras, y... supongo que no estábamos preparados para sentar la cabeza. Tomamos la decisión mutua de separarnos. Fue la ruptura más limpia de mi vida, pero... aun así, me dolió —Se miró las manos en su regazo, volviendo las palmas hacia arriba—. No me arrepiento de la decisión que tomé. Me licencié y me puse a trabajar, y me sentí bien ayudando a la gente. Me sentí bien cuando mi madre me dedicó esa sonrisa especial, la que guardaba solo para mí, y me dijo que estaba muy orgullosa. Y entonces... no mucho después... —Inclinó la cabeza y la sacudió—. Ella falleció. Mi padre no se lo tomó bien y se refugió en la bebida. No duró más que unos meses antes de que también se fuera. Y yo me volqué en el trabajo. Cogí todos los malditos turnos que tenían, y cuando no los había, pedía cosas para hacer. Vivía en el hospital. Y pensé que lo estaba llevando bien. Era bueno en mi trabajo. Hacía que la gente se sintiera bien, les ayudaba, cuidaba de ellos, igual que mi madre. Eso me hacía seguir adelante. Así era como la honraba. Pero nunca... nunca me permití llorar. Un día llegué a casa después de un turno doble, apenas podía mantenerme en pie, puse las llaves en el aparador junto a la puerta y miré hacia abajo. Tenía una foto de mi madre y mi padre allí, sonrientes y felices... y los perdí —Levantó una mano, pasándosela por el pelo—. Me acurruqué en el suelo y lloré durante horas. Y cuando ya no me quedaron más lágrimas, levanté la cabeza, miré a mi alrededor y me di cuenta... de que estaba solo. No tenía a nadie. Y me había pasado los últimos años de vida de mis padres rompiéndome el culo para que estuvieran orgullosos, en vez de pasar tiempo con ellos. Así que... la decisión de subir a esa nave fue fácil. Me prometí que esta vez sería diferente, que sería feliz. Puede que nada hubiera cambiado en Xolea, pero... tío, de verdad que necesitaba que las cosas fueran diferentes. Y ahora lo son, y mucho de esto apesta, pero... —Levantó la mirada y la recorrió, sonriendo cuando se detuvo en Will—, me alegro de volver a tener gente que me importa. Me alegro de no estar solo nunca más.

Los ojos oscuros de Will se iluminaron y agachó la cabeza.

—Sí.

—¿Y qué hay de ti, Will?

—¿Qué pasa conmigo?

La sonrisa de Diego se ensanchó.

—Creo que la mayoría de nosotros subimos a esa nave para huir de algo. Comparte esa carga con nosotros —Rozó con los nudillos el costado del muslo de Will—. Si estás preparado, quiero decir.

Will miró hacia abajo, donde Diego le había tocado.

—Si estoy preparado... —Se estremeció con fuerza y soltó un fuerte suspiro—. No creo que lo esté nunca, pero da igual, ¿no?

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y se pasó la lengua por los dientes.

—Siempre me gustaron los ordenadores. Desde que era niño y mi padre me ayudó a construir uno para jugar. Solía jugar con él y sus amigos todo el tiempo, así que... Bueno, aprendí cierto vocabulario subido de tono a una edad temprana, y me hicieron jurar que nunca dejaría que mi madre oyera nada de eso. También aprendí algo de programación, trasteando con mods y cosas así. Así que, cuando me hice mayor, me di cuenta de que quería trabajar con ordenadores. Fue fácil, ni siquiera tuve que pensarlo. Los asuntos informáticos me salieron de forma natural. Y me alegré mucho de que *algo* en mí fuera fácil de averiguar, porque había muchas cosas en mí que me confundían. Cosas que incluso ahora no estoy seguro de haber asimilado —Sus ojos miraron brevemente a Diego antes de continuar—. Fingí que me gustaban las chicas incluso cuando llegué al instituto porque creía que eso era lo que se esperaba de mí, pero nunca estuvo... bien. Y como siempre estaba jugando a esos shooters militares con mi padre y sus amigos, y las bromas que hacían, no... no quería que pensaran que había algo malo en mí. Así que luché contra ello durante mucho tiempo. Me odiaba a mí mismo y pasé por todas esas cosas por las que supongo que pasa mucha gente, pero siempre te sientes increíblemente solo cuando las experimentas. Y me estaba destruyendo porque quería a mi padre, y teníamos una relación tan fuerte, pero me convencí de que me odiaría si se lo decía. Sin embargo, mi madre lo sabía. Nunca dijo nada, pero lo sabía. Solía decir: *«A su tiempo, Willie. Siempre estaremos aquí cuando estés preparado»*. Y yo sabía que ella lo estaría, ¿pero él? —Will se agachó y cogió un odre del suelo de la cueva, lo abrió y se echó agua en la boca. Inspiró tranquilamente cuando terminó—. Estudié una carrera de informática, acabé el primero de mi promoción y todo eso, y mi padre estaba condenadamente orgulloso de mí, y Dios, quería decírselo. No quería nada más, pero no podía. Cada vez que lo intentaba, me quedaba paralizado. Trabajé un par de veces en empresas grandes. Pagaban muy bien, pero no encajaba conmigo. Estaba inquieto, quería... irme, a cualquier sitio donde no tuviera que ser yo. Entonces vi un anuncio de empleo de la Iniciativa Mundo-Hogar y pensé ¿por qué no? Probablemente no me contratarán, pero no me vendrá mal presentarme, ¿no? Me sentí bien al intentar al menos algo tan diferente. Y me contrataron. Así que acepté y fui al entrenamiento de la tripulación, y todo se asentó. Iba a dejar la Tierra. Iba a dejarlo todo atrás. No podía ser más radical que eso —Will se rio para sus adentros, pero la risa quedó empañada por el brillo de las lágrimas en sus ojos—. Y mis padres estaban tan orgullosos. Mi padre presumía de que estaba haciendo algo real, algo que marcaría la diferencia para toda la humanidad. Y yo sentía el tictac del reloj, veía cómo pasaban los días, los contaba hasta el día del despegue. Y seguía sin poder decírselo. El día antes del lanzamiento, la IMH organizó un evento familiar para todos los miembros de la tripulación. Una gran fiesta para despedirnos. Vinieron mi madre y mi padre, y por fin me armé de valor para llevármelo a un lado. Tartamudeaba y me equivocaba al hablar, intentando decir lo que había querido decir durante tanto tiempo, y él me miró a los ojos y me dijo que no pasaba nada. Me dijo que lo sabía y que ojalá se lo hubiera dicho antes. Que ojalá hubiera sabido lo mucho que me había costado. Que

lamentaba haberme hecho sentir que no podía hablar de ello con él. Y dijo que, pasase lo que pasase, yo era su hijo y me quería. Que se lo diría a la gente hasta el día —la voz de Will tembló y las lágrimas que brotaban de sus ojos se derramaron—, hasta el día de su muerte, que su hijo estaba en la *Somnium*, que era un héroe y que nunca había habido un padre tan orgulloso de su hijo como él lo estaba de mí —Levantó una mano y se secó las lágrimas de las mejillas—. Y al día siguiente embarqué en la nave. Aún estaba dándole vueltas a todo aquello, ¿sabéis? Por fin tuve ese momento con mi padre y fue mucho más de lo que jamás podría haber esperado, y luego tuve que marcharme para siempre. Estábamos haciendo los últimos preparativos del sistema antes del despegue cuando un amigo mío, Ian Johnson, mencionó que estaba celoso porque yo tenía un turno con una mujer que le gustaba mucho y que había conocido en el entrenamiento. La tripulación era estupenda, no me malinterpretes, pero había una especie de ambiente raro entre nosotros... Ian no se había acercado a ella porque, bueno... supongo que tenía la sensación de que todo lo que hiciéramos antes del despegue ya no importaba. Todo iba a quedar en el pasado —Will soltó una risita amarga y sacudió la cabeza—. Me había pasado años negando quién era y lo que quería. Es decir, probablemente eso me hizo entrar en la tripulación porque había un prejuicio implícito en contra de ser marica, pero quería dejar de fingir.

—Reproductores —dijo Cole—. Eso es lo que buscaban tanto de los pasajeros como de la tripulación, tío. Malditos sean.

Callie se burló.

—Cole, tú eras el que hablaba de que teníamos que repoblar la raza humana nosotros mismos no hace mucho.

—Sí, bueno, hace ciento setenta años que no tengo relaciones sexuales ni nada parecido. ¿Puedes culparme?

—Ni que hubieras estado *despierto* todos esos años.

—Y ha pasado el mismo tiempo para todos los demás —dijo Diego, sonriendo—. Bueno, casi todos —Inclinó la cabeza hacia Ivy.

Ivy se rio mientras se le acaloraban las mejillas.

«*Por lo visto, ya estoy cumpliendo ese papel como reproductora*».

—Todos sabíamos a lo que nos apuntábamos cuando nos unimos a la Iniciativa —dijo Lacey.

—Así es —Diego señaló a Will—. Continúa.

Will bebió otro trago del odre.

—Sí. De todos modos, quería dejar atrás aquella farsa. Y no quería ver a un amigo pasar por lo mismo. Así que me ofrecí a intercambiar turnos con él. Se mostró reacio, pero le dije que nunca tendría una oportunidad mejor de conocerla. Aunque no saliera nada de ello, ¿no? Así que aceptó, lo propusimos y lo aprobaron. Estuvimos trabajando un año, y cinco en estasis, en grupos de cuatro en cada sección. Siempre había un médico y un informático despiertos para resolver cualquier problema. Me tocaba turno libre porque me intercambié con Johnson. Trabajé tres turnos, tres años. Y entonces... Ivy me despertó —Soltó un suspiro tembloroso—. Y el turno que estaba activo cuando... cuando ocurrió el... el accidente. Era el que yo cambié. Johnson trabajaba en mi lugar. Él debería haber estado durmiendo en la criocámara, no yo. Pero yo... le empujé a...

—No sabías lo que iba a ocurrir, Will —dijo Ivy, alejándose ligeramente de Ketahn mientras se volvía hacia Will—. Nunca podrías haberlo sabido.

—Es culpa mía, Ivy. Está muerto porque le convencí para que cambiara de turno. Ha muerto por mi culpa. Porque...

—Will —dijo Diego con firmeza, llamando la atención del otro hombre—. No te hagas esto,

tío. No es culpa tuya. Nada de esto lo fue. Nada de esto lo es. Las elecciones tienen consecuencias, y la mayoría de las veces están completamente fuera de nuestro control. Pero eso no significa que hayas hecho nada malo. Eso no significa que no merezcas estar aquí —Diego se inclinó más hacia Will y le puso una mano en el muslo—. Tanto si estaba destinado a ser así, como si crees en el destino o no, estás aquí. Y me alegro de que lo estés.

Will miró fijamente aquella mano, con la sorpresa grabada en sus rasgos. Levantó su propia mano, dudando un instante, antes de cubrir la de Diego.

—¿No habías... no habías dicho que tenías una... novia?

—Sí. Aunque tuve un par de novios antes que ella.

Will levantó la cabeza y sus ojos se abrieron de par en par al encontrarse con los de Diego.

—¿En serio?

Diego soltó una risita y giró la mano, entrelazando los dedos.

—Sí.

—Ya era hora —dijo Callie, cruzando los brazos sobre el pecho—. Llevo días viendo cómo os folláis con la mirada.

Mientras los humanos se reían, Ketahn tradujo algo a los vrix; se habían dicho muchas cosas que ni siquiera él habría entendido, pero consiguió transmitir los puntos importantes.

Cuando terminó, Ahnset se quedó mirando fijamente a Diego y Will, a sus manos enlazadas.

—¿Ahora... son compañeros?

—Solo ellos pueden responder a eso —dijo Ivy en vrix—. Pero creo que es un comienzo.

—Son machos.

Ivy asintió.

—¿Y lo demuestran sin vergüenza? ¿Ante todos nosotros?

—Los humanos tienen costumbres diferentes —dijo Ketahn, colocando una mano sobre el hombro de Ivy y acariciando la parte inferior de su mandíbula con la otra. Su pulgar le acarició lentamente la barbilla.

—Hay humanos que aún lo desprecian en la Tierra. Pero aquí... —Ivy levantó la vista hacia Ketahn y se inclinó hacia él, recorriendo su brazo con las yemas de los dedos. El calor floreció en su pecho ante el brillo feroz de su mirada—. Aquí somos libres de amar a quien queramos.

Capítulo Veinte

Ketahn se detuvo al borde del agua turbia y miró a través de ella. En algunos lugares flotaba sobre ella una espesa vegetación. Otros lugares estaban atestados de plantas parecidas a enredaderas con hojas anchas y lisas que flotaban sobre la superficie, o tallos de hierba alta con bordes lo bastante afilados como para hacer sangrar la carne humana si no se sorteaban con cuidado. Del agua sobresalían troncos y ramas podridos, algunos cubiertos de musgo espeso. Los árboles crecían en racimos desde las pocas zonas de tierra visibles, mientras que muchos más se elevaban directamente desde el agua, con sus poderosos troncos salpicados por las fluctuaciones del nivel del agua. Raíces retorcidas de todas las formas y tamaños corrían por encima y por debajo de la superficie: una red de posibles caminos aún más enmarañada y peligrosa que las ramas de la jungla.

No había intentado volver a ver aquel lugar. Nunca había querido volver a esta ciénaga, donde tanto se había perdido para poner fin a la guerra de la reina. Y después de pasar dos días en aquella cueva del acantilado, esperando a que amainara la lluvia y retrocedieran las aguas, una parte de él debió de creer que no llegaría hasta aquí. Que no era tan tonto como para volver.

Pero ayer abandonaron la cueva y caminaron penosamente por la jungla devastada. Cada vez más, Ketahn había tenido la sensación de alejarse de una lanza que le apuntaba a la espalda y de acercarse a otra que le apuntaba al pecho. Tras alcanzar un terreno más elevado, habían encontrado el lugar donde los corrimientos de tierra habían permitido que parte del lodazal crecido por la lluvia se vertiera en la zona que rodeaba el arroyo. Habían reflexionado sobre ello con asombro y habían agradecido la suerte que habían tenido de salir ilesos. Luego siguieron adelante.

Ahora estaban aquí y no podían dar marcha atrás.

—No puedo decidir si esto es mejor o peor que la inundación —dijo Cole.

—Creo que peor —dijo Lacey—. Quizá mucho peor.

Cole se rio.

—Bueno, aquí todavía no he estado a punto de ahogarme, así que supongo que esperaré para decidirme.

Will arqueó una ceja y miró fijamente a Cole.

—¿Cómo te mantienes tan positivo?

—Es esa mierda que dijo Diego el otro día. Ya sabes. Lo de que casi morir te hace pararte a pensar.

—Ah, por eso el otro día vi cómo te salía humo de las orejas —dijo Diego con una sonrisa.

Los humanos se rieron, incluso Cole.

Pero a Ketahn no le hacía ninguna gracia lo que decían. Había estado inquieto durante el tiempo que pasaron en la cueva; su preocupación se había incrementado, y el pavor que había llegado a anidar en sus entrañas se había hecho más pesado. Sobrevivir a la inundación no había disipado su sensación de que se acercaban rápidamente a algún desastre.

Cada vez que miraba a los otros vrix, veía también la preocupación en sus ojos, especialmente en los de Telok y Ahnset.

—Escuchadme, humanos —dijo Ketahn, volviéndose hacia su tribu—. El territorio de los cráneo-espinas empieza aquí.

—No parece mucho —dijo Callie, mirando por encima del agua.

—Antaño reclamaron gran parte de la jungla que hemos atravesado —replicó Ketahn—. Luchamos contra ellos, y les arrebatamos el territorio. Pero la reina no quería este lugar y se lo dejó a ellos.

—¿Por qué luchó por una tierra que no quería? —preguntó Ivy. Se sentó a horcajadas sobre sus patas traseras, con las manos en la parte inferior de los hombros y los muslos apretados a ambos lados del torso. Su cercanía y su calor le reconfortaron, al menos en parte porque así podía protegerla mejor.

Pero ese consuelo no podía impedir que su interior se retorciera, no podía desterrar su inminente sensación de temor—. Debe aplastar a sus enemigos. Ese es su camino.

Lacey se agachó cerca de la orilla y hundió la punta de su lanza, separando la espesa capa de vegetación. Arrugó la nariz.

—¿Vamos a caminar sobre esto?

Telok se acercó a Lacey, le puso una mano sobre una de las suyas y sacó la lanza del agua. Ella se sobresaltó y le miró con ojos confusos. Él negó con la cabeza.

—Supongo que eso es un no —dijo Will.

Ketahn estudió a los demás. A pesar de haber descansado durante dos días en la cueva, estaban agotados, y temía que pronto se hundieran en la desesperación al llegar a lo que probablemente sería la parte más dura de su viaje.

Llenó sus pulmones de aire caliente y húmedo, casi estremeciéndose ante los penetrantes olores de putrefacción y agua fétida.

—Atravesaremos por tierra, por las raíces y por las ramas. Esta agua esconde bestias hambrientas y lodo. No bebáis, y no os metáis. ¿Los humanos entendéis lo que digo?

Unos pocos humanos asintieron. El resto expresó su comprensión.

Ivy apoyó una mano en uno de sus hombros y giró la pierna hacia el lado opuesto.

—Al menos no llueve a cántaros. Eso es bueno, ¿no?

Ketahn levantó una pata para sujetar a Ivy mientras se deslizaba sobre él. Con ella en el suelo, su inquietud aumentó; estaba demasiado cerca del agua para su gusto. Apenas resistió el impulso instintivo de arrancarla del suelo y llevársela lejos de aquel lugar.

—No deberíamos hacer esto, Ketahn —dijo Telok. Había soltado la mano de Lacey, pero permanecía cerca de ella, con los pelos de punta—. Aquí no encontraremos la paz.

—¿Entonces dónde, Telok? —exigió Ketahn, extendiendo las mandíbulas.

—En cualquier sitio —dijo Rekosh—. En cualquier parte menos aquí. Los cráneo-espinas no se quedarán de brazos cruzados si nos encuentran en su terreno.

Urkot cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces no deben encontrarnos.

—¿Crees que podemos escondernos de ellos en estas tierras? —preguntó Telok. Una de sus patas delanteras raspó el suelo—. No eres ningún tonto, Urkot, pero tus palabras son absurdas.

Ketahn apretó los puños, luchando contra una oleada de recuerdos que amenazaban con abrumarle.

—Vinimos aquí antes, y no lo supieron hasta que atacamos.

Telok gruñó.

—¿Acaso mi memoria es errónea, Ketahn? Porque no recuerdo tener una manada de humanos con nosotros cuando declaramos la guerra a Kaldarak. Ya te lo he explicado.

—¿Intentarán matarnos los... cráneo-espinas cuando nos vean? —preguntó Ivy en vrix.

—Sí —espetó Telok.

—No —replicó Ketahn al mismo tiempo. Resopló—. Observarán. No atacarán hasta que sepan por qué hemos venido.

Ivy frunció el ceño.

—¿Os dejarán hablar y hacer... las paces?

—No lo sé, mi hilo del corazón —Se volvió hacia Ivy y tomó sus mejillas entre sus dos manos, acariciándolas con los pulgares—. Pero no llegaremos a nuestro fin por medio de las lanzas. Te lo prometo.

Ella cubrió sus manos con las suyas.

—Lo sé.

—No es probable que ataquen hasta que hayamos cruzado la ciénaga —dijo Ahnset.

Ketahn y los demás la miraron. Por primera vez desde antes de llevar a Ella a Takarahl, Ahnset se mantenía erguida, firme, segura de sí misma; ya no era una Colmillo, sino una guerrera, una guardiana.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Telok.

—Temen a Zurvashi. La muerte que ella... que *nosotros* causamos a los cráneo-espinas fue inmensa, y ahora son mucho menos numerosos de lo que eran. No querrán arriesgarse a empezar una nueva guerra con ella.

—¿Y cuándo se den cuenta de que no somos sus aliados? ¿Qué no somos sus Garras? —preguntó Telok—. Por los Ocho, no podemos luchar contra todos ellos, aunque sean menos.

Ketahn miró a su compañera.

—Ivy, ¿qué es lo que has dicho antes?

Ella le miró.

—¿Te refieres a cuando dije que el enemigo de mi enemigo es mi amigo? Pero, como ha dicho Rekosh, no es tan simple.

—Pero es una oportunidad mayor de la que tendríamos con la reina —dijo Rekosh con un chirrido—. Llámame tonto, Telok, pero no veo otro camino que seguir adelante.

Urkot golpeó una pata contra el suelo y se tocó la cicatriz del brazo que le faltaba.

—Hemos llegado demasiado lejos para volver ahora atrás.

—Guardiana, protégenos —siseó Telok. Miró al suelo un instante antes de soltar un gruñido largo y grave—. Ketahn, ya te he seguido una vez a través de esta ciénaga. Sabes que volveré a hacerlo. Pero no quiero perder a nadie más de nuestra tribu.

—¿Crees que yo quiero perder a alguien más? —preguntó Ketahn, con voz grave. Bajó las manos de la cara de Ivy y se volvió hacia Telok—. Todo lo que tengo está aquí, Telok. *Aquí*. Vosotros, que sois mis hermanos, mi hermana de cría, mi tribu, mi compañera... todo —Avanzó un paso—. No arriesgaría a ninguno si pensara que hay un camino mejor. He suplicado a los Ocho que nos concedieran un camino fácil. Les he maldecido, me he maldecido a mí mismo, por mis fracasos. ¿Cuántas veces he estado a punto de matar a Zurvashi? ¿Cuántas veces he fracasado? ¿He fracasado en proteger a todos, a todo? ¿En proteger a Ella?

Telok se mantuvo en su sitio, con la postura rígida.

—Todos tenemos fracasos que nos atormentan, Ketahn. Todos hemos renunciado a todo menos a lo que está aquí. Si dices que debemos saltar a las llamas para salvar a quienes ansiamos proteger, lo haré, pero siempre te expresaré mis preocupaciones.

La ira de Ketahn se enfrió tan rápido como había estallado.

—Tú no eres la razón de mi ira, Telok. Lo siento.

—Lo sé. Pero este camino... es peligroso, Ketahn, y será difícil —Telok señaló hacia la ciénaga más profunda—. Algunas de las cosas que dejamos en este lugar es mejor olvidarlas.

Ketahn apretó la mandíbula, y sus mandíbulas se crisparon hacia abajo. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Si volvemos, iremos hacia los Garras —dijo Ivy—. Y todo el terreno que hemos cruzado, todo el... el tiempo, no serviría de nada.

—Yo... no entiendo todo lo que dicen —dijo Ahmya, acercándose a Ivy—, pero creo que entiendo lo que pasa. ¿Puedes decirles que estamos juntos en esto y que comprendemos los peligros y estamos dispuestos a afrontarlos para forjarnos una nueva vida?

Lacey se puso en pie.

—No es que tengamos muchas opciones. Seguir luchando o morir, ¿no?

—Podemos prescindir de la parte de morir —dijo Callie.

Diego soltó una risita.

—Estoy de acuerdo.

Ivy desvió su atención hacia Cole y Will.

Will lanzó una mirada a Diego y sonrió.

—Sí.

Cole se encogió de hombros y sonrió satisfecho.

—Me apunto. Tengo que construir esa terraza, ¿recuerdas?

Callie se rio.

—Después de tanta insistencia, más vale que sea la mejor terraza de todo el maldito mundo, Cole.

—Seguro que lo será.

—Sí —dijo Diego—, porque será la única terraza del mundo.

Cole negó con la cabeza, aunque sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Sois unos gilipollas.

—Hace falta serlo para reconocerlo.

—Supongo que ahí me has pillado.

—Otra vez... —Telok ladeó la cabeza, mirando entre los humanos—. Están hablando de sus miembros, ¿no?

Ketahn castañeó.

—Creo que no. Se llaman entre ellos una palabra como tallo.

—Pues son tan blandos como su tallo —dijo Urkot.

—¿No llaman a sus tallos *poia*? —preguntó Ahnset.

—Creo que es algo diferente. La palabra que usan es *polla* —dijo Rekosh.

—*Poia* —repitió Ahnset.

—*Polla* —corrigió Rekosh.

—Ah, joder —dijo Cole, levantando las manos—. Ya estamos otra vez con lo de *zirkita*, ¿no?

—Vosotros habéis empezado —Lacey puso los ojos en blanco—. Siempre hablando de

vuestras pollas.

—Que conste que yo apenas participo en esas conversaciones —dijo Will.

—En fin —dijo Ivy con una sonrisa, mirando a Ketahn—, lo que intentábamos decir antes era que entendemos a qué nos enfrentamos y estamos dispuestos a ello.

Capítulo Veintiuno

—Creo que acabo de ver otra de esas... *cosas* —dijo Ahmya.

Ketahn echó un vistazo en la dirección en la que miraba. El manto verde de la superficie de la ciénaga se había separado varios segmentos, revelando un agua oscura que solo dejaba entrever unas tenues ondulaciones.

Él mismo había visto varios eshkens mientras viajaban, a menudo en los límites de su visión. Las criaturas tenían unas siluetas negras y escurridizas que rompían en la superficie durante un instante antes de sumergirse de nuevo, a veces con un pequeño chapoteo, a veces sin emitir sonido alguno. En los lugares donde el agua no estaba cubierta por el manto verdoso, había visto las formas largas y oscuras de los eshkens nadando en la oscuridad.

Estaba de acuerdo con la teoría de Telok: los eshkens seguramente seguían las vibraciones que se creaban en el agua cada vez que la tribu cruzaba una raíz. Esa era la razón por la que los compañeros de Ketahn habían llamado a las criaturas acechadores del fango durante la guerra: las bestias siempre estaban al acecho.

Callie se secó el sudor de la frente con el dorso de la manga. Se había echado el pelo espeso y rizado hacia atrás y se lo había recogido en una trenza suelta, apartando la mayoría de los mechones de la cara.

—Podría empezar a volverme loca si veo a otro de esos.

—¿No lo estás ya? —preguntó Cole.

—Esta soy yo tranquila. Aún no me has visto volverme loca.

—¿Y la vez que nos atacaron esos jabalíes-elefante y...?

—Cole —Callie lo miró con los labios apretados.

—Todos estábamos asustados, pero...

De algún modo, Callie le miró más *intensamente*.

Cole agitó una mano y sacudió la cabeza.

—Vale, vale.

—Creo que todos aguantamos bastante bien teniendo en cuenta lo que pasó —dijo Lacey.

Ketahn gruñó.

—Luchasteis bien. Pero ahora tenéis que caminar en vez de hablar.

—Siempre tan *aguafiesthas*, ¿eh?

—No sé lo que es una *fiestha*, pero agua hay para rato.

Ivy soltó una carcajada. Se llevó una mano a la boca para amortiguar el sonido, pero volvió a escapársele cuando Diego dijo:

—Cada loco con su tema.

Los demás humanos se unieron a su risa, y Ketahn alzó las mandíbulas en una sonrisa. Su diversión parecía genuina; eso significaba mucho después del día que habían tenido hasta entonces.

El avance a través de la ciénaga había sido lento, aunque no tanto como Ketahn esperaba. Habían cruzado por tierra firme cuando habían podido, aunque habían utilizado sobre todo ramas y raíces para pasar, lo que era bastante sencillo aquí porque muchas de ellas estaban más bajas que en otras partes de la jungla. Una vez que el grupo determinó la mejor forma de subir y bajar a los humanos y las provisiones por esos senderos elevados, el viaje fue más fluido.

Muchos de los árboles del lugar tenían vastas redes de raíces retorcidas y enmarañadas que se ramificaban desde sus bases, tanto por encima como por debajo del agua. Dichas raíces formaban puentes naturales en muchos lugares, pero los cruces no habían sido sencillos. Había habido muchos resbalones y estuvieron a punto de caerse, y todos los miembros de la tribu habían experimentado una punzada de miedo al menos una vez, cuando la madera bajo ellos crujió y se tambaleó.

Como si las nuevas bestias, plantas y caminos no fueran suficientes para ocupar la atención de Ketahn, había que vigilar a los cráneo-espinas. Sin duda, la tribu sería descubierta por los exploradores cráneo-espinas antes de llegar al otro extremo de la ciénaga, no podrían evitarlo, pero Ketahn quería saber cuándo llegaría ese momento. Los cráneo-espinas ya tenían bastantes ventajas; Ketahn no les permitiría tampoco la ventaja de la sorpresa.

Un chillido agudo hizo que Ketahn se detuviera. Giró sobre sí mismo con la lanza en alto y las mandíbulas abiertas para encontrar a Callie inclinada sobre sí misma y revolviéndose frenéticamente el largo cabello, que se había soltado de la trenza. Sus palabras eran demasiado rápidas y confusas para que pudiera entenderlas.

Urkot se acercó a grandes zancadas por detrás de ella. Le puso una mano sobre los hombros y le rodeó el cuello con la otra para tranquilizarla, y le arrancó algo del pelo.

Cole retrocedió.

—Joder, ¿qué demonios es eso?

—¿*Qué es eso?* —exclamó Callie.

Ketahn vislumbró unas patas delgadas y retorcidas y un aleteo de alas diminutas de la cosa que Urkot tenía en sus manos. Urkot apretó los dedos índice y pulgar. Se oyó un crujido y un espeso icor amarillo verdoso rezumó saliendo de la criatura y cayendo sobre la mano de Urkot. La apartó de un manotazo.

—Estás a salvo, hembra —dijo Urkot en un español muy acentuado, deslizando la mano hasta la nuca de Callie para que volviera a enderezarse—. Se acabó.

Callie se estremeció, con la cara crispada por el asco, oculta tras el pelo alborotado.

—Odio los bichos —dijo dirigiendo la mirada hacia Urkot—. No a ti. De todas maneras, las arañas en realidad ni siquiera son bichos.

Urkot ladeó la cabeza, con las mandíbulas moviéndose inseguras.

—Araña no, Urkot.

Callie soltó una risita.

—Sí, ya lo sabemos. Araña no.

Él levantó la mano de su cuello y se la pasó por el pelo. Con un trino pensativo, cogió un mechón rizado entre el índice y el pulgar, lo levantó del resto y lo frotó suavemente.

—Qué suave. Es como seda esponjosa —dijo él en vrix.

Arqueando una ceja, Callie alzó la mano y apartó con delicadeza su pelo de las garras de Urkot.

—No estoy segura de lo que acabas de decir, pero... gracias, grandullón.

Urkot se golpeó el pecho con el puño.

—Urkot.

—Sí, lo sé —Se golpeó su propio pecho—. Callie. Creía que ya habíamos hecho las presentaciones.

Con un resoplido, negó con la cabeza. Le agarró la mandíbula, apretándole un poco las mejillas para que separara los labios, mientras la acercaba.

—Di Urkot.

Callie frunció el ceño y levantó las manos para agarrarle el brazo. Le miró a los ojos.

—¿Urkot?

Él ronroneó y dijo en vrix:

—Mi nombre suena bien con tu voz, hembra.

Ivy, que estaba cerca de ellos, miró a Ketahn con una pequeña sonrisa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cole.

—No estoy segura —dijo Callie.

Rekosh carraspeó.

—La miras con el mismo brillo en los ojos que cuando contemplas una piedra recién tallada.

Urkot retiró la mano de la cara de Callie y giró la cabeza para mirar fijamente a Rekosh.

—Y tú miras a tu florecilla con el mismo brillo en los ojos que cuando miras la seda recién tejida.

—Ah, pero ella es mucho más que eso.

—Y Callie es mucho más que un trozo de piedra.

—Hay muchas cosas que me gustaría decir —dijo Telok desde la retaguardia del grupo—, pero no tengo ningún deseo de convertirme en el próximo objetivo.

—Vamos —dijo Ketahn con un chirrido—. Debemos irnos —Hizo una seña a sus compañeros y los condujo hacia delante, trepando por otro grupo de raíces en forma de telaraña. Seleccionó su camino con cuidado, comprobando si había madera podrida, lugares que se hundieran demasiado cerca del agua y partes resbaladizas por el fango o el musgo.

Los recuerdos le asaltaban a medida que avanzaba. Aquellos recuerdos habían estado aflorando todo el día, emergiendo de las profundidades de su mente como acechadores del fango desde las aguas oscuras. Había guiado a su grupo de Garras por este camino hacía siete años. Había cruzado estas raíces, estas ramas, había desafiado a esta ciénaga cuando le era totalmente desconocida, y había luchado contra sus enemigos de un extremo a otro.

Ketahn salió del entramado de raíces, sus patas descendieron brevemente sobre un pequeño trozo de suelo blando antes de seguir una larga raíz hacia arriba. Su estrechez obligaría a la tribu a caminar por ella de uno en uno, pero era el único puente que cruzaba el siguiente tramo de agua.

Ketahn y sus compañeros habían hecho el camino que las fuerzas de Zurvashi habían seguido a través de la ciénaga. Él y sus compañeros habían sangrado por ello. Sus amigos habían dado la vida por ganar su guerra. Su hermano de cría había muerto por ello.

Ketahn casi podía sentir el peso de Ishkal en sus brazos, cada vez más pesado a medida que la fuerza de los vrix se agotaba, casi podía sentir la sangre caliente fluyendo sobre su piel. Y en su mente, Ketahn vio los ojos de color púrpura de Ishkal mirándole fijamente, su luz desvaneciéndose, más, y más...

Los huesos de Ishkal estaban ahí fuera, junto con los de muchos otros vrix caídos, engullidos por el fango y el agua turbia, y hace mucho tiempo que sus cuerpos destrozados fueron

despedazados por las bestias.

A Ketahn se le encogieron los corazones cuando afloró la culpa que arrastraba desde hacía tiempo. Si hubiera marcado solo los puntos donde habían caído sus compañeros... Si tan solo hubiera sido capaz de llevarlos de vuelta a Takarahl, donde podrían haber descansado junto a sus parientes.

Si hubiera sido capaz de traerlos a todos de vuelta con vida.

La madera crujió detrás de Ketahn, rompiendo la inquietante quietud de la ciénaga, y la raíz se sacudió, hundiéndose al menos un palmo. Varios humanos emitieron sonidos en respuesta: jadeos, gritos, palabras llenas de horror y sorpresa. El pavor se apoderó de las entrañas de Ketahn mientras giraba en redondo, con cientos de posibles desastres pasando por su mente.

Antes de comprender del todo lo que veía, se lanzó hacia delante con los brazos extendidos.

Diego y Lacey caían, pero Ketahn fue demasiado lento, llegó demasiado tarde.

El pelo pelirrojo de Lacey estaba revuelto alrededor de su cabeza, y contrastaba con los verdes y marrones apagados de la ciénaga. Tanto ella como Diego se encontraron con la mirada de Ketahn; las miradas de asombro en sus rostros eran terriblemente visibles en ese momento.

Ketahn aterrizó sobre su vientre con fuerza, haciendo temblar la raíz. Los dos humanos cayeron al agua con un gran chapoteo, y a su alrededor llovieron trozos de madera astillada. Ketahn vio el eje de la lanza de Diego en el agua durante un instante, antes de que la punta de piedra la arrastrara hacia abajo y desapareciera en la penumbra.

La sección de raíz que ahora estaba justo delante de la cara de Ketahn apenas tenía la mitad de anchura que antes: un gran trozo podrido se había desprendido.

Ivy lo llamó por su nombre y él levantó la vista para verla asomarse junto a Cole, que había sido el siguiente en la fila después de Lacey. Ella y Cole se acercaron a Ketahn.

Con un siseo agudo, Ketahn levantó una mano, apuntando hacia ellos.

Cole se quedó inmóvil, con el pie delantero aún sin posarse por completo. Ketahn sintió que la madera gemía bajo él, sintió temblores recorriendo la raíz. Sintió que volvía a hundirse un palmo. Sus corazones latían con tanta fuerza que temió que hicieran temblar el resto de la raíz.

Un movimiento debajo llamó su atención. Diego y Lacey se esforzaban por sacar la cabeza por encima de la superficie, tosiendo y aspirando grandes bocanadas de aire una vez que estaban en la superficie. La cubierta verde del agua se había alterado, dejando un círculo ondulante de agua negra de unos pocos segmentos de ancho alrededor de los dos; parecían suspendidos en la nada, a punto de ser tragados por ella.

—Mierda —Diego se limpió el agua y la mugre de la cara mientras se levantaba, sacando el pecho del agua.

Lacey se levantó a su lado, echándose el pelo empapado hacia atrás con la mano libre. La otra mano seguía aferrando la lanza. Volvió a respirar, más lenta y profundamente, como si se calmara, hasta que miró a su alrededor.

Sacudió la cabeza, sacudiéndose el exceso de agua.

—Oh, no. No, no, no. Joder, no puede ser.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Ivy. Tenía los ojos muy abiertos por la preocupación.

Algo hizo un suave chapoteo en el agua no muy lejos de allí.

—De momento no —respondió Diego con sorprendente calma.

—Ketahn —gritó Telok—, ¡acechadores del fango!

Ketahn miró hacia él. Telok estaba con todos los demás en el suelo, en el extremo más alejado de la raíz, sin haber subido aún. Se veían formas oscuras en el agua turbia cercana. Los eshkens se habían reunido allí, donde la raíz tocaba el agua, donde habrían sentido las

vibraciones mientras la tribu la atravesaba.

Ahora aquellas formas oscuras nadaban hacia Diego y Lacey.

Enrollando las patas alrededor de la raíz, Ketahn rodó hasta su parte inferior. La raíz rebotó y se tambaleó, pero aguantó. Ketahn solo podía esperar que la madera no se hubiera podrido por completo por toda la zona. Colgado tan bajo como pudo, extendió un brazo hacia los humanos que estaban debajo.

Diego levantó el brazo. Las yemas de sus dedos rozaron los de Ketahn, y ambos se tensaron, estirando más sus cuerpos. Entonces Diego se hundió a un palmo de distancia, más que suficiente para quedar fuera del alcance de Ketahn.

—Es el fango —dijo Diego.

Agarrando su lanza con ambas manos, Lacey la levantó hacia Ketahn. Este agarró el asta y tiró hacia arriba.

Con los nudillos blancos por la fuerza de su agarre, Lacey se mantuvo firme y se elevó del barro con no poca resistencia. Pero a medida que su torso emergía del agua, la tensión de sus brazos aumentaba.

—No, no, no —volvió a gritar cuando sus manos empezaron a resbalar.

Los pensamientos de Ketahn se hicieron eco de sus palabras.

Una sombra larga y oscura revoloteó por el agua cerca de ella. Ketahn soltó su lanza, dejando que se hundiera en el agua, y clavó con fuerza la suya. Chocó contra algo sólido. El asta tembló con las sacudidas de la criatura, y la sangre negra enturbió el agua, ya de por sí oscura.

—No te muevas —gruñó Ketahn.

Más eshkens se abalanzaron para ocupar el lugar del primero. Lacey y Diego gritaron alarmados, y la primera perdió por completo el control de su arma. Ketahn invirtió rápidamente su agarre sobre la lanza y la puso en funcionamiento mientras sacudía a la primera criatura para liberarla de ella.

—Sí, vale. Quietos y tranquilos. No hay problema —dijo Lacey, con una voz cargada de lo que Ivy llamaba *sarkasmoh*.

La raíz se estremeció, crujió y gimió cuando Ketahn clavó la lanza en el agua tan rápido como pudo. Atacó todo lo que se movía alrededor de los dos humanos. Si la raíz cedía, Ivy caería al agua. Sería Ivy la que estaría rodeada por esas criaturas.

Ketahn no podía aceptarlo.

«*Por sus ócuples ojos, que la raíz aguante, o será mi ira la que sacuda la Maraña*».

El aire caliente y húmedo no podía evitar que el frío helara la sangre de Ivy mientras miraba el agua agitándose. La lanza de Ketahn arremetía una y otra vez, pero las formas oscuras que se arremolinaban alrededor de Diego y Lacey parecían no tener fin.

Los dos humanos se habían acercado más, espalda contra espalda, bolsa contra bolsa, y Diego había sacado su cuchillo. Incluso con la velocidad de Ketahn, el frenesí en el agua solo parecía empeorar. ¿Cuánto tardarían en morder a alguien? Antes de que alguien...

Un rugido procedente del otro extremo de la raíz atrajo la atención de Ivy. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Telok saltó al agua cerca de la orilla, hundiéndose hasta las articulaciones de su segunda pata. Levantó la lanza por encima de la cabeza con una mano, y descendió salpicando salvajemente con la parte inferior de los brazos y las patas delanteras.

Una de las criaturas anguila emergió ante él. Ivy vislumbró unas fauces abiertas, llenas de dientes dentados y brillantes, antes de que la lanza de Telok cayera sobre la criatura, hundiéndola de golpe.

Y Telok continuó, alejándose un paso más de la orilla.

Ivy miró hacia abajo. Varias formas oscuras se alejaron rápidamente de la manada que rodeaba a Diego y Lacey, atraídas por la nueva perturbación. Telok intentaba dejar espacio a Ketahn para que sacara a los humanos del agua, pero aún había demasiados acechadores del fango.

—Cole —dijo Ivy de repente.

—¿Eh? —Él empezó a girarse hacia ella, pero se detuvo cuando ella le puso las manos en los hombros—. ¿Qué pasa, Ivy?

Se apresuró a desatar el cordón de la bolsa y luego la abrió, metiendo ambas manos en su interior para rebuscar en su contenido. Cole se balanceó con la fuerza de sus movimientos; la raíz tembló con la fuerza de los movimientos de Ketahn. Finalmente, descubrió un manojo de cuerda de seda en el fondo de la bolsa.

Cole le echó un vistazo por encima del hombro mientras ella tiraba de la cuerda. En su mirada brilló la comprensión y no habló mientras Ivy se daba la vuelta y acercaba la bolsa a él. Desenrolló la cuerda.

Ivy sintió que él abría la bolsa, que la registraba, que sacaba algo. Cuando volvió a mirarle, él ya estaba desenrollando la cuerda que había cogido de su bolsa. Dejando a un lado todos los pensamientos que amenazaban con abrumarla, *«mis amigos están ahí abajo a punto de ser devorados; mi compañero está colgando boca abajo sobre un pantano infestado de anguilas asesinas; esta raíz está podrida y podría romperse en cualquier momento»*, ató un extremo de la cuerda formando un gran lazo, tal y como Ketahn le había enseñado. Le había dicho que se tensaría alrededor de lo que hubiera dentro al tirar de la cuerda.

Rezó por haberlo hecho correctamente.

A su lado, Cole intentaba seguir su ejemplo, pero soltó un gruñido frustrado.

—No consigo hacerlo bien.

Ivy miró hacia la orilla. Telok era la encarnación de la velocidad y la ferocidad en el agua, que parecía cobrar vida a su alrededor. Los acechadores del fango saltaban hacia él, se aferraban a sus patas, se agitaban y retorcían mientras él luchaba contra ellos con la lanza y sus garras y llenaba el agua con su sangre. Urkot y Rekosh se le habían unido, aunque ninguno de los dos se había sumergido tanto. Los tres siguieron chapoteando para atraer toda la atención posible.

Ahnset estaba en tierra con los demás humanos, con la lanza preparada y con la mirada atenta. Sin duda sabía que si algo más decidía venir a investigar el alboroto, ella era la última línea de defensa.

Ivy le entregó a Cole la primera cuerda y le arrebató la otra de las manos. Rápidamente, deshizo su trabajo e hizo un lazo nuevo, consiguiendo hacerlo sin equivocarse a pesar de que le temblaban las manos.

Ella y Cole lanzaron las cuerdas a Diego y Lacey a la vez.

La cuerda de Cole aterrizó justo al lado de Diego, que se había hundido hasta la clavícula. Respiraba con rapidez, con la cara manchada de tierra y suciedad. El lazo de Ivy cayó sobre el brazo levantado de Lacey. Ambos humanos se apresuraron a agarrar las cuerdas y las pasaron por encima de sus cabezas y hombros hasta que quedaron bajo sus brazos.

—A tierra —gruñó Ketahn mientras ensartó a otro acechador del fango. Levantó la lanza del agua y la blandió con fuerza, liberando a la criatura que se retorció.

—Tenemos que tirar de ellos —replicó Cole, apoyando los pies en la raíz.

—La raíz podría romperse —Ivy enrolló el extremo de la cuerda alrededor de los puños—. Si tiramos de ellos hacia arriba, podría ejercer demasiada presión sobre la madera.

—Joder —Cole miró hacia tierra, con las fosas nasales dilatadas por una fuerte exhalación—. Será mejor que no te caigas, Ivy.

—No pienso hacerlo —Ivy se volvió hacia tierra y empezó a caminar. Lo único que tenía que hacer era sujetarse a la cuerda y llegar hasta los demás en la orilla.

Hizo caso omiso del caos que la rodeaba, de las salpicaduras y los gritos, de los gruñidos y los chillidos, del hedor intenso que había surgido del agua revuelta, y se concentró en la raíz que tenía delante. Se centró en apoyar los pies uno tras otro, con rapidez y cuidado.

La cuerda empezó a quedarse floja cuando Ivy se acercó al extremo de la raíz. Si tiraba con fuerza suficiente para liberar a Lacey del barro, estaría apartando a la mujer de Ketahn, de su única protección.

«Es como arrancar una tirita. Hay que hacerlo rápido».

—¡Ayudadme! —gritó Ivy justo antes de saltar.

Aterrizó en el agua y sus botas se hundieron inmediatamente en el fango, pero aquí el agua apenas tenía profundidad. Se agarró con fuerza a la cuerda, se la echó al hombro, se inclinó hacia delante y puso toda su fuerza y peso en avanzar.

Will, Ahmya y Callie se abalanzaron sobre Ivy y llegaron justo cuando Cole saltaba a su lado. Los otros humanos se agarraron a las cuerdas, gritando frenéticamente. Ivy no podía distinguir lo que decían por encima del ruido. Pero no importaba. Lo único que importaba era sacar a sus amigos de aquella situación.

Sus músculos, cansados por tantos días de duro viaje y sueño incómodo, gritaban de agonía. Ivy apretó los dientes y siguió avanzando hacia tierra firme. La cuerda de seda temblaba y se tensaba, haciendo fuerza contra la resistencia del otro extremo, pero se movía, tenía que moverse.

Algo enorme se alzaba ante Ivy. Levantó la mirada del suelo embarrado y vio que Ahnset se erguía ante ella.

La vrix clavó la culata de su lanza en el suelo y extendió las manos izquierdas para agarrar la cuerda de Ivy. Con la derecha, agarró la de Cole. Con las mandíbulas abiertas, las patas extendidas y los ojos violetas llenos de ferocidad, Ahnset tiró.

Las cuerdas se sacudieron hacia delante. Ivy y los demás humanos tropezaron y cayeron por el repentino impulso, pero Ahnset no se detuvo. Arrastró las cuerdas hacia la orilla, palmo a palmo, a una velocidad cada vez mayor.

Ivy se volvió para ver a los machos vrix que seguían luchando contra las criaturas cerca de la orilla, todos ellos cubiertos de fango, sangre y unas cuantas heridas de mordiscos. Justo detrás de ellos estaban Diego y Lacey, avanzando a toda velocidad sobre el agua hacia tierra firme por los extremos de las cuerdas.

Con otro rugido, Telok se sumergió en aguas más profundas y levantó los brazos y las patas delanteras. Varios de los oscuros acechadores del fango volaron por los aires, chasqueando las fauces y agitando los cuerpos, en medio de un chorro de agua sucia. Bajó los brazos justo cuando Lacey se acercaba. La sacó del agua, levantándola y acunándola justo debajo de la barbilla. Con las patas delanteras pisando fuerte, inició una lenta retirada.

Ivy casi podía sentir cómo el fango intentaba atraparle sus piernas a cada paso, pero la fuerza de Telok, o su furia, era demasiado grande para ser contenida.

Rekosh cogió a Diego cuando su bolsa llegó a las aguas poco profundas, lo levantó y se lo llevó a tierra. Urkot volvió a clavar la lanza en el agua. Cuando la sacó, un par de anguilas asesinas estaban empaladas en su extremo, con sus cuerpos delgados y viscosos retorciéndose. Luego él también se retiró.

Ivy se levantó y ayudó a sus amigos a ponerse en pie. Respiraba entrecortadamente, le dolían las manos donde había enrollado la cuerda y estaba segura de que temblaba, pero en aquel momento toda su preocupación se centraba en Ketahn.

Aún colgando de la parte inferior de la raíz, dirigió su mirada hacia ella. Le habían salpicado con todo tipo de porquería e, incluso desde aquella distancia, pudo ver cómo su pecho se agitaba debido a su fuerte respiración, pero él levantó las mandíbulas en forma de sonrisa.

Bueno, desde su perspectiva, las había bajado, pero una sonrisa al revés no dejaba de ser una sonrisa.

No apartó la vista de él hasta que se hubo subido a la raíz y emprendió un cauteloso regreso.

Telok y Rekosh llevaron a Lacey y Diego hasta el único suelo realmente sólido: una roca baja medio cubierta de musgo. Los vrix dejaron a los humanos con cuidado; tan solo Rekosh retrocedió. Ivy y los demás se apresuraron a reunirse con ellos.

—¿Tienes dolor? —preguntó Telok en un español entrecortado, con las manos sobre los hombros de Lacey mientras la recorría con la mirada.

Lacey se rodeó el vientre con los brazos y se inclinó hacia delante. Sus labios se separaron con una lenta y temblorosa exhalación, y el agua goteó de su largo pelo, que estaba oscuro por la suciedad. Su rostro parecía mucho más pálido de lo normal, lo que hizo que el corazón de Ivy se estremeciera.

Diego no parecía estar en mejor estado. Con la ayuda de Will, se recostó en la roca con las rodillas dobladas, la cara mirando al cielo y los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba con unas respiraciones tan irregulares y erráticas como las de Lacey.

—Joder —carraspeó Diego.

Arrodillado junto a Diego, Will miró al hombre con incertidumbre.

—Lacey —dijo Telok con firmeza—. ¿Te duele? Estás... —miró a Ivy con una mirada suplicante en sus ojos verdes que nunca había visto.

—Herida —dijo Ivy en voz baja—. Lacey, Diego, ¿estáis heridos?

Lacey negó con la cabeza, pero el movimiento fue tan leve que incluso su pelo apenas se movió. Telok, aparentemente poco convencido, le pasó las manos por el cuerpo, comprobando cada uno de los nuevos desgarros del mono, algunos de los cuales dejaban al descubierto una piel ensangrentada.

Diego levantó la cabeza de la roca y miró su cuerpo. Su mono estaba igual de desgarrado en algunas partes. Dejando escapar un fuerte suspiro, volvió a bajar la cabeza.

—Los cabrones me atraparon un par de veces, pero nada grave. Además, estoy bastante seguro de que me cagué encima, pero no creo que eso cuente como herida.

Callie se echó a reír, con un sonido corto y mucho más aliviado que divertido.

—Es cierto. Tener el orgullo herido no cuenta como herida.

Con los labios curvados en una sonrisa, Diego soltó una carcajada.

—¿No debería ser yo quien decidiera eso? Al fin y al cabo, soy el único profesional médico aquí, tanto si me he cagado en los pantalones como si no.

—Sigue haciendo bromas de ese tipo y me aseguraré de que tengas una lesión de verdad que tratar —dijo Will, dándole a Diego un ligero puñetazo en el hombro.

Diego giró la cabeza para mirar a Will, y su sonrisa se ensanchó.

Telok agarró la barbilla de Lacey y la obligó a levantarla. Ella lo miró, con los ojos desenfocados, y parpadeó un par de veces antes de recuperar la claridad. Lo que Telok le quería transmitir, lo hizo sin palabras.

—Estoy bien —dijo en voz baja—. Con algunos mordiscos, pero estoy bien. Gracias a

vosotros.

—Y ahora vamos a desinfectarnos todos esos mordiscos —dijo Diego—, en cuanto deje de tener las piernas como gelatina.

Un temblor recorrió a Telok e inclinó la cabeza, tocando ligeramente con su cabeza la frente de Lacey. Ella cerró los ojos y permaneció así.

—¿Están bien? —preguntó Ketahn en español desde detrás de Ivy.

Ella se volvió para sonreírle, asintiendo.

—Sí. Están bien.

Ketahn se agachó al llegar hasta ella, cogió a Ivy en brazos y la levantó en un fuerte abrazo. El estruendo de los latidos de sus corazones fue un grato consuelo para ella. Por fin se soltó, se relajó y se abrazó a él.

—Lo has hecho muy bien, mi hilo del corazón —murmuró él.

—Urkot, ¿qué haces? —preguntó Rekosh en vrix.

Ivy giró la cabeza para mirar a Urkot. Sostenía un acechador del fango muerto en la mano inferior derecha, doblando la muñeca hacia arriba y hacia abajo para que el cadáver se agitara.

—Pensando —dijo Urkot sin levantar la vista.

—¿Sobre qué? —preguntó Ahnset, con la cabeza ladeada.

Ahora todos miraban a Urkot. Con las mandíbulas crispadas, se volvió hacia el resto del grupo.

Callie frunció el ceño.

—¿Urkot...?

—¿Tú crees...? —Urkot gruñó tras pronunciar aquellas sencillas palabras en español, mirando hacia abajo como si fuera a encontrar más palabras esparcidas por el suelo—. ¿Tú crees que...?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué creo?

Urkot levantó la mitad del brazo izquierdo superior, dejando al descubierto la cicatriz que tenía. Luego apretó la cabeza del acechador muerto contra la áspera cicatriz y volvió a mover la muñeca, haciendo que el cuerpo de la anguila se agitara arriba y abajo.

—*Holii* —dijo, agitando el brazo de la anguila un poco más deprisa—. ¿Crees que el brazo así queda bien?

Ivy estaba segura de que no había nadie allí que no se riera o castañeteara ante eso, pero no podía estar segura teniendo en cuenta su propia risa, que brotaba de su vientre, intensa y llena y terriblemente asfixiante, haciendo que se le llenaran los ojos de lágrimas que tal vez no se debieran únicamente a su diversión. Y mientras reía, se aferró aún más a Ketahn.

Él la apretó contra sí, aspirando su aroma a través de sus fosas nasales mientras le acariciaba el pelo.

En aquel momento, Ivy se sintió más que nunca parte de una familia, y supo que no solo su vínculo con Ketahn duraría para siempre. Esta era su tribu, esta era su gente.

Y lucharía por ellos.

Capítulo Veintidós

La ciénaga era mucho más ruidosa por la noche. Los animales lanzaban sus reclamos en el anonimato de la oscuridad; algunos generaban un agradable sonido no muy distinto del canto nocturno de las ranas y los grillos, mientras que otros eran mucho más estridentes pero, por suerte, menos frecuentes. También había más actividad en el agua: más chapoteos y ondulaciones, como si todo tipo de criaturas emergieran de ella ahora que se había ido la luz del día.

Ivy apenas pudo reprimir un escalofrío al recordar las criaturas de las que Diego y Lacey habían escapado ese mismo día: un cruce sangriento entre anguilas y sanguijuelas que los vrix llamaban eshkens.

Se alegraría de no volver a ver a ninguno de ellos, pero sabía que eso no ocurriría. La tribu aún no había salido de la ciénaga.

Sin embargo, por extraño que pareciera, a Ivy aquellos sonidos nocturnos la tranquilizaban. Deberían haberla inquietado, pues significaban que muchas más criaturas —cosas desconocidas que ni siquiera podía imaginar— se arrastraban por la oscuridad, pero... hacían que el pantano pareciera más vivo.

Durante el día, todo había estado demasiado tranquilo. Cada pequeño sonido se había visto amplificado por aquel silencio absoluto: cada pequeño chapoteo se convertía en algo grande y temible, cada crujido de la madera se convertía en el gemido de algún monstruo invisible. Y con aquellos acechadores del fango siguiendo al grupo todo el día...

Aquellas criaturas viscosas habían hecho pensar a Ivy en los buitres. La habían hecho sentirse como un animal moribundo caminando por el desierto, con aquellos enormes pájaros volando en círculos sobre ella, esperando la oportunidad de darle un mordisco.

Aún no había superado esa sensación, aunque sabía que era una tontería. Este lugar era lo más alejado de un desierto que podía haber sin estar en medio del océano.

Ivy volvió a acurrucarse en el abrazo de Ketahn y suspiró. Él la había subido a una rama alta y se había apoyado en el tronco del árbol, atrayéndola sobre él, como solía hacer siempre en la guarida que habían compartido. Era su calor, su solidez, su fuerza, lo que realmente la reconfortaba. Era Ketahn quien la había ayudado a superar todas aquellas pruebas.

Bajó la barbilla y le rozó con la boca por encima de su pelo; sus mandíbulas le acariciaron las orejas y la mandíbula con un tacto increíblemente suave, teniendo en cuenta los largos y afilados colmillos de sus puntas. En su pecho sonó un rumor bajo y satisfecho.

Las estrellas centelleaban a través de una abertura entre las nubes, una mancha de azul y púrpura intenso salpicada de innumerables luces centelleantes recortadas en el negro y gris de la

inmensidad. Incluso en este lugar, con toda su suciedad, sus terrores ocultos, sus olores nauseabundos y su fango, había belleza.

Ketahn movió una de sus manos inferiores y la posó sobre el vientre de Ivy, que ella no podía negar que estaba un poco más redondeado que antes; podría haberlo notado por la ligera curvatura de sus dedos y su palma. Y eso la asustó un poco. En un embarazo humano normal, no se le habría notado nada tan pronto, así que, a menos que hubiera engordado de algún modo en el último mes...

Todo esto era demasiado nuevo, demasiado incierto. No sabía qué esperar de este embarazo, ni lo que le provocaría, ni cuánto tiempo llevaría al bebé.

Ni siquiera sabía si el bebé híbrido sobreviviría.

Ivy apartó rápidamente ese pensamiento, sintiendo náuseas. No quería pensar en ello ni un solo instante.

—Ah, mi hilo del corazón —ronroneó, frotándole el vientre despacio, con ternura. Su tacto la alivió, la ayudó a alejar sus pensamientos angustiosos y la devolvió a aquel momento.

Ivy sonrió y colocó la mano sobre la de él, apoyando la cabeza en su pecho. Podría quedarse sentada así para siempre, olvidándose del mundo, olvidándose de todo menos de su compañero.

Su compañero... y su hijo.

Las voces de sus compañeros de tribu, que habían acampado en un gran árbol cercano, llegaron hasta Ivy. Telok había descubierto un lugar donde un enorme tronco se dividía en decenas de ramas que se extendían en todas direcciones, creando algo tan parecido a una plataforma en la naturaleza. Con la colocación estratégica de unas cuantas mantas y algo de seda, habían conseguido hacer un lugar bastante cómodo que casi parecía una casa.

No llevaban ni unos minutos acampados cuando Ketahn levantó a Ivy y se la llevó. Su única respuesta a las preguntas de sus compañeros había sido que necesitaba estar a solas con su compañera.

Ivy sabía exactamente lo que todos pensaban. Ella había pensado lo mismo. Pero cuando subieron hasta allí, él únicamente se limitó a colocarla en aquella posición y a sentarse cómodamente en silencio. Y eso estaba bien: los dos estaban sucios y agotados, salpicados de quién sabía qué tipo de fango de la ciénaga, y la comodidad de su cercanía era suficiente. Bastaba con que Ketahn la abrazara.

—Deberíamos volver pronto —dijo ella, acurrucándose más contra él.

—Enseguida —respondió él, abrazándola un poco más fuerte.

Con una sonrisa cada vez más amplia, cerró los ojos. Le encantaba estar con los demás y había llegado a quererlos a todos. Realmente eran su familia. Pero nunca se cansaría de esos momentos con Ketahn. Esos momentos a solas, esos momentos de paz, en los que no era necesario llenar el silencio con una conversación, en los que no había absolutamente ninguna expectativa, sino simplemente existir el uno junto al otro.

Alguien se rio en el campamento, Diego por lo que parecía. Le siguieron más risas de los demás, alegres por la distancia y otros sonidos del pantano.

—Me alegro de que todo el mundo esté bien —dijo Ivy.

Ketahn tarareó en señal de asentimiento. Sus cierres le apretaron las caderas y su gran mano continuó su movimiento perezoso subiendo y bajando por su vientre. No iban a dormir aquí solos, Ivy sabía que sería una tontería, pero habría sido muy fácil ceder al cansancio, volver la cara contra el pecho de él y quedarse dormida.

Ivy levantó la otra mano hacia la mejilla de Ketahn, bajó la palma hasta la mandíbula y le pasó el pulgar por el cuello antes de volver a deslizar la mano hacia arriba. Él se inclinó hacia

ella.

El pantano continuó con su música alienígena, y las nubes oscuras siguieron su camino por el cielo nocturno. Este lugar, este planeta, este universo, no se preocupaba por seres tan pequeños e insignificantes como Ivy y Ketahn. No tenían más importancia que dos motas de polvo. Podía comprender cómo semejante pensamiento podía asustar a algunas personas, podía comprender el pavor que algunas personas encontraban en ello.

Pero Ivy estaba en paz con ese hecho. ¿Qué importaba el universo cuando ella tenía a su compañero? ¿Qué importaba todo cuando tenía amor? Eso lo era todo. Cualquiera que fuera el camino que tomaran sus pensamientos, siempre volvían a eso, una y otra vez. Esto lo era todo y, para ella, sería para siempre.

—¿Ketahn?

—¿Sí?

—¿Qué opinas de... esto? —Ella apretó la mano de él sobre su vientre—. Tiene que ser algo raro, ¿verdad?

Con un gruñido pensativo, él retiró la mano. La mantuvo sobre su vientre, con los dedos separados, fuerte y segura, tan posesiva como protectora.

—Sí. Igual que encontrar criaturas pequeñas, frágiles y de dos patas que cayeron del cielo, o darte cuenta de que una de esas criaturas es mi hilo del corazón. Raro... pero cierto.

El corazón de Ivy se contrajo con sus palabras. Levantó la cara para mirarle. Él ya la estaba mirando, sus ojos brillaban débilmente en un tono violeta a la luz de las estrellas. Ocho ojos que habían sido inquietantes para ella todas aquellas semanas, pero que se habían vuelto tan entrañables, tan reconfortantes, tan familiares.

—¿Cuánto tarda un huevo de vrix en eclosionar? —preguntó.

—Cuatro ciclos lunares.

Ivy se puso tensa y el aire se le atascó en la garganta.

¿Cuatro meses?

«¿Cuatro meses?»

Eso... eso no significaba que fuera a dar a luz tan pronto, ¿verdad? Seguía siendo humana. Eso tenía que suponer alguna diferencia, ¿no? Pero, ¿por qué iba a dar a luz tan pronto si el bebé no crecía más deprisa de lo normal? ¿Por qué si no tendría ya esos síntomas?

«*Porque este bebé no es humano... y tampoco es vrix*».

Y si lo que había dicho Diego era cierto, si su cuerpo realmente había cambiado para aceptar la semilla de Ketahn, ¿significaba eso que Ivy ya no era exactamente humana? ¿O solo eran sus óvulos adaptándose para aceptar su esperma?

Lo más frustrante, lo que más miedo le daba, era que nunca sabría las respuestas. Por mucho que pensara en ello, solo se le ocurrirían simples conjeturas sobre un proceso sin duda complejo, un proceso que ni siquiera los científicos que habían creado las inyecciones para la Iniciativa Mundo-Hogar habían comprendido del todo.

Y no eran esos científicos los que tenían que enfrentarse a esto. No era la IMH la que se enfrentaba a las consecuencias. Todas aquellas personas habían desaparecido hacía mucho, mucho tiempo. Ivy, Ketahn y su bebé tendrían que arreglárselas, y lo mejor que podían hacer por el momento era esperar que todo saliera bien.

Ivy no tenía ningún «*Qué esperar cuando se está esperando un bebé vrix*» para leer. No tenía amigos ni familiares que ya hubieran pasado por esto porque ella era la primera. Estaba haciendo historia.

Pero cuando la gente hablaba de esos grandes momentos históricos, de esas primeras veces

revolucionarias, rara vez mencionaban lo aterradores que habían sido esos acontecimientos para los implicados.

«*Y por mucho que desee esto con Ketahn, estoy aterrorizada*».

Ketahn le acarició la parte inferior de la mandíbula y sus largos dedos se curvaron para acariciarle la mejilla.

—¿Qué te preocupa, Ivy?

—Estoy preocupada. Por todo, claro, pero sobre todo... por esto —Apretó con más fuerza la mano de él sobre su vientre—. Nunca he hecho esto. En cierta manera, nadie lo ha hecho nunca.

Él la apretó con fuerza, pero no había nada que resultara doloroso o incómodo: tan solo adoración, seguridad, y amor.

—Nunca he visto nacer un huevo. Yo fui la última cría de mi madre. Pero veremos nacer juntos a nuestra prole, mi *nyleea*. Sostendrás a nuestra cría en tus brazos, y sonreirás, y será más brillante que las estrellas, las lunas y el sol juntos.

Ivy le sonrió.

—No sabía que los *vrix* pudieran ser tan poetas.

—¿*Poh-et*as?

—Alguien que dice palabras bonitas.

Ketahn trino y la guio para que inclinara la cabeza hacia un lado, bajando su rostro hasta el punto en que se unían su cuello y su hombro. Una de sus manos desabrochó la parte superior de su mono antes de enganchar el cuello con un dedo y apartarlo. Le rozó la piel con su áspera boca. El flujo de su cálido aliento la hizo estremecerse de anticipación, y sus pezones se endurecieron hasta convertirse en dolorosos puntos.

—Mis palabras nunca serán dignas de ti, mi hilo del corazón —dijo él, abriéndole el mono y deslizándolo por sus brazos, dejando sus pechos al aire—. Así que haré todo lo que pueda, por ti. Siempre por ti.

Le cubrió el pecho con una de sus grandes manos, y a Ivy se le cortó la respiración cuando le atrapó el pezón entre el dedo índice y el pulgar y se lo apretó. El deseo se encendió en ella cuando él hizo rodar aquel sensible capullo y amasó la carne que lo rodeaba. Se arqueó contra él, ansiando que la tocara más, y el calor floreció en su interior.

—Tu olor me provoca un hambre como nunca he conocido, Ivy —La lengua de Ketahn se deslizó sobre las cicatrices dejadas por su mordisco y continuó subiendo por su cuello. Su abertura se abultaba contra su trasero, con su miembro endurecido atrapado en ella.

Ivy cerró los ojos, levantó una mano para colocársela detrás de la cabeza y le enterró los dedos en el pelo.

—Ketahn, estoy sucia.

—Eres deliciosa, hembra —gruñó él antes de volver a lamerla, lenta, deliberada y perversamente. La mano que tenía en el vientre se movió, forzando la abertura del mono hasta el fondo, y luego se hundió en él. Aquellos dedos largos, fuertes y callosos se deslizaron hacia abajo, hacia exactamente donde ella quería. Hurgaron entre los pliegues de su sexo—. Y lo necesitas.

Ketahn la acarició, extendiendo su esencia, teniendo especial cuidado con sus garras mientras volvía a subir aquellos dedos para rodear su clítoris. Ivy jadeó y sus caderas se agitaron. Sus cierres se apretaron alrededor de sus caderas y la calmaron mientras un estruendo vibraba en su pecho. Le cubrió el otro pecho con otra mano.

Aquellos hábiles dedos continuaron su ritmo constante y lánguido, aplicando exactamente la presión adecuada para obtener una respuesta de su cuerpo. Ella le apretó la muñeca simplemente

para tener algo a lo que aferrarse. El calor que se había desatado en su vientre crecía cada vez más, desatando el éxtasis en sus venas. Su pelvis onduló al compás de sus caricias, su respiración se hizo más agitada y arqueó más la espalda, apretando con más fuerza su pelo mientras volvía la cara hacia la de él.

—Ketahn —gimió, abriendo los muslos y dejándolos caer sobre las patas de él.

—Me encantan los sonidos que haces para mí —desplazó la mano que tenía en la barbilla para rozarle con un dedo el labio inferior—, pero debes guardar silencio, mi *nyleea*. Esto es solo para nosotros.

Su aliento y el pelo que le había caído sobre el hombro le hacían cosquillas en la piel. Incluso sus suaves caricias, apenas perceptibles, se vieron amplificadas por su percepción de Ketahn y de su tacto. Ivy luchó contra los sonidos que amenazaban con escapársele. Y, aun así, Ketahn siguió trazando aquellos enloquecedores círculos alrededor de su clítoris.

El placer que se agitaba en su interior se intensificó y trató de alcanzarlo, pero sus cierres la inmovilizaron. Su sangre chisporroteaba, y su esencia caliente y líquida goteaba por su culo mientras se retorció contra él. Ivy gimió.

—Shhh... —Su siseo la estremeció de nuevo—. Silencio, Ivy. Pero mírame para que pueda verte gritar por dentro —Le pellizcó los pezones.

Ivy soltó un grito ahogado y abrió los ojos entrecerrados, encontrándose con su mirada.

—¿Necesitas más? Su voz era apenas perceptible, pero atravesó a Ivy, estremeciéndola hasta la médula.

—Por favor, Ketahn —susurró, meciéndose desesperadamente contra su dedo—. Te necesito dentro de mí.

Su gruñido bajo y áspero casi la hizo correrse en ese mismo instante. Le bajó más el mono y los cierres se aflojaron para que pudiera levantar el trasero. Inmediatamente, sintió cómo su miembro salía de su abertura y rozaba el interior de sus muslos. Incluso sin que él la guiara, ella ya estaba inclinando las caderas para ir a su encuentro. Él la abrió con dos dedos y le introdujo el eje hasta el fondo.

Ivy se mordió los labios para acallar su grito. No sabía si con los dientes se había hecho sangre y tampoco le importaba. Lo único que importaba era esto. Era él.

La penetró cada vez más, estirándola, obligando a su cuerpo a aceptar su grosor, y tan solo se retiraba un poco para volver a penetrarla. Y ella lo aceptó con avidez, mientras su sexo se tensaba y resbalaba por el clímax inminente. Jadeó y se le enroscaron los dedos de los pies. Sus dedos se curvaron, clavándose en su carne con sus garras, y otra vibración la recorrió con su gruñido.

Y entonces comenzó a embestirla, con movimientos rápidos, duros y salvajes, que contrastaban con las reverentes caricias de dos de sus manos, que le acariciaban los pechos y le exploraban la piel.

Cada golpe de su eje la acercaba más al límite. Jadeó, reprimiendo sus gemidos, y aunque sus párpados amenazaban con cerrarse, los mantuvo abiertos para mirarle fijamente a los ojos, que eran como gemas brillantes en la noche.

—Ah, mi compañera, mi *nyleea*, mi hilo del corazón —Una vez más, Ketahn encontró su clítoris y lo acarició al compás de sus embestidas.

La presión en su interior creció hasta convertirse en algo indescriptible, imposible, algo que seguramente sería su fin porque era demasiado grande, demasiado intenso, era demasiado. El vibrante violeta de los ojos de Ketahn se encendió, y un blanco deslumbrante llenó la visión de Ivy, haciendo estallar la oscuridad y sumiéndola en un torrente de éxtasis.

Los labios de Ivy se separaron con un grito sordo. Aquel placer al rojo vivo impregnaba su ser; la había consumido, se había convertido en ella, y no había nada en el universo salvo aquellas sensaciones y su compañero. Su sexo se estrechó en torno a su miembro mientras el calor inundaba su interior.

Un sonido brotó de su pecho, pero Ketahn le tapó la boca con la mano, amortiguando los gritos que ella no podía evitar.

El enorme cuerpo de Ketahn se estremeció, aquellos poderosos músculos se tensaron en torno a Ivy a medida que sus embestidas se hacían más profundas, más enérgicas y más erráticas. Su pecho reverberó con un sonido que sin duda habría llegado a ser un rugido, pero él se silenció, apretando la boca contra el hombro de ella, en el mismo lugar que ya la había marcado.

Soltó un gruñido salvaje en el mismo instante en que su semilla ardiente estallaba dentro de ella. Sus garras se clavaron en su carne, empujándola hacia él hasta que ya no pudo soportar más su eje. Y entonces los sintió: aquellos tentáculos alienígenas que se desplegaban de su miembro y le proporcionaban un placer indescriptible. Cerró los ojos y gritó contra la palma de su mano, abandonándose al torbellino de sensaciones.

Sintió cómo su semilla caliente se derramaba dentro de ella una y otra vez, mientras su sexo se contraía a su alrededor, ordeñando a Ketahn con todo lo que tenía para darle y más. Se estremeció, con los muslos temblorosos, mientras cabalgaba sobre las olas del éxtasis.

Cuando Ivy regresó a su estado natural y abrió los ojos, lo primero que vio fue aquel brillante fragmento de cielo estrellado. Tenía la piel enrojecida y sudorosa, y su sexo palpitaba por las vivencias de lo que habían compartido. Sintió el pinchazo de sus garras, el sólido agarre de sus cierres y el dolor sordo en el hombro, donde sus colmillos le habían rasgado la piel. Pero por primera vez en días, Ivy se sintió ligera. Liberó la tensión de sus miembros y se acomodó contra él.

Todo parecía... perfecto.

Su mano bajó de la boca de ella para envolverle la barbilla mientras relajaba la mandíbula y retiraba los dientes. Aquellos tentáculos seguían revoloteando en su interior, pero ahora se movían pausadamente, como si hubieran gastado toda su energía, pero se resistieran a marcharse. Desde luego, Ivy no se iba a quejar.

Pero su persistente placer no pudo distraerla del tono preocupado de su voz cuando le preguntó en voz baja:

—¿Le habré hecho daño a la cría?

Ivy parpadeó.

—¿Qué?

—Al bebé —Le cubrió el bajo vientre con una mano, con un tacto delicado pero inseguro—. Si lo llevas dentro, y yo estoy dentro de ti...

La risa se le escapó antes de que pudiera detenerla, y se tapó la boca rápidamente. ¿De verdad creía que estaba empujando al bebé con su polla?

«Bueno, es un alienígena, y los de su especie ponen huevos. No sabe nada de esto, así que es normal que se preocupe...»

Sacudiendo la cabeza, Ivy volvió la cara hacia él y bajó la mano una vez hubo recuperado la compostura.

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon, pero su mirada era firme.

—¿Por qué te ríes?

—Lo siento. Es algo tan... típico de los *humanos*. En la Tierra hay hombres que piensan lo mismo, hombres que no entienden cómo funcionan los cuerpos de las mujeres —Ella le acarició

la mandíbula y su base—. No, Ketahn. No le has hecho daño. Mi cuerpo es fuerte y está protegiendo al bebé, y está hecho para, bueno... para esto —Ella sonrió y se contoneó sobre su miembro—. Puede aguantar unos cuantos golpes.

Él trino y sus cierres se tensaron, inmovilizándola.

—Tranquila, mi hilo del corazón. Si me dejas llevar por el frenesí, toda la ciénaga sabrá que estamos aquí —dijo carraspeando.

—Me encanta cuando pierdes el control —canturreó Ivy.

Otro sonido profundo vibró en su interior y su polla se agitó.

—Ahora no es el momento, Ivy.

Ella suspiró dramáticamente y le pasó los dedos por el pelo.

—Lo sé, lo sé. Es que se siente demasiado bien.

Él solo respondió gruñendo y rodeándola con los brazos, sin dejar que se moviera ni apartarse de su sexo. Su mano permaneció protectora sobre su vientre, acariciando de vez en cuando su piel desnuda, y unas cuantas veces rozó con cuidado la comisura de los labios sobre el lugar que había mordido. Ivy pronto sintió que el cansancio volvía a apoderarse de ella. Solo Ketahn podía hacer que un lugar así pareciera seguro. Solo él podía hacerlo comfortable.

Ivy no estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando por fin se despertó, aunque en realidad tampoco le importaba. Sabía que era hora de irse, aunque no quisiera. Sin mediar palabra, Ketahn se apartó de ella, y ella apretó brevemente los muslos para combatir la inmediata sensación de vacío que dejó a su paso. Seguía sin tener sentido que él pudiera dejarla siempre sintiéndose a la vez saciada y hambrienta.

Ketahn se incorporó e Ivy se sentó. Juntos ajustaron el mono, subiendo las mangas, alisando la tela que se le había enredado en las rodillas y cerrando la parte delantera.

Con el brazo de Ketahn sujetándola, levantó las manos para recogerse el pelo, con la intención de atárselo. Pero mientras lo hacía, giró la cabeza y miró hacia abajo.

Su respiración se entrecortó y su corazón dio un brinco.

En medio de las sombras, una forma grande e indistinta se arrastraba por el suelo en dirección al árbol donde acampaban todos, silenciosa y apenas distinguible en la oscuridad circundante. Sin apartar los ojos de la sombra que se movía lentamente, apoyó una mano en el pecho de Ketahn, curvó los dedos y le arañó la piel con las uñas.

Él giró la cabeza para seguir su mirada con la suya, y sus miembros se tensaron.

Dentro de aquella forma sombría, había un tenue destello de azul, ocho diminutos puntos azules, que aparecieron y desaparecieron.

Como los ojos de los vrix al captar brevemente la luz de las estrellas.

Capítulo Veintitrés

Ketahn sabía exactamente qué era aquella sombra que se acercaba. Ignoró la voz incrédula y arrogante de su mente que insistía en que todo iba bien, que sus ojos se habían equivocado, que aquello no era posible, y en lugar de eso confió en su instinto.

Los Garras de la Reina habían llegado.

Envolviendo a Ivy con sus brazos, Ketahn la atrajo hacia sí y se apartó del Garra, protegiendo su cuerpo con el suyo y ocultándose todo lo posible tras el tronco del árbol sin caerse de la rama.

Sus corazones latían con fuerza, con sus estruendosos latidos resonando por todo su cuerpo. Los finos pelos de sus patas se erizaron y sus mandíbulas se cerraron; tensando la mandíbula hasta dolerle, solo así pudo evitar que sus colmillos se golpearan entre sí. Y el pavor de sus entrañas se hizo aún más intenso, hasta el punto de que su peso parecía capaz de derribar todo el árbol.

Ivy temblaba en sus brazos, con sus pequeños dedos apretándose contra su piel como si no pudiera abrazarlo lo suficiente. Su respiración era rápida, corta y cálida contra el pecho de él, pero silenciosa.

El Garra había levantado la mirada, pero no miraba a Ivy ni a Ketahn, sino al árbol donde la tribu había acampado para pasar la noche. El árbol del que incluso ahora emanaban voces, tan distintas de los demás sonidos de la ciénaga que resultaban inconfundibles a pesar de estar tan apagadas.

Cuando llegó a la base del árbol de Ketahn e Ivy, el Garra se detuvo. Ketahn se encontró mirando casi fijamente al otro macho. La tenue luz de las estrellas caía sobre el Garra, dándole unos reflejos plateados y apagados al pelaje que llevaba colgado del hombro, pero era demasiado débil para superar las sombras que se acumulaban entre los pliegues de la capa negra del Garra.

Levantando una mano, el Garra hizo una señal.

Un movimiento procedente de más lejos llamó la atención de Ketahn. Cuatro figuras más salieron sigilosamente de la oscura ciénaga, manteniéndose tan agachadas que casi se arrastraban. Todas iban vestidas con capas negras y llevaban lanzas.

Conteniendo la respiración, Ketahn cogió su bolsa, que había colgado de una rama cercana antes de instalarse con Ivy, y la lanza que llevaba sujeta a ella. Ella se tensó, apretándose más firmemente contra él. Estiró el brazo; le dolían los músculos por el esfuerzo, pero la bolsa estaba colgando al otro lado de la rama.

—Ese —dijo uno de los Garras más abajo, señalando hacia el gran árbol que cobijaba al resto de la tribu.

Ketahn apretó la mandíbula y movió el cuerpo, inclinándose hacia la bolsa. La parte superior

de su brazo se extendió más allá de la rama, al aire, y le siguieron el hombro y la cabeza.

—La reina estará contenta —dijo otro de los Garras.

—Solo estará contenta cuando tenga lo que quiere en sus manos —gruñó un tercero.

—Ya la has visto, Zirket —dijo el segundo Garra—. No desea nada tanto como a Ketahn y a esas criaturas.

¿Zirket? Ketahn conocía ese nombre. Zurvashi había aumentado en gran medida el número de los Garras de la Reina para su guerra, y había habido más de los que Ketahn hubiera podido recordar, pero Zirket le resultaba familiar. Había seguido a Durax; su grupo se había ganado cierto renombre por sus proezas, aunque Ketahn siempre había pensado que su éxito se lo habían ganado a pesar de la falta de capacidad de su líder.

La garra de Ketahn rozó la correa de su bolsa, pero no pudo sujetarla lo suficiente como para liberarla. Se tragó su frustración y dejó a un lado la molestia que sentía en el hombro. Ivy seguía aferrada a él, con unos latidos tan fuertes que podía sentirlos a través del pecho.

—Sabes que Teznak dice la verdad —dijo el primer Garra—. Seremos recompensados.

Zirket gruñó.

—No sabes nada de la reina, Arjat. El Primer Garra pasó años intentando complacerla, pero nunca fue suficiente. Nuestra única recompensa será vivir un día más.

—Eres un necio, Zirket.

Ketahn miró hacia abajo. Dos de los Garra miraban a un tercero: probablemente Arjat y Teznak miraban a Zirket, cuya cabeza se movía lentamente mientras estudiaba su entorno. Los otros dos que aún no habían hablado vigilaban la retaguardia del grupo.

—Soy el líder —Zirket chasqueó los colmillos con un agudo siseo—. Y aunque no pedí que me enviaran a esta cacería con una panda de crías, he venido a servir a la voluntad de mi reina.

Soltando un lento suspiro, Ketahn se dobló por la cintura, concediéndose el último tramo de alcance que necesitaba. Finalmente, su dedo se enganchó firmemente bajo la correa de la bolsa.

Teznak gruñó.

—La voluntad de la reina es que encontremos a los traidores y los llevemos ante ella, atados pero vivos.

—La reina ordenó que los encontrara y la condujera a dondequiera que se escondan —replicó Zirket.

Ketahn levantó con cuidado la bolsa de la rama corta y gruesa de la que la había colgado. Cada músculo de su cuerpo se tensó para mantener el brazo firme, para evitar que la bolsa temblara lo más mínimo, para evitar incluso el más leve golpe contra la madera.

Arjat hizo un gesto brusco hacia el otro árbol, aunque no apartó la mirada de Zirket.

—Ignorar esta oportunidad sería una locura. Imagina la gloria si fuéramos nosotros quienes los capturáramos a todos. Imagina la recompensa.

—Imagina a una manada de crías creyendo que pueden capturar a cinco guerreros que fueron de los más feroces de Takarahl durante la guerra contra Kaldarak —Zirket terminó sus palabras con un zumbido bajo.

—No sabemos si son cinco —dijo Teznak.

Ketahn se enderezó, retirándose por fin de aquella posición expuesta, y acercó su bolsa. Miró a Ivy. Tenía la cara pegada a su pecho y le colgaban mechones de pelo sobre las mejillas.

—¿Aún pretendes atacar? —preguntó Zirket con veneno en la voz.

Ketahn agarró la barbilla de Ivy con una mano, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás y mirarle. Tenía los ojos desorbitados, llenos de miedo e incertidumbre en la penumbra, muy lejos de la pasión que los había encendido hacía solo unos instantes.

Y, aun así, incluso aquí, incluso ahora, con el peligro a solo unos segmentos de distancia, no podía evitar sentirse impresionado por su belleza de otro mundo.

Nada se la arrebataría. Fuera cual fuera la adversidad a la que se enfrentara, siempre encontraría la forma de protegerla. Siempre.

Nunca se había peleado con Zirket —ni con ningún otro Garra, salvo Durax, el antiguo y envidioso Primer Garra—, pero ahora el corazón de Ketahn ardía de odio. No podía evitar odiar a cualquiera o a cualquier cosa que infundiera tanto miedo en los ojos de su compañera.

Ketahn hizo lo único que podía hacer en aquel momento: miró a Ivy a los ojos y dejó que aflorara todo lo que sentía por ella. El amor, el deseo, la feroz protección, los instintos que le decían que ella era suya y solo suya, que le llevarían a destrozar el mundo entero si fuera necesario para protegerla. El juramento de que no permitiría que nada la hiriera, que nada se la llevara.

Y su miedo se desvaneció. No del todo, pero lo suficiente para que él supiera que ella lo comprendía. Que confiaba en él. Levantó una mano, enroscó los dedos alrededor de su muñeca y asintió.

—Tú mismo lo dijiste, Zirket, el viaje a esta ciénaga tomó cinco días y medio desde Takarahl durante la guerra —dijo Arjat—. ¿Cómo de poderosos pueden ser estos traidores si han tardado el triple?

—La reina lleva dos días de retraso —dijo Teznak—. Para cuando volvamos con un mensaje y la traigamos aquí, los traidores y sus criaturas se habrán marchado.

Zirket soltó otro gruñido, largo, grave y furioso.

—Que los Ocho me protejan de vuestras estupideces. Por eso enviaremos un mensaje y continuaremos siguiéndoles.

—Podemos cogerlos *ahora* —dijo Arjat.

—Confirmaremos que están allí y enviaremos un mensaje —replicó Zirket con firmeza—. Laresh, sube lo suficiente para ver su campamento. Debemos conocer exactamente cómo es su grupo para complacer a la reina.

Uno de los dos que habían permanecido en silencio gruñó en señal de acuerdo. El corazón de Ketahn se aceleró. La amenaza contra Ivy, ese peligro, estaba a punto de acercarse aún más, y sus instintos se desgarraron.

Luchar y destruir la amenaza, pero arriesgando su seguridad y la de su compañera.

Huir y esconderse, pero arriesgando la seguridad de su tribu.

No dedicó tiempo a debatir las opciones; la amenaza contra su compañera era mucho más inmediata, y no pondría voluntariamente en peligro a Ivy ni a su prole.

Guiando a Ivy un paso hacia atrás, Ketahn rompió el abrazo. Con las manos moviéndose más deprisa que sus pensamientos, le pasó la bolsa por encima de los hombros, ajustó la correa y liberó la lanza de su atadura. Ivy apretó los labios y los orificios de la nariz se abrieron con la exhalación.

Las garras de los vrix rasparon la corteza más abajo.

Ketahn empujó a Ivy un poco más hacia atrás y giró sobre sí mismo para que sus patas traseras se acercaran a ella. Ella sabía lo que pretendía sin necesidad de que se lo dijera. Ivy se subió a él, rodeándole el abdomen con los brazos y rodeándole la cintura con las piernas. Sus cierres la aprisionaron por las espinillas.

Alargando un brazo hacia atrás, la sujetó todo lo que pudo, pero el incómodo ángulo no le permitía hacer mucha fuerza. Era lo mejor que podía hacer con el tiempo que tenían.

Con los colmillos cerrados y la mandíbula apretada, Ketahn trepó. Sus latidos acelerados le

urgían a ir cada vez más deprisa, y sus músculos se agarrotaron mientras luchaba contra ese impulso. Dejarse llevar por la prisa crearía demasiado ruido.

Ivy apretó la mejilla contra su espalda. Su aliento se abanicó sobre su piel, igualando el ritmo frenético de sus corazones, y sus miembros temblorosos se aferraron a él.

Ketahn rodeó el tronco, moviéndose hacia el lado opuesto al de los Garra. Cuanto más subía, más se tensaba su hilo del corazón. No había tenido tiempo de asegurar a Ivy a él con seda, como hacía habitualmente. El ángulo de sus patas traseras le proporcionaba cierto apoyo, pero ni de lejos el suficiente, y su cuerpo estaba agotado tras dos jornadas de ocho días de agotador viaje.

No era probable que sobreviviera a una caída desde aquella altura.

Aquel pensamiento despertó la ira de Ketahn. La rabia se agitó en sus entrañas, impotente y contenida durante tanto tiempo, hasta que encontró sus garras y empezó a abrirse camino. ¿Cuántas veces tendría que hacer pasar a su compañera por situaciones peligrosas como esta simplemente para escapar del inminente peligro que suponía Zurvashi? ¿Cuánto tiempo tendría que sufrir Ivy porque la reina se negaba a que le negaran lo que deseaba?

—Hay rastro de un olor aquí —llamó Laresh desde algún lugar más abajo—. De vrix y algo más. Un olor de apareamiento.

Ivy aspiró con fuerza, en silencio, y sus dedos se clavaron en la piel de Ketahn.

—Deben de haberse detenido aquí antes de acampar —dijo Teznak.

—¿De verdad se están apareando con esas criaturas? —preguntó Arjat.

Zirket los silenció con un siseo.

—Está fresco —dijo Laresh—. Todavía está húmedo.

—Sakahn, sube con Laresh. Registrad este árbol hasta la cima. Vosotros dos, vigilad los alrededores. Nuestra presa está cerca.

Más garras arañaron la corteza cerca de la base del tronco, produciendo apenas un susurro. El pánico floreció en el pecho de Ketahn, amenazando con extenderse por él, con tomar el control.

Esos Garras, esos cobardes, esas bestias que servían a la reina, iban a encontrar a su pareja. Iban a encontrar a su Ivy. Y Ketahn no tenía adónde ir.

Los fuegos de su furia rugieron y se expandieron, consumiendo aquel pánico y no dejando tras de sí más que cenizas. Su único miedo verdadero sería que algo le ocurriera a su compañera, a su cría, pero ese miedo no le estorbaría.

No, ese miedo se convertiría en el terror de sus enemigos.

Se subió a una de las ramas más gruesas y detuvo su ascenso. Podría trepar y trepar hasta llegar a ramas demasiado pequeñas para soportar su peso, ¿y entonces qué? ¿Subiría directamente al cielo, treparía hasta las estrellas y nadaría por el negro vacío entre ellas?

Con algo sólido bajo Ketahn y su cuerpo erguido de nuevo, el agarre de Ivy se relajó, aunque solo un poco. Le pasó los nudillos por la parte baja de la espalda antes de retirar el brazo que había doblado hacia atrás para sujetarla.

Ella entendía la lengua de los vrix. Sabía lo que estaba ocurriendo. Su pecho se apretó rítmicamente contra la espalda de él mientras luchaba por ralentizar su respiración, mientras luchaba por mantener la calma.

Ketahn sacó apresuradamente una hebra de seda de sus hileras, manteniendo sus movimientos en silencio. Le pasó a Ivy el extremo de la hebra. Sus manos trabajaron juntas para enrollar rápidamente la seda alrededor de sus vientres, y en cuanto terminaron, Ivy tiró de ella y la ató firmemente.

Se inclinó hacia un lado para mirar hacia abajo, y luego hacia el otro. Aunque solo había vislumbrado a Laresh y Sakahn, no podía negar la situación. Los dos Garras trepaban por lados

opuestos del tronco, con las lanzas de púas preparadas y los ojos brillantes por el reflejo de la luz de las estrellas. Su avance era lento y deliberado; escrutaban cada rama por la que pasaban, buscando, cazando.

Pero Ketahn no era una presa.

Agarrando una de las muñecas de Ivy, Ketahn le apartó el brazo y le presionó en la mano con el asta de la lanza. Ella la rodeó con los dedos. Sintió que su peso se desplazaba sobre sus patas traseras cuando ella retiró la otra mano. Un momento después, esa mano volvió a la parte delantera de Ketahn, sosteniendo la empuñadura de su cuchillo metálico hacia él.

Aceptó la pequeña arma; su empuñadura ni siquiera abarcaba la palma de su mano, y su hoja apenas era tan larga como su dedo. Pero había visto a los humanos hacer uso de las armas, y sabía que la hoja penetraría en la piel y el hueso de los vrix tan fácilmente como cualquier esquila de roca negra.

Más reconfortante era su comprensión a pesar de que no se habían intercambiado palabras entre ellos. Tendrían que luchar, y la lanza era lo único que podía darle una oportunidad de hacer frente al mayor alcance de los vrix.

Movió la lanza detrás de Ketahn y ajustó su posición, adelantando el trasero y apretando más los muslos alrededor de la cintura de él.

La miró por encima del hombro. El miedo persistía en sus ojos, pero no era más brillante que una pequeña estrella en la inmensidad del cielo. Mucho más fuerte era aquella determinación que tanto había llegado a admirar. Ketahn inclinó la cabeza hacia la derecha. Ivy asintió y agarró la lanza con las dos manos, apuntando con la punta hacia el lado derecho del tronco.

Ketahn volvió su atención hacia la izquierda. La rabia ardía cada vez más en su pecho, y su calor se extendió a sus miembros, inundándolos de fuerza vengativa.

A su Ivy no. Jamás a su Ivy.

Cada momento estaba marcado por el palpar de sus corazones, que por fin se había ralentizado hasta convertirse en algo constante, algo peligroso. Ahora podía oler a sus enemigos a pesar de los penetrantes olores a ciénaga del aire. Los vrix machos, la madera embadurnada y el pelaje húmedo. El hedor de los Garras de la Reina.

El roce de las garras en la corteza significaba que los escaladores estaban justo debajo de Ketahn. En su mente, vio a Laresh y Sakahn trepando, vio sus músculos tensos, sus capas y pieles colgando, vio la roca negra pulida de sus puntas de lanza brillar con el reflejo de la luz de las estrellas. Aquella visión se enrojeció rápidamente: vería derramarse su sangre antes de que esto acabara.

Una mano negra de largos dedos apareció cerca de la base de la rama y hundió sus garras en la madera. Los dedos se flexionaron y el vrix unido a aquella mano se elevó.

Los músculos de Ketahn se tensaron, presos de aquella furiosa energía. El cuchillo humano se sentía bien en su mano; aunque era pequeño, tenía un equilibrio excelente y un peso cómodo.

El Garra al que estaba observando —el primer escalador, Laresh— se levantó a toda velocidad. Ketahn reforzó su posición en lo alto de la rama y se abalanzó sobre el atacante, extendiendo los brazos para agarrar al Garra. Sus dedos se engancharon en la tela de una capa gruesa y sus garras la atravesaron para hundirse en la piel que había debajo.

Ivy se sacudió encima de Ketahn y su peso se desplazó hacia la derecha con fuerza y rapidez suficientes para que Ketahn se balanceara. Ketahn oyó un gruñido de sorpresa, y el sonido inconfundible de la roca negra atravesando la carne, y el gruñido bajo pero salvaje de Ivy.

Ketahn hundió las garras de sus patas en la corteza mientras el peso de Ivy se desplazaba de nuevo, de izquierda a derecha, emitiendo una vez más el sonido de una lanza golpeando su

objetivo.

Con un grito ahogado, el Garra que había golpeado cayó. Las ramas se quebraron bajo Ketahn, pero no se oyó el fuerte golpe que anunciaba el impacto de un cuerpo contra el suelo.

Laresh gruñó cuando Ketahn lo levantó de la rama. La corteza crujió y se desmoronó bajo las patas de Ketahn cuando este asumió el peso de su enemigo. El Garra deslizó la mano hacia la punta de su lanza y se la clavó a Ketahn.

Con la mano inferior, Ketahn atrapó el eje de la lanza justo detrás de la cabeza y forzó la estocada. Las agitadas patas de Laresh encontraron la rama, ganando algo de terreno y aliviando parte de la carga de Ketahn. La lucha que siguió fue caótica: las extremidades se sacudían, las mandíbulas crujían, las patas de cada uno de los vrix buscaban cualquier medio de romper el equilibrio de su enemigo.

Ketahn tiró con fuerza de la lanza. El Garra se lanzó hacia él y Ketahn se enfrentó a su enemigo con el cuchillo de Ivy, clavando la hoja en el abdomen de Laresh. Sacando la hoja, lo apuñaló una y otra vez. El hueso crujió y la carne se deshizo, sin poder defenderse de los rápidos ataques.

Los muslos de Ivy apretaron la cintura de Ketahn, y ella enganchó un brazo alrededor de su cintura para aguantar el salvajismo de sus ataques.

Los machos gritaron más abajo. Sakahn respondió desde mucho más cerca, solo unos pocos segmentos por debajo de Ketahn, como mucho.

Laresh se agarró a Ketahn, pero sus forcejeos se debilitaban. Ketahn arrancó la lanza de las garras del Garra y empujó con fuerza a Laresh contra el tronco del árbol, despejando su visión hacia el suelo.

La forma oscura de un Garra le miraba fijamente, con los ojos azules brillando a la luz de las estrellas.

Ketahn tiró de la cuerda atada a la lanza de Laresh, manteniendo el extremo en una mano, invirtió su posición sobre el arma y la arrojó. La cuerda se desenrolló y la lanza salió disparada hacia su objetivo. Aquellos ojos azules de abajo se ensancharon.

La lanza golpeó al Garra de ojos azules en el vientre, clavándose profundamente. Por el sonido de su maldición sobresaltada y dolorida mientras se tambaleaba hacia atrás, era Arjat.

Laresh gruñó y se apartó del tronco, sacándose el hacha del cinturón. La sangre manaba de las heridas de su abdomen y salpicaba las ramas. Lanzó el hacha contra Ketahn.

Gruñendo, Ketahn se apartó para esquivar el arco salvaje del hacha. Empujó de nuevo a su enemigo, aumentando el impulso del Garra, pero Laresh recuperó rápidamente el equilibrio y giró hacia Ketahn. Cuando Laresh atacó de nuevo, Ketahn levantó la lanza y la enrolló en el brazo extendido del Garra.

Se produjo otra lucha feroz. Las garras de Ketahn cortaron la piel de Laresh, derramando sangre fresca, y volvió a golpear varias veces con el cuchillo. Las manos manchadas de sangre de Ketahn se movían sin pensar, manipulando la cuerda de seda para enrollarla alrededor de los brazos agitados de Laresh y, finalmente, alrededor de su cuello.

El único brazo libre del Garra se lanzó hacia delante, directo a la cara de Ketahn. Cuando Ketahn retrocedió para evitar el golpe, sintió que Ivy se movía; sus piernas se tensaron, su trasero se elevó y su pecho se separó de su espalda.

La punta de una lanza pasó como un rayo por detrás de la mejilla de Ketahn, lo bastante cerca como para que sintiera el aire revuelto a su paso. Laresh raspó con las patas delanteras la rama e inclinó el torso hacia atrás. La punta de la lanza perforó la tierna piel de la base de su garganta, hundiéndose lo suficiente para que las púas se engancharan.

Ketahn agarró la lanza con una mano y se lanzó hacia delante, golpeando con las patas delanteras el pecho de Laresh. El Garra, ya desequilibrado, cayó de la rama con un gruñido de sorpresa, y la lanza se soltó con un chorro de color carmesí.

La hebra enredada alrededor de Laresh, que estaba atada a la lanza en las entrañas de Arjat, cayó sobre la rama con él, tensándose en un momento.

Arjat gritó de dolor cuando la cuerda le levantó del suelo y le elevó varios segmentos en el aire antes de que la lanza se desprendiera, derramando sus entrañas con fuerza. Laresh chocó contra varias ramas en su descenso, rompiendo las más pequeñas y rebotando en las más grandes hasta que finalmente se estrelló contra el suelo con un fuerte golpe.

Unas ramas más abajo de Ketahn, Sakahn se arrastraba hacia arriba, tras haber conseguido agarrarse durante la caída.

Ivy dejó escapar un suspiro tembloroso que Ketahn sintió contra su pelo y se echó hacia atrás, dejando de sujetar la lanza para rodearle el abdomen con los brazos.

—¿Estás herido?

—No —respondió él. Apenas sentía nada a través de la bruma de batalla que le había tragado—. Avisa a los demás. Da un *silbiidoh*.

Su pelo le rozó la espalda; la vio asentir en su mente. Después de un par de intentos fallidos, emitió ese sonido agudo y penetrante que los humanos podían producir moviendo los labios de una forma determinada y soplando. Aunque no podía hacerlo tan alto como Cole y Callie habían demostrado en una ocasión, era lo bastante fuerte como para llegar hasta el campamento, y cualquier vrix desconocido que merodeara cerca no tendría ni idea de qué clase de criatura había hecho semejante ruido.

Si los sonidos de la batalla no habían alertado ya a la tribu de Ketahn, el *silbiidoh* lo haría.

—Tenemos que irnos —gruñó Zirket en la base del árbol—. ¡Tenemos que llevar el mensaje!

Ketahn apretó los dientes y separó las mandíbulas. Era más que probable que la reina alcanzara a su tribu tanto si recibía noticias de estos exploradores como si no, pero lo haría mucho más pronto si se entregaba el mensaje.

—Sujétate fuerte —dijo Ketahn.

De algún modo, Ivy le apretó aún más. Ketahn saltó de rama en rama hasta llegar a Sakahn. Agarrando el pelo del vrix, Ketahn tiró de la cabeza de Sakahn hacia atrás y le clavó el cuchillo de Ivy en la garganta. Retorció la hoja y la blandió hacia fuera mientras tiraba de ella.

El sonido de la sangre derramándose sobre la corteza fue como una lluvia torrencial: una tormenta carmesí que no terminaría hasta que Zurvashi dejara de existir.

Ketahn tiró al macho moribundo de la rama y se alejó corriendo en persecución de los otros Garras, que eran dos formas oscuras e indistintas que revoloteaban por el escaso suelo, huyendo en la dirección por la que habían venido. No más de unas docenas de segmentos por delante de ellos había una zona donde los árboles daban paso a un agua quieta y turbia y a una espesa y alta hierba.

Ivy chilló cuando Ketahn saltó, cruzando una gran distancia al aire hasta el siguiente árbol. La rama rebotó bajo él, sus hojas temblaron y crujieron. Utilizando tanto las patas como los brazos, pasó de un lado a otro del árbol, balanceándose, saltando y trepando sin pausa. Sin los obstáculos que dificultaban el avance por el suelo de la ciénaga, estaba recortando rápidamente la ventaja que le habían sacado sus enemigos, pero su ventaja estaba llegando a su fin cuando se adentró en las ramas más lejanas del árbol.

Cargó hacia delante. La rama que se estrechaba se hundió bajo su peso justo cuando el Garra delantero, Teznak, se acercaba al borde de la espesa hierba. Cuando la rama volvió a elevarse,

Ketahn la utilizó para lanzarse por los aires.

Ivy jadeó, su cuerpo se tensó y su agarre sobre Ketahn se intensificó. Sus uñas se clavaron en la piel de su pecho.

Zirket gritó a su compañero, instándole a seguir adelante, y se detuvo derrapando, dándose la vuelta al hacerlo.

El salto de Ketahn rebasó la cima de su arco. Incluyó la lanza hacia abajo al comenzar su descenso.

Con las mandíbulas abiertas, Zirket levantó la cabeza para mirar a Ketahn. Sus ojos se abrieron de par en par, y la luz de las estrellas resaltó los finos pelos de sus patas al elevarse. Empezó a levantar su lanza.

Antes de que Zirket pudiera defenderse, la lanza de Ketahn le golpeó en el centro del pecho. Con todo el peso y el impulso de Ketahn, el arma atravesó el pecho del Garra y se clavó en uno de sus corazones. Zirket cayó, y Ketahn descendió sobre él con un impacto estremecedor, hundiéndose aún más la lanza. Ketahn sintió el crujido cuando la punta de la lanza atravesó la espalda de Zirket y se hundió en el suelo.

A pesar de la fuerza del golpe, el sonido que emitió Zirket fue débil y pequeño. Un gruñido bajo, más de sorpresa que de dolor, que se convirtió en un resuello entrecortado y prolongado.

La agonía irradiaba a través de las articulaciones de las patas de Ketahn, que habían absorbido parte del impacto al chocar contra el suelo, y palpitaba a lo largo de sus extremidades. Le ardían las palmas de las manos por el roce del eje de la lanza.

Una de las manos de Zirket subió y bajó, agarrándose al segmento superior de la pata delantera de Ketahn. Rasgó la piel de Ketahn con sus garras, pero no tenía fuerza suficiente para infligirle daño alguno. Las mandíbulas de Zirket se movieron débilmente. Miró fijamente a Ketahn con una luz salvaje pero lejana en los ojos.

Abrió la boca para hablar, pero solo salió un sonido ahogado y sangre espumosa.

El cuerpo de Zirket se debilitó bajo Ketahn y se le escapó un último suspiro entrecortado.

—Dios mío —susurró Ivy, con la cara pegada a la espalda de Ketahn.

Levantándose, Ketahn alzó la mirada y gruñó una maldición; el único rastro de Teznak estaba en los tallos rotos donde el Garra había pisado la hierba. Ketahn no dudaba de que podría seguir el rastro de Teznak con bastante facilidad, pero continuar esta persecución ahora sería una tontería, sobre todo mientras Ivy estuviera con él.

Sus amigos debían de haberlo oído todo. Llegarían pronto, darían caza al Garra superviviente y se asegurarían de que el mensaje nunca llegara a Zurvashi.

Desde algún lugar entre la hierba espesa, la voz de Teznak resonó en el aire nocturno. Sus palabras eran ásperas, angustiadas y demasiado bajas para que Ketahn las entendiera. Pero sí entendió los sonidos que siguieron: la hierba agitándose, los gritos y gruñidos de lucha, un llanto de dolor entrecortado.

Ketahn exhaló, permitiendo que sus músculos se relajaran por fin. Sus amigos ya habían interceptado al superviviente, ya habían puesto fin al sangriento e inesperado conflicto. Ahora Ivy y él podían volver al campamento y...

—¿Le... ha atrapado algo? —preguntó Ivy, con voz apenas audible sobre los ruidos de la ciénaga.

Las mandíbulas de Ketahn chasquearon al darse cuenta. Sus amigos habrían venido en dirección contraria, por detrás de Ketahn e Ivy. No había forma de que ninguno de ellos, ni siquiera Telok, supiera que debían rodearlos de ese modo, ni de que lo hicieran tan rápido que Ketahn no se hubiera dado cuenta durante la persecución.

Pero los sonidos de aquella lucha invisible no habían sido creados por un vrix luchando contra una bestia.

Sus corazones, ya de por sí atronadores, latían más rápido y más intensos, martilleando su pecho. Soltó su arma y se agachó para arrancar la lanza de las manos de Zirket y tirar del hacha del cinturón del Garra muerto.

Con las armas preparadas, retrocedió, manteniéndose agachado y sin apartarse de la espesa hierba.

—Ketahn, ¿qué ocurre? —susurró Ivy.

Él la silenció con un breve siseo. Era demasiado tarde, lo sabía, pero su instinto le obligaba a proteger a su compañera, a mantenerla a salvo, a ocultarla. A aferrarse a la esperanza desesperada e imposible de que aún existía una salida limpia, no solo de Zurvashi, sino de esta situación.

—Ketahn —susurró Rekosh desde algún lugar por detrás—, ¿hay más?

Ketahn agitó una mano en el aire, indicando a Rekosh que se callara, y continuó su cuidadosa retirada. Solo se permitió una breve mirada por encima del hombro.

Rekosh y Urkot habían llegado con sus lanzas de púas, cada uno con una pesada capa de seda que cubría la mayor parte de sus coloridas marcas. Ambos se hundieron en posturas similares a las de Ketahn, tomando posiciones a ambos lados de él mientras se acercaba.

La hierba se mecía con el viento. Las criaturas de la ciénaga hacían sus reclamos y, en algún lugar cercano, algo chapoteó en el agua. Los corazones de Ketahn seguían latiendo frenéticamente.

Su instinto le decía que huyera, que se llevara a Ivy muy lejos, que utilizara su velocidad y destreza para escapar de cualquier enemigo que quisiera hacerle daño, y que dejara atrás a todos sus amigos. Aquel impulso, aunque fue aplastado rápidamente, hizo que sus entrañas se retorcieran y se enroscaran.

Algo sacudió la hierba alta. Al movimiento le siguió un momento de quietud lo bastante largo como para que Ketahn se preguntara si había imaginado el temblor, y luego se reanudó.

Ketahn, Rekosh y Urkot alzaron sus lanzas, apuntando hacia la hierba. Hacia los enemigos que se acercaban.

Los largos y densos tallos se separaron y surgió una gran figura. De complexión tan ancha como Urkot, pero casi tan alto como Ketahn, el macho cráneo-espina miró a Ketahn con ojos oscuros y siguió avanzando a grandes zancadas, deteniéndose solo cuando se alejó varios segmentos de la hierba.

Unos pinchos duros en la cresta de la cabeza y en los hombros le daban un aspecto amenazador. Su piel era opaca y áspera, cubierta de barro seco, y sus gruesas patas estaban cubiertas de briznas de hierba, hojas caídas y motas de suciedad. En una mano sostenía una lanza de púas, que apoyaba en el suelo. Sobre su hombro opuesto tenía una forma grande y oscura.

De nuevo, los instintos de Ketahn rugieron. Proteger; atacar; destruir. Acortar la distancia entre él y su enemigo y acabar con esto *ya*. Pero se mantuvo en su sitio.

Al igual que los Garras de la Reina, los cazadores cráneo-espinas nunca viajaban solos.

—Acechasombras —dijo el cráneo-espina con voz grave y áspera. Se quitó la carga del hombro y la dejó caer al suelo.

Teznak cayó al suelo, con los miembros doblados en ángulos antinaturales y la piel reluciente de sangre, y no volvió a moverse.

Ketahn era más consciente que nunca de que Ivy estaba sobre sus patas traseras, aferrada a él. Ivy, tan vulnerable, tan valiosa.

La hierba tembló más, en varios lugares esta vez. Rekosh y Urkot apuntaron sus armas hacia el exterior cuando otros siete cráneo-espinas salieron a campo abierto. Todos miraban al grupo de Ketahn con ojos oscuros e ilegibles. Todos empuñaban sus lanzas con despreocupada familiaridad.

Ketahn les haría lamentar su arrogancia. Gruñó, abriendo bien las mandíbulas.

El primer cráneo-espina carraspeó.

—Debemos intercambiar unas palabras.

Capítulo Veinticuatro

Ketahn mantuvo la mirada en el primer cráneo-espina, aunque su atención estaba dividida entre los ocho. Rekosh, Urkot y él podían ganar esta batalla, pero no saldrían ilesos. Ivy tampoco saldría ilesa.

—Entonces, hable —dijo.

El cráneo-espina inclinó la cabeza hacia el árbol, donde esperaba el resto de la tribu de Ketahn.

—Intercambiaremos palabras en su guarida salvaje.

—Hable aquí —contestó Ketahn—. No daré la bienvenida a los enemigos en mi campamento.

Con otro chirrido, el cráneo-espina dio un paso adelante. Ketahn se mantuvo en su sitio, con la lanza firme, aunque todo en su interior gritaba de nuevo que se llevara a Ivy de aquí.

Los músculos de Ivy se tensaron y pronunció su nombre en voz baja, con una respiración temblorosa.

El cráneo-espina señaló a Teznak con una de sus manos inferiores, y luego a Zirket con la otra.

—Sus enemigos.

—¿Así que somos amigos? —preguntó Ketahn.

—No. A los dos nos unen hilos sangrientos. Ustedes han matado a los míos. A muchos. Está en sus ojos, la verdad bajo las lunas y las estrellas. Pero también ha matado a los suyos.

El pecho de Ketahn ardía, y sus manos le picaban con el anhelo de soltar sus armas y buscar a su compañera, para consolarla y obtener consuelo de ella a través del tacto.

—Mi vientre está repleto de sangre. Ya no tengo hambre de ella. Solo busco guiar a mi tribu a través de esta ciénaga en paz.

—Entonces debemos saber. Debemos oír sus palabras y encontrar su *khahal*. Debemos conocer sus corazones. Su espíritu.

—Entiendo lo de recibir nuestras palabras —dijo Urkot, golpeando el suelo con la pata—, pero el resto parece que solo podrá hacerse después de que nos hayan despedazado.

El cráneo-espina clavó su lanza en el suelo y avanzó un paso más, girando las cuatro palmas hacia el cielo, levantando los brazos e inclinando la cabeza.

—Son guerreros. Su *shar'thai* arde con fuerza. Si les damos muerte, será como guerreros, no como a bestias.

—No es un gran consuelo —dijo Rekosh.

—La ciénaga no es un lugar para el consuelo —El cráneo-espina bajó los brazos y levantó

los ojos para encontrarse de nuevo con la mirada de Ketahn—. No tiene la más mínima confianza, y lo sé. Lo siento. No tenemos confianza en usted ni en los suyos. Pero le entrego ahora estas palabras, y usted podrá conocer su verdad. Los míos les han seguido desde la mañana. Hemos seguido su rastro. Hemos observado. No lucen sus marcas, no son pieles negras ni doradas, así que no les dimos batalla. Y sus pequeñas criaturas... —Desvió la mirada más allá de Ketahn, mirando claramente hacia Ivy a pesar de que estaba casi oculta por el cuerpo de Ketahn.

Ketahn dejó caer su mano libre, posándola sobre la rodilla de Ivy y apretando posesivamente. Ya había sido bastante difícil aceptar que sus amigos la miraran. Enterarse de que las cráneo-espinas lo habían hecho sin su conocimiento durante todo un día...

—Hacen que nuestras mentes se conviertan en tormentas —continuó el cráneo-espina—. ¿Qué son? ¿Por qué los traen aquí y por qué razón los suyos están aquí? Nuestras preguntas son muchas, más que las estrellas, pero solo observamos. Usted no lo sabía, púrpura. Muchas veces, casi observó. Casi vio. Pero los míos aprendieron de los suyos. De sus guerreros, de sus cazadores. De ustedes. En cualquier momento, podríamos haber dado batalla. No lo habrían visto hasta que hubiera sido demasiado tarde. ¿Conoce a mi *khahal*, acechasombras?

Ketahn soltó un largo y fuerte suspiro. Últimamente había estado descuidado. Desatento. Distráido. Y había puesto en peligro a la gente que le importaba. Años atrás, nunca habría pasado por alto que una partida de caza de cráneo-espinas le estuviera siguiendo, aunque las cráneo-espinas a las que se había enfrentado años atrás no habían poseído la habilidad para hacerlo.

Pero por muy frustrante y aterrador que fuera saber que su tribu había sido vigilada durante su estancia en la ciénaga, el saberlo le traía algo de esperanza. La moderación mostrada por sus antiguos enemigos significaba que había una posibilidad de que pudieran ser amigos... o al menos de que no tuvieran que luchar.

Moviéndose lentamente, Ketahn apuntó su lanza hacia el cielo, apoyando su culata en el suelo a su lado.

—Lo entiendo, cráneo-espinas. Podrían haber atacado en cualquier momento que hubieran elegido.

—Y me alegro de no haberlo hecho. Hemos sido testigos de usted, púrpura. Su *shar'thai* es el más brillante de todos, y somos más fuertes por haberlo visto. El mío se quedará atrás, e iré con usted como uno solo —De nuevo, el cráneo-espina hizo un gesto hacia el campamento—. Compartiremos palabras en su guarida salvaje. Entre su *vekir*, su tribu. Si es necesario, dejaré mis armas.

Aquellas palabras despertaron recuerdos en Ketahn, recuerdos de Zurvashi, tan arrogante y a la vez tan temerosa como para negar armas de cualquier tipo a todos los que estuvieran en su presencia excepto a sus propios guardias. Aunque Ketahn nunca había querido ser un líder, tal era su papel, y se negaba a ser un líder como la reina. Se negaba a manchar cada interacción con desconfianza y con un orgullo desmesurado.

No podía desprenderse con tanta rapidez de sus recelos, pero Ivy había enseñado a Ketahn que podía mirar más allá de ellos, al menos por un momento: que siempre había una posibilidad de que estuviera equivocado, pero que hacía falta un poco de confianza ciega para averiguarlo.

—Somos guerreros —dijo Ketahn, golpeándose el pecho con la mano que sostenía el cuchillo de Ivy e inclinando la cabeza hacia el cráneo-espina—. Eso no cambia cuando deponemos las armas. Dice que desea compartir palabras en nuestro campamento. Le digo que es bienvenido siempre que venga en son de paz.

—No hago votos por lo que vendrá después —dijo el cráneo-espina—, ya que no puedo

adivinar su *khahal*. Pero como huésped en su guarida salvaje, iré y vendré en paz.

Urkot gruñó.

—Encuentro poco consuelo en sus palabras. Ahora o luego, ¿qué diferencia hay si pretenden matarnos?

—Todos los momentos intermedios siguen teniendo sentido —dijo Rekosh. Siguiendo el ejemplo de Ketahn, levantó su lanza con la punta hacia el cielo—. ¿Y qué hay más significativo que los momentos que pasamos intentando acabar con lo que Zurvashi empezó hace tantos años?

Zumbando pensativamente, Urkot también puso en pie su lanza.

—Me pregunto si habría cambiado algo entonces.

—Podemos compartir palabras del pasado —dijo el cráneo-espina—. Podemos compartir palabras de batallas y valor, sangre y muerte. Podemos compartir palabras de lo que está por venir, pero en su guarida salvaje. Da mala suerte compartir esas palabras donde descansan los muertos.

—Soy Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari —dijo Ketahn—. ¿Y usted cómo se llama?

El cráneo-espina se golpeó el pecho con las manos superiores.

—Garahk ki'Tuun, Cazador de la Caminante Dorada.

Rekosh ladeó la cabeza.

—¿La Caminante Dorada?

—Uno de los suyos —Garahk agarró el eje de su lanza y la arrancó de la tierra—. Estuvo al lado de su reina chupasangre en la última batalla. No pude dar muerte a su reina, pero la Caminante Dorada tenía un *shar'thai* feroz. Fue la mayor enemiga que he matado, y la honro llevando su nombre.

Para haber matado a una Colmillo de la Reina, este Garahk tenía que ser un guerrero formidable, pero Ketahn nunca se había sentido intimidado por algo así y, desde luego, tampoco lo haría ahora, sobre todo mientras tuviera a Ivy y a su prole que proteger.

—Venga, Garahk ki'Tuun, Cazador de la Caminante Dorada —dijo Ketahn—. Vayamos a compartir palabras.

Garahk se volvió para mirar a los otros cráneo-espinas.

—Observad, hermanos míos. Puede que más acechasombras se arrastren por nuestra ciénaga.

—¿Se fía de estos acechasombras después de todo lo que han hecho los suyos, Garahk? —preguntó uno de los cráneo-espinas, con los ojos oscuros fijos en Ketahn.

—Yo doy mi confianza. Ellos dan la suya. Así se conoce el *khahal* de los vrix —Garahk hizo un gesto a sus compañeros para que regresaran—. Vayan a vigilar. Les encontraré en poco tiempo.

Aunque ninguno de ellos mostró placer alguno ante aquella orden, los cráneo-espinas se retiraron, llevando sus lanzas de vuelta a la hierba alta y desapareciendo de la vista uno a uno. Garahk los observó alejarse; Ketahn, Rekosh y Urkot también lo hicieron, los tres cautelosos.

Entonces Garahk se encaró de nuevo con Ketahn y el grupo caminó de vuelta hacia el campamento. Ketahn hizo un gesto a Rekosh para que tomara la delantera y volvió a colocarse en la retaguardia, ordenando a Ivy que vigilara detrás de ellos. Habría guiado él mismo al cráneo-espina, pero la idea de que Ivy quedara totalmente expuesta a la mirada de Garahk era demasiado inquietante para que Ketahn la aceptara.

Eso no impidió que Garahk mirara a Ketahn por encima del hombro.

—Usted es muy protector con su pequeña criatura.

Ketahn inclinó su cuerpo para protegerla mejor de la mirada del cráneo-espina y gruñó:

—Es mía.

—Eso lo sé. Compartieron cuerpos, compartieron placer. Fui testigo con ocho ojos. ¿Ella es la llama de su corazón?

El cuerpo de Ivy, en especial su mejilla, se calentó contra la espalda de Ketahn.

—¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho? —susurró ella en español—. Me resulta difícil entenderlo todo. Es como... como si hablara con un acento muy marcado.

—Sí —respondió Ketahn, con la furia ardiendo en sus entrañas. Su apareamiento había estado destinado solo a ellos dos, y saber que su vínculo, su pasión, había sido observado por alguien más, alguien desconocido...

Garahk trino suavemente.

—Habíamos oído a estas criaturas pronunciar palabras. Pero esas palabras son más extrañas de cerca que de lejos.

—¿Así que estaban... observando? —preguntó Ivy—. ¿Observándonos?

Ketahn asintió.

Ivy apretó la frente entre la parte superior de sus hombros.

—¡Uf! Eso... eso no está bien. Entiendo que nos vigilen porque estamos en su territorio, pero vigilar eso...

—¿Conoce sus palabras? —preguntó Garahk.

—Las conozco —gruñó Ketahn en vrix.

Cuando se acercaban al árbol, Urkot hizo una señal con dos trozos de roca negra, lo que produjo una aguda y rápida imitación del ritmo típico de Telok.

Telok se asomó desde lo alto. Incluso desde esa distancia, a Ketahn no se le escapó el tic de las mandíbulas de Telok, ni la forma en que inclinó su lanza hacia abajo un poco más bruscamente.

Ketahn y sus compañeros ascendieron en silencio, con Ivy más agarrada que nunca. El cansancio de Ketahn se hizo notar en todo momento. Le dolían los músculos, y cada latido de sus corazones extendía por él un malestar sordo y palpitante que le calaba hasta los huesos. Pero iba más allá de la carne y los huesos; también estaba cansado en su espíritu. Hacía tiempo que se había cansado de correr, de pasar cada día sin poder escapar de la amenaza de las represalias de Zurvashi, sin poder ver el sol a través de la larga y oscura sombra que ella proyectaba.

Cuando llegaron al campamento, el resto de la tribu se mostró comprensiblemente recelosa. Telok y Ahnset se habían colocado frente a los humanos, que se habían agrupado en un apretado anillo con sus armas dirigidas hacia el exterior.

Ahnset apuntó su lanza a la garganta de Garahk, con las mandíbulas abiertas.

Ketahn se apresuró a soltarse la cuerda que le rodeaba por el medio, ayudó a Ivy a bajar y se adelantó, agarrando el eje de la lanza de su hermana y empujándola hacia un lado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ahnset, con su intensa mirada fija en el cráneo-espina.

Telok apretó su lanza con la fuerza suficiente para hacer crujir la madera.

—También me gustaría saber por qué has traído a un cráneo-espina hasta nosotros.

Los humanos, a los que ahora se había unido Ivy, se mantuvieron firmes a pesar de su aspecto andrajoso, recurriendo a esa fuerza oculta que Ketahn no podía ni empezar a medir.

—Él es Garahk ki'Tuun —respondió Ketahn.

—Cazador de la Caminante Dorada —añadió Garahk.

Un gruñido profundo salió del pecho de Ahnset.

Ketahn alzó la mano y atrapó su mandíbula, guiando su rostro hacia el suyo.

—Hermana de cría, necesito que confíes en mí. Y necesito que confíes un poco en él.

—Necesito saber por qué —dijo ella—. Necesito saber qué ha pasado.

—Los Garras de la Reina nos encontraron. Siguieron nuestro rastro y se detuvieron en el mismo árbol en el que estábamos Ivy y yo. Los matamos. Los cráneo-espinas mataron al último antes de que pudiera escapar.

—¿Y eso nos hace ahora amigos? No, tú lo recuerdas. Claro que lo recuerdas. Y entonces sabes por qué esto... esto es una *tontería*.

—Es más de lo que podríamos haber esperado, hermana de cría. Confianza. Por un tiempo, al menos —Ketahn soltó su agarre sobre Ahnset y se encontró con la mirada de Ivy—. Cuenta a los demás humanos lo que se ha dicho, mi hilo del corazón, tan bien como seas capaz. Somos una tribu y todos debemos saber lo que se está discutiendo.

Ella asintió.

—Lo haré.

Empujando la lanza de Ahnset hacia abajo y alejándola, Ketahn la soltó.

—Garahk ha venido a nuestro campamento en son de paz para hablar con nosotros. Mientras él esté aquí, no habrá guerra entre nosotros.

—Como tú digas, hermano de cría —pronunció Ahnset.

—Garahk. Siéntese —Ketahn señaló el centro del árbol, donde se habían utilizado mantas y seda mullida para suavizar la convergencia desigual de las ramas. Luego miró al resto de la tribu, encontrándose con sus miradas una a una en rápida sucesión—. Debemos permanecer atentos, pero quiero que todos escuchéis. Lo que se diga aquí bien puede afectar a nuestro futuro.

Garahk se agachó en el lugar que Ketahn le había indicado, acomodando su parte inferior sobre una de las mantas. Dobló sus cuatro patas traseras y las metió contra sus cuartos traseros, pero sus patas delanteras las colocó delante de sí. Colocó su lanza sobre ellas y retiró las manos del eje para mantener las palmas hacia el cielo.

—Vengo a su guarida salvaje y le ofrezco la paz, Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari.

Ketahn se inclinó ante el cráneo-espina, colocando su propia lanza sobre sus patas delanteras. Nunca se había enfrentado a un cráneo-espina de esta manera; nunca había aprendido mucho de sus costumbres. Todas sus interacciones con los de la especie de Garahk habían empezado y terminado en violencia.

—Acepto su oferta, Garahk ki'Tuun, Cazador de la Caminante Dorada, y le ofrezco paz a cambio. Permítame ser solo Ketahn mientras usted es mi invitado.

El cráneo-espina carraspeó y bajó las manos.

—Entonces también seré solo Garahk.

—Sé lo que estoy viendo, pero no puede ser real —carraspeó Telok.

—Rompimos la barrera entre lo real y lo imposible hace mucho tiempo —dijo Rekosh, ofreciendo un suave gorjeo propio—. Creo que veremos mucho más de lo que no puede ser antes de que hayamos terminado.

Ketahn miró a sus amigos. Se habían extendido por los bordes del campamento, formando un anillo suelto para montar guardia. Los humanos se habían separado de su agrupación anterior para unirse a sus compañeros vrix. Para Ketahn, era una confirmación de lo que ya sabía: aunque les superaban en la mayoría de los aspectos, estos humanos lucharían junto a los vrix para defender a su tribu.

—Quizá fuimos tontos al creer que nada era imposible —dijo Ketahn, devolviendo su atención a Garahk—. Quisiera escuchar sus palabras y compartir las mías.

La mirada de Garahk revoloteó a su alrededor, sin duda estudiando a los humanos cercanos.

—Sí. Muchas palabras, muchas preguntas. Debo saber, Ketahn. ¿Por qué han venido?

—Mi tribu busca un lugar donde establecer nuestro hogar.

—No es tan sencillo como suenan sus palabras —Garahk ladeó la cabeza—. ¿Por qué cerca de Kaldarak y no de su Takarahl? Los suyos ya le han quitado bastante terreno a los míos.

Ketahn sacudió la cabeza y cerró las manos en puños holgados, apoyándolos en las articulaciones de sus patas delanteras.

—No deseamos tomar su terreno. Solo encontrar un lugar donde vivir en paz.

—Los míos conocen poca paz cuando los suyos caminan entre nosotros.

—Y eso puede ser cierto, Garahk, pero no porque les traigamos la guerra.

Garahk golpeó con las palmas de las manos los segmentos superiores de sus patas delanteras, produciendo un sonido estridente.

—Los acechasombras siempre dan guerra. Durante mucho, mucho tiempo, a través de las vidas de muchas madres de cría. Y a veces los míos también dan guerra. Los míos son guerreros. Los míos tienen mucho *shar'thai*. Sabemos que es de guerreros dar batalla y morir, y no estamos tristes. Se les honra en la muerte. Los míos ven luchar a los suyos y ven fuerza. Respetamos, aprendemos, honramos a los suyos. Pero vuestra reina bebedora de sangre libró una guerra diferente —Los puños de Garahk se cerraron con tanta fuerza que temblaron, pero no hizo ningún movimiento para empuñar su arma—. Su *shar'thai* es más fuerte, pero no brilla. Es oscuro. Ella da guerra a los tejedores, remendadores, modeladores, oradores de espíritus, cultivadores y las criadoras. Nosotros damos guerra a sus guerreros. ¿Lo ves, Ketahn? ¿Lo entiende?

La rabia, la amargura y la culpa se arremolinaron en las entrañas de Ketahn, una tormenta enfermiza que le hizo desear rugir hacia el cielo nocturno y rasgar con sus garras su propia piel.

—Lo sé.

—De cada enemigo, los míos aprenden. De sus pieles negras, aprendemos a acechar. A escondernos. A cazar. Aprendemos de *usted*.

Era la segunda vez que Garahk decía lo mismo, y Ketahn no podía pasarlo por alto.

—¿Me conoce, Garahk?

—Le conozco. He sido testigo de usted. Muchos de los míos anhelaban ser quienes le mataran, Ketahn. Mucho honor habrían recibido. Solo su reina habría dado más. Para los míos usted fue la Lanza en las Sombras. Fue la muerte, sin ser vista, sin ser oída.

Ketahn miró fijamente a los ojos del cráneo-espina.

—Los *vrix* aquí presentes lucharon contra los de su especie durante la guerra. Muchos de los suyos han muerto por nuestras lanzas.

Garahk se echó hacia atrás, apoyando las manos inferiores en las ramas que tenía debajo. Volvió a pasear su mirada alrededor, con las mandíbulas crispadas.

—Lo sé. Ustedes llevan cicatrices con orgullo, al igual que los míos y yo. Me siento honrado de estar entre ustedes. Esta guarida salvaje brilla por el *shar'thai*.

—Yo no veo nada que brille —dijo Urkot—, y menos ese... *shar'thai*.

Carraspeando, Garahk se llevó una mano al pecho, colocándola sobre sus corazones.

—El *shar'thai* es como el fuego en los corazones de los guerreros. Da coraje, da fuerza. Cuanto más brillante es, más grande es el guerrero.

—Parece que habla del espíritu. Todo el mundo tiene un espíritu, guerrero o no.

—No, no espíritu. Es como el espíritu, pero no es lo mismo. Es solo para los guerreros. Si los acechasombras vieran con todos sus ojos, lo sabrían. Ahora lo verían. Hay mucho honor para mí aquí, estar entre tanto *shar'thai*.

—¿Incluso después de esa guerra, se siente honrado de estar entre nosotros? —preguntó Ahnset, con voz baja y dura—. ¿Después de vernos matar a sus amigos, a su familia?

—Mis palabras eran ciertas, hembra —dijo Garahk. Golpeó un puño contra su pecho—. Soy guerrero. Usted es guerrera. La conozco, incluso sin su coraza de oro. Caminó con ella y mató a muchos de los míos. Pero ellos también eran guerreros. Encontraron su destino. Ningún guerrero puede decidir cuándo se apagará su llama, o quién la sofocará.

—La reina piensa de otro modo —gruñó Telok.

—Su reina bebedora de sangre... —Garahk siseó y chasqueó los colmillos—. De ella, los míos solo aprendieron una cosa.

—¿El qué? —preguntó Ketahn.

—Odio.

Así de rápido, la rabia de Ketahn se adelantó a sus otras emociones, solidificándose y convirtiéndose en algo más profundo, algo más fuerte, algo que lo impulsaba, porque había crecido tanto a partir de su propio odio.

—Los míos honran a nuestros enemigos —continuó Garahk—. Contamos historias de nuestros enemigos. Conozco muchas historias de la guerra, algunas presenciadas por mis ocho ojos. No damos odio, damos gracias. Gracias por el combate, por el aprendizaje, por la oportunidad de crecer y hacernos más fuertes. Solo su reina se ha ganado nuestro odio.

—Ella también se ha ganado el odio de muchos de los nuestros —dijo Ahnset, con las mandíbulas caídas.

Rekosh hizo un zumbido preocupado.

—Pero el odio por sí solo no basta para derrocar a la reina.

—¿Por eso mataron a los pielesnegras? —preguntó Garahk—. ¿Dan odio a su reina bebedora de sangre y dan guerra a sus guerreros?

—Es una forma sencilla de decirlo, pero sí —respondió Ketahn—. Solo Zurvashi se ha ganado mi odio.

Garahk estudió a Ketahn.

—Y usted el suyo, o sus pieles negras no le darían caza.

—Se necesita poco para ganarse su odio —dijo Rekosh—. Es mucho más difícil evitarlo.

—No es el odio lo que hace latir sus corazones —dijo Ketahn.

Un gruñido pensativo retumbó en el pecho de Garahk.

—Pocos acechasombras vienen a esta ciénaga. El terreno que tenían los míos fue tomado por la bebedora de sangre, y este lugar no sirve de nada para los suyos. Pero cuando vienen, vienen los acechadores y nos observan. A veces toman cosas de los míos: nuestra comida, nuestras provisiones, nuestras vidas. Todo para que la recordemos. Para que no olvidemos que vivimos solo porque ella aún no ha decidido matarnos a todos —Se inclinó hacia delante, más cerca de Ketahn, y bajó la voz—. Todo esto porque ella quería nuestras raíces sanadoras. Nuestra *daiya* le hizo una oferta. Nuestras raíces por sus cristales. Hace tiempo que los suyos y los míos se dan guerra, y siempre hemos visto sus cristales con asombro. Son como *shar'thai* atrapados en piedra. Su reina tomó nuestras raíces y nos dio muerte. Así que le pido que me dé sus palabras, Ketahn. Deme su *khahal*. ¿Por qué ella le da caza? Deme su *khahal*, deme su verdad.

—Zurvashi me desea como su compañero —dijo Ketahn. Incluso después de todo este tiempo, decir las palabras en voz alta hacía que su pecho se oprimiera y que sintiera un nudo en las entrañas, incluso cuando los fuegos de su furia se encendían—. La rechacé muchas veces. La desafié muchas veces.

Garahk inclinó la barbilla hacia Ivy.

—Por su criatura.

—Por mi hilo del corazón —Ketahn miró a su compañera, y gran parte del malestar

provocado por hablar de Zurvashi se desvaneció al verla. Todos estos riesgos, todas estas penurias, todo era por ella. Por ella y por su prole—. Zurvashi también quiere matarlos.

—Esas criaturas no habitan en nuestros terrenos. ¿Qué son?

—Somos humanos —dijo Ivy en vrix mientras caminaba hacia Ketahn y se colocaba a su lado, con los hombros erguidos y la espalda recta—. Y venimos de muy, muy lejos.

—Puede hablar en vrix —Garahk trinó—. Aunque lo hace peor que vosotros, los acechasombras.

—Ustedes son los que hablan mal —murmuró Urkot.

—Debo quitarle sentido a tus palabras, Tres Brazos.

Urkot parecía a punto de cargar hacia delante, pero Rekosh le detuvo con un agudo siseo.

—Yo no doy guerra —dijo Garahk, levantando de nuevo las palmas al cielo—. Solo doy bromas.

Ivy puso una mano en el costado de la cara de Ketahn y lo volvió hacia ella. Sus rasgos eran duros y solemnes, pero un atisbo de miedo persistía en sus ojos. En español, susurró:

—No tenemos tiempo que perder, Ketahn. Tenemos que pedirle ayuda.

Ketahn cubrió su mano con una de las suyas.

—¿Ayuda? Ellos no nos han atacado. Pedirles más...

—Tenemos que decirle lo que oímos. Lo que dijeron los Garras —Ella acunó su cara con la otra mano y se inclinó cerca, bloqueando el resto del mundo—. Tenemos que advertirles y ofrecerles *nuestra* ayuda a cambio.

—Ivy, esto es...

—Escúchame, por favor. Porque... porque tú lo sabes, pero no creo que lo reconozcas de verdad hasta que te lo diga en voz alta —Ivy inspiró profundamente, pareciendo buscar su mirada, y apretó los labios unos instantes—. No podemos seguir huyendo, Ketahn. No va a detenerse y no vamos a dejarla atrás. Si seguimos así, ella nos encontrará, y desde luego no vamos a estar en condiciones de hacer nada al respecto.

Abrió la boca para contestar, para decirle que estaba equivocada, para decirle que no podían parar, pero no le salió ninguna palabra. Porque ella tenía razón. Él lo sabía, y lo sabía desde hacía mucho tiempo, desde mucho antes de que llegaran los Garras. Lo había sentido en su interior.

Esta noche solo le había demostrado que no podía discutir.

Si había conocido el miedo antes, el sentimiento que le invadió en ese momento era algo totalmente distinto, algo increíblemente más grande y oscuro. Algo que se sentía tan inevitable, tan consumidor.

Ketahn guio suavemente las manos de Ivy hacia abajo y volvió la cabeza hacia el cráneo-espina. La mirada de Garahk estaba fija en él, comunicándole su pregunta no formulada.

—Mi compañera me ha dicho que debería pedirle ayuda, Garahk —dijo Ketahn.

—Ah. No deseo darte la guerra, Ketahn —dijo Garahk—. Paz puede tener, pero ayuda... eso es mucho pedir.

—Lo sé, pero no la pido sin ofrecer ayuda a cambio.

Garahk carraspeó, moviendo las mandíbulas.

—¿Qué tenéis que ofrecer? Sois pocos y lleváis poco.

—A la reina bebedora de sangre.

Las mandíbulas de Garahk cayeron y sus manos volvieron a cerrarse en puños.

—Ella nos sigue —continuó Ketahn—. Sus Garras dicen que lleva dos días de retraso. Nosotros los matamos, pero ella tiene muchos más, y también tendrá Colmillos.

—Colmillos... ¿Son las que llevan corazas doradas?

—Sí —dijo Ahnset, dando un paso adelante—. Y ha entrenado a muchas de las que son más jóvenes para que imiten su crueldad.

—¿Qué significa eso para los míos? —preguntó Garahk, mirando de Ahnset a Ketahn—. Sus pieles negras ya han sido engullidas por la ciénaga. Ella les caza a ustedes. Nosotros no le hemos dado ninguna guerra.

Ketahn soltó un resoplido; lo que estaba a punto de decir era la verdad, y decirlo le sentaba mal.

—Siempre habrá guerra por parte de ella. Ella siempre tomará, siempre matará. Si no este día, el siguiente, o el de después.

Garahk gruñó. Abrió la boca y la cerró, haciendo chasquear sus dientes.

—Si los míos la obsequiaran con usted y los suyos, no temeríamos su furia.

—Tanto si tiene a siete como a setecientos más de su clase esperando alrededor de este árbol, Garahk, no podrá con nosotros —dijo Ketahn, incapaz de mantener una nota gutural en su voz—. Tejo mis palabras en un vínculo. No nos apresará.

Carraspeando, Garahk levantó las manos y volvió las palmas hacia arriba.

—Ahora he sido testigo de su *khahal*, Ketahn. Los míos le consideraron el elegido del Cazador. Pero la bendición de la Guardiania está también sobre usted. No le daremos nada a la bebedora de sangre. Nada más de lo que ya ha tomado. Pero no sé qué más puedo daros.

—¿Y si le digo que les daré la muerte de Zurvashi?

—Por los Ocho, Ketahn, ¿qué estás ofreciendo? —preguntó Telok.

—¿Buscas iniciar una nueva guerra? —preguntó Rekosh.

Garahk volvió a carraspear, pero el sonido fue interrumpido por un bufido incrédulo mientras miraba fijamente a los ojos inquebrantables de Ketahn.

—Es usted más audaz de lo que creía, Lanza en las Sombras. O más necio.

—Ambas cosas —dijo Ketahn.

—Hermano de cría, ¿entiendes lo que estás haciendo? —preguntó Ahnset.

Los humanos intercambiaron miradas y palabras inseguras cuando Ivy explicó lo que Ketahn había dicho.

—Acabamos de pasar semanas huyendo de ella. ¿Ahora vamos a dar la vuelta y luchar? —preguntó Will.

—Ivy, lo siento, pero creo que se ha vuelto loco —dijo Lacey—. Esta maldita ciénaga nos está volviendo locos a todos, pero él es el primero en perder la cabeza de verdad.

Diego, que estaba de pie junto a Ahnset con los brazos cruzados sobre el pecho y la lanza metida entre ellos, sonrió satisfecho.

—Sabe lo que hace.

—Lo sabe —coincidió Ivy, colocando su mano en la parte superior del brazo de Ketahn—. Sabe exactamente lo que hace, y es la única manera. Incluso con las tormentas y las inundaciones, ya nos han alcanzado. Ya *no* podemos huir.

—¿Cómo, Ketahn? ¿Cómo nos regalará la muerte de su reina bebedora de sangre? —preguntó Garahk.

—Ella vendrá a por nosotros —respondió Ketahn.

—Si viene, lo hará con sus pieles negras y sus corazas de oro. Los míos no pueden hacer frente a su ejército. Somos demasiado pocos.

—Por eso nos prepararemos para recibirla —Ketahn cubrió la mano de Ivy con la suya, apretándola suavemente—. Y nos aseguraremos de que no vuelva a cruzar la ciénaga.

—Lanza en las Sombras —dijo Garahk con un castañeteo, golpeándose las patas con las

palmas de las manos—, es usted muy audaz. Le llevaré a mi casa y compartirá palabras con mi *daiya*. Ella encontrará mucho honor en conocerle.

—¿Su casa? —preguntó Ahnset con recelo.

—Sí, mi casa. A Kaldarak.

Incluso sin mirarlos, Ketahn supo que las exhalaciones de los otros vrix no habían sido hechas en señal de alivio.

Capítulo Veinticinco

Todos seguían recelosos, pero la tribu había optado por depositar su confianza en Garahk y acompañarle a Kaldarak a la mañana siguiente. El terreno era difícil, y el grupo tuvo que detenerse en varias ocasiones cuando Ivy se sintió indispuesta, pero avanzaron a buen ritmo.

Por supuesto, ese progreso solo fue posible porque los cráneo-espinas llevaban la mayor parte de las provisiones, lo que permitió a los humanos cabalgar sobre Ketahn y los otros vrix.

Medio día de viaje les costó salir de la ciénaga. La jungla de este lado tenía todos los árboles y plantas a los que Ivy se había acostumbrado, pero era más escarpada y contenía mucha más roca desnuda. Eso parecía apropiado: los salientes dentados y los acantilados combinaban bien con los cráneo-espinas.

Esa noche compartieron el campamento con los cráneo-espinas, intercambiaron comida e historias, y los humanos respondieron a lo que parecieron miles de preguntas de sus curiosos guías. La comprensión de Ivy del dialecto de los cráneo-espinas había mejorado mucho durante el viaje. Todavía tenía que escuchar atentamente para entender, y había algunas palabras que no conocía, pero el vocabulario de los cráneo-espinas era en gran medida el mismo que el de Ketahn. Simplemente, hablaban con una pronunciación, unos matices y un estilo ligeramente diferentes.

La inesperada camaradería dio a Ivy la esperanza de que esto funcionaría... pero una parte de ella no confiaba en esa esperanza. Unos pocos cráneo-espinas parecían incómodos en compañía de Ketahn y sus amigos, y varios más miraban a menudo entre Ivy y Ketahn antes de intercambiar palabras en voz baja, aunque nunca mostraban abiertamente insultos o provocaciones.

Garahk era clave para mantener la paz. Era el líder de su grupo, pero la forma en que los demás cráneo-espinas le respetaban y obedecían sus deseos daba a Ivy la sensación de que era más importante que eso.

A la mañana siguiente, Garahk envió por delante a dos de sus compañeros para que avisaran a su *daiya* de que regresaba con invitados. Luego condujo al resto del grupo hacia delante bajo un sol cálido y brillante.

Otro medio día de viaje les llevó a una cresta rocosa. Garahk saltó a la cresta, se volvió hacia ellos y les hizo señas con la mano para que subieran. El orgullo brillaba en sus ojos. Ivy tuvo que recordarse a sí misma que, por muy infantil que pareciera aquella luz, procedía de una araña de dos metros y medio de altura con pinchos en la cabeza y los hombros.

Ketahn trepó hasta situarse junto a Garahk, llevando a Ivy a la espalda. Se le había cortado la respiración cuando miró hacia abajo desde aquella cresta.

Ivy nunca había visto Takarahl. Con tan solo las descripciones de Ketahn como referencia, se había convertido en un lugar mítico en su imaginación: sombras y cristales inquietantemente brillantes, monstruos merodeando por túneles oscuros, telarañas colgando de techos y paredes. Sabía que era un error, que había muchos vrix que llamaban hogar a ese lugar y que habían encontrado allí consuelo y felicidad, pero no podía deshacerse de su imagen mental. Zurvashi había convertido Takarahl en un lugar sombrío, en la guarida de un monstruo o en una tumba que albergaba horrores indescriptibles.

El contraste entre su Takarahl imaginario y el Kaldarak real era tan fuerte que este último parecía aún más irreal, aunque estaba ante sus ojos.

Su primera visión de Kaldarak quedaría grabada para siempre en su memoria.

La cresta dominaba un amplio valle respaldado por altas colinas rocosas. El propio valle estaba repleto de vegetación de la que se alzaban varios árboles inmensos. Y unas construcciones poblaban esos árboles: edificios y plataformas hechos de madera, hojas, paja e, indudablemente, seda. Rodeaban los troncos y se asentaban sobre las ramas. Puentes de cuerda y redes atravesaban los huecos, conectando las estructuras entre sí. En unos pocos lugares, un humo grisáceo ondeaba en el aire, aunque la mayor parte estaba difuminado por las hojas de arriba.

Los cráneo-espinas, diminutos por la distancia, se movían sobre las plataformas y los puentes. A Ivy le resultaba imposible saber cuántos había, pero su número la animaba y la asustaba al mismo tiempo.

Esto más que una aldea... era una ciudad.

Y, sin embargo, lo más maravilloso de todo estaba en la colina, más allá de aquellos árboles, donde un enorme edificio de piedra, tal vez un templo, se alzaba dominando la aldea. Su base era ancha y sólida, con cada grada ascendente más estrecha que la primera; nada era lo bastante uniforme como para considerarlo realmente una pirámide, pero eso era lo más parecido a lo que podía compararlo. Vides y plantas se aferraban a la piedra en muchos lugares, pero no la hacían menos impresionante. En todo caso, la vegetación solo hacía que la estructura pareciera más antigua y de otro mundo, una estética realzada por la cascada que fluía de su frente y que llenaba de niebla el aire alrededor de la base.

Altas figuras de piedra sobresalían de la parte superior, claramente con forma de vrix. Ivy no podía adivinar lo grandes que eran esas estatuas.

Kaldarak era maravilloso, aún más porque nadie en la tribu podría haber imaginado que llegarían aquí. ¿Quién podría haber adivinado que su mayor esperanza de supervivencia, de salvación, estaría entre los viejos enemigos de Ketahn?

El asombro de sus invitados pareció complacer a Garahk. Le siguieron hacia el valle, donde saludó a varios centinelas, antes de llegar finalmente a un lugar por el que ascender. Era como una gran escalera de caracol que daba vueltas y vueltas alrededor de uno de los enormes troncos, conduciendo cada vez más alto.

El corazón de Ivy palpitaba de emoción y preocupación mientras Ketahn la llevaba hacia arriba.

Un pueblo en una casa del árbol era algo sacado de un cuento de hadas. No pudo evitar que su mirada se perdiera mientras seguían a Garahk por puentes y plataformas. Había docenas de los cráneo-espinas trabajando aquí: tejiendo, tallando madera, fabricando lanzas y herramientas, preparando comida. Y muchos eran asombrosamente coloridos.

Los cráneo-espinas machos eran lo contrario de los de la especie de Ketahn. Sus pieles eran de brillantes rojos, amarillos, naranjas y verdes, incluso unos pocos de blanco impoluto, todos con manchas negras en sus extremidades traseras, lomos y hombros. Incluso las hembras tenían

algo de color: aunque la mayoría eran de algún tono de marrón, muchas tenían las extremidades traseras en rojos y naranjas terrosos.

Los machos tenían aspecto de verano; y las hembras, de otoño.

Su coloración fue casi tan sorprendente para Ivy como esta ciudad. Garahk y sus compañeros se habían mantenido cubiertos de barro durante sus viajes, ocultando la piel que había debajo, e Ivy entendía por qué. De lo contrario, habrían destacado inmediatamente en la monótona ciénaga.

Pero a pesar de todo lo que había que ver, Ivy no podía ignorar las miradas. Frías, escrutadoras, y a veces desconfiadas. Todos los cráneo-espinas que se fijaban en los invitados de Garahk dejaban lo que estuvieran haciendo para mirar en silencio. El aire pronto se llenó de una tensión palpable totalmente opuesta al asombro y la curiosidad de Ivy.

—Tengo la sensación de que no somos muy bienvenidos aquí —dijo Lacey desde su posición a la espalda de Telok, que estaba colocado en la retaguardia del grupo.

—No me digas —replicó Cole—. Para empezar, no es fácil descifrar sus expresiones, pero parece que tienen la mirada baja.

—¿Estamos... seguros aquí? —preguntó Ahmya.

—Sí, *vi'keishi* —dijo Rekosh, con voz suave y tranquilizadora—. Yo te mantengo a salvo.

—¿Así que *no* van a atarnos y asarnos sobre un espetón? —preguntó Will.

—No —respondió Ketahn con un chirrido—. Ellos comen carne cruda.

—Joder tío, eso sí que es humor negro —Will frunció el ceño y ladeó la cabeza, mirando fijamente a Ketahn—. Es una broma, ¿verdad?

Diego rio entre dientes.

—Si es así, está muy bien hecha. No como nosotros, si nos van a comer crudos.

Lacey soltó una risita, mientras Callie se reía entre dientes.

Garahk les devolvió la mirada y ladeó la cabeza.

—¿Qué dicen sus criaturas?

—Humanos. Somos humanos —dijo Ivy en *vrix*—. Y les preocupa que se los coman.

Los cráneo-espinas castañetearon y chasquearon las mandíbulas.

—No, no comer. *Huu-nanos* no darían suficiente carne.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Callie.

Ivy apretó los labios para contener una carcajada, sabiendo que no debería haberle hecho gracia la respuesta de Garahk, sobre todo teniendo en cuenta que ella también estaba preocupada. No estaba segura de si a los demás les habría hecho gracia.

—Solo que no va a comernos.

—Claaaro que sí.

—Si lo ha dicho —dijo Ketahn—, debemos tener confianza. Los *vrix* no comen humanos.

—Todavía —añadió Callie.

—Oh, para —dijo Lacey con una risita—. Podrías tentarlos.

Garahk se detuvo y miró a Lacey.

—¿Qué es ese sonido que hacen?

Lacey arqueó una ceja.

—Eh... ¿Por qué me está mirando ahora?

Callie soltó una risita.

—Debes de haberle tentado.

Telok movió el torso para proteger más a Lacey de la vista del cráneo-espina.

—Es como si gorjearan.

—Ah. Sí. —Garahk miró hacia el cielo, con las mandíbulas agitándose—. Es un sonido agradable.

—Bueno, es bueno saber que al menos sonamos bien —dijo Ivy en voz baja mientras Garahk se daba la vuelta y seguía adelante.

—Son muy jóvenes —dijo Telok poco después.

Ivy volvió a mirar a su alrededor, y solo entonces se dio cuenta. Muchos de los cráneo-espinas eran más pequeños y delgados que Garahk y sus guerreros: adolescentes comparados con adultos. Sin embargo, todos trabajaban, todos hacían su parte.

—La guerra se llevó a muchos —dijo Garahk—. Mis hermanos y hermanas. Muchos hermanos y hermanas, muchas madres y padres. La mitad de Kaldarak o más.

—Lamento lo que hicimos —murmuró Ahnset.

Garahk chasqueó las mandíbulas y agitó una mano desdeñosamente.

—No lo lamente. La guerra también se cobró a muchos de los suyos.

—Sí. De... muchas maneras.

—Por culpa de su reina bebedora de sangre. Ella es el porqué de todo. Luchamos, mueren guerreros, seguimos adelante —Señaló hacia algunos de los suyos que miraban fijamente—. Ella no dejó que Kaldarak siguiera adelante.

—Ella os quería rotos —dijo Rekosh.

—Sí. Pero nos curamos. Nos reparamos. Encontramos nuestra fuerza. Y si usted, Lanza en las Sombras, hace realidad sus palabras, Kaldarak volverá a vivir.

Ketahn puso una mano sobre el muslo de Ivy y le dio un apretón. Su voz era áspera y firme cuando dijo:

—Por mi compañera y por mi tribu, haré realidad mis palabras. Por la suya y la mía.

Garahk carraspeó y golpeó con la culata de su lanza los tablones de madera que había bajo él, señalando a los espectadores mientras decía con voz alta:

—Compartan mis palabras. Estos son amigos, y todos les darán paz. Váyanse.

Los espectadores se dispersaron, corriendo por las pasarelas en distintas direcciones. A medida que Garahk avanzaba, iba repitiendo el mismo mensaje a los demás cráneo-espinas que se detenían a observar, que eran prácticamente todos.

—Algunos nos siguen —dijo Urkot.

Ivy miró hacia atrás y vio que al menos quince cráneo-espinas seguían a su grupo por varios niveles de la aldea, manteniendo la distancia pero sin molestarse en disimular su curiosidad. Algunos de ellos eran crías. Pequeños, con ojos grandes, patas largas y torpes y diminutas púas en la cabeza y los hombros, eran... adorables. Ivy pensó en la vida que crecía en su interior.

«¿Cómo será nuestro bebé?»

—Quieren saber por qué vienen. Que son sus *huu-nanos* —dijo Garahk.

Les condujo a través de un puente más, que les llevó a una amplia plataforma con un edificio ancho, con tejado de paja, situado encima. Los ángulos de la estructura le daban un aire natural —más parecido a un gran nido que a un hogar— que recordó a Ivy la guarida que ella y Ketahn habían dejado atrás. Muchos de estos lugares recordaban a su guarida...

Le dio a Ivy un poco del consuelo que tanto necesitaba, pero era agridulce. Echaba de menos su tiempo en la guarida, el lugar que había considerado su hogar más que cualquier otro lugar en el que hubiera vivido.

«Haremos uno nuevo».

Pero no era el edificio. Era Ketahn. Mientras Ivy estuviera con él, estaba en casa.

Garahk caminó hacia la entrada, que era una abertura alta y arqueada formada por ramas y

lianas entrelazadas de las que colgaban gruesas tiras de seda de colores brillantes. Miró a Ketahn por encima del hombro.

—Hemos llegado a la guarida de mi *daiya*.

Ketahn ladeó la cabeza, y tanto Rekosh como Telok emitieron sonidos suaves y escépticos.

—¿Esta es la guarida de tu *daiya*? —preguntó incrédula Ahnset—. ¿No hay guardias? ¿Ni defensas? No...

—¿No tiene nada esplendoroso? —replicó Rekosh.

—Sí. Zurvashi preferiría reducir a cenizas una guarida como esta antes que habitar en ella.

Garahk resopló y dio un pisotón en la plataforma.

—Su reina bebedora de sangre solo sabe dar guerra. Solo sabe destruir y quemar. Mi *daiya* no es como ella. Mi *daiya* es guerrera, madre, hermana, tejedora y cultivadora. Todo lo que los míos necesitan, ella lo es. ¿Conoces mis palabras?

Esta guarida, unida a la descripción que Garahk hizo de su *daiya*, alivió aún más los nervios de Ivy. Al principio había pensado que la *daiya* de los cráneo-espinas era lo mismo que una reina, pero Garahk siempre utilizaba *jikarai*, la palabra *vrix* para reina, cuando se refería a Zurvashi. La *daiya*, al parecer, era algo más humilde, algo más desinteresado. Una líder digna de respeto y adoración, en contraposición a una que exigía tal cosa.

Ivy sonrió.

—Ella se entrega a los suyos. No toma.

—Sí, *huu-nana* Ivy. Mi *daiya* se entrega.

—Compartes palabras como si yo no estuviera aquí, mi *luveen* —dijo alguien desde el interior de la guarida. La voz era profunda y poderosa, pero había en ella una suavidad y calidez no muy diferentes a las de la voz de Ahnset.

—Ah, pero tú siempre estás conmigo, mi *nyleea* —Garahk se dio un golpecito en el pecho— dondequiera que vaya. Te llevo conmigo. Tu *shar'thai* es mi fuerza, porque eres la llama de mi corazón.

—Tú ya eras fuerte antes de que yo fuera tuya, Garahk —replicó la *daiya*. La seda que colgaba sobre la entrada se levantó y se hizo a un lado, y una hembra pasó por la abertura—. A ti te doy sabiduría, no fuerza. Ojalá la utilices para...

Las palabras de la *daiya* murieron cuando sus ocho ojos negros miraron más allá de Ketahn y se posaron en Ivy... e Ivy les devolvió la mirada.

La *daiya* era grande. Alta, sí, aunque Ivy supuso que Ahnset era al menos una cabeza más alta, pero sobre todo simplemente grande. Al igual que los cráneo-espinas machos, era de constitución ancha y maciza, con protuberancias puntiagudas en la cabeza y los hombros. Su piel era de color marrón rojizo, que se aclaraba a un rojo más puro en sus patas traseras, y su pelo era de un rico caoba. No llevaba ningún adorno que Ivy pudiera ver, solo una tela de seda verde vibrante que colgaba de su cintura con varios bolsillos cosidos a ella que contenían herramientas: burdas bobinas de hilo, agujas de varios tamaños y un pequeño cuchillo.

En muchos sentidos, era incluso más intimidante que las hembras de la especie de Ketahn. Lucía varias cicatrices, sin duda ganadas en batalla, y Garahk acababa de decir que era una guerrera, pero... Pero había algo tranquilizador en su presencia.

Los ojos de la *daiya* pasaron por delante de Ivy para mirar a los demás.

—Acechasombras y... criaturas. Las palabras que enviaste poco me prepararon para esta visión, Garahk. No puedo saber qué es lo más extraño de ver en Kaldarak.

—No tenía palabras para hacértelo saber —dijo Garahk, volviendo las palmas hacia arriba e inclinando la cabeza.

De nuevo, la *daiya* recorrió con la mirada a Ivy y a los demás, con las mandíbulas crispadas.

—Ninguna palabra habría bastado. Solo por mis ocho ojos podría llegar a saberlo. Sin embargo, mis preguntas son muchas y cada vez más.

—Podemos responderlas por ti —dijo Ivy en vrix.

La *daiya* se estremeció, sus ojos se encendieron. Abrió la boca y la cerró de golpe.

—Dice palabras.

—Hablamos. Somos como tú por dentro. Pero... diferentes por fuera.

—Sus palabras suenan más extrañas que las de los acechasombras —dijo la *daiya* con un zumbido bajo. Miró más allá de Ivy y de los otros humanos y ladeó la cabeza como si viera por primera vez a la multitud de cráneo-espinas que había más allá. Se hizo a un lado, sosteniendo la tela hacia arriba y fuera del camino—. Entrad. Compartiremos palabras.

Ketahn dio un paso adelante, solo para ser detenido por Garahk, que extendió una pata delantera.

—Te entrego mi confianza, Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari —dijo Garahk—. No hagas daño a mi *nyleea*.

—Tejo mis palabras en un vínculo, Garahk ki'Tuun, Cazador de la Caminante Dorada. No dañaré a tu *nyleea*. Y confío en que tú no dañarás la mía.

—Doy mi voto —Garahk inclinó la cabeza y retiró la pata.

Ivy pasó las palmas de las manos por la parte exterior de los brazos de Ketahn.

—Estandremos bien.

Ketahn dejó caer una mano sobre su rodilla, agarrándola con una mezcla de posesividad y ternura.

—Lo estaremos.

Entró en la guarida. Los ojos de Ivy tardaron un momento en adaptarse a la tenue luz, pero el espacio pronto se enfocó. La guarida era grande y de forma ovalada, con varias ventanas anchas y bajas. El aire estaba lleno de fragancias: flores, tanto exóticas como familiares, colgaban en racimos del techo, algunas frescas y otras secas. Había hileras de telas y pieles colgadas en otros lugares y tendidas en el suelo, y a un lado había lo que parecía ser un gran telar e innumerables herramientas, hilos y piezas de seda para tejer y coser.

Al igual que en la guarida de Ketahn, había vasijas de barro y cestas tejidas directamente en la pared que probablemente contenían alimentos y otras provisiones. Unas cuantas lanzas de diversos tamaños estaban cerca de la entrada junto con algunos cuchillos y hachas, todos con cabezas de piedra negra.

Garahk entró y atravesó la guarida. Ivy le siguió con la mirada.

El cráneo-espina se detuvo en el rincón más alejado, donde unas toscas cajas construidas con losas de piedra se alzaban a ambos lados de un gran montón de seda y telas esponjadas. Las aberturas de esas cajas daban al exterior del montón, revelando cuencos en el interior de cada una que sostenían llamas bajas de color verde azulado. Irradiaban un calor que Ivy podía sentir incluso desde su lugar cerca de la entrada.

Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que descansaba dentro de la suave pila.

Huevos.

Había cinco, de tamaño similar al de una sandía... o al de un bebé humano recién nacido. Sus cáscaras de bronce texturizado brillaban cuando la luz los tocaba. Si Ivy hubiera imaginado huevos de dragón en un mundo de fantasía, se habría parecido a estos.

El asombro la invadió. Bajó una mano hasta su vientre, acunando su suave curva, acunando la diminuta vida que había en su interior.

Que Garahk permitiera a Ketahn y a los demás —que una vez habían sido sus enemigos— entrar en su casa con su compañera era una cosa, pero que les permitiera entrar aquí con algo tan precioso y frágil como esto, sus futuras crías, demostraba que él y la *daiya* realmente buscaban la paz con el pueblo de Ketahn.

Ivy desató la cuerda de seda que rodeaba su cintura, dejándola caer. Pasó la pierna por encima de las patas traseras de Ketahn y se giró, deslizándose por su espalda. Él se movió y le impidió apartarse de su lado con sus brazos izquierdos. Ella levantó la vista hacia él, pero él no la miraba. Los ojos de Ketahn también estaban concentrados en los huevos, e Ivy sabía que había llegado a la misma conclusión que ella, pero no parecía saber qué pensar al respecto.

Se agarró a sus brazos y los guió hacia abajo mientras sus compañeros entraban en la guarida. Una vez que Ahnset, la última de su grupo, hubo entrado, la *daiya* dejó caer la cortina de seda.

—Os doy la bienvenida a mi guarida, acechasombras y... —La *daiya* miró a Garahk.

—*Huu-nanos* —dijo.

—*Huu-nanos* —repitió la *daiya*, zumbando suavemente. Pero su atención volvió rápidamente a su compañero, chasqueó los colmillos de la mandíbula y golpeó el suelo con la pata—. No creas que nuestros invitados me han hecho olvidar que has entrado en nuestra guarida cubierto de barro, Garahk.

Carraspeó y se miró el pecho embadurnado de barro.

—Un latido más sin verte me traería la muerte, llama de mi corazón.

—Compartiremos palabras más tarde.

—Compartiremos mucho más —ronroneó.

Ahmya jadeó suavemente.

—¿Esos son... huevos?

—Sí —respondió Ketahn en español—. Demuestran mucha confianza para habernos traído aquí.

—Vaya —dijo Will, con su atención también puesta en el nido.

Él y Ahmya no eran los únicos; cuando los humanos desmontaron a los vrix, todas sus miradas se posaron en el nido.

Las mandíbulas de Garahk se abrieron y los finos pelos de sus patas se erizaron al darse cuenta del foco de atención de sus invitados.

—No pretendemos ser una amenaza —dijo Ivy tan rápida y claramente como pudo en vrix—. Nunca habíamos visto huevos vrix. Los encontramos... preciosos.

Garahk resopló y ladeó la cabeza, su postura adoptó una incertidumbre que Ivy no había esperado de él.

—¿Vuestros huevos son diferentes?

—Los humanos no ponemos huevos —Ivy se llevó una mano al vientre una vez más—. Llevamos a nuestras crías dentro.

—Son crías muy pequeñas para que quepan dentro de vosotros —dijo Garahk mientras se inclinaba para ajustar la seda alrededor de uno de los huevos.

—Tenemos mucho que aprender los unos de los otros —dijo la *daiya*. Miró el nido y sus ojos se iluminaron de orgullo y se suavizaron de afecto—. Esta es nuestra primera nidada. A menudo me quedo mirándolos. Al verlos como huevos... no puedo imaginar cómo serán cuando eclosionen. Solo sé que les daré todo de mí y espero que sea suficiente.

—¿Suficiente? —Garahk carraspeó y se acercó a ella, alzando la mano para bajarle la cabeza y tocarle la nuca—. Mi *nyleea* es más que suficiente. Ella es más de lo que cualquiera merece.

La *daiya* trinoó contenta.

Ivy sonrió mientras observaba a la pareja. La reconfortaba ver este tipo de afecto entre los vrix. Había visto afecto fraternal entre Ketahn y sus amigos, le había visto a él y a su hermana demostrar su amor mutuo, pero esto...

La *daiya* se apartó de su compañero y se pasó las manos por la cara.

—No me alegraré si me dejas tu marca de barro, Garahk.

—Dejaré mi marca de barro en algún sitio, *nyleea*, ya sea en ti o en el suelo —respondió él—. Así es bajo el sol y el cielo.

Ella le dio un empujón —un empujón sorprendentemente suave y juguetón, sobre todo teniendo en cuenta su tamaño y complexión— y se volvió hacia Ketahn e Ivy.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que un acechasombras se paseó por Kaldarak. Desde que mi madre lideraba como *daiya* no habíamos tenido a uno de los vuestros como invitado.

Ketahn ladeó la cabeza.

—¿Uno de los nuestros fue invitado a Kaldarak?

La *daiya* extendió los brazos, con las palmas hacia arriba.

—Hace mucho tiempo, como ya he dicho. Vino años antes de la guerra, cuando yo aún era una cría. Una Colmillo que dijo que no serviría a su reina. Mi madre le dio un lugar aquí, y fue mi amiga hasta su muerte.

—Estás hablando de forma diferente —dijo Rekosh con cuidado.

Ella carraspeó.

—Sí, y a mi *luveen* no le importa. De esa vieja amiga aprendí a hablar a su manera. Todos estos años después, aún me resulta sencillo.

—No es tu voz, mi *nyleea* —dijo Garahk.

—No importa si tengo dos voces o una. Garahk os ha traído aquí, concediéndoo mucha más confianza de la que yo podría haberos ofrecido. Pero él guarda mis corazones y tiene toda mi confianza. Así que no me preocuparé y, en su lugar, me guiaré por mi curiosidad. Estos *huu-nanos* no se parecen a nada de lo que he visto. ¿Pero un grupo de acechasombras perseguidos por sus propios cazadores? No sé qué preguntas hacer primero.

—Si deseas oírlo, te lo contaré todo, *daiya* —dijo Ketahn.

—Que sea solo Nalaki —replicó ella.

Garahk gruñó, extendiendo las mandíbulas.

—Nalaki ka'Naghi, Cazadora de...

—Por favor, mi *luveen* —dijo Nalaki con un suave castañeteo—, no es necesario. Podemos respetarnos sin títulos, ¿no?

—Por tus palabras, llama de mi corazón, yo actuaré.

—Te lo agradezco. Ahora, acechasombras —Nalaki volvió a prestar atención a Ketahn, aunque su atención parecía oscilar entre él e Ivy—. Me gustaría oírlo todo —Señaló al suelo con una mano—. Encontrad consuelo y descanso. Todos vosotros.

Nalaki bajó al suelo, doblando sus gruesas patas y metiendo los extremos por debajo de sí misma. Garahk se unió a ella tras regresar al nido y añadir una sustancia viscosa de una jarra de arcilla en uno de los cuencos del fuego, haciéndolo arder. Ivy y los demás siguieron su ejemplo, sentándose en un semicírculo suelto sobre las alfombras y pieles que cubrían el suelo. La propia Ivy se sentó frente a Ketahn, sonriendo cuando este la rodeó con sus brazos y enganchó sus cierres sobre sus caderas.

—Esta *huu-nana* —dijo Nalaki, inclinando la barbilla hacia Ivy—, eres protectora con ella.

—Sí —retumbó Ketahn, abrazando a Ivy un poco más fuerte—. Ella es mi compañera. Los cráneo-espinas retrocedieron y chasquearon las mandíbulas.

—¿Tu compañera? Estas criaturas no son vrix. Aparearse con una... es como aparearse con una bestia. Tal vez tener una como mascota...

Ketahn gruñó, levantando las patas delanteras a ambos lados de Ivy, y Garahk puso una mano en el antebrazo de Nalaki.

—Son compañeros —dijo Garahk—, tan seguros como tú y yo. Verdaderos bajo el sol y el cielo, bajo las lunas y las estrellas, por mis ocho ojos y por sus óctuplos ojos.

Los ojos de Nalaki se abrieron de par en par mientras sostenía la mirada de su compañero. Dejó escapar un suave suspiro y se relajó visiblemente antes de volverse hacia Ketahn e Ivy, juntando los antebrazos en un gesto de disculpa.

—Lo siento, acechasombras. No hay criaturas como estas en toda la Maraña, ni tampoco ningún otro que no sea vrix que pueda hablar. No era mi intención insultarte.

Ivy puso una mano sobre una de las patas delanteras de Ketahn, y este las bajó, al tiempo que sus finos cabellos se posaban.

—Lo entiendo —respondió Ketahn. Inspiró profundamente, sin duda aspirando el aroma de Ivy—. Pero ella está unida a mí, y yo a ella. Ella es mi hilo del corazón.

Un zumbido bajo e inseguro sonó en el pecho de Nalaki.

—Son tan pequeños. Tan delicados. De aspecto tan... extraño. ¿Cómo te has apareado con esta criatura sin romperla?

Ivy había respondido a preguntas similares con la suficiente frecuencia como para que la respuesta le saliera en vrix sin que fuera consciente de querer hablar, incluso cuando un rubor le quemaba las mejillas.

—No somos tan frágiles como parecemos.

—Mi *nyleea* es fuerte —replicó Ketahn—. Por pequeños que sean estos humanos, su *shar'thai* brilla con fuerza.

Sonrió y se acomodó los mechones sueltos de su cabello detrás de la oreja.

—No somos tan diferentes de los de tu especie, Nalaki. Somos como vosotros.

Las mandíbulas de Nalaki se crisparon.

—La forma que dais a los sonidos es extraña. ¿Y por qué enseñáis los dientes?

—Es una sonrisa —respondió Ivy—. Para los de mi especie, muestra amabilidad y amistad.

—¿Una... *sonriisah*? Para la mayoría de las criaturas, enseñar los dientes es una amenaza.

—Los humanos no son como la mayoría de las criaturas —dijo Ketahn.

—No dudo de tus palabras. Me gustaría saber más de estos *huu-nanos*. Pero primero compartamos nombres para que seamos amigos, y luego podréis compartir vuestra historia.

La tribu se presentó, empezando por Ketahn e Ivy. Nalaki repitió cada nombre a medida que lo pronunciaban, esforzándose un poco con los nombres humanos, sobre todo los de Will y Ahmya, que dependían de tener labios para pronunciarlos correctamente.

Entonces Ketahn contó toda la historia, con Ivy y los otros vrix añadiendo fragmentos. Ivy había vivido gran parte de ella, pero escuchar las partes que no había vivido personalmente, oír con más detalle aún sobre los enfrentamientos de Ketahn con Zurvashi antes de aquel último día en Takarahl, desenterró toda su angustia y rabia. Toda la impotencia y el dolor que había soportado mientras no podía hacer otra cosa que verle sufrir salieron a la superficie.

Y saber que todo ello había ocurrido en unos pocos meses... Sentía cada uno de los días que habían pasado desde que había despertado en este mundo extraño, los sentía como un peso que se había asentado sobre sus hombros, ni mucho menos lo bastante pesado como para arrastrarla,

pero tampoco tan ligero como para ser ignorado. En cierto modo, cada uno de esos días había sido toda una vida. Sin embargo, mirando ahora hacia atrás... ese tiempo había pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Había pasado de colona con esperanzas, a superviviente desamparada, de superviviente desamparada, a compañera de un vrix, de compañera a líder improvisada de un éxodo a pequeña escala para salvar lo que quedaba de su pueblo, todo ello en cuestión de semanas.

Aunque indudablemente había partes de la historia que Nalaki no entendía o no era probable que creyera, la absorbió sin hacer apenas comentarios, escuchando con respeto y atención. Cuando Ketahn terminó por fin, la *daiya* cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza. Durante lo que le pareció una eternidad, permaneció así, en silencio.

Ivy apretó los labios, deseando que su corazón dejara de latir con fuerza, deseando que su anfitriona dijera algo, cualquier cosa, para que pudieran saber qué destino les aguardaba. No creía que los cráneo-espinas las delataran —o peor aún, que se volvieran contra ellos—, pero no podía estar segura.

Finalmente, Nalaki habló:

—Mucho de lo que dices no puede ser cierto. Criaturas de un lugar entre las estrellas... tales no pueden ser sin que las muchas manos de los Ocho tomen parte, y ¿por qué los Ocho darían forma a seres como estos *huu-nanos*? Sin embargo, percibo tu *khahal*, Ketahn. Sé que no mientes, pues estos *huu-nanos* se asientan ante mis ocho ojos. Y si Zurvashi viene a nuestras tierras...

Ketahn dejó escapar un sonido bajo, grave e infeliz.

—Ella ya está de camino. Porque nos está cazando.

Nalaki levantó la parte superior de sus brazos, recogió su largo y sedoso cabello entre las manos y se lo echó por encima del hombro. Con una destreza asombrosa para unos dedos tan grandes y gruesos, empezó a tejer su pelo en una trenza suelta.

—Mi madre fue *daiya* antes que yo. Era sabia y justa, como yo he intentado serlo. Cuando Zurvashi exigió raíces sanadoras de nuestras parcelas de cultivo, mi madre le ofreció un trueque. Pero Zurvashi no quería comerciar. Solo quería tomar. Cuando nos negamos, ella nos dio guerra. Mi madre lideró a Kaldarak en la batalla. Comenzó su lucha en los confines más lejanos de nuestras tierras, aquellos lugares más allá de la ciénaga, y poco a poco la hicieron retroceder, cada vez más, y más. Zurvashi era más que una guerrera. Era como una bestia, sin importarle a quién destruía. Sedienta únicamente de sangre. Luché junto a mi madre. Estaba con ella cuando cayó ante las lanzas de vuestros Colmillos, y la vengué con las mías. Siempre me había contentado con tejer, tallar y cultivar. De hacer todo menos la guerra. Pero no tuve elección, porque Zurvashi no ansiaba otra cosa que la guerra —Sus dedos se detuvieron y se quedó mirando aquel pelo largo y brillante como si le fuera ajeno—. Entonces me convertí en *daiya*, pintada por nuestros oradores de espíritus con la sangre aún caliente de mi madre, y luché para preservar lo que seguía siendo nuestro. Kaldarak era el corazón de nuestra tierra. Kaldarak no podía caer. Ordené a los nuestros que regresaran a casa y la defendieran hasta el final. Preparamos nuestras defensas, listos para vengarnos por fin de la reina bebedora de sangre. Estaba dispuesta a morir aquí, lanza en mano, feliz mientras esa lanza estuviera enterrada en su pecho. Pero ella no vino. Encontró desagradable esta ciénaga y se retiró después de hacernos atravesarla. Pensó que estábamos destrozados, y tal vez tuviera razón. Nuestros números son la mitad de lo que eran antes de su guerra. Y he hecho todo lo que he podido para curar a mi especie. Para aumentar nuestra fuerza. Para mantener a nuestros *shar'thai* fuertes, pero sobre todo para mantenernos vivos —Nalaki giró la cabeza para mirar el nido de la esquina, para mirar

los preciosos huevos que había allí, envueltos en el calor—. Has conducido a la bestia que podría ser el fin de mi especie directamente hacia nosotros, Ketahn —Nalaki devolvió la mirada a Ketahn. Sus ojos eran ilegibles, su postura sólida e inflexible—. Si tus palabras son ciertas, y sé que lo son, ella vendrá a por ti. Y vendrá aquí, a Kaldarak. Mi pueblo solo siente odio por ella, pero se alegrarían de no volver a verla. Hemos evitado la guerra con ella todos estos años, ¿lo entiendes? Sabíamos que no teníamos la fuerza para enfrentarnos a Takarahl.

—Lo entiendo, Nalaki —dijo Ketahn—, y lo siento. Esta lucha no te pertenece a ti ni a los tuyos. Es mía. Pero te pido que estés con nosotros a pesar de todo.

—Pides mucho, acechasombras.

Ivy asintió, haciendo a un lado la pena que el relato de Nalaki le había infundido.

—Lo sabemos, pero... esto es por nuestro futuro. Por nuestras crías. Por nuestros amigos. Nuestra tribu. Y también por la tuya. Mientras Zurvashi viva, su sombra se cernirá sobre Kaldarak. Siempre existirá ese odio. Siempre existirá ese miedo de que un día ella vuelva a tener sed de sangre. Garahk nos dijo que sus Garras aún vienen y os roban, que a veces matan. ¿No es eso lo mismo que la guerra? Te pedimos que nos ayudes a acabar con todo eso.

—No tenemos los números para resistir a su ejército —dijo Nalaki.

—No creo que ella avance con toda la fuerza de Takarahl —replicó Ketahn—. Para estar tan cerca, no puede haber reunido a todos sus guerreros. Ella solo nos caza a nosotros, y cree que los humanos son demasiado débiles para ser una amenaza. Piensa lo mismo de Kaldarak.

—Y cada vez teme más ser traicionada —dijo Ahnset—. No dejará Takarahl sin vigilancia mientras ella esté fuera.

Nalaki resopló, asentando las manos inferiores sobre las articulaciones de sus patas.

—E incluso contra la mitad de la fuerza de Takarahl estaríamos en desventaja.

—No compartas tales palabras —gruñó Garahk—. Uno de los nuestros es como tres de los suyos.

—Ah, mi *luveen* —Nalaki se movió para mirar a su compañero y se inclinó, presionando su cabeza contra la de él—. Mi orgullo por Kaldarak es tan grande como el tuyo, pero no les mentiré ni a ellos ni a ti. Inundaríamos el suelo bajo nosotros con la sangre de nuestros enemigos y, aun así, no ganaríamos.

—Podemos acabar con esto sin necesidad de tal batalla —dijo Ketahn.

Nalaki levantó la cabeza y miró a Ketahn.

—¿Cómo, acechasombras?

—Nos encontraremos con ella, listos para la batalla, pero se enfrentará a mí solo. Y yo la mataré.

Ivy inhaló bruscamente y levantó los ojos hacia su compañero.

—Ketahn, no.

—Hermano de cría, no seas estúpido —espetó Ahnset.

Telok, Rekosh y Urkot dijeron cosas similares en ese mismo instante, aunque ninguno igualó el volumen de Ahnset.

Ketahn posó una mano sobre el hombro de Ivy, justo sobre la marca de su mordisco, dándole un suave apretón.

—Es como debe ser. Como has dicho, mi *nyleea*, no podemos huir. Si debemos luchar, seré yo quien luche. Siempre se trató de mí. Con gusto me enfrentaré a ella a solas para librar al resto de vosotros de su ira.

Ivy buscó su rostro, con el corazón latiéndole rápidamente, y con hielo corriendo por sus venas. Sacudió la cabeza.

—Ella te matará —dijo en español—. Y cuando te mate, se volverá contra nosotros. Contra todos nosotros. No puedes detenerla tú solo, Ketahn.

—Espera, ¿qué? —dijo Cole—. ¿Planea enfrentarse a la reina él solo?

—Ella no me matará —gruñó Ketahn, atrayendo a Ivy contra él con una mano sobre su vientre—. Pero si luchamos contra ella, muchos de nosotros sufriremos daños. Aunque ganemos, muchos moriremos.

—¿Por qué lucharía ella sola contra ti? —preguntó Nalaki—. Si está tan segura de la fuerza de Takarahl, simplemente os apresará.

—Porque ella hierve de rabia, y no podrá resistir una oportunidad de conquistarme ante todos.

—Zurvashi ha deseado durante mucho tiempo a Ketahn como compañero —dijo Rekosh—. Pero él la dejó en ridículo antes de todo y eligió a una humana en su lugar. Ahora ella lo quiere solo como conquista y reproductor.

Telok apoyó los codos inferiores en las articulaciones de las patas y se inclinó hacia delante.

—Y no descansará hasta tenerlo. Ella no soporta los ataques a su orgullo, y Ketahn la ha herido mucho más que ninguno antes que él.

—La pregunta debe hacerse, Ketahn —dijo Nalaki, inspirando larga y lentamente mientras se encontraba y sostenía la mirada de Ketahn—. ¿Puedes derrotarla?

—He luchado contra ella más de una vez, y le he hecho daño —respondió Ketahn.

—Eso no es lo mismo.

—No lo es, pero la Lanza en las Sombras ha matado a nuestras guerreras —dijo Garahk—. He sido testigo de ello. Si algún macho puede matar a la reina bebedora de sangre, es él.

—Si no, la heriré —dijo Ketahn, con voz grave y áspera. Su mirada se desvió hacia Ahnset—. Y será suficiente para que otro acabe con ella en mi lugar.

Ahnset se tensó.

—Hermano de cría...

—No iré a morir —bajó la barbilla para posarla sobre la cabeza de Ivy, y su mano se flexionó sobre su vientre.

Ivy cubrió su mano con la suya y la apretó con fuerza mientras las lágrimas le quemaban los ojos. Había sabido el peligro que corrían, había sabido lo que les perseguía, pero nunca se había permitido imaginar la vida sin Ketahn. Su futuro estaba destinado a vivirlo juntos.

La ira ardía en las entrañas de Ivy, mezclándose con su terror ante la posibilidad de perder a su compañero. Se le estrechó la garganta. No dejaría que Zurvashi se lo arrebatará. No lo haría.

—No te permito morir —espetó.

La envolvió con sus cuatro brazos y la rodeó con sus patas delanteras, envolviéndola en su calor y su fuerza.

—Aunque fracase, no moriré. Entretejo mis palabras en un vínculo, mi hilo del corazón. Zurvashi encontrará su fin y tendremos nuestra paz.

Ivy se volvió y se acurrucó contra él, aferrándose a su pecho y apretando los labios mientras luchaba por mantener a raya sus abrumadoras emociones. Durante un tiempo, solo hubo silencio y Ketahn; Ivy sintió su calor, los latidos de sus corazones, y su piel áspera pero acogedora. Pero, aun así, él no le aportó el consuelo que ella anhelaba en aquel momento. Su sensación de temor era demasiado grande, y lo desconocido que se extendía ante ellos era demasiado vasto.

Fue Nalaki quien rompió el silencio y devolvió a Ivy a la realidad, con su voz cálida y suave.

—No necesitamos hablar más de esos asuntos ahora. Todos habéis viajado lejos y con mucho esfuerzo, y os habéis ganado el descanso.

Miró a Garahk y carraspeó.

—Mi compañero os llevará al templo, donde podréis bañaros. Sin duda necesita limpiarse. Tendremos comida y un lugar para que descanséis cuando hayáis terminado.

—¿Ha dicho comida? —preguntó Cole—. Porque juraría que he reconocido esa palabra.

Diego sacudió la cabeza con una sonrisa burlona.

—Por supuesto que captarías *eso* entre todo lo que se ha dicho.

Cole se llevó las manos al estómago.

—¡Amigo, me muero de hambre!

—La última vez que comimos algo fresco, comiste tanto como Urkot —dijo Callie, poniendo los ojos en blanco.

Urkot se sentó más erguido, se volvió hacia Callie e inclinó la cabeza.

—Urkot no come.

A pesar de todo, Ivy sonrió. Estos pequeños momentos realmente lo eran todo: hacían que toda la lucha, todos los riesgos, merecieran la pena. No podía deshacerse del miedo, pero no sucumbiría a él. Sería fuerte para Ketahn, igual que él lo había sido para ella.

Se encontró con la mirada de Nalaki y sonrió.

—Gracias. Por todo. Incluso esta pequeña amabilidad es más de lo que podíamos esperar.

Capítulo Veintiséis

Una vez más, Garahk condujo a la pequeña tribu de Ivy a través de Kaldarak. Una vez más, los cráneo-espinas se reunieron en las plataformas y pasarelas circundantes para observarlos, ahora en mayor número.

Tras su conversación con Nalaki, a Ivy no le inquietaban tanto aquellas miradas como cuando llegaron a la aldea. Garahk consiguió tranquilizarla aún más hablando a muchos de aquellos curiosos mientras caminaba. Sus palabras variaban, pero su mensaje no: la *daiya* había aceptado a aquellos forasteros en Kaldarak. Ivy, Ketahn y los demás debían ser tratados no solo como invitados de honor, sino como si hubieran nacido en estas mismas guaridas.

Ivy se apoyó en la espalda de Ketahn, abrazándolo con fuerza mientras seguía a Garahk. El cráneo-espina cubierto de barro ya había hecho mucho por ellos. Aquí, entre los suyos, era un faro de calidez y positividad, e Ivy vio el cambio que se producía en los demás cráneo-espinas cuando les hablaba. Vio cómo se calmaban y desvanecían los recelos de sus ojos, cómo se relajaban sus posturas tensas.

Pronto, la tribu de Ivy recibió palabras de bienvenida en lugar de miradas recelosas.

La incertidumbre del futuro se cernía sobre Ivy, inmensa, oscura y ominosa, pero por ahora se negaba a reconocerla. Por el momento, se permitió sentirse satisfecha. Se permitió sentirse como en casa.

Kaldarak realmente parecía un lugar sacado de un cuento de hadas. Sus numerosos puentes, edificios y plataformas parecían acogedores bajo las sombras moteadas por el sol. El aire era cálido y húmedo, pero la brisa que corría entre las ramas proporcionaba cierto alivio. Los sonidos habituales de la jungla seguían presentes —el susurro de las hojas y los lejanos reclamos de los animales que se habían vuelto tan familiares—, pero este lugar tenía algo más, algo que Ivy no se había dado cuenta de que había echado de menos durante todo este tiempo.

Tenía ese suave zumbido que subía y bajaba como las perezosas olas del mar, ese murmullo de charla y actividad. Ese sonido que solo se producía cuando la gente estaba junta, trabajando y hablando. Cuando la gente vivía.

Garahk les llevó cada vez más alto, hasta que finalmente llegaron a lo que debía de ser el nivel superior de Kaldarak. Mientras Ketahn subía a una plataforma detrás de los cráneo-espinas, Ivy se encontró mirando al cielo, que parecía mucho más grande que en cualquier otro lugar de la jungla. Franjas de azul, un poco más profundo y puro que el del cielo terrestre, asomaban entre las nubes. Aunque la mayoría de aquellas nubes eran esponjosas y blancas, se oscurecían hasta alcanzar el gris amenazador de la lluvia que se avecinaba en el horizonte.

Entonces Ketahn se levantó del todo, e Ivy se quedó sin aliento. Desde su posición actual,

podía verlo *todo*.

Sus ojos se posaron primero en un acantilado lejano. Su cara rocosa se hundía en la espesa jungla que había debajo, y la pálida piedra estaba llena de grupos de plantas y enredaderas colgantes. Sonrió al darse cuenta de que era el lugar desde el que había visto Kaldarak por primera vez, un punto elevado que dominaba el valle. Unos pájaros alienígenas volaban sobre el follaje cercano al acantilado, pequeñas motas de azul y rojo brillante contra todo el verde y el púrpura.

Entonces Ketahn se volvió y trino, llamando la atención de Ivy. Ella se incorporó y miró por encima de su hombro.

El templo se alzaba recto, más macizo de lo que ella hubiera imaginado. Aunque aún estaba a unos cientos de metros, desde allí podía ver algunos detalles de la mampostería, las tallas que se habían desvanecido con el paso de los años, los sutiles dibujos y diseños que hacían que toda la estructura pareciera mucho más sofisticada de lo que parecía a primera vista. Ahora era imposible confundir las estatuas que coronaban el templo: eran vrix, cuatro machos y cuatro hembras.

«*Los Ocho*».

No sabía mucho sobre la religión vrix, pero sabía que aquellas estatuas representaban a sus dioses.

La cascada que brotaba de la fachada del templo brillaba a la luz del sol, y la niebla que producía convertía esa misma luz en un arcoíris difuminado pero hermoso.

Y lo que conducía a aquel templo era un puente. Un puente muy, muy largo que se hundía en el centro de tan largo que era, un puente que se mecía con la brisa, incluso sin que nadie caminara por él. Sí, había cuerdas que corrían como pasamanos a ambos lados; y sí, los tablones de madera unidos por la seda *parecían* bastante sólidos. Nada de eso cambiaba el hecho de que Ivy y sus compañeros estaban a punto de cruzar unos cientos de metros al aire libre por un puente inestable y flojo.

Ivy tragó saliva con fuerza y escrutó la ladera. Había otros tres puentes que se extendían hacia el templo, todos más bajos que este, y solo uno de ellos estaba anclado en el propio templo.

Antes de que pudiera abrir la boca para preguntar por qué no habían utilizado uno de los puentes inferiores —quizá el más bajo, que estaba lo bastante abajo como para parecer diminuto desde aquí—, Garahk se subió al puente y Ketahn lo siguió de cerca.

Inspiró, se dejó caer sobre las patas traseras de Ketahn y se aferró a él lo más fuerte que pudo, tanto con los brazos como con las piernas.

Aunque ella no estaba caminando sobre el puente, lo sentía rebotar y balancearse bajo él. Cerró los ojos y apretó la cara contra su espalda. Él la había llevado a través de los árboles más veces de las que ella podía contar. Habían trepado muy, muy alto, mucho más de lo que ella jamás habría llegado sola, y se había acostumbrado a ello. Aunque nunca se había desprendido del todo de su miedo, confiaba en Ketahn. Sabía que no la dejaría caer. Por muy alto que subiera, él la sostenía.

Pero ella *no* se fiaba de este puente.

Y menos cuando los demás entraron detrás de Ketahn y la cosa empezó a temblar y a balancearse aún más.

Ketahn carraspeó suavemente y puso uno de sus brazos por encima del de ella, cubriendo su mano con la de él.

—Por favor, sujeta la cuerda con ella —murmuró—. Con las cuatro manos.

Volvió a carraspear, esta vez de forma mucho más profunda y plena; el sonido le habría

hecho acelerar el corazón si el estómago no le hubiera dado ya un vuelco a causa de los movimientos del puente.

—Estoy lo bastante firme solo con seis patas, mi *nyleea* —replicó él.

Ivy sintió que sus otros brazos se movían. El corazón se le subió a la garganta y se aferró a él con una fuerza imposible.

—¡Ni se te ocurra!

Con un trino divertido, él devolvió los brazos a sus posiciones anteriores.

Aquello no sirvió de mucho para tranquilizar a Ivy; aunque su corazón volvió a encogerse, su estómago se revolvió con él.

—Creo que voy a vomitar.

Ketahn se tensó.

—No lo hagas sobre mí, humana.

A pesar de lo revuelto que tenía el estómago y del miedo que la consumía, se rio.

—No puedo prometerle nada.

Él resopló y gruñó:

—Tienes suerte de que vayamos a bañarnos.

De algún modo, tras lo que pareció el viaje más largo y angustioso en la vida de Ivy, Ketahn bajó del puente. En cuanto cesó el balanceo e Ivy supo que pisaba tierra firme, todo su cuerpo se puso flácido. Sus piernas colgaban a ambos lados de él, sus brazos descendieron y su mejilla se pegó a su espalda mientras exhalaba un largo y tembloroso suspiro.

Cuando por fin abrió los ojos, miró hacia el puente, intentando no darse cuenta de que tendrían que volver a cruzarlo para regresar.

Todavía estaban cruzando algunos de los demás, incluido Cole, que iba a pie y sonreía de oreja a oreja con el pelo ondeando al compás de la brisa.

—Puedo sentir cómo esperáis que me caiga —dijo, con una sonrisa inquebrantable.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? Está bien tener a alguien cerca que nos haga quedar bien a los demás —dijo Lacey.

Diego sonrió satisfecho.

—Yo no lo esperaría. Te empujaría y ya está.

Cole se rio y sacudió la cabeza.

—Sí, bueno, apuesto a que uno de los *vrix* me echaría el lazo con una cuerda por el culo y no me pasaría nada. Probablemente incluso sería divertido, como hacer puenting o lo que sea.

Lacey se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Vale, hay tantas cosas mal en lo que has dicho que no sé ni por dónde empezar.

—Vamos —dijo Garahk en *vrix*, haciendo señas al grupo para que avanzara—. No quiero despertar la ira de mi *daiya* permaneciendo más tiempo en el barro.

Le siguieron a través de una abertura en la pared del templo y entraron en un pasillo iluminado por fuegos de baja intensidad de color verde azulado. Mientras avanzaban por el interior del templo, Urkot hizo varios comentarios sobre el trabajo de la piedra y los materiales, lo que dio lugar a una discusión amistosa entre él y Garahk sobre la destreza de los *cráneo-espinas*.

Urkot señaló que había pasado la mayor parte de su vida bajo tierra, rodeado de piedra, lo que Rekosh aclaró diciendo que eso significaba simplemente que el *cráneo* de Urkot estaba lleno de rocas y que, por tanto, estaba muy familiarizado con ellas. Garahk afirmó que nada de lo que habían hecho los *cráneo-espinas* podía igualar la gloria de este templo; Urkot preguntó cómo podía saber eso un *cráneo-espina* cuando se pasaban todo el tiempo jugando con palos en los

árboles.

Ivy imaginó que seguirían así durante algún tiempo, pero la discusión terminó bruscamente cuando entraron en una gran cámara donde la piedra trabajada se encontraba con la roca natural, intacta. El aire era denso y húmedo, lleno de vapor procedente de las grandes piscinas escalonadas del interior. El agua bajaba de esas piscinas a un arroyo que desembocaba en un amplio túnel a través del cual Ivy vislumbró la luz del día.

—¿Un manantial de aguas termales? —preguntó Will con incredulidad—. ¿Estos tíos tienen un manantial de *aguas termales* dentro de su templo?

—Aquí podréis limpiaros —dijo Garahk, sacando una bolsa de su cinturón. Sacó de su interior un puñado de hierbas secas, que machacó y espolvoreó en el agua. Su aroma impregnó el aire en cuanto entraron en contacto con el agua; recordaba al de la lavanda, pero con un matiz mentolado.

Cuando Garahk se despojó del cinturón y la mochila y entró en el agua, todos los demás se apresuraron a meterse también, quitándose la ropa, salvo Lacey, Callie y Ahmya, que se dejaron la ropa interior puesta. Más de un humano comentó que creía que nunca volvería a darse un baño caliente, y todos soltaron al menos un par de suspiros de satisfacción.

El agua estaba caliente, pero no era desagradable, y aliviaba los dolores y molestias del largo y duro viaje como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Ivy y sus compañeros se deleitaron en ella un rato antes de lavarse, y luego se deleitaron mucho más.

Si Garahk no les hubiera dicho que era hora de volver, Ivy estaba segura de que todos habrían permanecido allí hasta bien entrada la noche. Su estancia en este mundo alienígena había estado llena de sorpresas: cada día había traído algo nuevo. Pero esta era una de las más agradables.

El cráneo-espina que emergió de las charcas no era el mismo que había entrado. Había desaparecido la gruesa capa de barro en la que Garahk se había embadurnado, y había sido sustituida por una piel tan blanca que ridiculizaba a la nieve virgen. Las manchas negras y los dibujos en ese blanco tenían un brillo resplandeciente, y sus numerosas protuberancias puntiagudas se oscurecían hasta volverse negras en las puntas. Su pelo, que había estado empapado de barro y recogido en un nudo alto, estaba ahora suelto, con sus largas y sedosas hebras blancas surcadas de vetas negras.

Los cráneo-espinas no tenían ropa para sustituir los monos sucios, pero los paños grandes y doblados apilados cerca de ellos servían perfectamente como toallas, y los humanos se envolvieron en ellos después de secarse el cuerpo. Los vrix se frotaron la piel con aceite de unos tarros alineados ordenadamente en una repisa mientras los humanos se secaban.

Aunque Ivy no se aferró tanto a Ketahn cuando volvieron a cruzar el puente, mantuvo los ojos cerrados hasta que llegaron a la plataforma más alejada. Esta vez, sin embargo, todos los saltos y balanceos hicieron que su estómago se sintiera aún más inseguro. Pasó la mayor parte del viaje de vuelta a la guarida de Nalaki deseando no vomitar.

Afortunadamente, el acogedor interior de la guarida de Nalaki era lo bastante tranquilo como para que a Ivy se le pasaran las náuseas, justo a tiempo para comer.

Compartieron una gran comida a base de carne fresca, cocinada para los humanos, y fruta con sus anfitriones cráneo-espinas, y la conversación fue ligera y amistosa. No se habló más de lo que ocurriría, ni de Zurvashi ni del inevitable enfrentamiento, ni de la muerte y la destrucción. Ivy sabía que eso llegaría más tarde, pero disfrutaría al máximo de cada momento anterior.

Después de comer, Garahk y Nalaki llevaron a la tribu de Ivy a otro edificio. Nalaki explicó que aquella estructura grande y de techos bajos se utilizaba para almacenar suministros. Mientras

todos se bañaban, había hecho que su gente despejara el lugar, metiera dentro las bolsas y las armas de la tribu y dispusiera diez espacios para dormir con seda mullida, pieles suaves y mantas de punto.

—Pero somos doce —dijo Ivy, ladeando la cabeza.

Nalaki carraspeó.

—Cuando Garahk no está, me siento sola. Solo quiero estar con él cuando vuelve, sin nadie más. Has viajado mucho y muy lejos. Has estado con tu compañero, pero no a solas con él. Yo sé lo que querría si fuera tú.

A pesar de todo, aquello provocó cierto calor en las mejillas de Ivy, pero estaba mucho más conmovida por la consideración de Nalaki que avergonzada.

Ella y Ketahn recogieron sus pertenencias y siguieron a Nalaki hasta una plataforma cercana, está situada un poco más lejos, sobre una rama, lejos del poderoso tronco del árbol. La estructura que había encima era pequeña, no mucho mayor que una tienda para cuatro personas, pero también estaba rellena de cómodas sedas y pieles y perfumada con flores secas y, lo que era más importante, Ivy y Ketahn cabían dentro con espacio de sobra.

Sonriendo, Ivy se volvió hacia Nalaki.

—Gracias.

Nalaki agachó la cabeza y levantó una mano, golpeando con un nudillo la cabeza. Ivy imitó el gesto; sabía por Ketahn y los otros vrix que era una señal de respeto y reconocimiento.

Dudaba que fuera un gesto que Zurvashi hiciera jamás a nadie.

—Enviaré a buscaros cuando caiga el sol, para que podamos compartir palabras sobre asuntos importantes —dijo Nalaki—. Pero por ahora, descansad.

Cuando Nalaki se hubo ido y la puerta de tela volvió a su sitio, Ivy dijo:

—No se parece en nada a lo que esperaba que fuera la reina de los cráneo-espinas.

Ketahn carraspeó y sacudió la cabeza.

—No lo es —respondió mientras colocaba sus bolsas en el suelo y apoyaba sus lanzas contra la pared—. Zurvashi ha gobernado Takarahl desde que yo era una cría, y sabía que no podía haber ninguna tan cruel ni arrogante como ella... pero no me imaginaba que una reina pudiera ser tan diferente a ella en todos los sentidos.

—Nalaki no se sitúa por encima de las demás. Las trata como iguales. Por eso es *daiya* y no reina.

—Y por eso tiene su respeto. Y también el mío.

Ivy se acercó a la pequeña ventana y levantó la cortina de seda, enganchándola sobre la clavija de madera cercana para dejar entrar la luz del sol. Se asomó al exterior. La rama sobre la que estaban encaramados se extendía ante ella, estrechándose a medida que avanzaba, y a su alrededor había una exuberante vida vegetal: el espeso follaje de la jungla por encima, las copas de árboles más pequeños y otras ramas grandes por debajo. Había enredaderas y flores por todas partes, y atisbó destellos de seda de colores y pintura en las estructuras de los cráneo-espinas a través del follaje circundante.

—Este sitio es... precioso —dijo.

Ketahn se colocó detrás de Ivy, le rodeó el pecho con un brazo y le cogió la parte inferior de la barbilla con otra mano. Le inclinó la cara hacia él y la miró con sus brillantes ojos violetas.

—Ah, mi hilo del corazón. Hablas de belleza ahí fuera, pero yo solo te veo a ti, brillando más que el sol.

La rodeó con otro de sus brazos y posó su gran palma sobre su vientre. Ella no se resistió cuando él la atrajo hacia sí; simplemente se inclinó hacia él, dejando que su calor y su aroma la

bañaran.

—¿Ketahn? ¿Crees... que podríamos quedarnos aquí? ¿Después de que todo esto se haya acabado?

Él emitió uno de esos zumbidos bajos y pensativos, y vibró penetrando en ella a través de su pecho.

—No lo sé. Garahk dice que ahora somos de Kaldarak. ¿Es aquí donde te gustaría que fuese nuestro hogar?

—Me gustaría un lugar donde estuviéramos a salvo. Un lugar donde tú, tu hermana, tus amigos y los humanos fuesen aceptados... donde nosotros fuésemos aceptados —Se giró en sus brazos para mirarle de frente y levantó las manos para acunar su mandíbula entre ellas—. Creo que podríamos ser felices aquí.

—Yo sería feliz en cualquier parte mientras estuviera contigo —murmuró él, alisándole el pelo con una de sus manos—. Ya habrá tiempo para pensarlo. Tiempo para elegir. Pero por ahora, mi *nyleea*, toda mi atención se centra en este momento.

Ivy sonrió, sus ojos buscaron los de él mientras rozaba con los pulgares la dura piel de sus mejillas. Pero a pesar de su esperanza de tener un futuro, un hogar, de permanecer en el refugio que habían encontrado aquí, no podía deshacerse de su ansiedad y temor por lo que estaba por venir. No podía deshacerse del miedo a que le arrebataran todo lo que amaba en un abrir y cerrar de ojos.

Eso la destruiría.

Se le oprimió el pecho cuando algo doloroso, profundo y real brotó en su interior, algo que no podía describirse con palabras. Le oprimió el corazón y le robó el aliento, la inundó a la vez de un calor abrasador y de un frío glacial. Sintió cómo se tensaban los hilos invisibles que la unían a Ketahn y fue más consciente que nunca de lo delicados que eran. De cuántas fuerzas externas podrían cortarlos sin pensárselo dos veces.

Bajó la cabeza de Ketahn y apretó la frente contra la suya.

—No dejaré que Zurvashi te aleje de mí —dijo con furia, con voz grave. Las lágrimas le escocían los ojos, pero no apartó la mirada de él—. Eres mío. Mi *luveen*, mi hilo del corazón, mi todo.

Capítulo Veintisiete

Ketahn se quedó inmóvil. El pavor que sentía en sus entrañas se hizo cada vez más intenso en respuesta a la angustia de la voz de Ivy. Su compañera estaba aterrorizada por lo que pudiera ocurrir, y él también. Pero había mucho más que miedo en su tono, y en sus acciones. Había amor. Y ese amor despertó un profundo calor en su pecho que resonó a lo largo de su hilo del corazón y se irradió hacia el exterior, combatiendo el miedo, combatiendo la sombra de lo desconocido que ahora más que nunca se cernía sobre ellos.

No permitiría que se desperdiciara ni un solo momento juntos.

—Soy tuyo —murmuró, cogiéndole la nuca con la mano—. Nada me apartará de ti. Ni la Maraña, ni los Ocho, ni *ella* —Apartó la cabeza de Ivy y le acarició el pelo, aspirando su dulce fragancia, hasta llegar al cuello.

No podía besarla bien, pero acarició su carne con tiernas caricias de su boca y su lengua. A Ivy se le escapó un suspiro tembloroso, y le metió los dedos en el pelo, acercándosele mientras inclinaba la cabeza para facilitarle el acceso.

Ketahn le pasó la lengua por debajo de la oreja. Ella se estremeció, se agarró con más fuerza

al pelo de él y su carne, tan sensible, se llenó de pequeñas protuberancias. Luego volvió a bajar la boca hasta las marcas de su hombro —sus marcas— y pasó la lengua sobre ellas, con el pecho retumbando de orgullo y deseo.

—Ketahn —susurró ella, apretando su cuerpo contra él.

Sus cierres rodearon sus caderas y la apretaron contra su dolorida abertura. Su miembro ya palpitaba y se esforzaba por salir, ansioso por hundirse en el calor de su compañera.

Ivy volvió la cara hacia él y sus labios rozaron su mejilla antes de besarle la base de la mandíbula.

—Reclámame, Ketahn —Bajó las manos a los hombros de él y curvó los dedos, recorriendo con las uñas las duras crestas de su pecho—. Conquistame. Hazme tuya, una y otra vez.

Ketahn abrió la boca para rozarle el hombro con los dientes, haciéndola estremecerse de nuevo.

—Ya te he conquistado, hembra.

—Demuéstralo. Como hiciste antes.

El frenesí de apareamiento se agitó en lo más profundo de su ser. Deslizó los dedos hacia el pelo de ella y la agarró, con los músculos temblorosos por aquel instinto creciente, por aquella necesidad que lo consumía. Pero no se rendiría de momento. Sería *él* quien reclamara a Ivy. Sería *él* quien se uniera a ella, por su voluntad, por su elección.

Él era el conquistador.

Levantó la cabeza y le tiró del pelo, obligándola a levantar la barbilla. La respiración de Ivy se entrecortó cuando Ketahn se inclinó hacia ella, con la cara a un hilo de la suya. Las puntas de los colmillos de su mandíbula rozaron sus mejillas.

—Eres mía, Ivy —gruñó—. Te reclamo, ahora y para siempre —Cogió la tela que envolvía su cuerpo con una de sus manos—. Eres mía. En cuerpo —le arrancó la tela, tirándola al suelo—, corazón y espíritu.

Su cuerpo, su suave y seductor cuerpo humano, se amoldó al suyo; sus pechos con sus cimas rosadas y duras contra su pecho, su vientre contra su abdomen y su sexo caliente contra su abertura. La sensación de ella le impulsó a la acción. El frenesí zumbaba en su mente, buscando el control.

Pero más fuerte que esos impulsos era su olor, la deliciosa fragancia que se intensificaba con cada respiración, que lo tentaba más que ninguna otra cosa. El olor que le hacía desear probar de verdad a su compañera.

Sus patas traseras ya estaban sacando seda de sus hileras cuando se retiró de Ivy, manteniendo su agarre sobre su pelo pero rompiendo cualquier otro contacto entre sus cuerpos. Su piel hormigueó en su ausencia, y su abertura se abrió de inmediato, permitiendo que su tallo se liberara.

—¿Mi compañera desea placer? —preguntó, apretándole la mandíbula y obligándola a mirarle.

Sus ojos azules brillaban a causa de sus lágrimas de antes, pero su color se había oscurecido por la necesidad.

—Sí, ella desea a su macho.

Ivy se acercó a él. Aunque ansiaba que la tocara, le agarró las muñecas antes de que sus manos alcanzaran su piel y le levantó los brazos por encima de la cabeza. Trabajó la hebra de seda sin pensarlo, envolviéndola alrededor de sus brazos, con sus dedos haciendo nudos rápidos y apretados.

—Te he reclamado, humana. Recibirás —sujetó el hilo al techo y dejó que soportara su peso

— solo lo que yo te dé.

Más rápido de lo que pudo percibir, sus manos movieron la seda alrededor de sus muslos y rodillas, levantando los pies del suelo. Su olor solo se intensificaba; con cada lazada, cada nudo, su deseo se disparaba.

Miró a su compañera. Tenía la piel enrojecida, el pecho agitado y los pechos, tan voluminosos y sensibles, curvados hacia arriba. Su mirada se dirigió hacia abajo, sobre el bulto de su vientre, donde crecía su cría. Aquel instinto profundo y poderoso volvió a agitarse en él; era orgullo, posesividad, protección, lo era *todo*.

Ella era suya en todos los sentidos. Llevaba sus marcas en el cuerpo y en el espíritu, y había aceptado su semilla. Sin embargo, su hambre de Ivy nunca quedaría satisfecha, por mucho que tuviera de ella. Era más grande que la Maraña, más vasto que el cielo lleno de estrellas que se extendía más allá de las ramas de la jungla.

Sus ojos bajaron aún más. Ivy tenía las piernas abiertas, mostrándole su sexo. Su esencia brillaba en el interior de sus muslos y en los pétalos de su abertura, atrayéndole, tentándole.

La piel de Ketahn se sintió tirante sobre sus músculos y huesos mientras acariciaba el trasero de Ivy con las dos manos y la levantaba. Sus mandíbulas se abrieron de par en par y se crisparon con anticipación, y sus garras pincharon su tierna carne. Bajó la cara e inspiró profundamente.

Ketahn gruñó al exhalar, el sonido ondulaba con su propia necesidad abrumadora. Ivy se estremeció y soltó un suave gemido, levantando las caderas hacia él.

Su deseo solo aumentó el suyo. Desplazó la mirada hacia arriba, por encima de su vientre y sus pechos, para verla mirándole con los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

Su pequeña compañera le había mostrado la belleza en más formas de las que jamás hubiera imaginado. Cada vez que la miraba, había algo más que apreciar, un rasgo en el que perderse. Y no había nada en lo que pudiera perderse como la lujuria que ardía ahora en sus ojos.

Pero ella había exigido ser conquistada.

—Suplícame, Ivy —roncó, dejando que su aliento volviera a fluir sobre su sexo—. Suplícame placer.

—Por favor —Sus pestañas se agitaron mientras su cabeza caía a un lado para apoyarse en su brazo. Enredó los dedos en las ataduras de seda y volvió a acercarse a su boca—. Tócame, Ketahn.

Él bajó un poco la cabeza y extendió la lengua, pasándola por el interior de su muslo para probar su esencia. No pudo contener un trino, y no podría contenerse mucho más. Solo su olor lo llevaría a la locura en unos pocos latidos más.

—*Suplica*.

—Oh, Dios —A Ivy le temblaron las piernas. De su sexo goteó más néctar—. Por favor. Por favor, te necesito, Ketahn —Jadeando suavemente, le sostuvo la mirada—. *Bésame*.

Con un gruñido, la levantó hacia su cara y atravesó su sexo con la lengua para extraer su esencia directamente de su fuente. Ivy jadeó y cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Ketahn arrastró la lengua por las paredes internas de la mujer, emocionándose al ver cómo se tensaban a su alrededor, y luego se retiró para llevarse su sabor a la boca.

Antes de que pudiera siquiera pensar en hacerlo, su hambre y su deseo le hicieron lamer sus pliegues. Lamió el rocío de sus pétalos, lamió el capullo hinchado en el ápice de su sexo y se sumergió en sus profundidades una y otra vez, sacando más y más de su dulce néctar para saciar su sed interminable. Ella se aferró a la cuerda y balanceó las caderas al compás de los movimientos de su lengua, buscando el placer de todas las formas posibles, y él se lo dio.

Sus gemidos llenaron la habitación. No había necesidad de callarse ni de esconderse. Nada le

impediría oír la música de su placer.

Los movimientos de sus caderas se hicieron más frenéticos a medida que él aumentaba el ritmo y se entregaba por completo a su hambre. Cuando pasó la lengua rápidamente sobre aquel pequeño nódulo de placer, los muslos de ella se apretaron en torno a su cabeza, y sus gemidos se convirtieron en gritos ahogados; él se la bebió con avidez, apretando firmemente su pelvis contra su cara y sin dejarla escapar a pesar de sus movimientos y sacudidas. Mientras ella se dejaba llevar por el clímax, él solamente le dijo una palabra, gruñendo directamente contra su abertura.

—Mía.

Aquella declaración hizo añicos el control que había mantenido. El frenesí de apareamiento se apoderó de él.

Levantándose, la sujetó con las manos inferiores, le separó los muslos y la penetró con fuerza. Su sexo estaba tan apretado alrededor de su miembro que su cuerpo se paralizó. Soltó un gruñido sin palabras y apretó las garras contra la piel de ella mientras una presión imposible e irresistible se apoderaba de su eje, y su mente se agitó en una bruma de necesidad y de sensaciones.

Debería haber sido su perdición. Era demasiado de golpe, demasiado fuerte, pero tenía que tener más. Aquello iba más allá de un deseo, más allá de una necesidad. Lo era todo; *ella* lo era todo.

Ketahn apoyó las patas delanteras bajo Ivy, le sujetó las caderas con las manos y le rodeó los muslos con los cierres, retrocedió y volvió a penetrarla hasta que su pelvis quedó a ras de la de ella.

—*Joder* —exhaló Ivy. Sus ojos, entrecerrados, se encontraron con los de él—. Otra vez.

El instinto reconoció aquello no como una súplica, sino como una exigencia, un desafío. Pero él estaba demasiado ido para que le importase. La levantó, inclinó las caderas hacia atrás y arremetió contra ella una y otra vez. Su calor húmedo se aferró a él, le dio la bienvenida, atrajo su miembro con avidez. Él rugió, empujando violentamente dentro de ella, cada vez más hondo, incapaz de penetrar lo suficiente.

Sus pechos rebotaron y él los cubrió con la parte superior de las manos, apretando y acariciando sus pezones. Ella se arqueó ante sus caricias, suplicando más sin palabras mientras echaba la cabeza hacia atrás.

La presión en su interior crecía; se multiplicaba por dos, por tres, con cada bombeo de sus caderas. Pero necesitaba más, necesitaba más de ella, necesitaba sus manos sobre él. Necesitaba las yemas de sus dedos recorriéndole la piel en llamas. Necesitaba el mordisco sordo de sus pequeñas uñas.

Una de sus manos superiores se dirigió sobre la cabeza de Ivy. Sus garras cortaron el hilo que la ataba al techo. Todo su peso cayó sobre él y le arrancó la cuerda de los brazos para liberarlos. Para liberarla a ella. Ella le rodeó el cuello con los brazos sin vacilar, acercándose, mezclando su aliento con el de él. Y utilizó su nueva libertad para moverse con Ketahn, correspondiéndole con cada embestida, con los pezones rozándole el pecho.

—Eres mío —roncó Ivy, clavándole los dedos en el pelo y apretando los mechones—. Mi compañero. Mi *luveen* —Ella gimió y se estremeció contra él, cubriéndole el miembro y la abertura con su esencia. Apoyó la frente en su cabeza—. *Mío*.

Sus labios chocaron con la boca de él y, de repente, su cuerpo se tensó y sus movimientos vacilaron. Cerró los ojos y gritó de placer.

El estrechamiento de su sexo alrededor de su miembro superaba todo lo que Ketahn había sentido jamás, pero no era nada comparado con aquella palabra que salía de sus labios con tanta

pasión y posesividad. Rugió, martilleándola una última vez mientras todo su cuerpo se tensaba, mientras su eje palpitaba a punto de explotar, mientras el resplandor dorado de su pelo a la luz del sol se apoderaba de su visión.

La presión se quebró. Su semilla se derramó dentro de ella, vaciándolo todo y llenándolo de éxtasis. Sus tentáculos se extendieron dentro de ella, agitándose y vibrando, y sus sacudidas comenzaron de nuevo, extrayendo aún más de su semilla.

Durante esos instantes, no pudo distinguir entre sus cuerpos. Ella era una con él, y él con ella.

«*Mía. Tuyo. Mi compañera*».

«*Mi todo*».

Las uñas de Ivy le arañaron la piel mientras soltaba gritos ahogados contra su cuello, con su aliento caliente sobre su piel. Le susurró palabras de amor, palabras que él no entendía, y una y otra vez le dijo que lo amaba, mientras lo abrazaba con fuerza en medio del salvajismo de su placer.

Y él la abrazó, encerrándola firmemente sobre él, sin querer renunciar a ninguna parte de ella. El sexo de Ivy se estremeció alrededor de su miembro, y su cuerpo humedecido por el sudor tembló. Ketahn respiró hondo, aspirando la fragancia de su apareamiento mientras rozaba con la boca las marcas de su hombro.

Algo húmedo tocó su piel y goteó por su espalda. Ivy resopló, sacudida por un estremecimiento.

Él la sujetó con más fuerza y llevó una mano a su pelo para peinarlo lentamente con sus garras.

—Ah, mi *nyleea*. Se acabó el miedo. Se acabó la tristeza.

—Prométeme que no dejarás que te aleje de mí —gimió ella.

La furia que había cargado durante tanto tiempo brilló en lo más profundo de su pecho. La reina no había dejado nada sin corromper.

—No me separará de ti —rugió—. La próxima vez que me encuentre con Zurvashi, ella encontrará su fin. Tejo mis palabras en un vínculo, mi hilo del corazón.

Capítulo Veintiocho

Callie suspiró y echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo gris de primera hora de la mañana.

—¿Tengo que hacerlo?

—Todos los demás lo han hecho —dijo Cole, echando otro palo al fuego—. No te nos *akobaardesh* ahora, Callie.

—La verdad es que no entiendo por qué la conversación ha tomado este rumbo. ¿No se supone que deberíamos haber dejado todo eso atrás? ¿El pasado en el pasado y esas cosas?

—Sí, así es —respondió Lacey con una sonrisa—. Pero es que también dejamos atrás la música, la *teeleh* y los *libroh*, así que nuestras opciones de entretenimiento son bastante limitadas.

—De vuelta a lo básico —dijo Will antes de dar otro bocado a la carne.

Cole gruñó.

—Me pregunto qué hacían los cavernícolas para entretenerse.

—Contar historias —Sonriendo, Ivy le pasó a Ketahn un humeante trozo de carne asada—. Los humanos han contado historias desde el principio de los tiempos, ¿no? Incluso antes de que tuviéramos el mismo nivel tecnológico que los *vrix*.

Ketahn dio las gracias con la cabeza y se metió la comida en la boca. Los jugos golpearon su lengua con una explosión de sabor, y emitió un trino de agradecimiento. Los *vrix* habían secado la carne para conservarla desde siempre, pero durante gran parte de la vida de Ketahn era habitual comer la carne cruda.

Había llegado a disfrutar de los sabores que desprendía la carne cuando se cocinaba.

—Sí —dijo Diego—. La vivencia humana siempre se ha compartido.

La mirada de Ivy se detuvo en Ketahn.

—¿Y cómo íbamos a saber que esas vivencias se compartirían mucho más allá de los propios humanos?

Cole resopló, cogió otro palo y lo partió en dos.

—Es demasiado temprano para que las conversaciones sean tan profundas. Callie no se va a librar de esto. Nos debe una historia.

Callie frunció los labios y arrugó la nariz.

—Compartir una historia es una cosa, pero ¿por qué tiene que ser una vergonzosa?

—Porque son las que forjarán los lazos más fuertes en nuestra pequeña hermandad —dijo Diego. Se había afeitado el vello de la cara esa mañana; era extraño verle con el mismo aspecto que tenía al despertarse, ocho días atrás—. Todos hemos pasado vergüenza en algún momento de nuestras vidas. Compartir algunos de esos momentos nos ayudará a vernos a un nivel más

profundo, a ver que todos tenemos defectos, pero que confiamos en los demás lo suficiente como para tenerlos.

Will soltó una risita y sacudió la cabeza.

—¿Dijiste que eras enfermero o *terahpeeuta*, Diego?

Diego sonrió, mostrando sus dientes blancos y planos. Algunos de los cráneo-espinas que estaban sentados con el grupo ladearon la cabeza; les llevaría tiempo acostumbrarse a aquellas expresiones.

—Soy lo que quieras que sea, William —dijo Diego.

Will bajó la mirada, pero no antes de que Ketahn captara la mirada tímida de sus ojos, o la curva ascendente de sus labios.

—No tienes que compartir nada si no quieres —dijo Ivy, apoyando el codo sobre la pata delantera derecha doblada de Ketahn y apoyando el costado en ella.

Ahmya bajó la mirada hacia los trozos de hierba con los que había estado jugueteando en su regazo; los había tejido en una larga y ordenada trenza con sutiles variaciones en su dibujo a lo largo de toda ella.

—¿Puedo contar otra mía en tu lugar, si te apetece?

—Uf —Los hombros de Callie se encogieron y bajó la cabeza—. No, no tienes por qué hacerlo. Contaré una historia. Pero una rápida, ¿vale?

—Estos *huu-nanos* comparten muchas palabras —dijo Garahk, que estaba sentado a la izquierda de Ketahn—. ¿Alguna vez hacen silencio?

Ketahn carraspeó.

—Sí, pero pocas veces.

Aunque no entendía todas las cosas de las que habían hablado, Ketahn comprendía su razón para hacerlo: el miedo. Sabían que la lucha con Zurvashi se acercaba. Los Ojos de Garahk, que cumplían una función similar a la de los Garras de la Reina, habían informado de que Zurvashi estaba acampada en el borde de la ciénaga más cercana a Kaldarak con al menos cincuenta Garras y Colmillos.

Esta conversación era una forma de que los humanos se distrajeran de lo que estaba por llegar. Una forma de olvidar para lo que se habían preparado los dos últimos días, de ignorar todos los posibles desenlaces que sin duda revoloteaban por sus mentes.

Callie inspiró.

—Vale, a veces, cuando era pequeña, mis padres tenían que salir de la ciudad por viajes de trabajo y yo me quedaba en casa de mi abuela —Una suave sonrisa asomó en las comisuras de sus labios—. Me encantaba. Siempre tenía esas galletas de *mantekillah* que venían en pequeñas *lahtaas*, y tantas mantas de punto mullidas, y siempre se acurrucaba conmigo en el *sohfaa* y veíamos programas de naturaleza y *cienciaiah*. Y el olor... Era como un olor a *viejo*, supongo, pero era agradable. Muy reconfortante. En fin, de pequeña me encantaba el zumo, toda clase de zumos. Un día estaba en casa de mi abuela, preparándome para ir al *coleegioh*, y abrí la *nevehra* y había un zumo morado. Pensé que era zumo de *uvah*, aunque podía ver perfectamente que era de *cirueelah*. Mi cerebro me decía que era una especie de *uvah* de lujo. Me bebí cuatro vasos. Ni siquiera me apetecía, pero... supongo que tenía mucha sed. Así que durante un rato todo fue bien. Iba andando al *coleegioh*, jugando con mis amigos, con la mente ocupada. Pero entonces, justo después de comer, me vino de golpe.

—Ay, no —exhaló Lacey, con los ojos muy abiertos.

—Ay, sí. Justo en mitad del ensayo para un *recihtaal* que estábamos haciendo.

—¿Delante de todos? —preguntó Cole.

Ivy se estremeció.

Callie se rio y sacudió la cabeza.

—No, gracias a Dios. Conseguí llegar al baño, pero... —Se aclaró la garganta—. Digamos que aquel día perdí mis pantalones favoritos. Y punto.

Cole exhaló un fuerte suspiro.

—Mierda.

—Sí. Literalmente.

—Joder, no quería decir...

—No pasa nada —Callie agitó una mano—. Realmente fue todo una mierda. Pero sobre todo, ya sabes... ahí abajo.

Los humanos se rieron. Su risa fácil parecía el complemento perfecto para el crepitar y chisporrotear del fuego, haciéndolo de algún modo más cálido y acogedor. Los vrix charlaban, aunque la mayoría no entendía ni el humor de la historia de Callie ni las palabras que había utilizado para contarla. Incluso Ketahn carecía de la suficiente comprensión de los asuntos humanos como para descifrar lo que dijo hasta el final.

Pero la risa humana era lo que Diego había llamado *kontagioosah*: se propagaba de individuo a individuo. Había dicho que hablaba con gran conocimiento de causa debido a su formación como sanador, un comentario que había producido varias risitas en su momento.

Tal vez, con los años, Ketahn aprenderá a comprender de verdad esas cosas.

Solo tenía que asegurarse de que él e Ivy tuvieran esos años para pasarlos juntos.

Ketahn apoyó una mano en el hombro de Ivy, masajeando sus tensos músculos, y ella se apoyó en él con un poco más de firmeza. Cubrió aquella mano con la suya y le dio un apretón.

Su primera noche en Kaldarak, Ketahn y su tribu se habían reunido de nuevo con Nalaki para elaborar un plan para su enfrentamiento contra Zurvashi. Kaldarak podía ganar esta batalla contra la reina si llegaba el caso, pero Nalaki le había dicho a Ketahn que solo tenía suficientes guerreros experimentados para igualar en número a Zurvashi y ni uno más, no sin dejar a muchos de los suyos vulnerables en los asentamientos más pequeños de los alrededores de la Maraña.

Las lunas ya estaban en lo alto cuando consolidaron su plan. Parecía que nadie estaba contento con las decisiones, pero nadie podía discutirlos. Ketahn, en particular, había protestado por la presencia de los humanos durante el encuentro. Los había preferido en Kaldarak, o mejor aún, conducidos lejos para ocultarse hasta que Zurvashi ya no existiera. Pero Ivy y los humanos habían insistido en que la lucha les pertenecía tanto como a Ketahn.

Zurvashi había matado a Ella y prácticamente había jurado destruir a los humanos restantes.

Aunque Nalaki no había parecido complacida por ello, se había puesto del lado de los humanos en aquella discusión. Para los cráneo-espinas, cualquiera que estuviera dispuesto a luchar para defender a los suyos, a su hogar, era un guerrero de corazón, y no negarían a los humanos su derecho a luchar.

Y Ketahn no podía negar que las ideas aportadas por los humanos bien podrían decantar la batalla a su favor si se llegaba a una guerra abierta. Los vrix se habían sentido confusos por las peticiones de Callie de grasa animal, pero habían accedido. Durante los dos días siguientes, los humanos, los cráneo-espinas y los acechasombras habían trabajado juntos para preparar el lugar elegido para la batalla, en el suelo de la jungla, a las afueras de Kaldarak.

Esas ideas humanas ya no parecían tan raras.

Cole también se había puesto manos a la obra, después de inspirarse con unos palos que habían caído en una de las plataformas. Tras un día de jugar con diversas herramientas y trozos de madera, había pedido a Rekosh que le tejiera un hilo de seda fuerte y tenso. Anteayer,

al caer el sol, Cole había hecho una demostración de su creación: un arco.

Con una tira de madera flexible y un hilo de seda, había creado un arma que podía lanzar pequeñas lanzas llamadas flechas con una velocidad y una fuerza considerables. Dijo que había aprendido *tiroh con arko* cuando era niño, y aunque su arco no era muy bueno, los vrix ya habían sabido sacarle partido.

Telok, Cole y varios cráneo-espinas habían pasado el día de ayer fabricando tantos arcos y flechas como habían podido. Aunque Ketahn dudaba de que aquellas armas fueran capaces de matar a un vrix, especialmente a Zurvashi, permitirían a los humanos infligir daño a distancia en caso de necesidad.

Cuanto más lejos estuvieran de los guerreros de la reina, mejor.

Con suerte, los humanos practicarían hoy con las armas. Solo Cole estaba familiarizado con su uso, y aunque Will y Lacey mostraban potencial, todos necesitaban tiempo para aprender. Lo mismo ocurría con los pocos vrix que habían probado los arcos.

El futuro no estaba garantizado, y ahora menos que nunca.

—¿Tiene miedo, Ketahn? —preguntó Garahk, inclinándose más hacia él. Golpeó a Ketahn con el codo—. ¿En sus entrañas?

Ketahn miró a Ivy.

—Sí.

—Su reina bebedora de sangre transmite miedo y guerra. Pero el miedo no hace la vergüenza.

—No lo hace. Pero a pesar de todo, no la temo.

—No hay vergüenza, acechasombras. Ella da miedo en mis entrañas —Garahk golpeó el suelo con la punta de la pata—. Un guerrero no es el que carece de miedo.

—Si no uno que actúa a pesar de él.

—Sí. Posee una sabiduría casi tan grande como la mía —Garahk levantó una mano, con los dedos índice y pulgar enroscados y solo una pequeña distancia entre ellos—. Un poco más de sabiduría y seremos iguales.

Ketahn carraspeó, pero su humor se desvaneció rápidamente.

—No la temo, Garahk. Temo... lo que ella quiere arrebatarme. Temo lo que puedo perder. ¿Lo entiende?

Los ojos del cráneo-espina se desviaron hacia Ivy y sus mandíbulas se movieron hacia abajo.

—Conozco sus palabras, Ketahn. Las conozco hasta el fondo de la llama de mi corazón.

Ivy volvió a apretar la mano de Ketahn y lo miró por encima del hombro. Aunque sonreía, a él no se le escapó el brillo del miedo en sus ojos. ¿Cómo no iba a percibirlo, cuando llevaba tanto tiempo en ellos? ¿Cómo no iba a tenerlo, si era Zurvashi quien lo había provocado?

Ivy y él no estaban seguros de si debían informar a Nalaki y Garahk de su estado, pues no sabían cómo reaccionarían los cráneo-espinas. ¿Lo verían como un terrible presagio, como una abominación, una cosa monstruosa, como sin duda haría Zurvashi? ¿Decidirían expulsar a la tribu de Ketahn o, peor aún, declararían que no se podía permitir la existencia de semejante criatura?

Sin embargo, para Ketahn lo más importante era que Ivy y su cría estuvieran a salvo. A pesar de toda su rabia, toda su determinación y toda su claridad, no podía decir qué les depararía el futuro. Estaba seguro de que Zurvashi vendría. Estaba seguro de que ella aceptaría luchar sola contra él.

Una vez comenzada la batalla, no había forma de saber lo que ocurriría.

Si él no podía proteger a su compañera, si sus amigos o su hermana no podían, *alguien* tenía

que hacerlo. ¿Y cómo iba a pedirselo a los cráneo-espinas sin decirles antes que Ivy llevaba una cría, su cría, en su interior?

Nalaki y Garahk habían escuchado atentamente las palabras de Ivy y Ketahn. La incredulidad había sido evidente en sus ojos, pero se había desvanecido, sustituida por un creciente asombro. Cuando Nalaki había pedido tocar el vientre de Ivy, esta había sonreído tan alegremente que a Ketahn le habían dolido las entrañas y todo su cuerpo se había tensado ante la idea de que la hembra de los cráneo-espinas pusiera las manos sobre su pequeña compañera.

Pero Ivy había accedido. De algún modo, Ketahn se había mantenido en su sitio mientras observaba cómo la enorme mano de Nalaki descendía para cubrir el vientre de Ivy y la cría que llevaba dentro. Una parte de su mente reconoció lo que estaba ocurriendo: el vínculo que se formó entre las hembras en aquel momento, un vínculo de maternidad y esperanza, de deleite e incertidumbre. El resto de su mente le exigía que luchara contra los cráneo-espinas, porque un movimiento de sus dedos habría bastado para enterrar sus garras profundamente en la carne de Ivy.

Sin embargo, la *daiya* cráneo-espina había sido muy amable y, con el permiso de Ivy, había continuado explorándola. Había examinado de cerca las manos de Ivy, hasta las yemas de sus diminutos dedos; había puesto una mano en el hombro de Ivy, haciéndola balancearse, mientras estudiaba las piernas de la humana, preguntándose claramente cómo una criatura así podía mantenerse erguida. Había tocado el pelo de Ivy e incluso había trenzado algunos mechones. Después, como muestra de confianza y amistad mutuas, Nalaki había llevado a Ivy al nido del rincón y le había permitido tocar los huevos.

—Los *vrix* y estos *huu-nanos* estamos destinados a estar juntos —había dicho Nalaki—. Si no, ¿por qué serían capaces de comunicarse con nosotros? ¿Por qué podrían crear crías con nosotros? No puedo creer que algo así pueda suceder si no es la voluntad de los Ocho, y de no ser su voluntad... cuestionaría su sabiduría.

Garahk le había siseado entonces.

Nalaki había chasqueado los colmillos de su mandíbula y le había fulminado con la mirada.

—Compartiré las palabras que quiera, mi *luveen*. Tú lo ves tan bien como yo, tú que eres mis ojos. Es como dijo Ivy. Estos *huu-nanos* parecen diferentes, pero por dentro son iguales a nosotros.

Anoche, mientras Ivy y los demás humanos preparaban la cena, Ketahn había ido a hablar de nuevo con Nalaki y Garahk. Había conseguido que le hicieran un juramento. Si algo les ocurría a él y a sus amigos, los cráneo-espinas protegerían a Ivy. Cuidarían de ella y de su prole, tal y como había dicho Nalaki, como si ellos mismos fueran cráneo-espinas nacidos aquí mismo, en Kaldarak.

Su compromiso había aliviado el peso que se había apoderado de Ketahn. Había sido la última carga de ese tipo de la que podía desprenderse; el resto lo llevaría consigo hasta el final. Hasta que matara a su enemigo.

Garahk inclinó la barbilla, indicando a los humanos que estaban sentados al otro lado del fuego.

—¿Han terminado de contar historias?

—Sí —dijo Ivy—, creo que sí.

—Yo querría compartir una historia. ¿Se la contaría con palabras *huu-nanas*?

Ivy giró un poco más el torso, mirando a Garahk.

—Sí, claro.

Ketahn levantó las mandíbulas con una sonrisa y enganchó cuidadosamente el pelo de Ivy

con su garra, pasándoselo por detrás de la oreja para poder verle la cara por completo. Parecía casi de otro mundo, con el fuego que la rodeaba, con su luz bailando sobre su piel y brillando en sus ojos.

Inclinando la cabeza, Garahk desvió la mirada hacia Ketahn.

—Es una historia de la guerra entre los míos y los suyos. ¿Eso les ofende?

—No —respondió Ketahn.

Sus amigos y su hermana se hicieron eco de su respuesta. No deseaba que le recordaran aquellos sucesos, lo que había hecho y lo que había perdido, pero los cráneo-espinas veían las cosas de otro modo. Si Ivy quería de verdad formar un hogar aquí —y Ketahn podía verlo, podía ver cómo encontraban aquí la felicidad y la paz—, tendría que aprender sus costumbres.

Tendría que aprender a ver su pasado de forma diferente. Solo esperaba que eso fuera más fácil cuando Zurvashi se hubiera ido.

—Esta historia ha surgido en mi mente muchas veces desde que vi la suya en la ciénaga —dijo Garahk, mientras Ivy traducía para los humanos—. Quisiera compartir las palabras de un guerrero con gran *shar'thai*, un acechasombras al que honramos desde el día en que fue testigo de la batalla. Los suyos y los míos lucharon en la ciénaga. El fango hambriento nos succionaba las patas, y los eshkens nos mordían, pero luchamos duro. Estaban cerca de nuestro hogar, de Kaldarak. Los eshkens lucharon como uno solo con la ciénaga, y causaron mucho dolor y heridas a los nuestros, hasta que llegó nuestra *daiya* con sus guerreros. Una de esas guerreras se llamaba Okalan ka'Hana, Rompedora de las Corazas Doradas. Ella se adelantó sin miedo para librar batalla con sus pieles negras —Garahk curvó los dedos como si estuviera agarrando un eje invisible y empujó la mano hacia delante—. Su lanza cayó como un rayo, atravesando a sus pieles negras como una aguja atraviesa la tela. Cuando se lanzó, su garrote golpeó tan fuerte como para derribar árboles. Penetró con fuerza contra los pieles negras, y solo uno se detuvo ante ella. Un piel negra bajo, pero con la forma de un cráneo-espina, ancho y fuerte.

Un zumbido bajo vibró en el pecho de Ketahn y miró a Urkot, que estaba inclinado hacia delante con los brazos sobre las patas delanteras dobladas, observando a Garahk con recelo.

—Okanan blandió su garrote. Se hizo añicos contra su cabeza, pero no derribó al ancho. Su lanza se hundió profundamente en sus entrañas. Okalan no se dejaría matar por alguien como él. Rugió y agarró al piel negra. Él era muy fuerte, pero ella lo era más. Nuestros guerreros oyeron cómo le arrancaba el brazo. El desgarró de la carne y el chasquido de los huesos. El agua de la ciénaga se tiñó de rojo con su sangre cuando ella lo arrojó a un lado. Pero el ancho no aceptó su muerte. Se levantó y respondió al rugido de Okalan, y su rugido sacudió la ciénaga. Con su lanza clavada en Okalan, levantó su brazo caído y lo utilizó para darle muerte. La ciénaga bebió mucha sangre aquel día, pero aquella lucha no sería olvidada por quienes la presenciaron. Le dimos el nombre de Tres Brazos, la Perdición de la Rompedora.

Los pocos cráneo-espinas que se habían unido al grupo emitieron sonidos de asentimiento y se golpearon el pecho con los puños.

—¿En serio golpeó a un vrix hasta matarlo solo con un *brazo*? —preguntó Callie, con los ojos muy abiertos, dejando de mirar a Ivy para mirar a Urkot—. Eso es una locura.

Urkot carraspeó. Sus mandíbulas se crisparon con él, y se echó hacia atrás, dándose una palmada en la cicatriz del costado.

—Hay mucha más gloria en tu historia que en la verdad, Garahk.

—Comparta sus palabras, Tres Brazos —dijo Garahk con un carraspeo propio, señalando a Urkot—. Cuéntenos su historia.

—No tiene fama de contar historias —Rekosh golpeó con la punta de una pata la espalda de

Urkot. Tenía un largo trozo de hilo enroscado entre dos de sus manos, dispuesto en patrones entrecruzados—. Tal vez sea mejor dejar tus palabras en su sitio, no sea que se arruine la historia para todos.

Resoplando, Urkot golpeó a Rekosh con una pata, lo bastante fuerte como para hacer tambalearse al esbelto vrix.

—Mi brazo, mi historia.

—Entonces cuéntala antes de que la jungla crezca sobre nosotros y entierre nuestros huesos —dijo Telok.

—Bueno... no hay mucho que no se haya dicho.

—Vamos, Tres Brazos —dijo Garahk—, debe tener más palabras que compartir.

Urkot resopló y distraídamente se pasó los dedos por encima de la cicatriz. De los amigos de Ketahn, Urkot llevaba las marcas más evidentes de la guerra en su cuerpo, pero siempre había parecido el menos marcado por ella en mente y espíritu. Ketahn no dudaba de que Urkot había sufrido en silencio, pero siempre se había mantenido firme.

—Muy bien —Urkot apoyó la mano en la pata delantera—. La verdad de todo. La cráneo... ¿Cómo se llamaba?

—Okalan ka'Hana, Rompedora de las Corazas Doradas —dijo Garahk.

—Okalan. Ya estaba herida cuando llegó hasta mí. Debía de haber luchado antes contra otros seis o siete Garras. No sé si sus heridas la ralentizaron, pero quería que se supiera. Cuando la miré, vi mi muerte. Soy un excavador, un moldeador de piedras, y mi lugar no estaba entre los guerreros. Pero era el único que quedaba para defender nuestro frente, así que dirigí unas palabras a los Ocho —hizo rápidamente el gesto de los antebrazos cruzados que siempre le quedaba incompleto— y cargué para enfrentarme a mi destino. La golpeé primero. Le clavé la lanza medio segmento en las tripas. No sentí su garrote. Mi vista se volvió negra y un gran ruido llenó mi cráneo, pero no lo sentí. Mi único pensamiento era liberar mi lanza. La *necesitaba*, pero no salía. No entendía por qué, así que seguí tirando de ella.

—Porque es de cabeza dura y gruesa, pero su mente aún puede ser aturdida por un buen golpe —dijo Rekosh.

Urkot carraspeó.

—El poco ingenio que poseía, Okalan me lo quitó de la cabeza. Estaba confuso cuando me agarró. Recuerdo que pensé que no buscaba pareja, pero ¿cómo iba a negarme a una hembra que estaba tan interesada en mí?

Los demás vrix, incluidos los cráneo-espinas, castañetearon. Unos instantes después, cuando la traducción de Ivy se ajustó a la historia, los humanos se echaron a reír.

—Entonces rugió en mi cara y tiró de mis brazos en direcciones opuestas —continuó Urkot—. Tu historia, Garahk, no cuenta lo suficiente de esta parte.

—¿Qué le falta, Tres Brazos? —preguntó Garahk.

—Que *dolió* —El tono de Urkot, que sugería que la respuesta debería haber sido obvia para todos, provocó más castañeteo y risas—. Solo he soportado un dolor peor en toda mi vida.

—¿Cuál? —preguntó Ahnset.

—Escuchar hablar a Rekosh todos los días.

Aquello provocó aún más risas, incluso a Rekosh.

Para Ketahn, ver a todos —sus amigos, su hermana, los humanos y los cráneo-espinas que antes habían sido sus enemigos— así reunidos le llenaba de una esperanza tan brillante como la sonrisa de su compañera. Ojalá no fuera todo tan frágil. Ojalá no corriera el riesgo de romperse.

Sin levantar la vista del hilo que le envolvía los dedos, Rekosh dijo:

—Una vez cada uno o dos ciclos lunares, Urkot, consigues juntar las palabras de un modo que sugiere que hay algo más que rocas dando vueltas en tu cráneo.

—Y una vez cada varias estaciones, consigues juntar tus palabras de un modo que sugiere algo más que seda mullida metida en la tuya —dijo Telok.

Podrían haber seguido así mientras el sol se deslizaba hacia su punto álgido del mediodía —al que inevitablemente se unirían Ketahn y Ahnset—, de no ser por la pregunta de uno de los cráneo-espinas.

—¿De verdad mataste a Okalan con tu brazo, Tres Brazos?

—No —respondió Urkot, levantando la parte superior de su brazo izquierdo para estudiar la cicatriz—. Solo sabía que había perdido mi lanza y que Okalan atacaría a mis amigos. Cogí lo primero que tocaron mis dedos. Y me lancé sobre ella con una furia ciega, blandiendo el brazo como un garrote. Cayó ante mí, en la ciénaga, y empezó a hundirse en el barro. Fue entonces cuando liberé mi lanza y volví a clavársela. El agua estaba tan oscura de sangre y barro que solo pude ver su cabeza y sus hombros por encima de ella.

—Semejante victoria debió de hacer que tu *shar'thai* ardiera como el sol —dijo otro de los cráneo-espinas.

—No lo sé. Caí sobre ella y observé cómo la sangre se esparcía por el agua. Sabía que gran cantidad de esa sangre era la mía. Pensé que había llegado la hora de mi largo descanso. Entonces Ketahn —Urkot inclinó la barbilla hacia Ketahn y tocó con un nudillo su cabeza— me sacó del agua y me puso a salvo. Recuerdo poco de lo que siguió.

Levantando las mandíbulas, Ketahn carraspeó suavemente.

—Recuerdo que pesabas mucho.

—No creo que eso haya cambiado.

—Tu vida por un brazo —dijo Telok, acercándose para golpear el hombro de Urkot—. Un pequeño sacrificio al fin y al cabo.

—Y era el brazo que menos me gustaba —Urkot volvió a acariciar la rugosa cicatriz—. A veces aún lo siento ahí. Como... un espíritu persistente.

—Los humanos lo llamamos miembro *fantaasmah* —dijo Ivy.

—Les pasa a muchos *amputahdos* —añadió Diego, mientras Ivy traducía lo que podía—. Es como si esa parte de ti que ha estado allí estuviera *konectahda* tan profundamente a tu *sisteemam nerviiosoh* que tu cuerpo no puede olvidarla.

Un movimiento en el borde de la visión de Ketahn llamó su atención. Giró la cabeza para ver a un par de machos cráneo-espinas cubiertos de barro que se acercaban al fuego. Garahk también se giró y se le erizó el vello de las patas.

—¿Llevaste el brazo contigo a Takarahl? —preguntó otro de los cráneo-espinas.

Urkot gruñó, y su mirada también se dirigió hacia los machos que se acercaban.

—Lo dejé donde caí. Como trofeo para Okalan. Un trozo de mí que conservará para siempre.

Cole se rio después de que Ivy hablara.

—Vaya. Eso... eso sí que es jodido.

Garahk se incorporó y se giró hacia los recién llegados, saliendo a su encuentro.

Ivy se tensó, su sonrisa se desvaneció, sus uñas sin filo se clavaron en la mano de Ketahn incluso cuando el pavor de sus entrañas volvió a manifestarse.

Garahk y los dos Ojos hablaron brevemente en voz baja; aunque Ketahn no podía distinguir sus palabras, cada una de ellas reforzaba la pesada sensación que sentía en el vientre, cada una le retorció las entrañas un poco más. Debería haber sabido que era imposible disfrutar de este sabor de paz y camaradería sin recibir algún recordatorio de la verdad.

Con las mandíbulas crispadas, Garahk giró sobre sí mismo para mirar a todos los que seguían reunidos alrededor del fuego. La luz de sus ojos había adquirido un brillo serio y duro como Ketahn no había visto nunca en ellos, un atisbo del guerrero que Garahk era en su interior.

—Ya viene —susurró Ivy sin aliento. Su cuerpo se estremeció contra la pata de Ketahn.

Durante mucho tiempo, Ketahn había sabido que llegaría a este momento. Había sabido que nunca tendría la vida que deseaba con su compañera sin enfrentarse a Zurvashi. Sin matarla. Pero una parte de él esperaba tener más tiempo, tiempo para vivir y amar, para pasar todos esos pequeños momentos con su compañera que unirían sus hilos del corazón cada vez con más fuerza.

Un zumbido bajo e infeliz emanó del pecho de Garahk.

—La reina bebedora de sangre avanza hacia Kaldarak.

Capítulo Veintinueve

Los guerreros de Kaldarak descendieron de los árboles en silencio ante la llamada de Garahk. Durante el breve tiempo que Ketahn había pasado aquí, los cráneo-espinas se habían mostrado amistosos y cálidos, siempre deseosos de hablar, de escuchar y de compartir historias. Los vrix que ahora se acercaban parecían diferentes de los que habían acogido a la tribu de Ketahn en su aldea.

Los cráneo-espinas eran como habían sido siete años atrás, cuando Ketahn y sus amigos habían luchado contra ellos: feroces guerreros dispuestos a morir para proteger Kaldarak.

De pie, con Garahk a su izquierda e Ivy a su derecha, Ketahn observó cómo los guerreros se reunían al otro lado del fuego junto con el resto de su tribu. Llevaban lanzas, garrotes y hachas, pero lo más importante era que todos llevaban una intensa luz en su mirada.

Ahora se enfrentaban a la batalla que esperaban desde hacía años. La batalla por su hogar.

Ketahn estaba decidido a impedir que esa batalla se produjera. Si no hubiera sido por él, esos vrix no habrían tenido que reunir a sus guerreros en defensa de su tierra, no estarían yendo a la guerra contra la reina que los había destrozado.

Garahk alzó la voz para que resonara entre los árboles.

—Kaldarak ha hecho la guerra a muchos enemigos. Los nuestros han perdido, y han ganado, pero nuestro *shar'thai* siempre brillará. La guerra es el camino de la Maraña, y por eso Kaldarak no la odia. Pero la reina bebedora de sangre no dio solo la guerra. Dio odio, llenó de él los corazones de Kaldarak y bebió la sangre de nuestros parientes. Dio la muerte a todos. No importaba si no podían alzar una lanza. Crías y ancianos, cultivadores, modeladores, tejedores. Esta ciénaga se llenó para siempre de huesos y rebosó de sangre. La sangre de los nuestros. Solo ella se ha ganado el odio de Kaldarak. Esto es cierto bajo el sol, el cielo, la luna y las estrellas, y bajo sus óctuples ojos. Ahora, la reina bebedora de sangre se dirige a nuestro hogar para llevarse a los que se han convertido en nuestros, igual que se llevó a nuestras hermanas y hermanos, a nuestras madres y padres, a nuestras crías, a nuestros amigos. Ya nos ha quitado mucho. Demasiado. ¿Nos va a quitar más?

Los cráneo-espinas respondieron al unísono con un poderoso «no», golpeándose el pecho con los puños y golpeando el suelo con sus armas para crear un inmenso sonido que se extendió desde el grupo como un viento tormentoso.

—Ninguno de los nuestros dudará en dar guerra —continuó Garahk—. Nuestro *shar'thai* es grande. No tememos la batalla y la muerte solo nos da gloria. Pero Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari, Lanza en las Sombras, se ha ofrecido como campeón. Luchará para que el resto de los nuestros no sufran nuevas cicatrices. ¿Aceptáis a este campeón?

De nuevo, los cráneo-espinas respondieron al unísono, esta vez con un «sí», acompañándolo de aún más golpes.

—Lanza en las Sombras luchará por Kaldarak, y la reina bebedora de sangre caerá ante su lanza —Garahk se volvió hacia Ketahn—. Los suyos son míos, acechasombras, y los míos son suyos. Somos uno.

Uno de los cráneo-espinas se acercó al fuego llevando un gran cuenco. El líquido que contenía era espeso y de un rojo intenso; la pintura parecía sangre, pero olía a flores de lanza.

Los cráneo-espinas levantaron el cuenco hacia Garahk, que lo aceptó con sus manos inferiores.

Garahk sumergió una de sus manos superiores en la pintura, cubriendo su palma, y luego la apretó contra el hombro de Ketahn.

—Somos uno. Con esta marca, comparto mi *shar'thai*.

Uno a uno, los otros cráneo-espinas dieron un paso adelante. Cada uno se detuvo ante Ketahn, sumergió una mano en la pintura y se la puso, dejando una nueva huella en sus brazos, patas, espalda o abdomen. Cada uno se hizo eco de las palabras de Garahk: «*somos uno*».

Alentados por algunos de los guerreros, que hasta entonces habían permanecido callados, la tribu de Ketahn se adelantó cuando los cráneo-espinas terminaron. Rekosh, Urkot y Telok realizaron el breve ritual, sus manos se detuvieron un poco más, sus miradas sostuvieron las de él con más firmeza.

—Caminamos contigo —dijo Telok.

Cuando Ahnset se acercó a él, parecía a punto de hablar. Pero sus mandíbulas se movieron hacia abajo y no salió ninguna palabra. Una luz triste bailaba en sus ojos: arrepentimiento, pérdida, resignación. Le puso la mano grande y pintada en el hombro y le dijo:

—Somos uno, hermano de cría.

Se alejó, y los humanos fueron los siguientes, empezando por Diego.

—Vas a ganar esto —dijo mientras ponía la mano en la pintura. Tocó con esa mano la parte inferior del antebrazo izquierdo de Ketahn—. *Ikesh elad iln ul*.

«*Somos uno*».

Los otros humanos repitieron las palabras en vrix mientras dejaban sus marcas, algunos con más dificultades que otros, pero cada uno de ellos también le dirigió unas palabras en español: palabras de ánimo, de convicción.

—Mata a esa zorra para que podamos relajarnos un poco, colega —dijo Cole.

—Te cubrimos las espaldas —le dijo Lacey a Ketahn.

—Pase lo que pase —dijo Will—, todos saldremos de esta.

Callie sonrió, aunque la expresión era tensa.

—No tiene ninguna posibilidad. Estaremos celebrando tu victoria a la hora de comer.

—Vuelve con nosotros sano y salvo —dijo Ahmya mientras se ponía de puntillas para dejar su marca en el cuello de Ketahn, que parecía ser uno de los pocos puntos desnudos de su cuerpo —. *Ikesh elad iln ul*.

Ivy fue la última, que se había ido acercando a los demás a medida que avanzaba el ritual. Se acercó a él con deliberada lentitud, separando los labios y subiendo y bajando los hombros con su respiración profunda y temblorosa. Pero sus ojos, tan puros y azules, no se apartaron de los de él. El cabello dorado que enmarcaba su rostro hacía que aquellos ojos fuesen aún más vibrantes.

El pecho de Ketahn se hinchó de amor, de anhelo, de cien emociones que hicieron a un lado su miedo. La hembra que había sacado del foso aquel día había cambiado mucho desde entonces, pero con esos cambios se había vuelto más *ella misma*. Más bella, más segura de sí misma, más

valiente. La fuerza que había demostrado solo había aumentado a medida que superaba una prueba tras otra.

Ivy se detuvo frente a Ketahn, y él se agachó instintivamente para acercar su rostro al de ella.

—Eres mío —Hundió una mano en la pintura y la presionó sobre sus corazones, que palpitaron con más fuerza bajo su contacto—. En corazón —Bajó la mano y la colocó justo sobre su abertura, haciendo que sus cierres se agitaran—. Cuerpo —Ahora cubrió ambas manos de pintura y las levantó, colocándolas a ambos lados de su cara—. Y espíritu. Tú y yo somos uno, Ketahn.

Colocó las manos inferiores sobre las caderas de ella y se inclinó para tocarle la frente con su cabeza. Una de sus manos inferiores encontró el cuenco y lo tocó con la pintura.

—Somos uno, mi *nyleea* —Echándose hacia atrás, Ketahn colocó su mano cubierta de pintura a un lado del cuello de ella, y dos dedos y el pulgar se estiraron hasta marcar su mejilla.

Permanecieron así durante muchos latidos, mirándose fijamente a los ojos, y Ketahn luchó todo el tiempo contra el impulso de estrecharla entre sus brazos y llevársela a la Maraña. Su lugar estaba a su lado, lejos, muy lejos de Zurvashi y Takarahl. Lejos de todo lo que pudiera hacerle daño.

—Volverás a mí —dijo con firmeza.

—Lo haré, mi hilo del corazón. Tienes mi palabra. Mi juramento. Mi promesa. Por ti, me enfrentaría a los Ocho. Encontraría la forma de cruzar la negrura entre las estrellas. Nada me alejará de ti.

—Debemos avanzar —dijo Garahk con suavidad—. Todo debe estar en su sitio antes de que ella llegue.

Ketahn sabía que era cierto, pero se resistía a liberar a su compañera. Volvería con ella, estaba seguro de ello, haría *cualquier cosa* por cumplir su juramento... pero no podía acallar esa parte de su mente que le decía que estaba a punto de dar una zancada hacia su perdición.

Ivy atrajo hacia sí la cabeza de Ketahn y le besó, dejando que sus labios permanecieran en su boca el tiempo suficiente para que él pudiera saborear una pizca de su dulzura. Cerró los ojos y él percibió el leve aroma de sus lágrimas. Cuando se apartó, volvió a mirarle, con los ojos llorosos pero llenos de determinación, y dijo:

—Es hora de irnos.

Su pecho se agitó.

—Lo sé, mi hilo del corazón. Lo sé.

Pero fue Ivy la que se apartó primero, la que tuvo fuerzas para romper el contacto entre ellos.

—Tenemos que coger nuestras cosas y prepararnos —dijo Cole, que estaba agrupado con el resto de la tribu de Ketahn.

Ivy asintió, retrocediendo unos pasos, con la mirada fija en Ketahn, antes de darse la vuelta y unirse al resto de la tribu. Las manos de Ketahn, ahora vacías, se cerraron en puños. Ya echaba de menos la calidez de su tacto.

Mientras se alejaba, Ivy miró hacia atrás por encima del hombro. Sus ojos, brillantes por las lágrimas no derramadas, volvieron a encontrarse con los de Ketahn. Tan claramente como si hubiera hablado en voz alta, él oyó el mensaje en su mirada.

«Te quiero. Vuelve a mí».

A Ketahn le dolía más los corazones con cada uno de sus fuertes latidos. No sería la última vez que la viera. No podía serlo.

Y entonces ella desapareció, oculta a su vista por los cráneo-espinas que se reunían allí. De repente fue consciente de la pintura de su piel, que ya se estaba secando, de todos los lugares

donde le habían tocado durante el ritual de los cráneo-espinas. Pero solo las marcas dejadas por las manos de Ivy ardían como si hubieran sido grabadas a fuego en su cuerpo y en su espíritu.

«Tú y yo somos uno, Ketahn».

Garahk golpeó la pata delantera de Ketahn con una de las suyas.

—Ven. Demos un paseo.

—¿Pretendías irte sin mí, mi *luveen*? —gritó una hembra desde cerca.

Ketahn y Garahk se volvieron hacia la vrix que había hablado y vieron que Nalaki se acercaba. Un trino recorrió a los cráneo-espinas al verla y se separaron para dejarla pasar, golpeándose el pecho y haciendo sonar sus armas con un ritmo rápido y fuerte.

—Nalaki, mi *daiya*, la llama de mi corazón. ¿Por qué has venido? —La voz de Garahk estaba impregnada de confusión y preocupación, pero en ella había cierta firmeza.

—Ya sabes por qué —respondió ella, deteniéndose ante él. Apoyó la culata de su lanza en el suelo; el arma era más alta que ella.

—Nuestra prole debe ser atendida. Lo sabemos. Tú lo sabes.

Nalaki chasqueó los colmillos.

—No digas tonterías, *luveen*. El orador de espíritus Akoral vela por nuestros huevos.

—No confío en nadie más que en ti, *nyleea*. ¿Quién podría dar más que tú, su madre?

Acortando la distancia que quedaba entre ella y Garahk, Nalaki cogió la nuca de este con una gran mano y se inclinó para tocar su cabeza con la de él.

—La llama de mi corazón se consume con cada momento que paso lejos. Pero soy más que una madre para nuestra prole. También soy *daiya* para Kaldarak, y también soy una guerrera. Si Zurvashi pretende darnos guerra, me reuniré con ella, como he hecho antes.

—Nalaki...

—Somos uno, Garahk —Cerró los ojos—. Somos uno.

En ese momento, Ketahn comprendió más que nunca por qué luchaba. Por supuesto, Ivy y la cría que crecía en su interior eran lo primero; siempre lo serían. Pero había mucho más en peligro. No solo la tribu de Ketahn, no solo sus amigos y su hermana, sino también Nalaki y Garahk. Sus crías aún no nacidas. Los vrix de Takarahl y Kaldarak. Todas esas vidas estaban a la sombra de Zurvashi, amenazadas por ella. Y si Ketahn fracasaba, ¿cuántas más sufrirían ante ella? Después de todo lo que había ocurrido, habría sido un necio si hubiera pensado que ella se conformaría con tomarlo como suyo. Querría descargar su rabia sobre todos y sobre todo, incluido Kaldarak.

Nalaki y Garahk se separaron y, uno al lado del otro, se dirigieron hacia el lugar que habían elegido para la batalla. Ketahn y los cráneo-espinas les siguieron. A pesar de la atracción instintiva que sentía, Ketahn no miró atrás. Su tribu, tanto los humanos como los vrix, no tardarían en llegar.

Una parte de él aún deseaba poder enviarlos a todos a un lugar seguro. Nadie por quien él se preocupara debería haber caminado hacia Zurvashi.

Aunque su destino estaba solo a unos cientos de segmentos de su hoguera matutina, el viaje parecía mucho más largo. Ketahn sentía toda la distancia que había cruzado para llegar hasta allí, a través de la jungla y la ciénaga, sentía el peso de todos los peligros a los que él y su tribu se habían enfrentado, sentía todo lo que habían visto y hecho como cicatrices en su espíritu. Y a pesar de todo lo que habían soportado con la esperanza de escapar, Zurvashi había venido.

Sin embargo, todos esos pensamientos se desvanecieron cuando él y los cráneo-espinas llegaron al terreno que habían preparado. Ketahn se detuvo junto a Nalaki y Garahk y miró hacia la ladera. Por muy bien escondidos que estuvieran, sabía dónde se encontraban las ingeniosas

trampas de los humanos. Ninguno de los guerreros de Zurvashi lograría subir la pendiente ileso.

Los cráneo-espinas habían cuestionado tales métodos. En caso de batalla, querían luchar contra Zurvashi solo con su fuerza y habilidad, como verdaderos guerreros. Pero los humanos les habían convencido explicándoles que en esta batalla no se trataba de honor o gloria, sino de supervivencia. Kaldarak podría ganar la batalla, pero no sobreviviría a la pérdida de la mitad de sus guerreros en su defensa. Estas trampas protegerían las vidas de los cráneo-espinas.

Garahk hizo un gesto a uno de sus guerreros, que se adelantó con cuatro lanzas de púas entre los brazos y los ejes metidos en un saco de piel con una larga correa.

—Como pediste, Lanza en las Sombras —dijo Garahk.

Ketahn aceptó el fardo y se lo echó a la espalda, de modo que las lanzas quedaron sobre sus miembros traseros. Enseguida se dio cuenta de que eran un poco más pesadas que las lanzas que siempre había utilizado, pero no importaba. Necesitaría el peso extra para atravesar la piel de Zurvashi.

Nalaki se volvió hacia Ketahn. Giró la lanza para que quedara plana sobre sus palmas levantadas y se la tendió.

—También pediste esto.

Cerca del extremo romo de la lanza, unas finas tiras de piel envolvían el eje con cuentas de colores que imitaban el arcoíris que Ketahn había visto frente al templo de Kaldarak aquel primer día. La madera era lisa, oscura y perfectamente recta, la seda que sujetaba la cabeza al eje estaba apretada y era precisa, y la piedra negra estaba afilada hasta la punta.

Ketahn solo había pedido una lanza de guerra del tamaño de una hembra, no el arma personal de la *daiya*. Se encontró con su mirada, con las mandíbulas crispadas.

Mientras cerraba las manos en torno al eje del arma, Nalaki dijo:

—Mi madre llevó esta arma contra Takarahl, al igual que yo. Tiene sed de la sangre de Zurvashi.

Ketahn golpeó con un nudillo su cabeza.

—Hoy beberá de ella.

Carraspeó suavemente y golpeó su pata delantera con la suya.

—Vamos. Esperaremos a nuestra invitada.

Garahk y Ketahn acompañaron a la *daiya* mientras atravesaba el claro, evitando los numerosos peligros que habían colocado al descender. Se detuvieron justo después de las trampas, donde tendría lugar la primera y, con suerte, la única batalla.

La mente de Ketahn estaba tranquila mientras esperaba. La calma se extendía sobre él, cómoda como un sudario de tejido suave, pero bajo ella estaba toda su rabia, toda su frustración, toda su desesperación. En algún momento supo que su tribu había llegado, al oír sus voces en voz baja en algún lugar detrás de él, a las que siguieron los sonidos de los cráneo-espinas y los acechasombras que trepaban para llevar a varios humanos a las plataformas de vigilancia dispuestas en los árboles. Fue consciente de la mirada de Ivy sobre él, aunque no se atrevió a devolverle la mirada, y fue consciente de que su hermana se acercaba.

Tras un largo silencio, Ahnset preguntó:

—¿Crees que Korahla estará con la reina?

Con las mandíbulas caídas, miró a su hermana. Sus ojos estaban fijos hacia delante, pero no parecían enfocar nada que estuviera a su alcance.

—No lo sé, hermana de cría.

—No he deseado otra cosa que volver a verla desde que nos fuimos —dijo Ahnset—, y, sin embargo, ahora... temo tanto su presencia como su ausencia.

¿Cuál era la realidad? ¿Qué quería oír Ahnset? Ninguno de los dos lo sabía, y ninguna respuesta proporcionaría consuelo. Si Korahla estaba con Zurvashi, Ahnset y ella serían enemigas. Si no... significaba que Korahla ya estaba muerta.

—No lucharás contra tu compañera, Ahnset. Y ella está bien.

—No puedes prometer eso, Ketahn —Un zumbido bajo e infeliz sonó en su garganta—. No tienes por qué hacerlo. Solo debes saber que estoy contigo.

Ketahn se volvió hacia su hermana, le enganchó una mano en la nuca y tiró de ella hacia abajo para inclinar su cabeza contra la de ella. Aspiró su olor familiar; era el primero que había aprendido al nacer, incluso antes que el de su madre.

—Pondré *fin* a esto, Ahnset.

—Jura que no será tu final.

—No lo será. Tejo mis palabras en un vínculo, hermana de cría.

Se separaron mientras Telok, Rekosh y Urkot avanzaban para unirse a ellos. Ketahn dio un golpecito con un nudillo en su cabeza, encontrándose con las miradas de cada uno de sus amigos, y volvió a mirar hacia delante, con la larga lanza de guerra alzada.

La Maraña estaba en silencio, casi serena, de no ser por el sonido de una brisa fresca que corría entre las hojas de los árboles. El aire olía a lluvia próxima, y aunque el sol había salido, el cielo seguía siendo de un gris sombrío.

Había pasado media mañana cuando apareció el primer Garra de la Reina, en lo alto de los árboles. Un ser envuelto en una capa oscura que se deslizaba entre las ramas, sin duda consciente de su proximidad a Kaldarak; un depredador cauteloso en busca de una presa demasiado grande para atacarla solo.

—No te acerques más —gritó Ketahn.

El Garra se detuvo cuando estaba alcanzando otra rama, y su mirada se dirigió hacia Ketahn.

—Eres osado al mostrarte, traidor.

—Eres osado al mostrarte, Garra.

Gruñendo, el Garra miró más allá de Ketahn, hacia los cráneo-espinas reunidos.

—¿Traicionar a tu reina una vez no fue suficiente? ¿Ahora te unes a nuestros enemigos?

—*Sus* enemigos —rugió Nalaki.

Los dedos del Garra rasgaron la rama y sus mandíbulas se crisparon.

—Todos sufriréis por esto. La reina Zurvashi es vuestra dueña, la vuestra y la de los cráneo-espinas, traidores.

Ketahn levantó las patas delanteras.

—Dile entonces que se dé prisa. Tengo mucho que hacer hoy después de matarla.

—Disfrutaré viendo cómo os destroza a todos lentamente.

El Garra estaba en lo alto y lejos, teniendo ventaja sobre Ketahn por su altura, que se encontraba a poca distancia de una lanza lanzada. Pero Ketahn se había cansado de esperar. Se había cansado de este enfrentamiento.

Alargando la mano hacia atrás, Ketahn sacó una lanza de púas del saco.

Desde su posición, el Garra carraspeó.

—No eres un peligro para...

Ketahn estiró el brazo hacia arriba y hacia atrás y lanzó la lanza con fuerza. El arma voló en un arco elevado, con la punta inclinada hacia abajo mientras iniciaba su descenso.

Con un siseo, el Garra se apartó. La lanza golpeó el árbol con un ruido *sordo*, a no más de un palmo de distancia de donde se encontraba el Garra. El eje tembló con el impacto.

El Garra miró el arma con las mandíbulas y la boca abierta.

—Dile a Zurvashi que ha sido convocada por Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari, Lanza en las Sombras —Ketahn se golpeó el pecho con el puño—. Ella ha de responder por todo lo que ha hecho.

Maldiciendo, el Garra se retiró, apresurándose entre las ramas sin el cuidado que había mostrado durante su avance.

Ketahn esperó a que resurgiera su pavor, a que se instalara el miedo, a que la inquietud se extendiera por su cuerpo y le revolviera las tripas. Pero todo lo que tenía era esa calma superpuesta a su furia hirviente. Esto era inevitable. No podía eludirse; solo podía ganar o perder. Y una parte de él se emocionaba al combatir.

Hizo esperar un poco más a aquella furia hirviente. Pronto se atiborraría de sangre.

A diferencia del Garra que había venido a explorar, el grupo principal de la reina no intentó ocultar su llegada. Sonaban como una manada de yatines pisoteando la maleza, rompiendo ramas y sacudiendo hojas con sus pesados pasos. El mensaje era claro: incluso aquí, junto al hogar de los cráneo-espinas, Zurvashi no temía ni respetaba a sus antiguos enemigos.

En respuesta, los cráneo-espinas empezaron a dar golpes, pero su ritmo era firme y unificado. No eran los pisotones de bestias salvajes sedientas de sangre, sino la música de una tribu unida.

«Somos uno».

La maleza se agitó y se sacudió. Las ramas se quebraron como huesos que crujen bajo las patas de un guerrero, las hojas suspiraron como si soltaran sus últimos alientos. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre la piel de Ketahn, frías y pesadas, justo cuando las plantas del borde del claro se separaron a menos de cincuenta segmentos por delante de él.

Sintió que Ahnset se tensaba a su lado. Sintió los profundos gruñidos de Garahk y Telok. Sintió las vibraciones de los guerreros que se acercaban a través del suelo, en el aire.

Un monstruo vestido de oro avanzó a grandes zancadas, con sus adornos brillando a pesar del cielo sombrío. Pero más brillantes que todo ese oro eran los ojos de Zurvashi: de un ámbar resplandeciente, se fijaron inmediatamente en Ketahn y sus mandíbulas se abrieron de par en par.

Se detuvo y colocó su lanza de guerra a su lado, alzándose hasta alcanzar toda su estatura. Esta no era la criatura arrogante y aburrida que emitía juicios desde la Guarida de los Espíritus. Esta era la reina guerrera que había expulsado a los cráneo-espinas a través de la ciénaga. Esta era la bestia que había intentado aplastar a toda una tribu porque tenían algo que ella había deseado.

No llevaba capa. No ocultaba nada.

Esta era Zurvashi.

—Pequeño Ketahn —ronroneó—. Tenemos *mucho* que discutir.

Capítulo Treinta

Las Colmillos surgieron detrás de la reina en una amplia línea, con sus adornos dorados, limpios y relucientes a pesar de su viaje por un terreno difícil, aunque nadie era tan resplandeciente como la propia Zurvashi. Dos hembras que Ketahn reconoció iban al frente del grupo. Irekah, una de las guerreras más fieles a la reina, y Korahla, que caminaba con la barbilla inclinada hacia abajo y los ojos verdes iluminados por una luz sombría.

La mirada de Korahla se elevó, posándose en Ahnset, y su paso vaciló.

Ahnset dejó escapar una respiración lenta e irregular junto a Ketahn. Se le partió el corazón por ella.

A las Colmillos se les unieron los Garras; todos los machos vestían capas negras con pieles en los hombros, y sus lanzas de púas sobresalían de la tela que los cubría. Más de ellos subieron a los árboles, pero aquel lugar había sido bien elegido. Ninguna de aquellas ramas permitiría a los Garra de Zurvashi acercarse ni a Kaldarak ni a sus defensores.

Zurvashi extendió los brazos.

—Nalaki, esperaba que rogaras por la paz sabiendo que yo venía. Sin embargo, has llegado con guerreros. ¿Es este todo el poder de Kaldarak?

Garahk siseó, levantando las patas delanteras.

—Suficiente para acabar contigo y más, bebedora de sangre.

—¿Así que queréis la guerra con Takarahl?

—La guerra contigo —dijo Nalaki, dando un paso adelante—. Porque solo tú nos la has traído.

Carraspeando, Zurvashi se adelantó. Cuando sus guerreros la siguieron, los detuvo con un gesto.

—Habéis cogido algo mío. Devolvedlo y dejaré Kaldarak intacto.

—No tenemos nada que te pertenezca —dijo Nalaki.

—Toda la Maraña me pertenece —espetó Zurvashi, suavizando el tono al continuar—. Pero tenéis a mi compañero.

Ketahn gruñó, y se adelantó a Nalaki.

—Nunca he sido tuyo, Zurvashi, y nunca lo seré. Si quieres conquistarme, ven a intentarlo.

Zurvashi se acercó un paso.

—Te he conquistado, Ketahn, muchas veces.

—Sin embargo, aquí estás, a la sombra de Kaldarak, viniendo a atraparme. No has conquistado nada.

La reina bajó una pata y curvó los dedos, enseñando las garras.

—¡Yo lo he conquistado todo! La Maraña es mía, tú eres mío, las vidas de todas las criaturas de aquí son *mías*. Y si Nalaki y los cráneo-espinas pretenden enfrentarse a mí, los aplastaré igual que a tu fea mascota, Ketahn.

Entonces estalló su rabia; no podía mirar sus manos sin verlas chorrear con la sangre de Ella. Pero los fuegos de su interior estaban fríos, y su visión era clara: él no era la tormenta que destruía todo a su paso sin cuidado. Él no era Zurvashi.

Era Ketahn. Él era la Lanza en las Sombras. Era el *luveen* de Ivy, padre de una futura cría.

Él era el fin de Zurvashi.

—Tienes mucho por lo que responder, Zurvashi —dijo Ketahn.

Las mandíbulas de Zurvashi se abrieron de par en par y abrió la boca para mostrar sus dientes puntiagudos.

—No respondo ante *nadie*. Pero tú, Ketahn, tú...

—¡Basta de palabras! —rugió, levantando las patas delanteras y extendiendo los brazos—. Has venido a por mí. Tómame. ¿O necesitas un ejército para capturar a un solo macho?

Incluso desde tan lejos, podía ver cómo se erizaban sus finos pelos, podía ver los tenues destellos que ondulaban a través de sus adornos mientras se agitaban con su furia.

—Nalaki, lleva a tus bestias a casa —dijo Zurvashi sin apartar la mirada de Ketahn—. No tienes nada que hacer aquí.

—Vosotros tampoco tenéis nada que hacer aquí —replicó Nalaki—. Si no deseas la guerra, regresa a tu oscuro y húmedo agujero.

Ahora Zurvashi pasó su furiosa mirada sobre Nalaki, Garahk, Ahnset, la tribu de Ketahn y los cráneo-espinas reunidos.

—Vuestros árboles beberán vuestra sangre antes de que acabe. De todos vosotros. Y también de tus pequeñas criaturas, Ketahn.

—No permitiré que dañes a ninguno de ellos —Ketahn se acercó a ella, demasiado consciente de las redes y las lanzas que sostenían sus Garras y Colmillos, demasiado consciente de que estaba entrando en su radio de acción. De que estaba más lejos de sus amigos que de sus enemigos.

Zurvashi avanzó también, manteniendo a sus guerreros en su sitio con otro gesto. En sus ojos brillaban la furia y el deseo.

—¿Crees que puedes proteger al resto enfrentándote solo a mí?

—Los protegeré matándote.

—No tienes rival entre los machos, pequeño Ketahn. Pero mis Colmillos son más de lo que puedes soportar.

Se detuvieron cuando solo quedaban diez segmentos entre ellos. Ketahn la miró fijamente y, en su mente, solo vio más sangre. La sangre de sus amigos caídos, de sus hermanos y hermanas, de su madre y su padre. De Ella y de todos los cráneo-espinas que habían muerto porque a la reina le gustaba un tono concreto de púrpura.

Y su olor —su maldito y abrumador olor, transportado por el viento— se cernió sobre él, golpeando sus sentidos, arañando sus instintos. Exhaló con fuerza por los orificios nasales, expulsando aquel olor de sus pulmones.

Su instinto de proteger a su compañera y a su cría siempre ganaría sobre todo lo demás. Siempre.

—Un gesto, y estarán sobre ti —continuó Zurvashi—. No puedes ganar.

—Según tus palabras, eres tú la que no puede ganar. No sin ayuda —Ketahn apretó los puños y agarró con más fuerza la lanza de guerra. Un solo lanzamiento podría acabar con esto, pero no

podría hacerlo con aquella arma, Zurvashi tendría demasiado tiempo para reaccionar si sacaba ahora una lanza con púas del fardo.

—No hay guerrero entre los vrix que pueda vencerme, necio. Ninguno. Ni tú, ni Nalaki ni ninguna de esas bestias —Sujetaba la lanza con la punta inclinada hacia abajo, mostrando una engañosa falta de cuidado; Ketahn sabía que podría levantarla más rápido de lo que sus ojos podían percibir si quisiera.

—Demuéstramelo. Demuéstraselo a toda la Maraña —Ketahn levantó su arma, apuntando con la cabeza a la garganta de ella—. Muestra tu fuerza o llama a tus Colmillos para demostrar tu debilidad.

Sus mandíbulas se crisparon, y los finos pelos de sus patas descendieron antes de levantarse de nuevo. Gruñó.

—Cuando esto acabe, serás mío en todos los sentidos, pequeño Ketahn.

Giró la lanza completamente hacia abajo y la clavó en la tierra. Con una mano, agarró la envoltura de seda que colgaba de su cinturón y la arrancó, arrojando la tela a un lado. Se echó hacia atrás el pelo adornado con cuentas y oro y lo ató con una hebra de seda.

Irekah se adelantó, rompiendo la hilera de Colmillos que se habían amontonado al borde de la maleza.

—Mi reina...

Zurvashi la silenció con un siseo agudo. Extendió los brazos y los hizo rotar por los hombros; unos poderosos músculos ondulaban bajo su piel.

La lluvia caía un poco más deprisa, golpeando a Ketahn y tamborileando en las hojas y ramas cercanas. Un trueno retumbó en algún lugar lejano.

Ketahn empuñó su lanza de guerra con las dos manos, colocando la mano posterior cerca del extremo romo del eje. Todo lo demás se desvaneció mientras se concentraba en la reina. Sus mandíbulas se abrieron de par en par y su pecho retumbó.

Zurvashi empuñó su arma. Ketahn cargó contra ella mientras la liberaba del suelo.

Zurvashi gruñó y apartó la estocada con el eje de su arma. La punta de la lanza le abrió la mejilla. Él ya estaba retrocediendo cuando ella blandió su lanza en respuesta. El aire emitió un gemido cuando su arma pasó justo por encima de su cabeza.

Su enloquecedora fragancia era tan fuerte como siempre, pero fue superada por algo más tentador: el olor de su sangre.

—¡No aguantarás más! —Aprovechando al máximo la longitud de su arma, Ketahn la golpeó una y otra vez, más rápido de lo que pensaba, sin darle tiempo a recuperarse entre ataque y ataque.

Zurvashi gruñó de frustración y retrocedió ante su embestida, luchando por defenderse. Su velocidad no bastaba para salvarla del ataque de la lanza de Ketahn, pero ninguna de las heridas que le infligió fue suficiente para hacer otra cosa que derramar unas gotas más de su sangre.

Una gota de ella por cada una que había derramado. No aceptaría menos.

Giró el torso ante la siguiente estocada, colocando la parte superior del hombro izquierdo directamente en la trayectoria del arma. La punta atravesó su piel y se clavó en el grueso músculo que había debajo; él no había ejercido suficiente fuerza para penetrar más profundamente.

Pero el tiempo que tardó en soltar la lanza, ni siquiera un latido, le bastó para golpear.

La lanza de Zurvashi salió disparada de su costado derecho, golpeando hacia arriba, hacia la cabeza de Ketahn, mientras ella apartaba la lanza de él. Él retrocedió. La punta de la lanza le cortó la mejilla, atravesando la cicatriz que ella le había dejado en Takarahl. Sus manos

izquierdas volaron hacia arriba para atrapar el eje.

Sus músculos se tensaron y sus patas se hundieron en la tierra mientras se preparaba para empujar. Ketahn la obligó a bajar el arma al suelo, dobló las patas y las dejó caer sobre el eje con todo su peso sobre ellas. La madera crujió y el tercio superior de la lanza se desprendió.

Ketahn intentó zafarse de un salto del inevitable golpe, pero no consiguió zafarse de sus patas. Ella le dio una patada en las extremidades posteriores con fuerza suficiente para hacerle caer boca abajo. Su cara fue la primera en caer al suelo.

Ivy lo llamó por su nombre, pero su voz sonaba como si viniera de lejos, como si hubiera gritado desde las estrellas.

El dolor del impacto fue sordo y distante. Más inmediato fue el hormigueo a lo largo de la espalda que le producía tener un enemigo detrás. Antes de que sus patas se balancearan hacia abajo, apoyó una mano en el suelo y empujó con fuerza, lanzando su cuerpo sobre sí mismo en una voltereta descuidada que lanzó al aire hojas y restos de tierra. Las lanzas cayeron del saco sobre su espalda.

Por un instante, vio cómo el mundo se detenía. Vio a Zurvashi, enorme, dorada y ardiente, blandiendo su lanza rota como un garrote. El arma pasó junto a su torso con un silbido, lo bastante cerca como para que sintiera el aire agitado contra su abdomen. Luego se desplomó sobre su espalda. El eje de la única lanza de púas que quedaba en el saco golpeó con fuerza su columna vertebral, y el aire salió de sus pulmones.

«No».

Con el pecho y la garganta en llamas, inspiró y rodó. El eje de la lanza rota de Zurvashi cayó sobre su pata trasera izquierda. El hueso crujió y un intenso dolor lo sacudió. Ambas sensaciones se habían desvanecido cuando se incorporó.

De algún modo, había conservado su lanza de guerra, aunque la punta estaba en el suelo. Zurvashi se abalanzó sobre él, extendiendo los brazos para agarrarlo. Él levantó la lanza, rociándole la cara con tierra y restos.

Ella gruñó y apartó la cabeza, blandiendo el garrote a ciegas. Ketahn retrocedió para evitar el golpe. Con la intención de clavarle la lanza con toda su fuerza, apoyó las patas tras él. Su pata trasera izquierda se dobló.

Ketahn siseó y su estocada vaciló por la inesperada pérdida de apoyo. Zurvashi tuvo tiempo suficiente para recuperarse, pero no antes de que la lanza golpeará su abdomen. Su punta se hundió hasta la mitad; ella la detuvo apretando una gran mano alrededor del eje.

Él apretó el arma y sus ojos se encontraron con los suyos, con las mandíbulas abiertas de par en par.

—¡Por Ella!

Ketahn gruñó, un sonido emitido tanto por la rabia como por el dolor; apoyó las patas en el suelo, provocando una nueva agonía en su pata herida, y empujó con todas sus fuerzas.

La reina gruñó cuando la punta de la lanza se hundió casi hasta su punto más ancho. El carmesí brotó de los bordes de la herida y goteó sobre el cuero dorado de su cinturón. Su cuerpo se puso rígido, la piel se tensó sobre el sólido músculo; enseguida, toda la fuerza de Ketahn dejó de ser suficiente para moverla.

Agarró la lanza de guerra con las dos manos inferiores junto con las superiores, trabando las articulaciones en un intento sin sentido de resistir su fuerza.

—Todo tu esfuerzo —dijo Zurvashi, dando un paso adelante; la lanza no penetró más, sino que obligó a Ketahn a retroceder—. Todo tu desafío. Toda tu rabia. Y no sirve para *nada*.

La lanza la mantenía a tres segmentos de Ketahn. Fuera de su alcance, pero no del peligro.

Pero así debía ser: siempre debía haber acabado con él luchando contra ella.

Zurvashi avanzó otro paso. Las puntas de las patas de Ketahn se deslizaron por el suelo de la jungla e hicieron surcos en la tierra, y la pata trasera volvió a crujir, amenazando con ceder. El eje de la lanza crujió bajo el apretado agarre de la reina.

—Aprendí a luchar antes de que salieras del huevo, pequeño Ketahn —Apretó la lanza con más fuerza. El sonido de su astillamiento fue absorbido por el trueno que surcó el cielo. Ella rechinó las mandíbulas y le obligó a retroceder otro segmento—. Mi grandeza se forjó mucho antes de que tú empuñaras una lanza. ¿Qué eres sino algo para que haga contigo lo que me plazca?

Soltó la lanza de guerra con la mano superior derecha justo cuando el eje se hizo añicos en su agarre. Sus dedos agarraron la única lanza que quedaba en el saco de piel que llevaba a la espalda.

Zurvashi tiró la lanza de guerra a un lado y se abalanzó sobre Ketahn.

—¡Por Ishkal! —Levantó la lanza de púas por encima del hombro y la lanzó con un movimiento ágil y fuerte. Golpeó el pecho de Zurvashi justo cuando el eje roto de su lanza golpeó el costado derecho expuesto de Ketahn. La madera astillada atravesó su piel y se rompió contra su pecho. La fuerza del golpe resonó en cada uno de sus huesos. Se tambaleó hacia atrás; la reina hizo lo mismo, con la lanza de púas sobresaliendo de su pecho.

En algún lugar lejano, Ivy volvió a gritar su nombre. Su hilo del corazón se tensó y se llenó de fuego. Pronto volvería con su compañera. Muy pronto.

La pata de Ketahn golpeó algo largo y duro; una de las lanzas de púas caídas. La enganchó con las garras de la pata y se la llevó a las manos. Todo su costado derecho palpitaba con cada movimiento.

Zurvashi retrocedió más, agarrando la lanza clavada en su pecho. Ketahn supo de un vistazo que la herida no era mortal. La punta de la lanza solo se había clavado en el firme pectoral sin penetrar en los órganos internos; no era mortal, pero sí dolorosa.

Desde el borde de su visión, Ketahn divisó la segunda lanza caída. La arrojó al aire, la cogió con la mano izquierda y avanzó.

—Por mi madre —gruñó, clavando su lanza derecha y golpeando uno de sus brazos. Su lanza izquierda la alcanzó antes de que pudiera recuperarse, abriéndole una nueva herida en el abdomen—. Por mi padre.

Sus lanzas golpeaban tan rápido y con tanta frecuencia como la lluvia que caía a su alrededor. Con cada golpe, gruñía el nombre de alguien que había muerto por su culpa. Con cada golpe, fluía más sangre de la reina, que se deslizaba sobre su oro y su cuero, sobre sus trozos de seda púrpura, mezclándose con el agua de lluvia y cayendo al suelo.

Rugiendo, se arrancó la lanza del pecho y la blandió contra Ketahn. Este se agachó y clavó una de sus armas en el segmento superior de su pata delantera. La pata de Zurvashi se dobló. Al caer hacia delante, arremetió con una mano.

Ketahn soltó el arma que tenía y se inclinó hacia atrás. Sus garras le rasgaron la cara, dejando estelas ardientes desde justo al lado del ojo derecho hasta la mandíbula. Giró rápidamente la cabeza hacia la mano de ella, chasqueando las mandíbulas. Sus colmillos destrozaron la carne de su mano derecha, pero no consiguieron aferrarla.

Zurvashi se agarró a la articulación doblada de su pata delantera intacta y lanzó a Ketahn la lanza que había soltado.

Este torció el torso. La punta de la lanza le rozó el abdomen. Ketahn bajó los brazos, atrapando el eje del arma entre ellos y su costado. Antes de que Zurvashi pudiera retroceder,

estrelló su pata delantera contra su brazo extendido. El hueso crujió.

La reina gruñó y soltó la lanza. Con las mandíbulas abiertas, siseó y se lanzó contra Ketahn, con los tres brazos extendidos.

Con los corazones latiéndole con aquella furia fría y profunda, Ketahn se apartó. Zurvashi no le dio. Su impulso ya la conducía hacia el suelo cuando él giró con ella, clavándole una lanza en la parte baja de la espalda, justo por encima de las extremidades posteriores.

—Por todos aquellos a los que has hecho daño —Agarró la lanza que llevaba bajo el brazo, la levantó y saltó para clavársela en la nuca.

Solo era vagamente consciente de los gritos cercanos, del movimiento frenético en los límites de su visión, de otros que gritaban su nombre. En cualquier otra batalla, lo habría visto. No habría permitido que su atención se redujera tanto.

Una red le atrapó justo antes de que su lanza diera en el blanco. Las pesadas hebras de seda, cargadas de piedras, se enredaron alrededor de sus miembros y de su arma y desviaron el ángulo de descenso.

Su lanza rebotó en la cresta ósea entre el cuello y el hombro de la reina y golpeó el suelo. Ketahn cayó sobre ella, aterrizando pesadamente de costado. Sintió la sacudida del impacto a través de su pata rota, sintió las astillas de madera incrustadas en su costado clavándose más profundamente, sintió el calor de la sangre resbalando por su mejilla, pero nada de eso importaba.

«¡No! ¡No, no, no!»

Ketahn se revolvió para escapar de la red, atacó los hilos con sus colmillos y garras, intentando desgarrarlos, forzando sus brazos y patas hacia fuera.

Los cuerpos se arremolinaron a su alrededor; unas manos le agarraron, unas garras se clavaron en su piel y, bajo él, la reina se impulsó hacia arriba.

Las garras de Ketahn se lanzaron contra los vrix que le agarraban, pero estaba demasiado enredado en la red. Rugió mientras lo arrastraban lejos de Zurvashi. Rugió y luchó, infligiendo el mayor daño posible a los que le rodeaban, y todo el tiempo mantuvo la mirada fija en la reina.

Sus captores lo arrojaron contra el suelo. Unas patas gruesas y duras cayeron sobre su espalda, brazos y patas, inmovilizándolo.

—Zurvashi —gruñó, girando la cabeza para volver a verla.

La reina estaba de pie, con sus hombros agitados por su respiración entrecortada. La sangre manaba de sus numerosas heridas, como la corriente de una tormenta que fluye por un acantilado, pero sus ojos color ámbar estaban llenos de vida. Se agachó con las dos manos, agarró el eje de la lanza que sobresalía de su pata delantera y se la arrancó de cuajo.

—¡No tienes honor! —gritó Nalaki.

—El honor es para los necios —espetó Zurvashi—. Solo necesito la fuerza.

—Esta batalla era entre tú y Ketahn —gruñó Korahla desde algún lugar detrás de Ketahn.

—Él no te desafió. Sabía que no podía ganar, y ahora soportará su largo castigo.

—Fue un desafío, y tú...

—¡No fue un desafío! —rugió Zurvashi, golpeando el suelo con una pata y clavándola profundamente en la tierra—. Y no cuestionarás más a tu reina, *Colmillo*.

Korahla resopló.

—Esto no es lo correcto.

La voz de Ivy cortó el aire, penetrando directamente en lo más profundo de Ketahn.

—¡Ketahn!

Vio un destello de piel pálida y pelo dorado más allá de la reina, y sus corazones se

estremecieron. Ivy estaba de pie junto a Ahnset y sus amigos, con los ojos muy abiertos y mechones de su cabello dorado ondeando al viento.

Ketahn gruñó y se sacudió, casi derribando a los vrix que lo sujetaban. Ivy no debía estar tan cerca. No debía estar aquí, y menos ahora, cuando la batalla era inevitable.

—Sujetadlo bien —ordenó Zurvashi—, pero aseguraos de que lo vea.

Más peso se abatió sobre él, cesando sus forcejeos. Sus corazones se aceleraron.

Un relámpago iluminó el cielo gris. De inmediato, un trueno sacudió el suelo e hizo temblar los árboles cercanos.

La reina se volvió hacia Ivy y los demás. Había un eco de aquel trueno en su voz cuando habló.

—Entrégame a esas criaturas, Nalaki, y a los que me han traicionado. Puede que Kaldarak aún sobreviva a este día.

Las garras de Ketahn se clavaron en la tierra, pero no consiguió la fuerza necesaria para liberarse. Tenía que llegar hasta su compañera. Tenía que protegerla.

—No los tendrás.

—Te tengo a *tí*, pequeño Ketahn. Voy a matarlos.

—Pertenece a Kaldarak —Nalaki se adelantó, erguida y recta—. No les harás ningún daño.

Los finos pelos de las patas de Zurvashi se erizaron.

—Korahla.

—¿Mi reina? —La voz de la Primera Colmillo era tensa, como si hubiera hablado con los dientes apretados.

—Prepara a mis Colmillos para la guerra. Todo Kaldarak será exterminado.

—Nosotros no...

—Ireka —gruñó Zurvashi—, prepara mis Colmillos para la guerra.

Ketahn vio a Ivy a través de las patas de la reina. Sus ojos se encontraron con los suyos. Había tanto que relucía en sus intensos ojos azules, tanto que jamás podría descifrar, tanto que ansiaba pasarse la vida aprendiendo. Y ahora algo cambió en aquellos ojos.

El pavor que Ketahn sentía en sus entrañas aumentó al mismo tiempo.

Ivy cerró las manos en un puño, uno de los cuales sujetaba su pequeña lanza, y apretó los labios.

—No —rugió Ketahn—. Por los Ocho, no.

Ivy avanzó encogiéndose de hombros y apartando la mano de Ahnset cuando la vrix hembra la alcanzó, deteniéndose solo cuando estuvo delante de Nalaki.

Ketahn oyó a sus amigos y a su hermana pronunciar el nombre de Ivy entre interrogantes y alarma. Ella no respondió, ya no miraba a Ketahn; su mirada estaba dirigida a la reina.

—Zurvashi —La voz de Ivy, normalmente suave y dulce, tenía un tono grave cuando pronunció sus palabras en lengua vrix—. Yo, Ivy Foster, te desafío para gobernar Takarahl.

Los corazones de Ketahn dejaron de latir. Su pecho se contrajo, su garganta se cerró y sus finos pelos se erizaron. El mundo que le rodeaba se desmoronó, inundándole de un frío superior a todo lo que había sentido jamás, superior a todo lo que Ivy había descrito de su Tierra.

La reina emitió un zumbido largo y áspero, y ladeó la cabeza.

—¿Tú? —balbuceó—. ¿Tú quieres...?

Los ojos de Ivy se entrecerraron en una mirada fulminante.

—También te desafío a que liberes a mi compañero.

Zurvashi se puso rígida y guardó silencio mientras miraba fijamente a Ivy. Finalmente, se volvió y miró de nuevo a Ketahn, extendiendo las mandíbulas.

—Esta. Esta es con la que te has apareado.

«No. *Madre de Cría, Cazador, Guardiana, quien sea... no*».

Capítulo Treinta y Uno

—Vuelve, Ivy —rugió Ketahn en español—. ¡Vuelve!

Ivy respiró profunda y entrecortadamente, apretó un poco más la lanza y dio otro paso hacia delante. Sus piernas pesaban cada una unos mil kilos, pero eso no la iba a detener. Mantuvo la mirada fija en la de Zurvashi; nunca había visto tanta malicia en los ojos de nadie.

«Dios, ¿qué estoy haciendo?»

«Exactamente, lo que tengo que hacer».

—Soy su compañera —dijo. Las palabras le salieron fuertes y fluidas—. Y él es *mío*.

Algunos de los humanos y los vrix que estaban detrás de Ivy la llamaron por su nombre y se hicieron eco de la petición de Ketahn de que se retirara, pero ella ni siquiera les dirigió una mirada. En lo más profundo de su ser, reconocía que se enfrentaba a una bestia sedienta de sangre, a un monstruo, y que apartar la mirada de ella sería igual que aceptar la derrota.

—Tú has elegido a *esto* —Las palabras retumbaron en Zurvashi, cuyas mandíbulas se movían con la amenaza de la cola de una serpiente cascabel—. Podrías haber reclamado a la más grande de nuestra especie, pero elegiste a esta pequeña y fea criatura que apenas puede hablar. Esta *cosa* débil e inútil.

La rabia que había despertado en Ivy al ver a Ketahn herido y capturado volvió a encenderse, convirtiéndose en una llama más grande y ardiente que la hoguera alrededor de la cual ella y sus amigos se habían sentado antes. Brotó de su pecho en oleadas, sin la fuerza suficiente para desterrar su miedo, pero se aferró a ella igualmente.

Ivy golpeó el suelo con la culata de su lanza.

—Lo he reclamado. Nunca lo tendrás.

—Ya lo tengo —Zurvashi hizo un gesto desdeñoso—. No eres nada. Pero a pesar de todo, encontraré placer en tu muerte.

—Y yo encontraré alivio en la tuya.

La postura de la reina se endureció.

—No toleraré amenazas, ni siquiera de algo tan patético como tú.

Deja que los verdaderos guerreros se ocupen de esto. Ahnset, Telok, Nalaki o Garahk. Alguno de ellos la vencerá.

«Pero, ¿y si no pueden? ¿Cuántos de mis amigos morirán? ¿Cuántos de la gente de Nalaki?»

«¿Y tú crees que puedes, Ivy?»

«Necesito hacerlo. Ketahn es mi compañero».

—Entonces acepta mi desafío, Zurvashi. Estoy aquí mismo —Ivy extendió los brazos a los

lados. La lluvia seguía cayendo sobre ella, empapándole el pelo y corriendo en riachuelos por su mono—. ¿O es que me tienes miedo?

Los ojos de Zurvashi se entrecerraron, agudizando su mirada, y su pata delantera herida raspó el suelo. Carraspeó. Incluso a Ivy le sonó forzado, una muestra deliberada de bravuconería, o tal vez un esfuerzo por ocultar la profundidad de su rabia.

—Te han desafiado —Ahnset se acercó a Ivy y sus pesados pasos hicieron temblar el suelo—. ¿Aceptas la victoria de Ivy Foster?

El cacareo de la reina era ahora mucho más profundo y genuino, y más rencoroso, que todo lo que Ivy había oído jamás.

—Esta criatura no tiene derecho a desafiarme —Zurvashi se giró hacia sus guerreros y su pata delantera casi se dobló al hacerlo—. Atrapad a la criatura de pelo dorado. Traédmela viva. Pero de esa traidora solo quiero sus colmillos, arrancados de su cara.

Varias de las hembras vrix, todas vestidas de oro como lo había estado Ahnset, salieron de su formación.

—Habéis sido desafiada —dijo una de las Colmillos que también se adelantó. Esta era más grande que muchas de las otras hembras.

—No tienes derecho a hablar, Korahla —gruñó Zurvashi.

Korahla. La compañera de Ahnset.

Korahla se mantuvo erguida, con la barbilla levantada. Desafiante. Fuerte. Avanzó más.

—Habéis sido desafiada.

El grupo de guerreros que se había movido para obedecer la orden de la reina se detuvo, algunos visiblemente confusos.

—Esta criatura —Zurvashi apuntó a Ivy con un dedo largo y puntiagudo— no es vrix. No puede desafiarme.

—Ni los Ocho ni la reina Takari lo proclamaron así —Korahla dio un pisotón en el suelo, haciendo sonar sus adornos de oro—. Debe responder al desafío.

—Coged a la criatura —gruñó la reina.

Korahla y varios guerreros, machos y hembras por igual, salieron de su formación, se colocaron delante del primer grupo que se había adelantado y se volvieron contra sus camaradas con las lanzas en alto. Solamente Korahla permanecía frente a la reina.

Zurvashi curvó los dedos para blandir sus garras.

—Más traiciones.

—No permitiré que niegue la misma tradición que la hizo reina —Korahla cogió la lanza con ambas manos y la dirigió hacia Zurvashi—. Y no permitiré que dañe a mi compañera.

Ahnset emitió un suave silbido, tan triste como orgulloso.

La mirada de Korahla pasó por delante de la reina para posarse en Ahnset. Solo entonces se dio cuenta Ivy de que Korahla llevaba una banda de oro en cada una de sus mandíbulas, exactamente igual a la que Ahnset había llevado antes de su último viaje a Takarahl.

—¡Tu desafío es reconocido por sus ócuples ojos, Ivy Foster! —exclamó Ahnset.

—¡No! —Ketahn forcejeó, pero con tres vrix hembras y un macho sujetándole, sus esfuerzos no consiguieron nada—. ¡Ivy, no!

—No reconozco este desafío —dijo la reina, chasqueando los colmillos de su mandíbula.

Los vrix que habían intentado obedecer su orden prepararon sus armas.

Nalaki carraspeó.

—Cuando vuestros guerreros hayan terminado de matarse entre sí, los míos acabarán gustosamente con los queden.

El gruñido de Zurvashi se convirtió en algo parecido a un rugido cuando volvió a girar para enfrentarse a Ivy, deteniendo a sus guerreros con un gesto firme de la mano.

—Tu nombre ni siquiera es digno de incluirse entre los de mis retadores eliminados, gusano.

De algún modo, Ivy encontró y sostuvo la mirada fulminante de la reina. Y, además, mantuvo la voz firme.

—Puede que no. Pero no necesitarás recordarlo, Zurvashi, porque no saldrás de aquí. No tomarás lo que es mío.

—Los Ocho dan testimonio —entonó Ahnset.

—Nuestra tribu da testimonio —dijo Telok.

—Kaldarak da testimonio —dijo Nalaki.

—Takarahl da testimonio —dijo Korahla.

—Y tú darás testimonio, pequeño Ketahn. Observa cómo destrozo a tu criatura, pedazo a pedazo —Los hombros de Zurvashi se alzaron con una pesada respiración. De varias de sus heridas manaba sangre fresca, que la lluvia diluyó de inmediato.

—Tome mi lanza, mi reina —dijo una de las Colmillos que se había adelantado primero, a la que Zurvashi había llamado Irekah.

Zurvashi caminó lentamente hacia Ivy, completamente despreocupada por el ejército de los cráneo-espinas reunido a solo unos metros de ella. Uno de sus brazos colgaba de su lado, su andar era torpe y su pata herida vacilaba a cada paso.

—No necesito armas. Mis propias garras y colmillos son más que suficientes para acabar con esta criatura.

—¿Entiendes lo que estás haciendo? —susurró Ahnset—. No puedes derrotarla como guerrera, Ivy, ni siquiera con sus heridas.

—Entonces no la derrotaré como guerrera. La derrotaré de cualquier forma que pueda como humana, como compañera, como futura madre, como amiga —Ivy giró la cabeza y sonrió a Ahnset, sorprendiéndose a sí misma por lo genuina que era aquella expresión—. Y como hermana.

Un zumbido infeliz brotó de Ahnset.

—No puedo ayudarte. Nadie puede. Si lo hacemos, se convertirá en una guerra. Pero tú dilo, hermana, y lucharé contra todos ellos por ti.

Ivy extendió una mano temblorosa y la posó sobre el antebrazo de Ahnset. Ketahn había derrotado a la reina; Ahnset bien podría haber hecho lo mismo, si hubiera tenido la oportunidad. Sobre todo ahora, con la reina ralentizada por sus heridas. ¿Pero Ivy? ¿Quién diablos era ella para intentar esto? ¿Qué esperaba conseguir?

«Zurvashi no te tendrá, mi luveen. Mi hilo del corazón».

—Debo hacer esto, para que tú y todos los demás puedan volver con los suyos, Ahnset.

Ahnset resopló.

—Que los Ocho te vigilen, Ivy.

—Kaldarak está contigo —dijo Nalaki.

—Al igual que tu tribu —añadió Rekosh.

Zurvashi se detuvo tras cruzar la mitad de la distancia que la separaba de Ivy.

—Ya tienes tu desafío, gusano. Ven y enfréntate a tu muerte.

La mano de Ivy se apartó de Ahnset y se posó inmediatamente sobre su propio vientre. Su corazón se contrajo y se estremeció.

«Lo siento, bebé. Sé que esto no tiene sentido, pero debo hacerlo por ti».

Sintió la presencia de sus compañeros detrás de ella: los vrix próximos y los humanos más

alejados, todos por los que había llegado a sentir tanto. Todos se habían convertido en su familia. También estaban los cráneo-espinas reunidos en su línea de batalla justo detrás de las trampas, que habían aceptado a Ivy y a su tribu a pesar de tener tantas razones para no hacerlo, que les habían dado un lugar que podía convertirse en su hogar.

Y ante ella...

La reina.

Si Ivy había pensado que Ketahn y Ahnset eran aterradores cuando los vio por primera vez, Zurvashi era una auténtica pesadilla. Aunque su inmenso tamaño y su evidente fuerza eran un factor importante, había más. Ahnset era casi tan grande e increíblemente fuerte, pero no desprendía la misma aura.

Zurvashi irradiaba maldad. Llenaba el aire con su egoísmo, con su ego, con su arrogancia... y se comportaba de un modo que dejaba claro que podía cumplir cualquier amenaza que se propusiera. Era un ser, una *bestia*, que veía a cualquier otra criatura viviente como poco más que un insecto.

Ivy había desafiado a ese monstruo a combatir.

Su estómago se retorció y se contrajo, haciendo que sus piernas se volvieran aún más pesadas. Tal vez hubiera sido la decisión más estúpida de su vida. Ahnset tenía razón: Ivy no era una guerrera. Y aunque lo fuera, Zurvashi era más del doble de su altura y al menos tres o cuatro veces más grande que ella.

Ivy volvió a mirar a Ketahn. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, las mandíbulas crispadas, y casi podía oír su respiración rápida y entrecortada, incluso desde aquella distancia. Nunca le había visto tan aterrorizado y frenético. Él no quería que lo hiciera. Ella tampoco quería hacerlo. Sin embargo, tenía que hacerlo. Ketahn había pasado todo este tiempo protegiendo a Ivy, arriesgándose constantemente para mantenerla a salvo, para alimentarla y darle cobijo, y ella se había sentido impotente durante la mayor parte del tiempo.

Ahora Ketahn necesitaba ayuda, y ella no lo abandonaría a los caprichos del destino. Recuperaría a su compañero.

Ivy tragó saliva, con la garganta seca y en carne viva, y se pasó la lanza a la mano izquierda. Metió la mano derecha en el bolsillo de la cadera del mono y cerró los dedos en torno a la empuñadura de la pistola de bengalas que llevaba dentro. Avanzó.

Zurvashi también avanzó. Incluso su andar, afectado por la herida, cubría las distancias más deprisa que Ivy.

—Eres como Ketahn, gusano. Una necia. Y confundes tu necesidad con valentía.

La reina parecía cada vez más grande a medida que Ivy y ella se acercaban, e Ivy se sentía cada vez más pequeña. Sus dedos, húmedos por la lluvia y el sudor, se contrajeron alrededor de la empuñadura de la pistola de bengalas. Nunca había utilizado una herramienta semejante, ni siquiera había disparado un arma. Y ahora dependía de una.

«Puedes hacerlo, Ivy».

«Quizás».

«Dios, será mejor que lo consigas».

—¿Ahora ya no tienes nada que decir? —Zurvashi movió tres de sus brazos hacia fuera, esparciendo sangre y agua con las manos—. ¿Ya lo entiendes? ¿Ya lo ves? —Ahora estaba a solo doce metros y acercándose, sus joyas de oro tintineaban al caminar—. Nunca has tenido ninguna esperanza de cantar victoria, pequeño gusano. Espero que tus gritos sean tan fuertes y desesperados como los de la otra criatura. ¿Cómo se llamaba? ¿Ella?

Ivy apretó la mandíbula y se detuvo, apoyando la lanza en el suelo. Estar tan cerca de la reina

se parecía mucho a haber quedado atrapada en la trayectoria de un tornado sin tener adónde ir. Una lanza, una pistola de bengalas, un cuchillo y algunas trampas no bastaban para vencer a una fuerza de la naturaleza.

«*Ella no es una fuerza de la naturaleza. Sangra. Se la puede matar*».

—¿Hay alguna parte que quieras que arranque primero? —murmuró Zurvashi—. Esta vez iré despacio.

Ivy ya había recorrido seis metros y no podía evitar que le temblaran los miembros. Era demasiado consciente de lo rápido que los vrix podían acortar esa distancia.

«*Solo tengo un disparo*».

A Ivy se le ensancharon las fosas nasales y respiró con calma.

—¿Te enfurece saber que un gusano como yo será quien acabe contigo?

Zurvashi gruñó. No se defendió mientras se acercaba, demostrando una vez más lo poco amenazadora que era Ivy para ella.

Ivy sacó la pistola de bengalas del bolsillo; se enganchó brevemente en el material, lo que hizo que el pánico se apoderara de su pecho y permitió que la reina se acercara unos metros.

Levantando la mano temblorosa, Ivy apuntó a la reina con la pistola de bengalas.

Zurvashi se detuvo y ladeó la cabeza. Ahora solo había tres metros entre ellas, una distancia minúscula para una criatura de su tamaño.

—¿Qué debería temer de algo tan pequeño y...?

Ivy apretó el gatillo.

La pistola de bengalas se disparó con un fuerte golpe. Un destello de luz alcanzó la lluvia circundante, haciéndola brillar en rojo, y la bengala golpeó a Zurvashi en la cara. Ivy cerró los ojos ante la repentina claridad y volvió la cabeza hacia otro lado, pero aún podía ver por el rabillo del ojo.

Las chispas y las llamas, todas de aquel rojo intenso e infernal, siseaban y chisporroteaban mientras Zurvashi gritaba y retrocedía, levantando las manos para golpear el fuego. Gruñó y rugió de dolor y furia. El humo se arremolinó en el aire sobre ella y el hedor de la carne quemada se mezcló con el olor de la tormenta.

«*Ay, Dios mío...*»

Ivy solo podía mirar, horrorizada e incrédula, lo que había hecho.

«*Esto no se ha acabado, Ivy. No puede ser tan sencillo*».

Obligó a sus piernas congeladas a moverse justo cuando la reina apartó de un manotazo la bengala aún encendida de su cara. Ivy retrocedió con la pistola de bengalas en alto, aunque sabía que debía recargarla si quería volver a dispararla.

Zurvashi bajó las manos e Ivy jadeó. La mitad de la cara de la reina estaba en carne viva, carbonizada, aún humeante por la lluvia, y los ojos de ese lado estaban dañados. Sus otros ojos parpadearon rápidamente, y se volvió e inclinó la cabeza como si se esforzara por enfocarlos en algo.

Finalmente, esos ojos se posaron en Ivy.

Abriendo mucho las mandíbulas y la boca para soltar un rugido bestial, Zurvashi cargó.

Ivy no tuvo tiempo de pensar. Retrocedió unos pasos, con la pistola de bengalas cayéndosele de los dedos entumecidos, y empuñó la lanza con ambas manos. La muerte corría hacia ella; lo único que podía oír sobre la furiosa embestida de la reina era el latido de su propio corazón.

«*Ella no puede ganar. Nunca más*».

Inclinando la lanza en un ángulo de cuarenta y cinco grados, Ivy apoyó la culata en el suelo y adoptó una postura amplia y baja.

Zurvashi corrió hacia la lanza. El impacto de la punta, que le atravesó el bajo vientre, sacudió el eje. Ivy cayó hacia atrás, aterrizando con fuerza sobre su trasero. Las patas de la reina patinaron sobre el suelo húmedo, su pata delantera herida se dobló y la hizo caer sobre la articulación más baja, hundiendo más la lanza.

La reina ocupaba ahora todo el campo de visión de Ivy. Unos miembros enormes y robustos, unos músculos aterradoramente poderosos, y un oro manchado de sangre. En lo alto, aquellos ojos color ámbar se volvían hacia abajo, aún desenfocados, pero ardiendo con más odio y rabia.

—Gusano —gruñó Zurvashi, blandiendo los brazos hacia Ivy—. ¡No eres nada!

Una garra se clavó en el antebrazo izquierdo de Ivy, cortando el mono y la carne que había debajo. Aspiró con fuerza. La gente gritaba a lo lejos, pero sus voces eran apagadas, distorsionadas, casi fantasmales.

Ivy se echó hacia atrás y se tumbó en el suelo, apretando la mano derecha sobre el corte cuando sintió el ardiente dolor.

La reina siguió balanceándose salvajemente, inclinándose cada vez más, clavándole más la lanza en el cuerpo. El dolor que Zurvashi pudiera haber sentido no parecía penetrar en su sed de sangre. Aquellas enormes garras derramaban gotas de sangre y agua mientras cortaban el aire sobre Ivy, acercándose cada vez más.

Si Ivy hubiera podido, se habría apretado contra el suelo. Cada golpe de las garras era como un rápido péndulo que hacía que el corazón le diera un vuelco, y tenía el pecho tan apretado que apenas podía respirar.

La sangre corría por el eje de la lanza y la reina se sacudió. Una parte más del arma desapareció en su cuerpo, y aquellas malvadas garras se acercaron aún más, lo suficiente como para que Ivy volviera la cara para evitar que le rebanaran la nariz por un milímetro.

La pata herida de la reina estaba a un lado de Ivy, con el segmento inferior doblado para apoyarse en el suelo. El eje roto de la lanza de Ketahn sobresalía del segmento superior de aquella pata.

—No lo entiendes —dijo Ivy entre dientes. Soltando la herida, golpeó con la palma de la mano el eje roto de la lanza como si estuviera forzando una palanca atascada.

Zurvashi gruñó cuando su pata volvió a doblarse y su cuerpo se inclinó hacia ella.

Clavando los talones en el suelo, Ivy se zafó, evitando por los pelos la caída del cuerpo de la reina. El corazón le latía con fuerza suficiente para romperle la caja torácica, tenía la mano izquierda fría y le hormigueaba, y el antebrazo estaba caliente y pegajoso de sangre. Pero rodó sobre sí misma y se puso en pie, utilizando las manos para recuperar el equilibrio en sus primeros pasos.

Una de las trampas estaba justo delante. Solo tenía que llevar a Zurvashi hasta allí y...

El dolor estalló en el muslo, la cadera y el costado derechos de Ivy. Sus pies se separaron del suelo y su cuerpo voló hacia delante y hacia la izquierda. Dio una voltereta en el aire y se encontró mirando hacia las oscuras nubes de tormenta y las ramas que crujían mientras los relámpagos surcaban los cielos.

Su cerebro le dijo que debía de haber sido atropellada por un camión, que debería haber mirado a ambos lados antes de cruzar...

Aterrizó sobre su hombro derecho y rodó, llenándose la cara de tierra, hojas y su propio pelo mojado antes de detenerse finalmente sobre la espalda.

Un trueno retumbó, sacudiendo a Ivy hasta la médula. Unas manchas negras danzaban por su visión y todo su cuerpo palpitaba con al menos cien dolores diferentes, demasiada agonía para saber qué se había hecho realmente. Escupió la porquería de la boca y aspiró, casi ahogándose

con el pelo sucio mientras se esforzaba por mover los miembros. Las lágrimas le escocían los ojos y se deslizaban por sus mejillas, perdiéndose en la lluvia que caía. Se puso una mano sobre el vientre.

«Por favor, bebé, ojalá estés bien. Por favor, por favor, que estés bien».

Algo grande soltó un resoplido cerca de ella. Crujieron hojas y ramas, y una pata pesada aterrizó en el suelo. Algo se arrastró tras ella, y luego hubo otro paso.

«Pum, raaaas».

«Pum, raaaas».

Ivy parpadeó para disipar las lágrimas y levantó la cabeza, que intentó girar al sentir una oleada de vértigo.

La reina, una forma enorme y corpulenta, con una pata delantera arrastrándose por el suelo, se acercaba.

Capítulo Treinta y Dos

El hilo del corazón de Ketahn se enrolló alrededor de sus corazones y los apretó, deteniendo sus latidos. La respiración se entrecortó en sus pulmones, punzante y abrasadora, todos sus músculos se flexionaron y todos sus sentidos le fallaron excepto la vista.

Ivy estaba herida y en el suelo. Y Zurvashi avanzaba hacia ella.

Su rabia creció, atravesándole con la fuerza de un río desbordado y llenando sus miembros de fuego. Tenía que llegar hasta su compañera. Zurvashi no se llevaría a su Ivy, no se llevaría a su cría.

Inspiró. Sus dedos se curvaron, hundiéndose más en la tierra, y sus mandíbulas se abrieron. Su exhalación emergió en un gruñido áspero mientras se impulsaba hacia arriba con toda la fuerza de su furia.

El peso que tenía encima se desplazó, dándole la libertad suficiente para abrir las patas y utilizarlas para impulsarse hacia arriba con más fuerza. Los vrix que lo habían inmovilizado se apartaron dando tumbos.

Sus garras atraparon las hebras de la red y las destrozaron, y sus brazos volaron hacia fuera para desgarrarlas. Empezaban a desprenderse cuando las Colmillo se apresuraron a sujetarle. Las garras de Ketahn arremetieron contra ellas.

La piel cedió a sus golpes, y la sangre manó de las heridas que infligió. Grandes manos se aferraron a él, pero mantuvo su cuerpo en frenético movimiento, sin dar a sus enemigos ninguna oportunidad de conseguir un agarre seguro; solo consiguieron ayudar a arrancarle la red rota.

Sus heridas palpitaban en una ardiente agonía, pero el dolor solo le empujaba más fuerte, más rápido. La sangre caliente se mezcló con la lluvia fría sobre su piel.

Los vrix gritaron cerca de él, y fue consciente del movimiento, de los cuerpos que se acercaban. Pero su atención, a pesar de todas sus sacudidas, seguía centrada en Ivy, y en Zurvashi, que estaba solo a unos segmentos de la compañera caída de Ketahn.

Una de sus manos golpeó algo sólido que colgaba del cinturón de uno de sus captores. Aferró el objeto y lo arrancó, sin apenas notar el peso en su mano.

Era un garrote con colmillos, del que sobresalían fragmentos de roca negra.

Blandió el arma. La carne chirriaba y el hueso crujía bajo los golpes que descargaba sobre sus enemigos, sonidos que sentía más que oía. Le impedían lo único que le importaba, lo único que era suyo, lo único que no podía soportar perder.

—¡Ivy! —rugió cuando el garrote golpeó el cráneo de una Colmillo y los dientes de roca negra se clavaron profundamente—. ¡Levántate!

Giró hacia su compañera solo para encontrarse en su camino con un par de hembras, ambas

más grandes que el resto: una vestida de oro, la otra con la piel desnuda. El garrote no quería soltarse, así que lo dejó caer. Sus garras tenían sed de más sangre.

La hembra sin adornos puso su lanza en posición vertical, apuntando su punta hacia el cielo.

—Detente, Ketahn.

Se abalanzó sobre ella, dispuesto a aprovecharse de su falta de defensa, pero lo detuvo su reconocimiento cuando ella repitió su nombre.

«*Ahnset...*»

—Apártate —gruñó.

—No puedes intervenir —dijo Ahnset con firmeza. Sus hombros subían y bajaban rápidamente, su respiración era rápida y entrecortada, y sus ojos, que lo miraban desde arriba, estaban llenos de preocupación y tristeza.

Había estado con Ivy y los demás. ¿Había cruzado corriendo el claro para encontrarse con él?

«*No importa*».

—¡No veré morir a mi compañera! —Se precipitó de nuevo hacia delante, y Ahnset le detuvo con una mano en el pecho.

La otra hembra, Korahla, se acercó.

—Si intervienes, el desafío termina. Y ellos —ladeó la cabeza hacia algo que había detrás de él— se lanzarán a por vosotros.

Ketahn echó un vistazo sobre su hombro.

Dos grupos de vrix de la reina estaban uno frente al otro. Irekah estaba en el centro del grupo que apuntaba hacia el campo de batalla, Nahkto —una Colmillo que había sido camarada de Ketahn durante la guerra— en el centro del grupo que se encontraba en su camino.

Su imaginación le presentó una imagen fugaz pero clara: Ketahn con sus heridas corriendo contra dos docenas de Garras y Colmillos en plena forma para alcanzar a su compañera.

Gruñó, su furia impotente y repentina le quemó el pecho y la garganta, y lo llenó de una presión enloquecedora. Le picaba la piel y el fuego crepitaba justo debajo de ella.

—Debo ir a verla.

—Si lo haces, morirá —dijo Korahla, con voz grave.

—¡Morirá si no lo hago!

Zurvashi se detuvo sobre Ivy, que seguía tumbada de espaldas, y Ketahn volvió a empujar hacia delante.

Ahnset le rodeó con los brazos y le sujetó con fuerza.

Necesitaba liberarse, pero la fuerza que le prestaba su rabia ya se estaba desvaneciendo, y podía sentir las pesadas y furiosas miradas de los guerreros de la reina sobre él.

Zurvashi se agachó y agarró el brazo izquierdo de Ivy. La compañera de Ketahn gritó, aferrándose a los dedos de la reina con la mano libre. Sin inmutarse, Zurvashi levantó a Ivy del suelo, colgando el delgado cuerpo de la humana más de un segmento en el aire. La sangre manó de entre los dedos de Zurvashi, la sangre de Ivy.

El hilo del corazón de Ketahn se tensó, a punto de romperse. Las articulaciones de sus patas se estremecieron, amenazando con ceder, y se mantuvo erguido solo gracias a la inquebrantable fuerza de Ahnset. Todo su cuerpo temblaba de terror impotente al ver su hilo del corazón en las garras de aquel monstruo. Zurvashi parecía tener en sus garras los corazones de Ketahn.

—No se ha acabado —rugió Ahnset—. Debemos tener fe en Ivy. Ella es nuestra única esperanza.

«*Por sus óctuplos ojos, o por los ojos de cualquier dios que escuche, ayudad a mi compañera a superar esto sana y salva*».

«O destrozaré este mundo y todo lo demás para vengarla».

La reina acercó a Ivy lo suficiente como para poder sujetar el rostro de la humana entre sus mandíbulas y castañeo.

Aquel sonido reverberó en lo más profundo de Ketahn, atravesando su espíritu. Era el sonido de sus pesadillas. Era un sonido que perseguiría a quienes lo oyeran hasta el momento de su muerte.

Era el odio, la crueldad y la arrogancia de Zurvashi.

Ivy apretó los dientes y aspiró entrecortadamente mientras su mano derecha se separaba de los dedos de la reina. Su dolor había encontrado un nuevo foco: todo su brazo izquierdo. El corte del antebrazo le ardía, el hombro, obligado a soportar su peso, estaba a punto de salirse de su sitio, y el más mínimo apretón de la reina aplastaría los huesos de Ivy.

Y de nuevo, la reina dominaba la visión de Ivy, desde muy por debajo de sus pies colgantes hasta casi medio metro por encima de su cabeza. Ivy parpadeó y apartó el agua de la lluvia de sus ojos.

Zurvashi giró su rostro medio mutilado para dirigir sus ojos sanos hacia Ivy, casi rozándole la garganta con la punta con colmillos de una mandíbula. El aliento caliente de la reina olía repugnantemente a flores y sangre.

«No vas a morir aquí, Ivy».

—Ha sido más pelea de la que esperaba —carraspeó Zurvashi—. Por cada herida que me hagas, multiplicaré por ocho tu sufrimiento.

Luchando contra sus instintos, que le exigían que agarrara el brazo de la reina para aliviar la carga de su hombro, Ivy dejó caer la mano derecha sobre la pernera de su mono.

La reina levantó más a Ivy, poniendo distancia entre sus rostros. Mirar ligeramente hacia abajo, hacia Zurvashi, no disminuyó el miedo de Ivy; se sentía como un pez de colores colgando sobre las fauces abiertas de un gato hambriento.

Los dedos de Ivy encontraron la correa de la funda de su pierna y la siguieron hasta lo que estaba buscando: el mango de su cuchillo.

—¿Cuánto dolor sois capaces de soportar, criaturas? —Zurvashi ladeó la cabeza y emitió un zumbido bajo—. Ni de lejos será suficiente para satisfacerme.

—¿Qué te he hecho yo a ti? —dijo Ivy, apretando los dientes.

—Me has quitado lo que era *mío*.

—Ketahn eligió a la mejor hembra —Ivy cerró la mano en torno al cuchillo. Su hombro izquierdo gemía; incluso los pequeños movimientos provocados por su búsqueda del arma amplificaban la agonizante tensión. Invocó su ira, su odio y su protección, y los utilizó para mitigar el dolor.

—Ha ganado la mejor hembra, gusano —gruñó Zurvashi, extendiendo las mandíbulas.

El cuchillo se liberó de su funda.

—Tú no has ganado nada —Ivy levantó el cuchillo.

En su exploración del cuerpo de Ketahn, Ivy había descubierto zonas que no eran tan duras y resistentes. Puntos que eran más blandos bajo aquella piel curtida. La garganta, la parte inferior de la mandíbula, el interior de las articulaciones y las axilas. Y el interior de los antebrazos, desde la muñeca hasta el codo.

La hoja golpeó la parte inferior del antebrazo extendido de Zurvashi y se hundió profundamente. La reina siseó de sorpresa y dolor, y su agarre sobre Ivy se debilitó.

Ivy levantó las piernas, apoyó las botas en el pecho de Zurvashi y tiró del cuchillo hacia la

muñeca de la reina.

La hoja afilada atravesó el músculo y la piel, y la sangre caliente se derramó sobre la mano de Ivy. La reina la soltó. Durante una fracción de segundo, Ivy colgó del cuchillo. Entonces sus dedos manchados de sangre resbalaron, e Ivy se dejó caer.

Rugiendo de dolor, la reina apartó el brazo, salpicando sangre por todas partes. Los pies de Ivy tocaron el suelo. Se le doblaron las piernas, pero extendió los brazos a los lados y recuperó el equilibrio antes de caer de culo otra vez.

La cabeza le dio vueltas y el mareo le nubló la vista.

«No. No voy a morir aquí».

Recurriendo a las reservas de fuerza y voluntad que Ivy no sabía que poseía, se dio la vuelta y corrió hacia la trampa más cercana. Sus piernas se movían, pero eran pesadas y torpes; le costaba incluso alcanzar el trote.

La reina gruñó detrás de Ivy. Empezó de nuevo esa marcha de pisotón y arrastre, desigual y pesada. Zurvashi la perseguía.

«Sangre. Estoy sangrando. Necesito...»

La visión de Ivy se nubló aún más. Gruñó y sacudió con fuerza la cabeza, despejándola. Metió una mano en uno de los bolsillos del mono. Sus dedos atraparon un trozo de tela doblado en su interior. Cuando tiró de él, el encendedor que había envuelto se soltó y volvió a caer en el bolsillo.

Un fuerte golpe sacudió el suelo detrás de Ivy. Por reflejo, miró hacia atrás.

Zurvashi se levantaba del suelo tras haberse caído. Hojas y ramitas se aferraban a su piel ensangrentada y empapada por la lluvia.

Ivy le llevaba unos diez metros de ventaja y la reina avanzaba despacio, pero eso no le servía de consuelo.

Manteniendo los pies en movimiento, Ivy envolvió el corte del antebrazo con la tela. La sangre ya afloraba en la tela blanca cuando se inclinó hacia delante y, utilizando los dientes y su temblorosa mano derecha, ató la tela en su sitio tan fuerte como pudo.

«Solo un poco más... y Diego me curará».

«Solo un poco más y esto estará hecho».

«Un poco más y tendré a Ketahn de vuelta».

El suelo que había delante era como el de cualquier otra parte de la jungla, cubierto de hojas caídas, ramitas y ramas, aunque aquí era más frondoso. Ivy bordeó el terreno y trepó por una pequeña elevación antes de volverse hacia los cráneo-espinas, que observaban la contienda en silencio desde lo alto de la ladera.

El paso de la reina aumentó; Zurvashi se estrelló contra los restos del suelo de la jungla.

Los músculos de Ivy ardían, su respiración era agitada y su corazón no se había detenido desde que la noticia de la llegada de Zurvashi llegó a la hoguera de madrugada. Su cuerpo necesitaba desesperadamente un respiro.

Ivy tropezó y sus doloridas piernas se rindieron. Se precipitó hacia delante y se detuvo sobre sus manos y rodillas.

El monstruoso gruñido de Zurvashi era de pura alegría y crueldad. Jadeando, Ivy volvió la cabeza hacia la reina.

«Un poco más lejos, zorra...»

Al percibir la debilidad de su presa, Zurvashi adquirió una velocidad sorprendente, tanto por su tamaño como por la gravedad de sus heridas.

—¡Me daré un festín con tu carne!

Su pata delantera cayó sobre la espesa mata de hojas y se hundió. Sus ojos sanos se abrieron de par en par, pero su impulso era demasiado grande para que pudiera detenerse.

El enorme cuerpo de Zurvashi se estrelló contra las ramas y las hojas, rompiéndolas en una cacofonía de chasquidos de ramas. Sus patas traseras arañaron el suelo tras ella.

Ivy oyó el sonido de la carne al ser perforada entre chasquidos y golpes, oyó el gruñido de sorpresa de la reina. Respiró hondo una vez, y luego otra, deseando que su cuerpo dejara de temblar, deseando encontrar fuerzas para moverse. Finalmente, se arrastró hasta el borde del foso para mirar a la reina.

Zurvashi yacía en la base del foso, con la piel cubierta de restos y de una reluciente grasa animal. Unas estacas afiladas le habían perforado el torso, los miembros posteriores y dos brazos. Pero sus ojos estaban clavados en Ivy, con su furiosa luz intacta.

Capítulo Treinta y Tres

A Ketahn se le escapó el aliento en una fuerte exhalación. Sus ojos no le habían engañado; lo que acababa de presenciar era cierto, era real, pero una parte de él no podía aceptarlo. Una parte de él no creía que Zurvashi pudiera estar muerta.

Todos permanecían quietos y en silencio, como si tuvieran miedo de respirar. El aire era denso, impregnado de una energía tensa que no tenía nada que ver con la tormenta, una presencia invisible que intensificaba la sensación de pesadez y ahogo en las entrañas de Ketahn.

El gruñido de dolor y furia de Zurvashi rompió el silencio.

—¡A por la reina! —gritó Irekah.

El alivio que Ketahn pudiera haber sentido se desvaneció al mirar por encima del hombro. Irekah y los demás Colmillos y Garras leales a Zurvashi cargaron contra el grupo de Nahkto.

Al menos dos docenas más de guerreros de la reina permanecieron en su línea original, observando con recelo.

Korahla siseó una maldición y Ahnset liberó a Ketahn. Las hembras corrieron a unirse a la batalla, lanzas en mano.

Una vez más, el instinto de Ketahn le exigió que fuera hacia Ivy, pero se obligó a volverse hacia los Colmillos y las Garras que luchaban. Si alguno de ellos atravesaba la línea de Korahla, sería libre de cargar contra Zurvashi, contra Ivy.

Se agachó, cogió una lanza de la Colmillo que había matado y corrió a ayudar a su hermana de cría y a su compañera.

La lucha era frenética; Colmillos cubiertas de oro y Garras envueltos en negro luchaban en un frenético caos. Ketahn no dudó en unirse. Su rabia volvía a tener sentido y su lanza tenía nuevos objetivos. Korahla, Ahnset y Nahkto luchaban a su alrededor, con sus lanzas y garrotes entonando una canción de batalla mientras cortaban el aire y derribaban a sus enemigos.

Una Colmillo cargó contra Ketahn. Incluso en medio del caos, reconoció el rostro de Irekah, notó el brillo de odio en sus ojos.

Se agachó, muy por debajo de su lanza, y le clavó la punta de la lanza en la parte inferior de la mandíbula. Ella aspiró con fuerza y se desplomó sobre él.

La sangre se derramó sobre él mientras Irekah emitía en su garganta unos sonidos ahogados con dificultad. No importaba si intentaba respirar o hablar. De sus orificios nasales brotó una exhalación entrecortada antes de desplomarse sobre él.

Gruñendo, Ketahn la apartó.

Ahnset corrió a su lado, chocando contra otra Colmillo que había estado a punto de atravesar a Ketahn con su lanza. Las hembras cayeron en una maraña de miembros, pero Ahnset salió

victoriosa y clavó el extremo de su lanza en el cuello de la otra hembra varias veces en una rápida y sangrienta sucesión.

Muchos de los guerreros estaban ahora heridos o muertos, pero eran los guerreros de Korahla —muchos de los cuales habían luchado en la guerra— los que seguían en pie. La Primera Colmillo levantó su garrote, que goteaba sangre y vísceras, barrió con su mirada la batalla y la dirigió hacia los guerreros que aún permanecían observando.

—¿Haréis honor al resultado del desafío? —exigió.

En silencio, uno de los Garras se adelantó, hizo el signo de los Ocho con los brazos y se inclinó profundamente.

—Sí, Primera Colmillo.

Los demás se hicieron eco de sus palabras e imitaron sus acciones.

Las mandíbulas de Korahla se crisparon. Se pasó una mano por la cara, limpiándose la sangre, y miró a Ketahn y Ahnset.

—Id con ella. Aseguraos de que ha terminado y de que tu compañera... nuestra reina está a salvo. Enseguida iremos.

Ketahn apenas notó el dolor de su pata rota mientras se daba la vuelta y corría por el claro, siendo apenas consciente de los pesados pasos de Ahnset tras él.

Los cráneo-espinas habían avanzado y ahora se encontraban entre las trampas y alrededor de tres lados del foso. Golpeaban sus pechos y sus armas con un ritmo lento y fuerte.

Ante ellos estaba Ivy, de rodillas al borde del foso, mirando fijamente a Zurvashi, que gruñó y se arrastró hacia delante, rompiendo ramas y palos a su paso.

Con el corazón acelerado, Ketahn corrió más deprisa.

Ivy soltó una exhalación temblorosa y se llevó la mano al bolsillo. Dudaba de que sus piernas la sostuvieran si intentaba ponerse en pie, y su estómago estaba revuelto e inquieto. No estaba segura de si era solo el bajón de adrenalina o si era la magnitud de lo que había ocurrido, de lo que acababa de hacer, lo que finalmente se abatió sobre ella.

El ritmo constante de los cráneo-espinas que tenía detrás le recorrió el cuerpo y, de algún modo, la calmó. Aún no había terminado, pero estaba cerca. Muy cerca. Entonces podría descansar.

Zurvashi extendió la mano, enterró las garras en las hojas y la tierra de la base del foso y se arrastró hacia delante. Sus patas traseras pataleaban detrás de ella para darle impulso, pero sus otras extremidades parecían no responder.

Ivy cerró la mano en torno al encendedor.

—No puedes ganar —carraspeó Zurvashi, con la voz entrecortada y débil—. Yo... tengo la fuerza. Yo... tengo... el poder.

Por un momento, Ivy no pudo evitar pensar en los monstruos que había visto en las películas. Aquellas criaturas que casi parecían... inmortales. Asesinos sedientos de sangre que podían soportar castigos inimaginables y continuar con sus terribles actos.

¿Cómo podía algo natural soportar semejante daño y seguir adelante? ¿Cómo podía algo natural *sobrevivir* a semejante castigo? Sin embargo, allí estaba Zurvashi, con el cuerpo lleno de terribles heridas y su sangre acumulándose en el suelo bajo ella, y, aun así, seguía avanzando. Seguía actuando como si esto no hubiera acabado.

Pero pronto se acabaría.

Acunándose el vientre con el brazo izquierdo, Ivy sacó el encendedor del bolsillo. Activó el dispositivo, produciendo una pequeña llama concentrada en su extremo.

—Fuego... en la... lluvia... —balbuceó Zurvashi. Era un sonido entrecortado, aún lleno de malicia, pero ya no amenazador. Se había vuelto... patético—. Gusano estúpido.

—Tenías la fuerza —dijo Ivy— y la utilizaste para quitar. Para quitar a la gente, para intentar quitarme a mi compañero. Pero yo tengo algo que tú no tienes —Apretando los labios, Ivy extendió el brazo para sostener el encendedor sobre el foso—. Tengo química.

Soltó la herramienta. Cayó dando tumbos, y Zurvashi gruñó, abriéndose paso a zarpazos en un frenesí repentino y desesperado. Ivy vio la luz de aquella pequeña llama reflejada en los ojos ámbar de la reina, como cuatro pequeños puntos centelleantes.

El encendedor aterrizó entre las hojas y ramas del fondo del foso. Con un silbido, el fuego prendió y se extendió por el foso, y su calor alcanzó a Ivy casi de inmediato. Ivy se puso en pie con dificultad y retrocedió.

Los cráneo-espinas aceleraron sus golpes.

Cuando las llamas se extendieron sobre Zurvashi, esta se agitó y rugió, rompiendo ramas y estacas y arrojando hojas ardiendo y ceniza. Su lucha solo intensificó las llamas. Su forma ennegrecida y ardiente avanzó unos metros más, arrojando al aire un hedor quemado y humeante.

Había dolor en sus gritos. Dolor y miedo.

Ivy se apretó más el vientre y cerró la boca, apretando los dientes. Podía sentir alivio, podía alegrarse de que por fin hubiera llegado a su fin... pero no había satisfacción en todo aquello.

«Porque no soy como ella. Nunca seré como ella».

La mano de Zurvashi se aferró al borde del foso. La carne estaba en gran parte quemada, revelando el hueso que había debajo, pero de algún modo aquellos dedos se curvaron para hundirse en la tierra. Ivy retrocedió otro paso cuando la reina se acercó.

Un peso se posó sobre el hombro de Ivy, sobresaltándola. Se volvió, con los ojos muy abiertos, para encontrar a Nalaki detrás de ella.

La *daiya* cráneo-espina dirigió una mirada hacia Zurvashi y luego volvió a mirar a Ivy, apartándola de la reina que se agitaba moribunda.

—Ya ha terminado, Ivy. Solo queda su odio, pero pronto se consumirá.

Zurvashi gruñó. El sonido era débil, áspero y salvaje, y terminó con una exhalación prolongada y forzada.

Los únicos sonidos que le siguieron fueron los de las hambrientas llamas consumiéndolo todo en el foso.

—¡Ivy!

Aquella voz llamó su atención.

Ketahn. Corría hacia ella, con un paso torpe debido a la pata rota, y Ahnset le seguía de cerca.

A Ivy le dio un vuelco el corazón. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y le tembló el labio inferior.

—Ketahn...

Levantó los brazos y solo había dado un par de pasos inseguros cuando él llegó, levantándola del suelo y estrechándola contra sí. La rodeó con los brazos, y una de sus grandes manos la tomó por la nuca, y ella lo abrazó con fuerza, empleando toda la fuerza que le proporcionaba su alivio, su euforia, y su amor.

Su cuerpo tembló contra el de ella y él soltó una respiración áspera y temblorosa. Pero era firme, estaba aquí, estaba vivo.

Estaban vivos.

Volvió la cara hacia él y le besó la base de la mandíbula, la mandíbula, y la boca mientras se

le escapaban suaves sollozos.

—Lo hemos conseguido. Está muerta.

—Tú lo has conseguido —rugió él, con los dedos entrelazados y las garras rozándole el cuero cabelludo—. Mi tonta, tonta compañera. Has sido tú.

La bajó sobre sus pies, firme y tembloroso, y se echó hacia atrás. Sus manos eran increíblemente firmes y suaves cuando le cogió el brazo izquierdo y le miró la herida vendada a toda prisa, cuando le cogió la mandíbula y le giró la cabeza para examinar los rasguños y golpes que se había hecho, y cuando le pasó los dedos por encima del mono sucio y hecho jirones para limpiarle las hojas y los restos que tenía pegados.

Sus ojos brillaban con una preocupación evidente y sus mandíbulas colgaban bajas. Un trino infeliz retumbó en su pecho. Lentamente, se inclinó y le acercó la cara a la suya. Raspó su boca ásperamente sobre la de ella y la inspiró antes de inclinar la cabeza contra su frente y acunarle el vientre con las manos inferiores.

—Mi tonta, luchadora y valiente compañera. Mi reina. Lo has conseguido.

«¿Mi reina?»

Nunca había utilizado un adjetivo tan cariñoso. ¿Por qué iba a...?

Ivy aspiró con fuerza.

—¡Ay! Yo desafié a...

«Desafié a la reina por Takarahl».

«Y gané».

«Mierda».

Ketahn se enderezó y retrocedió, abriendo el campo de visión de Ivy. Ahnset estaba solo unos metros detrás de él, con una lanza ensangrentada en la mano, y los vrix de Takarahl se habían reunido cerca, con Korahla a la cabeza.

—Los Ocho han sido testigos —dijo Ahnset—, al igual que nuestra tribu.

—Kaldarak ha sido testigo —dijo Nalaki.

—Y Takarahl también ha sido testigo —Korahla se adelantó, levantando un nudillo hacia su cabeza e inclinándose con una reverencia. Sus ojos estaban fijos en Ivy—. Soy suya, mi reina.

Los vrix que estaban detrás de ella repitieron sus palabras y su gesto.

Nalaki se golpeó el pecho.

—Ivy *Thoztur*, asesina de la reina bebedora de sangre, Kaldarak te reconoce como reina de Takarahl. Damos la bienvenida a la paz entre los tuyos y los míos.

Los cráneo-espinas se golpearon el pecho con fuerza y rapidez para hacerse eco de su *daiya*.

Ivy volvió los ojos asustada hacia Ketahn y, en español, susurró.

—Ketahn, no quiero esto. No puedo ser *reina*.

Él balbuceó, levantando las mandíbulas en una sonrisa.

—Yo tampoco quiero esto. Quiero a mi compañera solo para mí.

—¡Entonces no te limites a sonreír! ¿Qué hago?

Su sonrisa solo se ensanchó.

—Eres la reina. No puedo darte órdenes.

—¿Qué? Pues yo... yo... ¡Te ordeno que me ordenes!

Ketahn carraspeó con más fuerza.

—¿Qué dice la reina? —preguntó Korahla.

Ivy la miró y se quedó quieta. Ahnset se había colocado junto a Korahla. Incluso sin todos aquellos adornos y abalorios dorados, Ahnset era alta, poderosa, majestuosa. Pero era mucho más que eso.

El pánico de Ivy desapareció. Todo aquel peso se desvaneció, toda aquella indecisión. Zurvashi no había sido la indicada para los vrix de Takarahl, pero Ivy tampoco lo era.

Dio un paso adelante, se encontró con la mirada de Ahnset y la sostuvo. A Ivy le dolía todo el cuerpo y el cansancio amenazaba con derribarla en cualquier momento, pero, de algún modo, mantuvo la espalda recta y los hombros erguidos.

—Serviré con mucho gusto como tu Colmillo, mi reina —dijo Ahnset, acercándose a la altura de los ojos de Ivy e inclinando la cabeza.

Ivy alargó la mano y colocó los dedos bajo la barbilla de Ahnset, levantándola. Y dijo en los vrix:

—Takarahl estaría mejor contigo como reina.

Las mandíbulas de Ahnset se crisparon y ladeó la cabeza.

—Yo... Ivy, ¿qué estás diciendo? Yo... no te desafiare. Nunca.

—No tienes por qué hacerlo. Te lo estoy... cediendo.

—No quiero reinar.

—Por eso creo que serás una gran reina —Ivy alzó la voz para que todos pudieran oírla—. Ante todos vosotros y ante los Ocho, declaro a Ahnset tes Ishuun'ani Ir'okari reina de Takarahl en mi lugar.

Unos sonidos suaves y sorprendidos recorrieron los vrix por todas partes. Unos pocos se preguntaron si podía hacerse, y fue Korahla quien respondió.

—Si es la voluntad de la reina, así debe ser.

—Así lo deseo —Ivy apretó la mandíbula de Ahnset, acercándose y apoyando la frente en la cabeza de la vrix—. Gobierna con firmeza, hermana mía, pero también con bondad.

Un escalofrío recorrió a Ahnset. Su voz apenas era audible cuando dijo:

—No soy digna de esto.

—Eres más digna que nadie que yo conozca —dijo Ketahn desde detrás de Ivy—. Que tu reinado sea largo y pacífico, hermana de cría.

Ivy soltó a Ahnset y volvió a los brazos abiertos de su compañero.

—¡Mi reina! —gritaron al unísono los otros vrix de Takarahl.

—Mi reina —dijo Korahla a Ahnset, con la cabeza inclinada y los nudillos contra la cabeza—. Soy tuya.

La mirada atónita de Ahnset se detuvo en Ivy unos segundos más antes de volverse hacia Korahla. Acortó la distancia que las separaba y levantó una mano, cogiendo la banda de oro de la mandíbula derecha de Korahla entre el índice y el pulgar. La retiró con cuidado.

—Siempre serás mía, Korahla —Ahnset deslizó la banda sobre su propia mandíbula derecha. Inclino la cabeza y tocó la de Korahla con la suya—. Mi compañera. Mi hilo del corazón.

Ketahn giró a Ivy hacia él y la estrechó contra su pecho. Le acarició el cuello con la boca, rozándole la garganta con una de sus mandíbulas.

—No te habría compartido, mi hilo del corazón. Con nadie.

Ivy sonrió y le rodeó el cuello con el brazo.

—Es bueno saberlo, porque yo tampoco te compartiré. Te gané limpiamente.

—¿Qué significa eso, Ivy?

—Significa que eres mío —Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro—. Ahora, vamos a buscar a Diego, porque me duele mucho y estoy mareada.

Epílogo

—Aquí todo va de maravilla —Ivy se pasó la palma de la mano por el vientre redondeado, deleitándose con los intrincados dibujos tejidos en la seda del vestido. Hacía poco más de tres meses que habían llegado a Kaldarak, pero parecía embarazada de nueve meses—. Ketahn ha vuelto a tejer y se ha enfrascado en una acalorada competición con Rekosh. Les vuelve locos que todo el mundo se niegue a decir cuál de los dos es mejor. Cole es una persona totalmente distinta. Dale madera para trabajar y se mantendrá ocupado durante semanas. Al menos, mientras los cráneo-espinas no le pidan que vaya de caza. Se ha convertido en un maestro del tiro con arco —Ivy soltó una risita y dejó de mirar su propia mano—. Y no lo decía por decir. Los cráneo-espinas nos ayudaron a construir nuevas guaridas aquí en Kaldarak, y la plataforma que Cole construyó alrededor de la suya era tan sólida y única que lo han puesto a ayudar con todas las demás plataformas. Realmente ha encontrado su lugar. Todos estamos encontrando nuestro lugar. Es un trabajo duro, y es más lento para algunos de nosotros, pero Kaldarak es un buen lugar con buena gente. Aquí se vive feliz. Ahmya ha estado aprendiendo sobre las diferentes hierbas que se encuentran en la jungla, y ella y Lacey han estado trabajando en la creación de jardines en los árboles para cultivar lo que necesitamos. Lacey también se ha relacionado mucho con Callie, ideando diferentes jabones y mezclas que podemos utilizar. Diego, por supuesto, es el curandero del pueblo, y Will ha estado aprendiendo de él —Las comisuras de los labios de Ivy se curvaron hacia arriba—. Esos dos son muy felices juntos. Me alegro de que se hayan encontrado. Realmente estamos construyendo una vida aquí. Takarahl también está mucho mejor. Telok, Rekosh y Urkot volvieron de visita hace unos días. Dicen que los vrix de allí son más felices. Ya no hay miedo, ni hambre. Y probablemente ya lo sepas, pero Ahnset es la reina y ha mandado hacer una estatua de ti en la Guarida de los Espíritus. Estoy deseando poder ir a visitarla alguna vez.

Suspirando, Ivy levantó los ojos y frunció el ceño ante el pequeño monumento de piedra que tenía delante. Urkot había ayudado a hacer los grabados, Cole había añadido algunos trabajos en madera, y Ahmya y algunos de los demás se aseguraban de que siempre hubiera flores de todos los colores agrupadas a su alrededor.

«En memoria de Ella Lewis. Que su sueño sea siempre pacífico».

Ella lo había perdido todo persiguiendo su sueño. Y esto, un trozo de piedra en una parte más o menos llana de la ladera, cerca de la base del templo, con vistas a la cascada y al estanque que había más abajo, parecía muy insignificante comparado con aquella pérdida. Pero cuando el sol daba justo en el punto exacto, la niebla de la cascada brillaba con un arcoíris, y aquel lugar era mágico.

—Todos desearíamos que estuvieras aquí con nosotros. Te habría gustado este sitio —Ivy levantó una mano para secarse las lágrimas que se acumulaban en sus ojos—. No sé si podríamos haber hecho algo más, pero sé que todos hemos pensado mucho en ello y... Y espero que hayas encontrado la paz. Espero que hayas descansado. Y espero que sepas que formaste parte de algo mucho más grande que cualquiera de nosotros. Cambiamos este mundo. Cambiamos el universo. No te conocimos mucho tiempo, pero el impacto que causaste en nosotros, en los vrix... en mí... Eso durará para siempre. Este lugar es ahora nuestro hogar. Y también el tuyo. Y siempre tendré un lugar para ti en mi corazón.

El bebé se movió e Ivy se estremeció al sentir una fuerte punzada en la pelvis. Los dolores habían ido y venido durante los últimos días, pero hoy habían sido especialmente molestos y constantes. Respiró hondo, soltó el aire y se frotó el lugar donde había sentido moverse al bebé, esperando a que la sensación desapareciera.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Diego cree que voy a dar a luz en cualquier momento. No sabemos qué esperar, pero... estoy deseando conocer a este pequeño —Ivy soltó una risita—. Y digo uno porque estamos bastante seguros de que eso es todo lo que hay aquí dentro. No voy a mentir y decir que no estoy asustada. De hecho, estoy aterrorizada. Pero... no puedo esperar. No creíamos que fuera posible, pero aquí estamos, una humana y un vrix haciendo vida juntos.

Ivy volvió la cara hacia Ketahn. Estaba sentado sobre una gran roca, tomando el sol, con las patas recogidas contra el cuerpo y el pelo largo suelto sobre los hombros. Aunque parecía relajado, Ivy sabía que estaba alerta y atento a cualquier señal de peligro. Tenía nuevas cicatrices de la batalla con Zurvashi, al igual que Ivy, pero su belleza era tan cautivadora como siempre.

Los ojos violetas de Ketahn se encontraron con los suyos, y el corazón de Ivy se aceleró. La intensidad, el deseo y la devoción de su mirada eran más fuertes cada vez que él la miraba.

—Cada día me enamoro más de él —dijo, lo bastante alto para que él la oyera. Su sonrisa se suavizó cuando Ketahn ladeó la cabeza—. Nunca imaginé que sería tan feliz cuando embarcamos en la *Somnium*. Por mucho que hubiera deseado que las cosas mejorasen para mí, creo que una parte de mí nunca creyó realmente que lo harían. Pero todo esto... Va más allá de mis sueños más disparatados.

Ketahn dejó escapar un leve rugido. Sus largas patas se desplegaron y se levantó lánguidamente de la roca para caminar a grandes zancadas hacia ella.

—Aún no te he dado ni una pequeña parte de todo lo que mereces, mi *nyleea*.

Ivy soltó una risita.

—Tampoco pensé nunca que el amante de mis sueños sería un aracnotauro.

—Vrix.

Ella sonrió.

—Un sexy hombre araña.

—Hembra...

La risa brotó de su interior, entrecortada por un siseo cuando se apretó el vientre.

La alarma brilló en sus ojos, se le erizaron los finos vellos de las patas y se apresuró a cruzar el último tramo hasta allí, agachándose para inclinarse sobre ella y ponerle las manos sobre los hombros.

—¿Qué ocurre, mi hilo del corazón?

Ivy negó con la cabeza. Respiró hondo varias veces y esperó a que el dolor remitiera antes de hablar.

—No pasa nada. Estoy bien. Solo son esos falsos dolores de parto que mencionó Diego. Se

están volviendo un poco más fuertes.

—Deberíamos volver —dijo él, pasándole un nudillo por la mejilla.

—Vale. ¿Puedes ayudarme a levantarme?

Colocó un par de manos en sus caderas y deslizó las otras manos por debajo de sus brazos, levantándola fácilmente del suelo y poniéndola en pie. En cuanto estuvo de pie, Ketahn le puso una mano en la espalda para apoyarla hasta que recuperó el equilibrio y se volvió hacia él.

Fue en ese momento cuando algo estalló en su interior.

Ivy jadeó cuando un chorro de líquido caliente corrió por el interior de sus piernas y se acumuló a sus pies.

—Ay, Dios.

La barbilla de Ketahn se inclinó y sus mandíbulas se crisparon mientras miraba al suelo. Los orificios de su nariz se abrieron con una profunda inhalación. Con voz preocupada, dijo:

—Ivy... ¿Qué es eso? ¿Qué está pasando?

Colocando ambas manos sobre su vientre, miró a Ketahn con ojos muy abiertos e inseguros.

—Ya viene el bebé.

KETAHN SE QUEDÓ MIRANDO a su compañera, intentando comprender sus palabras. Sabía que los humanos no ponían huevos, sino que daban a luz, y lo sabía desde hacía mucho tiempo. Había observado cómo se hinchaba el vientre de Ivy durante los últimos ciclos lunares a medida que su cría crecía en su interior, y ella le había descrito el proceso con la esperanza de ayudarlo a saber qué esperar.

Pero Ivy y Diego también habían dejado claro que ni ellos mismos sabían qué esperar.

E incluso con todo ese conocimiento, incluso habiendo visto cómo se desarrollaba parte de aquel proceso ante sus ojos, una parte de su mente no acababa de comprender que cuando ella decía que el bebé iba a nacer, se refería a que iba a salir de ella.

No de un huevo, sino que *salía de ella*.

Su instinto le obligó a salir de su estupor. Se agachó, le pasó un brazo por detrás de las piernas para levantarla del suelo y la acunó contra su pecho. La abrazó lo más fuerte que pudo sin perder de vista su vientre, sus gemidos, y su estado.

Diego le había dicho que existía la posibilidad de perder tanto a Ivy como a la cría, y quería asegurarse de que Ketahn conocía los riesgos. Que comprendiera lo que podía ocurrir.

Después de todo lo que Ivy y él habían sobrevivido, Ketahn no la perdería ahora. No podía. Esta era la pequeña hembra que había vencido a Zurvashi. Ella resistiría. *Tenía* que hacerlo.

Volvió corriendo a Kaldarak, sin apenas darse cuenta de que los puentes se balanceaban bajo él, cruzando los caminos y las plataformas como si hubiera vivido entre ellos toda su vida. Ella se tensó en sus brazos, con el ceño fruncido por el dolor.

—Ya casi hemos llegado, mi *nyleea* —gruñó. Le temblaban los dedos por el esfuerzo que le costaba no enroscarlos y pincharla con sus garras.

Llamó a Diego en cuanto tuvo a la vista la guarida del curandero, sin aminorar el paso para esperar una respuesta. En un abrir y cerrar de ojos, llegó a la plataforma. Hizo a un lado la seda que colgaba sobre la entrada y se lanzó al interior de la guarida.

—¡Joder Ketahn! —Diego estaba junto a la cama, metiéndose desesperadamente los pies en unos pantalones, con el culo desnudo hacia Ketahn. Will, sin camiseta, estaba de pie en el lado opuesto, sujetándose una manta sobre la pelvis.

—Ivy se ha derramado —gruñó Ketahn—. Viene la cría.

—¿Derramado?

—Eh... siento entrometerme —dijo Ivy, lanzando una mirada entre Diego y Will—, pero... he roto aguas.

—No se rompió, se derramó —dijo Ketahn—. Como una inundación.

—Vale, eso es exagerar, pero no import... —Las palabras de Ivy se vieron interrumpidas por un gruñido. Su rostro se contrajo de nuevo y se volvió contra el pecho de Ketahn, clavándole las uñas en la piel.

Los ojos de Will se desorbitaron.

—¿Viene el bebé?

Ketahn gruñó, con el vello erizado.

—¡Eso es lo que he dicho!

—Tumbala ahí —dijo Diego, señalando hacia la cama elevada del lado opuesto de la guarida—. Will, necesitamos agua caliente, y reúne toda la ropa de repuesto que tengamos.

—Voy —dijo Will, dejando caer la manta, aparentemente sin importarle su desnudez, mientras recogía los pantalones del suelo y se los ponía, saltando junto a Ketahn en dirección a la entrada.

Diego avanzó hacia Ivy y se detuvo, escupiendo una maldición.

—Un segundo —Corrió hacia un cuenco de agua que había en un soporte cerca de la cama, cogió uno de los jabones que había preparado Lacey y se frotó las manos y los brazos.

Ketahn cruzó el estudio y depositó a Ivy con cuidado sobre la cama. Tenía las mejillas rojas y se le había formado una capa de sudor en la piel. Se llevó las manos al vientre y soltó un largo y tembloroso suspiro a través de los labios fruncidos.

Miró a Ketahn, y su voz era tenue cuando dijo:

—Tengo miedo.

—No dejaré que nada te haga daño, Ivy —Le alisó el pelo hacia atrás y cogió una de sus manos entre las suyas—. Este será un día en el que solo habrá alegría.

—Te pondrás bien, Ivy —dijo Diego mientras se apresuraba a acercarse. Se había puesto una camiseta blanca y se estaba secando las manos con un paño—. ¿Te vas a quedar aquí, Ketahn?

Ketahn gruñó.

—No la abandonaré.

—Me lo imaginaba —Diego abrió el recipiente colocado sobre un soporte cercano, al que había llamado botiquín—. Por difícil que sea, voy a necesitar que hagas todo lo que te pida sin cuestionarlo, ¿de acuerdo? Sean cuales sean tus instintos, necesito que me escuches.

—Cualquier cosa por ella. Por nuestra cría.

—De acuerdo. Quítale el vestido, a menos que te parezca bien que se estropee. Puedes ponerle una manta por encima.

Ketahn miró a Ivy y ella asintió. La levantó suavemente para deslizar el vestido hacia arriba, y luego la sostuvo en posición sentada mientras le quitaba la prenda por encima de la cabeza. Ella volvió a tumbarse lentamente, siseando entre dientes.

Con el hilo del corazón retorciéndose y tirando con fuerza, Ketahn volvió a cogerle la mano. Aquello ya le recordaba demasiado a cuando ella había estado enferma, a cuando él había sido incapaz de aliviar su sufrimiento.

Will regresó pronto, y Ketahn fue vagamente consciente de las voces que se oían fuera de la guarida. Los humanos y los vrix hablaban en voz baja, pero él no prestó atención a sus palabras. Todo lo que pensaba era en su compañera.

El día, que él había declarado solo para la alegría, se alargó. Diego permaneció tranquilo y

controlado. Dirigía la respiración de Ivy, le hablaba de forma alentadora, tranquilizadora, y encomendaba tareas a Will y Ketahn con firmeza y seguridad, aunque el trabajo de Ketahn consistía en gran medida en ayudar a Ivy a mantenerse cómoda y a gusto.

Mantenía bien la calma por sí sola, pero la comodidad parecía inalcanzable para Ivy. Sufría dolor, el peor que Ketahn había presenciado, y su propio espíritu le dolía al verlo. Rezó en silencio a los Ocho durante los gemidos y quejidos agónicos de su compañera, rogándoles que le permitieran asumir su sufrimiento, que le dejaran llevar la carga de aquel dolor, que librarán a su hembra de esto.

No respondieron a sus plegarias.

El sol había caído, sumiendo a Kaldarak en la penumbra, cuando los suaves gemidos de Ivy se convirtieron en gritos. Will se apresuró a colocar varias de las extrañas luces humanas para iluminar la guarida, arrojando sobre Ivy un resplandor blanco antinatural.

—Es la hora —anunció Diego, colocándose entre las piernas de Ivy.

—Creía que ya era la hora cuando vinimos —dijo Ketahn, secando el sudor de la frente de su compañera.

—Lo era. Pero ahora ha llegado el *momento*. Ivy, quiero que te agarres los muslos y empujes en tu próxima *kontraccihoon*.

Ivy asintió. Su respiración era agitada, su piel brillaba, estaba demasiado pálida y tenía ojeras. Con la ayuda de Ketahn, se incorporó y se rodeó los muslos con las manos. La siguiente vez que le dolió la tripa, enseñó los dientes que tenía apretados y empujó.

Pero a pesar de todos los empujones de su compañera, la cría seguía sin salir.

Empujó una y otra vez, esforzándose un poco más cada vez, recurriendo a reservas de fuerza cada vez más grandes. Su agotamiento era evidente; no podía quedarle nada que dar. Pero a pesar de todo, volvió a empujar.

—Ya lo veo —exclamó Will desde el otro lado de la cama—. Ya viene. Lo estás haciendo de maravilla, Ivy.

Ketahn le apretó la mano.

—Ya falta poco, mi hilo del corazón.

Con un jadeo, Ivy se volvió hacia Ketahn y apretó la frente contra la suya, jadeando.

—Te quiero.

—Eres mi corazón latiendo fuera de mi pecho, Ivy. Eres mi razón, mi deseo, mi todo —Le cogió la nuca, estrechándola firmemente contra él—. Eres fuerte, hembra.

Permanecieron así, compartiendo respiraciones, hasta que a ella le sobrevino otra contracción. Separándose de él, se agarró las rodillas y empujó, convirtiendo su gruñido en un grito.

—¡Eso es, Ivy! Sigue empujando —dijo Diego—. Casi... casi... ¡Sí!

Ivy soltó una ráfaga de aire y se aflojó contra el brazo de Ketahn, recostando la cabeza en su hombro. Diego acunó algo entre sus brazos, que envolvió apresuradamente en un paño de seda.

Ivy miró el bulto con ojos preocupados.

—¿Es...?

Un llanto suave y agudo rompió el silencio que se había apoderado de la guarida tras las palabras de Ivy.

Diego los miró y sonrió antes de colocar el bulto en los brazos extendidos de Ivy, que lo esperaba.

—Tu bebé.

Lo estrechó contra su pecho y retiró la tela de seda. Unos ojos violetas parpadearon hacia

Ketahn.

Los corazones de Ketahn trastabillaron y su respiración se entrecortó al mirar a la cría. *Su* cría. Cuatro ojos, de un violeta tan vibrante como el de Ketahn, engarzados en un rostro humano de rasgos delicados. Dos pequeñas mandíbulas y una cabeza rematada no por una cresta, sino por un mechón de pelo negro salpicado de oro. Cuatro brazos, seis patas, pequeños cierres, y piel negra con manchas moradas y blancas.

La forma de un vrix con la suavidad de un humano. Una mezcla perfecta de dos mundos que se habían unido en uno solo.

Y era macho. Era macho.

Ketahn rozó con la yema de un dedo el vientre de su cría. El pequeño se retorció en los brazos de su madre. Una mano diminuta atrapó el nudillo de Ketahn, ni siquiera lo bastante grande para rodearlo por completo, pero el agarre era firme. Las garras cubrieron los cinco dedos de la cría.

Ivy pasó la punta de los dedos sobre las cejas de la cría.

—Es... precioso.

El calor floreció en el pecho de Ketahn, palpitando tranquilamente a lo largo del hilo del corazón. Sintió que ese hilo se entretejía de nuevo, añadiendo una hebra nueva e increíblemente fuerte que conducía directamente a aquella criatura diminuta y maravillosa.

—Lo es. Nuestra hermosa cría.

—Nuestro hijo.

—¿Habéis elegido ya un nombre? —preguntó Will, sonriendo.

Ivy miró a Ketahn, con los ojos más brillantes que las estrellas en una noche despejada. Sonrió.

—Ponle tú el nombre.

Con delicadeza, Ketahn pasó la mano por encima de aquel cabello teñido de oro.

—Akalahn. Akalahn tes Ivy'ani Ul'okari. Hijo de la hembra que liberó a Takarahl, la que una vez fue reina. Aquel que es nuestra esperanza, nuestra alegría, y nuestro futuro.

ACERCA DE LOS AUTORES

Tiffany Roberts es el seudónimo de Tiffany and Robert Freund, un dúo de escritores formado por marido y mujer. Ambos han compartido siempre la pasión por la lectura y la escritura, y su sueño era combinar sus extraordinarios poderes para crear el tipo de libros que querían leer. Escriben ciencia ficción y fantasía romántica con personajes, creando un “felices para siempre” alienígena y misterioso.